LAS CUERDAS DEL TIEMPO

LUNA AZUL

LÚA DOYLE



perlitasdearena

Luna Azul

Las cuerdas del tiempo

Lúa Doyle



Las cuerdas del tiempo — Luna azul
Primera edición: mayo, 2025
© 2025, Lúa Doyle
Texto: Lúa Doyle
Edición: Natalia Nicás y Manuel García Moratalla

Mapas:
1. U.S. Central Intelligence Agency (1982). Dominio público.
2. Wesley Johnston — The Ireland Story. Permitido con crédito a www.wesleyjohnston.com/users/ireland/.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de la autora. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

Publicado bajo el seudónimo Lúa Doyle.

Esta novela toma como referencia algunos nombres y acontecimientos narrados en las crónicas de la mitología céltica irlandesa para desarrollar la trama literaria en una línea de absoluta ficción, añadiendo personajes, hechos y datos inventados por la autora. Por tanto, cualquier relación o similitud con la realidad es mera coincidencia.

perlitasdearena@gmail.com

Contenido

Página del título
Prólogo
El mensaje del pasado
El cruce de caminos
El primer paso en tierras lejanas
La habitación de Lugh
Entre libros y leyendas
El eco de las sombras
Encuentros del destino
El color del presagio
Tras la puerta de la memoria
El control que se desvanece
Sombras de un grito
La rosa de los vientos
Lo que se dice, lo que se calla
La noche del doble o nada
El descenso hacia lo desconocido
Hasta el último aliento
El abrazo del agua
El salvador de sombras
La estrella de siete puntas
El precio de la supervivencia
El pacto de la luna menguante
La sangre llama
El despertar de las sombras
El susurro del abismo
El velo del destino
El sufrimiento de Nuada
La victoria en la oscuridad
La revelación de la sangre

El rey despiadado
El peso de la soledad
La víspera de Bealtaine
El trébol de cuatro hojas
A través del humo y las llamas
El vínculo de la eternidad
Susurros de sangre
El rostro del sacrificio
El día que rugió la piedra
El retorno de la luz
El veneno de la venganza
Los colosos caen
La tregua de la tormenta
La traición del tiempo
Todo lo que soy
Epílogo
Calendario de Festividades
Árboles genealógicos
Mapas
Notas

A Manuel.

Desde la primera vez que te vi supe que eras tú, te reconocí entre mil, como si el universo entero hubiera conspirado para que nuestros caminos se cruzaran. Eres mi inspiración, mi hogar, mi todo. Gracias por ser el faro que guía mi vida y el motivo detrás de cada uno de mis sueños. Te amo más de lo que cualquier página pudiera expresar.

"Todo lo que vemos desfilar ante nuestros ojos, todo lo que imaginamos, no es sino un sueño dentro de otro sueño".

Edgar Allan Poe

Prólogo

No pedimos nacer, ni tampoco morir. Desde que somos muy pequeños, nos movemos en un mundo estructurado en la eterna dicotomía. Es difícil acertar la respuesta para todas las preguntas que debemos contestar a lo largo de nuestras vidas. Puede suceder que la opción correcta quede fuera de nuestra elección, incluso fuera de cualquier reflexión. A lo largo de nuestro camino, los altibajos se suceden conformando un tiovivo de emociones incontrolables. Los senderos que recorremos, muchas veces, se retuercen hasta el absurdo, complicándonos la existencia.

Es complejo elegir correctamente. Y, más aún, no tener la sensación de habernos equivocado en algún momento concreto. Sin duda, lo importante es vislumbrar la tenue línea que une todos los puntos pasados, presentes y futuros; y, sin miedo, aguantar el equilibrio encima de ella, como lo hacen los grandes funambulistas, conservando siempre la esperanza y la convicción de que llegaremos a alcanzar el otro extremo de la cuerda.

El mensaje del pasado

Capítulo I

Envuelta en la penumbra, terminé de leer el contenido del papel que sostenía temblorosa entre mis dedos. Lo doblé lentamente y lo guardé en el fondo del bolsillo de mi abrigo, muy cerca de mi corazón. Me sequé con la manga del jersey las lágrimas que se desbordaban por mis mejillas como un torrente cristalino.

Era la hora de irme. Debía hacerlo. Leer de nuevo aquel papel, donde había condensado el sufrimiento por la muerte de mi padre, me había abierto los ojos. Había llegado el momento de encontrarme a mí misma o morir en el intento. Actualmente sólo era el opaco recuerdo de lo que había sido: un amasijo de jirones sin ningún sentido. Respiré hondo. Tan hondo que sentí como mis costillas se ensanchaban y mis pulmones aumentaban su capacidad. Retuve el aire todo lo que pude y fui dejando que saliera por mi boca, forzando "in extremis" la exhalación. Agarré con fuerza el asa de mi maleta y cerré la puerta de nuestra casa de un golpe seco.

Me quedé mirando fijamente la puerta, como si intentara tatuar esta última escena en lo más hondo de mis pupilas. Mi cuerpo, inmóvil, no se atrevía ni a respirar por no romper el condensado dramatismo del momento. De repente, me sobresalté.

Noté como en el bolsillo trasero de mi pantalón vibraba algo. Era mi móvil. Lo descolgué y respondí:

—¡Hola! ¿Quién es? —pregunté fríamente.

—Señorita Daly, su taxi ya está en la puerta —contestó una voz ronca—. Le agradecería que se diera prisa porque no he encontrado sitio para estacionar y he tenido que parar en doble fila en la acera de enfrente.

—Está bien. Ahora mismo bajo —respondí taxativamente.

Los quince segundos que tardó el ascensor en descender al piso bajo, se me hicieron eternos. Sola, en aquel cubículo forrado de espejos, me veía obligada a ver reflejado mi rostro en todos ellos. Me recogí el pelo en una coleta para evitar que mis rizos negros como el azabache, me taparan la visión. Estaba muy pálida y el aspecto de mi piel era casi traslúcido. Dos manchas moradas custodiaban la parte inferior de mis ojos, dándoles una expresión triste y cansada. Me resultó curioso comprobar como su color parecía diferente al de otras veces. Era algo más claro y brillante, aunque la diferencia de tono entre ambos seguía siendo evidente.

Nací con un ojo de cada color. Los médicos me informaron del nombre técnico que recibía este hecho insólito: Heterocromía Iridium. Sólo en un bajo porcentaje de los casos respondía a una etiología congénita, como había ocurrido conmigo. Esta característica física marcó mi vida, ya que mi madre eligió mi extraño nombre en el mismo instante en el que mis pequeños ojos se abrieron al mundo y la miré. "Éire", según ella, encapsulaba la esencia de mi diminuto ser. En una sola de mis miradas se condensaba el alma de esa misteriosa isla llamada Irlanda: el verde esmeralda de sus campos y el azul grisáceo de su cielo y mar.

Cuando salí a la calle aún era de noche y la única luz existente era la de cuatro tristes farolas que se intercalaban a lo largo. Había estado lloviendo y las gotitas de humedad proporcionaban un efecto brillante a todo lo que envolvían.

Justo enfrente, me estaba esperando mi taxi con destino al aeropuerto. Vi como un hombre, de mediana estatura y complexión fuerte, salía de él y se quedaba estático esperando a que me decidiera a cruzar la calle.

—Buenos días, señorita Daly —me dijo alegremente, esbozando una sonrisa.

—Buenos días —contesté.

Se acercó lo suficiente como para agarrar mi maleta e introducirla de una sola maniobra en el maletero. Sin mediar palabra, abrí la puerta y me senté, esperando a que hiciera lo mismo. Una vez encendido el motor, clavó sus pequeños ojos negros en el espejo retrovisor y me observó con detenimiento.

—¿Tiene frío, señorita? ¿Desea que encienda la calefacción para entrar en calor? —me preguntó en un tono tan dulce que casi resultaba empalagoso.

—Sí, gracias. Debo de estar un poco destemplada por haberme levantado tan temprano —respondí amablemente.

Mi cambio de actitud le dio pie para avasallarme a preguntas el resto del camino.

—Veo que se va de viaje. ¿Qué país va a visitar? —dijo, comenzando el interrogatorio.

—Voy a Irlanda.

—Umm, a Irlanda. Debe ser un país muy bonito. ¿Tiene familia viviendo allí? Lo pregunto porque su apellido no es muy español —prosiguió.

—No, no tengo familia allí. Y sí, mi apellido no es muy español. Aunque no lo crea, soy tan española como usted. Mi padre era irlandés y mi madre era española —respondí algo tensa.

Siempre me resultaba incómodo hablar de mis padres. La amarga emoción que me producía tratar este tema, se acumulaba en mi garganta y me ahogaba. Mis ojos se volvían vidriosos y mi respiración se entrecortaba.

—Disculpe la indiscreción. Me he dado cuenta de que habla de sus padres utilizando un tiempo pasado. ¿Es que ya no mantiene relación con ellos? —preguntó muy serio.

—Mis padres han muerto —sentencié en un tono glacial, mientras mis lágrimas se derramaban sin control.

—Disculpe, señorita. ¡Cuánto lo siento! Es usted muy joven para haberse quedado huérfana. ¡Qué tragedia! ¡Cuánto lo siento! —prosiguió en un tono agitado, mientras me dedicaba la más tierna de sus miradas por el espejo retrovisor— ¡Sólo imaginar que eso mismo le pudiera pasar a mi hija..., me estremezco! Mi hija tiene 18 años recién cumplidos. ¡Mi dulce María, que Dios te proteja! —exclamó casi gritando— Debe de ser casi de su edad, ¿no?

—Sí. El próximo treinta y uno de octubre voy a cumplir los diecinueve —contesté más serena, pero aún dolida.

—Entonces... ¿por qué ha decidido viajar a Irlanda?

Esta última pregunta me había pillado con la guardia baja. Era muy complicado elaborar una respuesta racional y con algún sentido, que pudiera satisfacer a mi curioso interlocutor. Siendo sincera conmigo misma, debía reconocer que mi elección había sido puramente emocional.

Tras enterrar a mi padre, decidí pasear sin rumbo fijo hasta que mis pies no pudieran dar un paso más. Cuando me topé con aquel café, no sabía qué hora era ni por qué lugares había caminado. Era un café antiguo pero coqueto. Su acogedora decoración y la luz que proporcionaban sus numerosas lámparas de pared, intensificaban su calidez. Me senté en la mesita redonda del final, que quedaba custodiada por dos enormes ventanales cubiertos por unas finas cortinas. En un abrir y cerrar de ojos, apareció una mujer de pelo blanco y afables ojos azules, que portaba en una de sus manos una tacita de té caliente y, en la otra, un platito con cuatro pastas de aspecto delicioso. No me dijo hola ni adiós. Sólo me miró con ternura y, lentamente, desapareció por el estrecho pasillo que separaba mi mesa de la barra.

Me quedé mirando fijamente la tacita de té, para más tarde clavar mi mirada en el único hueco que no quedaba oculto tras la exquisita cortina. Ya era de noche y la oscuridad, cada vez, se hacía más negra. Unas inesperadas gotitas de lluvia discurrían lentamente por toda la amplia longitud del cristal hasta alcanzar el alféizar cubierto con tiestos de flores. El tiempo no se correspondía con los típicos días de primeros de agosto que se padecían en Madrid, donde el calor llegaba a ser sofocante.

Tomé un trozo de papel y el bolígrafo, que siempre llevaba en mi bolso gris. Me esforcé en intentar plasmar el amargo sentimiento que me había producido la inesperada muerte de mi padre y la desolación tan absoluta que me invadía, cuando intentaba imaginar el resto de mi vida sin él. Perdí de nuevo la noción del tiempo, absorta en mi consternación. De repente, fui consciente de que ya era demasiado tarde y que debía emprender la vuelta a mi vacía y desolada casa, ahora sólo habitada por mi triste persona.

Saqué una moneda de dos euros para pagar el té y las pastas. Al apoyarla en la mesa, un irresistible e infantil deseo se apoderó de mí

y comencé a hacerla girar sobre su eje, una y otra vez. Al terminar su último giro, la moneda cayó sobre una de sus caras, dejando la otra totalmente expuesta. Miré con detenimiento el arpa que aparecía tallada en el círculo dorado interno y leí en voz baja el nombre de Éire, que se veía flanqueado por un reborde plateado, adornado con doce estrellas de cinco puntas. En ese preciso momento, mi corazón palpitó con fuerza y sentí como la sangre volvía a correr por mis venas. Mi mente se vio ocupada, por primera vez, en otro pensamiento que no fuera el fallecimiento de mi padre. Debía ir a Irlanda. Me quedé asombrada al sentir tanta curiosidad por algo en particular, ya que la apatía que me consumía, rozaba el hastío más absoluto. «Tal vez allí, consiga encontrar la fuerza necesaria para cerrar mis profundas heridas», pensé.

Me levanté y fui hacia la barra, donde la enigmática mujer estaba colocando unas tacitas de exquisita porcelana, en el interior de una alacena de madera tallada. Sin dejarme articular palabra, me miró con complicidad, como si supiera la decisión que acababa de tomar y, de algún modo, hubiera participado en ella. Sonriéndome, dijo que estaba invitada, me deseó buenas noches y sin más, desapareció por la puerta que comunicaba con la cocina.

—Señorita, ¿no me oye? —dijo el taxista irritado—. Señorita, no ha contestado a mi pregunta. ¿Por qué viaja a Irlanda?

—No es de su incumbencia —respondí rápida y tajantemente, harta de sus indiscretas preguntas.

Al percibir el tono irritado de mi voz, cesó su particular interrogatorio. Interrumpió el duro silencio para comunicarme que ya habíamos llegado al aeropuerto de Barajas.

Pagué el importe del servicio, esperé a que sacara mi maleta y, con un corto y áspero adiós, me introduje en la terminal uno, donde se encontraba el mostrador de mi compañía aérea.

El cruce de caminos

Capítulo II

Para viajar a Irlanda había decidido utilizar una compañía de bajo coste, que era lo que me podía permitir con mi economía de guerra, aceptando tácitamente todos los innumerables requisitos a cumplir.

Agotada tras tener que pasar por los numerosos controles de seguridad, me senté en el primer café que encontré en la zona de descanso. El camarero que estaba apostado tras la barra de servicio clavó sus ásperos ojos en mi. Me sentí tan intimidada por aquel hombre, que me vi obligada a comprar un refresco que no llegue ni a probar, ya que mi estómago seguía revuelto por los nervios y la excitación del viaje. La verdad es que había imaginado este momento de forma muy distinta.

Todos los comienzos de verano, mi padre entraba en mi pequeña habitación, se sentaba a mi lado y, haciendo girar el globo terráqueo, me preguntaba a dónde me gustaría ir en vacaciones. Juntos pasábamos semanas planeando el viaje de nuestros sueños, haciendo interminables listas con los países que nos gustaría conocer, debatiendo acerca del itinerario e imaginando lo bien que lo pasaríamos y la cantidad de recuerdos que nos traeríamos de cada parte del mundo.

La alegría se apoderaba de la casa en esos días. Las ilusiones y sueños se condensaban en el aire y todas las noches, antes de irme a la cama, pensaba que quedaba otro día menos para empezar nuestra aventura. Mi padre no lograba mostrar el mismo grado de entusiasmo, y eso que lo intentaba con todas sus fuerzas. El recuerdo de la muerte de mi madre estaba demasiado vivo en su corazón y limitaba por completo su capacidad para ser totalmente feliz.

Pero, como siempre, todo el plan se abortaba tras sonar el teléfono. No era la primera vez que percibía como los pasos de mi padre se ralentizaban por el pasillo hasta llegar a mi cuarto. Entraba con suma delicadeza en la habitación, intentando esconder el enorme disgusto que reflejaban sus pequeños ojos azules. Me explicaba con ternura que le habían llamado del instituto proponiéndole dar clases intensivas en verano a un grupo de estudiantes que tenían dificultades en las asignaturas de ciencias. Ambos sabíamos que no se podía negar. Necesitábamos el dinero. El sueldo de mi padre como profesor era insuficiente.

Le había resultado muy duro renunciar a todos sus sueños por cuidar de mí tras la muerte de mi madre. Abandonó su trabajo en un afamado instituto de investigaciones científicas, donde tenía expectativas de desarrollar una brillante carrera, aceptando a cambio un puesto de profesor de secundaria, que era más compatible con sus nuevas responsabilidades como padre y madre de una pequeña criatura de tan sólo un mes de vida. Resultaba imposible no sentirse en deuda con él y, por ello, intentaba ser lo más comprensiva en estos casos. Mi solución era darle un abrazo enorme y consolarlo con la idea de que el próximo verano podríamos preparar un viaje mucho mejor.

Tras recordar estas escenas de mi vida estando vivo todavía mi padre, sentí la honda necesidad de volver a verle. Saqué su foto y me quedé absorta mirándole, esperando inútilmente a que se manifestara de alguna manera. Mi padre era un hombre atractivo. La forma de su cara era bastante simétrica, por lo que transmitía una enorme sensación de armonía. Sus ojos no eran muy grandes, pero su color azul era como el del mar; y como el mar podían brillar y reflejar la luz del Sol, o quedarse opacos y oscuros por las tormentas dolorosas que castigaban su alma. Acaricié con mi dedo índice el reborde de su rostro, a través del plástico que protegía la foto, con tanta ternura, que la emoción se acumuló de nuevo en mi garganta y las ganas de llorar se apoderaron de mi ser.

Cuando terminé de gimotear, levanté de nuevo la vista y vi que en las pantallas informativas, aparecía adjudicada la puerta de

embarque para mi vuelo. Debía darme prisa, si quería entrar de los primeros y poder escoger sitio. Era la primera vez que volaba en avión y aunque el vuelo no era muy largo, estaría más tranquila cerca del piloto, pudiendo visualizar todas las maniobras de aterrizaje y despegue desde mi asiento.

Siguiendo las indicaciones, conseguí llegar a mi puerta, donde el resto del pasaje ya se empezaba a acumular. Decidí sentarme en el suelo, al lado de la amplia puerta de cristal que me separaba del mostrador de embarque.

Saqué mi MP3, seleccioné mi canción preferida y elevé el volumen del sonido hasta el máximo. Su ritmo casi hipnótico y la potente voz de la solista me ayudaban a recluirme en el secreto mundo de mis pensamientos, desconectándome por completo de la realidad.

Miraba al resto de pasajeros como algo ajeno, como si formaran parte del reparto de una película muda que se rodara enfrente de mí. Era consciente de que mis conductas de aislamiento no eran nada positivas, pero mi estado apático anulaba cualquier deseo de interaccionar con el resto del mundo. Me resultaba más divertido observar a los niños que correteaban por la sala de espera como leones enjaulados, aburridos de moverse entre cuatro paredes.

Pasada una media hora, comencé a ver movimiento al otro lado. Las azafatas llegaron algo más tarde, luciendo idénticos trajes corporativos de color azulón. Una vez que lo tuvieron todo preparado, abrieron la puerta de cristal y, con una amplia sonrisa, se colocaron cada una en su puesto. Me levanté rápidamente y fui consciente de mi privilegiada posición. Era la primera, formándose tras de mí una interminable cola de impacientes pasajeros. La simpática azafata rasgó mi tarjeta y con un ademán muy educado, casi acariciando el aire que rodeaba su mano, me indicó el camino que debía de tomar hasta llegar al avión. Tanta amabilidad suscitó la más franca de mis sonrisas y la convicción de que no era tan insensible, como yo misma me estaba haciendo creer.

Me sentí libre y ligera recorriendo a toda prisa el pasillo que desembocaba en la puerta principal del avión, donde otra amable azafata me estaba esperando. Tuve que elegir sitio en cuestión de

segundos, ya que el resto de pasajeros habían recortado distancia de forma espectacular.

Me senté al lado de la ventanilla, en la fila seis izquierda y disfruté por un momento de la embriagadora sensación del triunfo conseguido. No estaba acostumbrada a ser la primera en nada. En el trabajo nunca había podido escoger vacaciones. Nunca había sido la primera de la clase, ni había ganado el primer premio de ningún concurso y, es más, en los deportes colectivos entraba dentro del paquete de las últimas elecciones, mano a mano entre los "cuatro ojos" y los torpes.

En mi fila aún quedaban dos sitios libres por ocupar. Miré con detenimiento a cada uno de los pasajeros que iban llegando, intentando averiguar cuáles de ellos serían los que decidirían ser mis compañeros de viaje. En general, la gente prefería la ubicación de otras filas. Cuando ya había conjeturado la sólida idea de viajar sola, apareció ella, un ser especial sin duda, ya que en cuestión de segundos supo llamar mi atención y la del resto del pasaje. Físicamente, no parecía una chica fuera de lo normal, hasta que sus preciosos ojos de color verde esmeralda y su larguísima melena rubia cobriza llenaron de luz el oscuro interior del avión. Sus movimientos eran tan fluidos y sutiles, que parecía flotar en el aire. Mientras todas las miradas la seguían sin tregua, ella parecía ajena a todo el revuelo que había formado. Miró en mi dirección y sonriendo se aproximó hacia mí.

-Disculpa, ¿está ocupado? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

-No. Puedes sentarte —respondí apabullada, mientras bajaba la cabeza.

Me intimidó el hecho de que clavara su mirada en mis ojos. Era tan perfecta y simétrica, que resultaba incómodo aguantar su mirada, y más si lo hacías como yo, con un ojo de cada color.

No estaba acostumbrada a hablar a la gente mirándola a los ojos, y era toda una novedad que alguien me mantuviera la mirada, ya que normalmente la disonancia producida por la diferencia de tono, aturdía y repelía a mis interlocutores. Mi padre me repetía, una y otra vez, que esta última idea era cosa de mi imaginación, que yo

era la única persona que le daba tanta trascendencia a este hecho. Cada uno de mis ojos era tan bonito como una piedra preciosa, con esos brillos y esa luz, lograba cegar a quien estuviera mucho tiempo mirándolos de cerca. Según él, todo se resumía en un enorme problema de autoestima.

Entonces decidí clavar mi mirada en el frente, hacia la cabina del piloto, en las dos azafatas situadas en la zona de intendencia, que reían mientras verificaban si los encargados del suministro habían colocado las provisiones correctamente.

Un chico alto, moreno y de aspecto algo desaliñado, que acababa de entrar, se colocó en el centro de mi campo visual, convirtiéndose en un suculento objeto de estudio. Parecía que viajaba solo y había apurado el embarque, ya que su respiración estaba agitada y se mostraba un poco nervioso y desubicado. Evaluó las pocas opciones que tenía para poder elegir sitio, decepcionado, hasta que la vio; entonces no dudó en sentarse en el último asiento de mi fila, que estaba justo pegado al de ella. Embelesado, se acomodó. Colocó su pequeña mochila entre sus piernas y se la quedó mirando, hipnotizado, hasta que se vio obligado a mirar en otra dirección, ya que estaba resultando demasiado evidente para todos la atracción que sentía por su compañera de vuelo.

Tras él, la puerta del avión se cerró definitivamente. Ya se había concluido el embarque. El piloto se presentó y las azafatas empezaron hacer las demostraciones del uso del material para emergencias. Toqué la parte de arriba del fuselaje que se disponía encima de mi cabeza, confiando en que allí se encontraran tanto la mascarilla como el chaleco salvavidas.

El avión comenzó a moverse lentamente, siguiendo las numerosas líneas de colores que aparecían dibujadas en el suelo. Nos paramos de repente y, al mirar por la ventanilla, reparé en que el avión se encontraba situado al principio de la pista de despegue. Compulsivamente, revisé que el cinturón de seguridad estuviera bien enganchado y lo ajusté un poco más a la forma de mi cuerpo. El zumbido de los motores resultaba ensordecedor, la adrenalina se acumulaba, acelerando mi respiración y el latido de mi corazón. Cerré los ojos con fuerza y recé con fervor.

Comenzamos a avanzar rápidamente, hasta que fui consciente, gracias sólo a la rara sensación que se había apoderado de mi estómago, que ya no tocábamos el suelo y que, poco a poco, nos elevábamos más y más.

El primer paso en tierras lejanas

Capítulo III

Cuando logré reunir el coraje suficiente, abrí los ojos y miré exhaustivamente a mí alrededor. Todo parecía estar en calma. Las azafatas se estaban preparando para pasar el carrito de bebidas y snacks varios. Algunos pasajeros estaban leyendo y otros miraban por la ventanilla.

Miré de reojo a mi misteriosa compañera, que estaba absorta en su lectura, y fue cuando reparé en el extraño título de su libro: *Faoi rún*[1]. No conocía el idioma en el que estaba escrito, con lo cual me quedé aún más intrigada de lo que estaba acerca de sus gustos literarios. Giré la cabeza hacia mi lado derecho, sin ningún disimulo, para tener una mejor perspectiva. El libro que sostenía entre sus pálidas manos, tenía la cubierta negra y en el centro aparecía grabado en relieve un símbolo geométrico curvilíneo, formado por una hélice de tres brazos en espiral que se unían en un punto central. Su origen céltico era indiscutible, se asemejaba a un *trisquel*[2]; pero éste estaba mucho más elaborado, remarcado en tonos dorados y envuelto en un doble círculo color bronce. Además, en su interior aparecía tallada una especie de cabeza dorada, que lo hacía más singular. Era precioso y, a simple vista, parecía bastante antiguo. Lo extraño era no ver por ningún lado el nombre del autor.

De repente, me di cuenta de que su cabeza se erguía y se giraba hacia mi posición. Desvié rápidamente la mirada hacia la ventanilla y me mantuve inmóvil, para dar la sensación de que llevaba todo el rato mirando por ella. Sentí cómo su mirada se clavaba en mí. Mantuve la respiración, atenta a la percepción de cada uno de sus movimientos. Tuve la suerte de ver su imagen reflejada en mi cristal, lo cual me daba ventaja; tendría más tiempo para elaborar alguna absurda justificación a mi comportamiento. Pude ver como me

observaba fijamente y, como al cabo de unos minutos, perdía interés para ella. Volvió a abrir su libro y se enfrascó de nuevo en su lectura. Solté de golpe el aire retenido, aliviada. Pensé, para mis adentros, que la próxima vez debía ser mucho más sutil en mi espionaje; en esta ocasión casi había sido descubierta.

En cierta forma, debía darle las gracias por obligarme a mirar por la ventanilla, ya que tuve la posibilidad de disfrutar de un paisaje único. Una extensa masa de nubes blancas abarcaba toda la inmensidad del cielo que era capaz de divisar. Eran tan densas y radiantes que parecían cúmulos de nieve. Sus formas redondeadas, y la superposición de unas sobre otras, te precipitaban a concebirlas como un eterno manto de terciopelo blanco, que permanecía invariable a nuestro avance.

¡Qué relativo parecía todo desde allí! La gran velocidad a la que viajábamos parecía transformarse en un lento y suave movimiento, casi imperceptible. Mi alma encontraba paz y sosiego entre aquellas delicadas nubes, tan etéreas y dulces, como lo habían sido mis ilusiones y mis sueños más secretos.

—Perdona, ¿te importaría dejarme mirar un rato por la ventanilla?

—No, por supuesto que no —respondí titubeando.

Con un suave movimiento la dejé paso, reclinándome en mi asiento. Su suave melena acarició mi rostro.

—Es un paisaje impresionante. Me encantaría poder flotar entre ellas y dejarme resbalar por sus suaves desniveles.

Esta vez me quedé muda, no sabía qué contestarle. Hice lo que pude para mantenerme en silencio; hasta que, nuevamente, se dirigió a mí.

—¡Hola! Me llamo Norah, Norah O'Donnell. Y tú, ¿cómo te llamas? —se presentó, mientras extendía hacia mí su mano.

—Me llamo Éire, Éire Daly —respondí, mientras estrechaba la suya.

—Me resulta tan familiar tu nombre... —comentó mientras sonreía.

—Tal vez te suene de alguna moneda de dos euros —dije mientras me reía, recordando mi arrebato infantil en el pequeño café

—. Mi nombre en gaélico significa Irlanda —puntualicé, esbozando una sonrisa.

—No, no lo digo por eso. Tu nombre me resulta excesivamente familiar —sentenció, clavando sus flamantes ojos en los míos.

—¿Ah sí? Y eso, ¿por qué? ¿Nos conocemos? —pregunté realmente intrigada. Estaba convencida de no haber coincidido con ella nunca en ningún otro lugar. Norah se limitó a mirarme con detenimiento y a reírse entre dientes, mientras sus ojos se iluminaban. Me sentí muy incómoda, ya que parecía estar en clara desventaja. Intenté exprimir mi memoria en busca de algún resquicio de pasado en común, pero al rato desistí. Mi búsqueda había sido en vano. Ella seguía siendo para mí, sólo y exclusivamente, una misteriosa compañera de viaje.

Lo único que me resultaba familiar era su forma de hablar. No era española y, aunque su castellano era perfecto sintácticamente, su entonación seguía siendo bastante abrupta al finalizar algunas palabras y excesivamente marcada en fonemas como la "r" o la "ñ", que todavía le causaban problemas de pronunciación.

—El mundo es mucho más pequeño de lo que creemos, los destinos escritos no se pueden cambiar —murmuró en voz baja.

En ese momento, una educada azafata interrumpió nuestra conversación, ya que su meta era lograr tentarnos con todo tipo de aperitivos y bebidas refrescantes. Tanto mi compañera como yo, declinamos el ofrecimiento, más absortas en la observación mutua que en otra cosa.

—Qué libro tan original estás leyendo. ¿De qué trata? —pregunté iniciando de nuevo la conversación.

—Es un libro antiguo y por él viajé a España. Me lo encargó mi novio como un favor, ya que está muy ocupado con su trabajo —me explicó—. Está escrito en un lenguaje antiguo que no conozco bien. Tiene dibujos sobre una espada, pero no entiendo su importancia. Además, el nombre de sus protagonistas es un poco raro: Tethra, Balor, Lóbais, Bres,...

Me quedé callada, sin saber muy bien qué decir.

—¿Vuelves a casa? —me preguntó cambiando de tema.

—No, no vivo en Irlanda. Te habrá despistado mi nombre y mi apellido, pero soy española. Voy a Irlanda a hacer turismo —me apuré a aclarar.

—Bueno, si quieres te puedo aconsejar sobre los lugares más impresionantes que hay en mi país, para que así te lleves un recuerdo muy especial de mi querida tierra natal —se ofreció amablemente.

En ese momento, se delató y confirmó su origen irlandés. Tal vez por eso, de manera inconsciente la había vinculado con el recuerdo de mi padre.

—Me encantaría —respondí más relajada—. Voy un poco a la aventura, la verdad es que no tengo que seguir ningún itinerario de viaje

—¿Cuántos días te vas a quedar en Irlanda?

—Diez días, que descontando el día de ida y el día de vuelta, se quedan en unos ocho días enteros —expliqué.

—Genial. Son suficientes, como para poder hacer un tour en condiciones por la isla. Es más, si quieres podría ser tu guía turística —se ofreció amablemente—. Me encantaría poder volver a algunos lugares que no he visitado desde hace años —comentó entusiasmada.

—Y tú, ¿de qué parte de Irlanda eres?

—De muchas partes y de ninguna en concreto —respondió en tono enigmático.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —inquirí, insatisfecha por su contestación.

La forma tan ambigua que tenía de contestar algunas de mis preguntas, me dejaba un poco "trastocada".

—Es una historia un poco larga y con un final un tanto amargo —contestó con tono triste, mientras sus ojos se apagaban—. Nací en Letterkenny, en el Condado de Donegal, al norte. Estuve viviendo allí hasta los seis años. Los paisajes más salvajes que guardo en mi memoria se esconden en esas tierras mágicas. Luego, destinaron a mi padre repentinamente a Galway, en el Condado de Clare, en la costa oeste de Irlanda. Durante cuatro años fui muy feliz allí, era una ciudad preciosa y sus gentes destacaban por su amabilidad.

Cuando todo era perfecto, como en un cuento de hadas, la inesperada muerte de mi padre, en acto de servicio, destruyó nuestras vidas y propició nuestro último cambio de domicilio a Enniskillen, donde mi tía Kyna tenía una mansión —terminó ahogada por sus tristes recuerdos.

—Lo siento —le dije para intentar consolarla—. Yo también he perdido a mi padre no hace mucho y a mi madre cuando tan solo tenía un mes de vida —proseguí con ternura.

Me llamó la atención, el grado de entereza que había mantenido al comentarle el fallecimiento de mis padres. Esta vez no había llorado ni me había puesto a la defensiva.

—Perdona, soy una tonta. Mira que hace tiempo que ocurrió. Creía haberlo superado en estos doce años; pero, según parece, estas cosas nunca se olvidan —se justificó, un poco avergonzada.

—Entonces, tienes veintidós años —comenté, cambiando de tema, mientras le daba tiempo a recomponerse.

—No, todavía no los tengo, sólo me quedan dos días para cumplirlos, pero prefiero seguir apurando los veintiuno —respondió mucho más animada y risueña.

Si hoy era veintinueve de octubre y sólo faltaban dos días para su cumpleaños, había nacido el treinta y uno de octubre también. Me quedé totalmente alucinada con esta rara coincidencia. Este asombro se debió de reflejar en mi cara de algún modo, ya que mi misteriosa compañera me miraba preocupada.

—Éire, ¿estás bien? ¿He dicho algo que te molestara? ¿Éire, me escuchas? —me preguntó angustiada.

—No te preocupes, estoy bien. He debido de tener una bajada de azúcar. Hoy he tenido muchas emociones y hace demasiadas horas que no como. Pero, de veras, no te preocupes, que ya me encuentro mucho mejor —le dije para tranquilizarla mientras podía sentir como el color volvía a mis pálidas mejillas.

—Siendo sincera, me ha sorprendido un poco el hecho de descubrir que las dos cumplimos años el mismo día, el treinta y uno de octubre —le susurré.

-No me lo puedo creer. Qué coincidencia tan poco casual. *Cinniúint*[3] —contestó emocionada, mientras culminaba la frase con una palabra ininteligible para mí.

Las luces, que indicaban que era obligatorio abrocharse el cinturón, se encendieron inesperadamente, mientras el avión oscilaba bruscamente. Al cabo de unos diez minutos el piloto consiguió salir de la zona de turbulencias y volver a estabilizar el avión.

—Menos mal que ha durado poco, porque me estaba poniendo nerviosa —comentó, mientras se giraba de nuevo hacia mí.

—Imagínate, si tú te has puesto nerviosa, yo ni te cuento. Es la primera vez que viajo en avión —le dije a modo de confesión.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Éire? Me encantaría ser tu anfitriona en Dublín. Acabo de decidir que te alojarás esta noche en mi casa, así te saldrá más barata la estancia; luego... —hizo una pausa para tomar aire.

—Muchas gracias Norah, pero no sé si voy a tener fuerzas para viajar hasta Enniskillen. Me imagino que muy cerca de Dublín no tiene que estar, ya que no me suena de nada —la interrumpí rápidamente, antes de que siguiera haciendo planes por mí.

—¡Pobre mía! —dijo riéndose—. No, no hace falta dormir en Enniskillen, porque actualmente vivo con mi hermano mayor, Lugh, en el centro de Dublín, en un apartamento muy bien comunicado. La vida en la Mansión de mi tía Kyna nos resultaba insoportable. El primero en marcharse fue mi hermano, ya que obtuvo una plaza de policía en la capital; y tras él fui yo. Gracias a una amiga conseguí trabajo como profesora en una escuela de idiomas allí mismo —precisó—. Estoy convencida de que hoy nos dará tiempo a ver lo más turístico de la ciudad, descansar un ratito y organizar el resto de tu estancia —continuó planeando entusiasmada.

—Muchas gracias, pero no quiero molestar y..., menos a tu hermano —contesté rehusando su ofrecimiento—. Ya buscaré algún hotelito barato.

—No aceptó un "No" por respuesta —sentenció mientras me intimidaba con su dura mirada—. Además, mi hermano no está esta

noche; vuelve mañana casi a mediodía. Tenemos la casa para nosotras solas. Es más, estoy segura de que a mi hermano le vas a gustar tanto o más que a mí, con lo cual estaría encantado de alojarte en su casa —terminó entre traviesas risitas.

Realmente, Norah resultaba muy convincente. Y qué decir de su hábil forma de derribar cada uno de los obstáculos a los yo iba aludiendo para rechazar su invitación.

—Bueno, dame unos segundos para meditarlo, por favor.

Entonces, cogió mis manos entre las suyas, me miró fijamente y me dijo:

—Éire, por favor. Necesito que vengas conmigo. ¡Te necesito! Por favor, te lo pido.

El tono de su voz fue tan delicado y embriagador, que me dejó aturdida. Nunca me había sentido tan turbada por la presencia de nadie, ni tan confundida por la acumulación de emociones que me producía. Tengo que reconocer que me desconcertaba su repentino interés por mí; y más si consideraba el hecho que hacia sólo dos horas que nos habíamos conocido. No me cabía en la cabeza que una extraña me invitará a su casa, me mostrara tanta confianza y confesara necesitarme. Era inevitable que mis mecanismos de defensa se pusieran en alerta y por mi mente cruzara, súbitamente, un aterrador pensamiento: ¿y si Norah fuera una peligrosa psicópata que sólo quisiera engatusarme, como a cualquier otra victima más de su macabra colección? Un intenso escalofrío recorrió mi cuerpo de pies a cabeza. Mi corazón, sin embargo, mostraba una obstinada oposición a cualquier tipo de infundada sospecha; estaba loco e irremediablemente cautivado por ella.

La voz del piloto interrumpió mi intrincada lucha interior, para comunicar al pasaje que ya estábamos llegando a Dublín. Sólo quedaban unos escasos minutos para que tomáramos tierra. Miré por la ventanilla y confirmé que ya estábamos en Irlanda. El paisaje era totalmente diferente al que estaba acostumbrada. Todo era verde, es más, pude distinguir de un solo vistazo, aproximadamente, cuarenta tonalidades diferentes de este color. Era una imagen impresionante, a pesar de que el día estaba bastante nublado y la tenue luz apocaba su belleza natural.

—Éire, por favor, qué me respondes. ¿Te vienes conmigo? —me imploró de nuevo mi compañera de asiento—. Sólo quedan cinco minutos para que nos bajemos del avión. Tienes que decidirte —puntualizó, tiñendo de cierta angustia sus palabras.

Tenía razón, debía de tomar una decisión ya. Bajé mi mirada hasta el suelo, mientras seguía reflexionando y, al elevarla y fijarla en ella, respondí:

—Me voy contigo Norah, confío en ti.

Me miró con desmesurada intensidad, se desabrochó el cinturón de seguridad y dio rienda suelta a la tremenda ilusión que le había causado mi decisión, culminándola en un efusivo abrazo. Tomó mi mano con fuerza y no la soltó hasta que se vio obligada para poder coger su maleta del almacenaje superior.

Me sentí extraña en medio de toda esta situación, la cual me desbordaba por completo. La verdad, es que había venido a Irlanda buscando algo y aunque no estaba muy segura de qué iba a encontrar, de lo que sí estaba convencida es que sería lo mismo que, en aquel café de Madrid, había resucitado mi dolorido corazón. Lo había arriesgado todo viniendo sola aquí, dejándome arrastrar por un cúmulo de señales absurdas y que, sin embargo, parecían marcar el nuevo rumbo de mi vida. No sabía si la decisión de irme con Norah sería un gran error y supondría el fin de mis días, pero algo más que una fecha de cumpleaños nos unía y debía averiguarlo. Si por ello perdía la vida, qué mejor que poner fin a mi corta y atormentada existencia entre sus delicadas manos. Estaba rendida a mi destino, la razón quedaba fuera de cualquier decisión y mi corazón era el que marcaba el intrincado son de mis pasos, hasta que sé yo.

La habitación de Lugh

Capítulo IV

Avanzamos por un pasillo de enormes ventanales de cristal. La acumulación de nubes grises en el cielo conseguía opacar toda la superficie hasta convertirla en un enorme espejo, donde se reflejaban nuestras dos esbeltas siluetas al pasar.

Cada centímetro que avanzaba por el aeropuerto se convertía en un suplicio. El cansancio acumulado de los últimos días y mi extrema delgadez me habían convertido en una débil sombra que no conseguía mantenerse en movimiento.

Por fin, llegamos hasta una zona de tiendas, donde Norah había quedado con su novio.

—¡¡Erik!! Has venido —gritó Norah, mientras corría como una desesperada.

Me quedé quieta mientras observaba el romántico reencuentro. Norah se lanzó impulsivamente en sus brazos y le besó con pasión, mientras sus pálidas manos se perdían entre su oscuro cabello.

La escena me afectó más de lo que me hubiera imaginado. Me resultó imposible no recordar los tiempos felices que había vivido con Robert, mi exnovio. Él había sido el astro rey que alumbraba mi ridícula existencia. Todavía guardaba en mis labios el ardiente sabor de sus besos, ahora corroído por el oído y el despecho. «¿Cómo pudo hacerme algo así?», me preguntaba una y otra vez, sin obtener respuesta. «¿Cómo pudo engañarme de esa manera? ¿Cómo pudo jugar con mis frágiles sentimientos y machacarlos hasta hacerlos añicos?».

Noté como la ira se apoderaba de mi cuerpo y mis puños se cerraban y se mantenían en tensión. Todo el amor acumulado en mi corazón se había tornado en un profundo odio y en una insaciable sed de venganza. Las dolorosas imágenes que había intentado

enterrar, comenzaron a bombardear mi mente. Me veía, a mí misma, corriendo por las calles de Madrid, destrozada por la inesperada muerte de mi padre, en busca de mi amado Robert. Al llegar a su portal, llamé al interfono y pronuncié nuestra tonta contraseña: *doux amour*[4]. La puerta de hierro negro se abrió y subí corriendo los dos tramos de escaleras que me separaban del rellano de su piso. Pulsé el timbre con desesperación y golpeé la puerta, descargando parte de mi inconmensurable dolor. La puerta se abrió parcialmente, pero detrás de ella no encontré a Robert, sino a una chica ligera de ropa, que me miraba con cierto aire de triunfo. Empujé la puerta con rabia, me introduje en la casa, y recorrí indignada el pasillo que llevaba hasta su dormitorio. Cuando entré, él se encontraba de espaldas a mí, totalmente desnudo. Dijo: Amy, ¿quién es el aguafiestas que ha llamado a la puerta? Se quedó helado al girarse y percatarse de que yo no era su sexy Amy. Ni siquiera me dio una absurda explicación a la que agarrarme. No pude articular palabra, clavé mis incrédulos ojos en los suyos y salí corriendo. Jamás le volví a ver. A mi padre nunca le gustó demasiado que mantuviera una relación con Robert, ya que pensaba que «ese individuo no me llegaba ni a la suela de los zapatos y que era un vividor oportunista». Creí que su funesta opinión se basaba en unos exacerbados celos paternos. Lamentablemente, mi padre tenía razón desde el principio.

—Éire, no te quedes ahí. Ven que te voy a presentar —me invitó Norah con exaltada felicidad.

—Éire, éste es Erik, mi prometido. Erik, ésta es Éire, la más especial de todas mis amigas —puntualizó.

—Hola, ¿qué tal? —dije mientras me sonrojaba.

Para mi sorpresa vi que no me contestaba. Me quedé parada, mirándole sin saber muy bien que hacer y fue, cuando azarada por los nervios, le saludé con dos efusivos besos. Él me miró alucinado y se ruborizó.

—Erik, no te sorprendas, es española y en su país se saludan con dos besos, uno en cada mejilla —le explicó Norah, mientras hacía titánicos esfuerzos por contener la risa.

En esta ocasión me percaté de que ella le hablaba en inglés, con lo cuál había sido una ingenua al pensar que él dominaría mi idioma también. Ahora entendía porqué no me había contestado: no era un antipático, es que no me había entendido.

La verdad, he de reconocer que Erik me pareció guapísimo. Sus rasgos eran angulosos y sutiles a la vez, sus intensos ojos azules contrastaban de manera insólita con su pelo negro y sus labios enmarcaban una sonrisa un tanto enigmática y socarrona. No me extrañaba que Norah sólo tuviera ojos para él y que cualquier otro hombre le resultara insignificante, como había sucedido con nuestro compañero de fila en el avión. Hacían una pareja perfecta, aunque había algo en él que me inquietaba.

—Estoy encantado de conocerte —interrumpió Erik, con su dulce tono de voz, que resultaba casi tan embriagador como el de Norah.

—Igualmente, el placer es mío —le respondí en inglés.

A partir de este momento, todas las conversaciones que tuviéramos cuando no estuviéramos solas, tendrían que ser en inglés para no resultar maleducadas. Bueno, tampoco me supondría mucho esfuerzo, ya que al tener padre extranjero, era bilingüe y dominaba ambos idiomas por igual.

Los tres juntos salimos del aeropuerto en dirección al coche de Erik, que estaba parado en un lateral. Nos abrió galantemente la puerta y se ocupó de meter nuestro equipaje en el maletero. Me senté atrás y, una vez en el interior, noté que la disposición de los asientos era diferente: el asiento del conductor se situaba a la derecha y el del copiloto a la izquierda. Cuando comenzamos a avanzar por la carretera, también me percaté de que Erik conducía por el lado izquierdo y no por el derecho, y que las glorietas se tomaban en el sentido de las agujas del reloj, no a la contra. Parecía el mundo al revés. En vez de estar en otro país me daba la sensación de estar en otro planeta. Todos estos cambios habían conseguido desorientarme aún más de lo que estaba.

De camino, Norah me contó que había conocido a Erik a través de su hermano Lugh, ya que eran íntimos amigos. Justo el día en que ella llegó a la capital, coincidieron en casa de su hermano y desde ese momento, hacía ya dos años, sólo se habían separado,

obligados, por temas de trabajo. Tenían planes de boda y estaban buscando su futuro hogar. Él ejercía como profesor de Historia Antigua y Medieval, en el Trinity College, una de las universidades más famosas del mundo, situada en el centro de Dublín. Erik, por su parte, me comentó lo orgulloso que estaba de la labor que realizaba su chica en la escuela de idiomas, ya que gracias a sus dotes comerciales, había conseguido firmar numerosos acuerdos con las empresas más importantes del país, dando un gran salto cualitativo.

Sería una hipócrita si no reconociera que la envidia se apoderó de mí durante unos instantes. Parecían tenerlo todo: belleza, juventud, éxito profesional y un futuro prometedor. Yo por mi parte tenía un trabajo mediocre, una vida vacía y un corazón destrozado. Entonces, un enorme sentimiento de inferioridad se apoderó de mí y comencé a sentirme cada vez, más y más pequeña en el asiento. Debieron de notar lo que me estaba pasando, ya que se callaron un rato y luego empezaron a planear lo que haríamos mientras estuviera con ellos.

Avanzábamos en paralelo al río Liffey, que dividía a la ciudad en dos, hasta que giramos para introducirnos en la calle Lower Gardiner, que era donde, en el número ochenta y tres se produciría nuestra siguiente parada. A lo largo de la calle, los grises y uniformes edificios georgianos se adornaban con puertas de vivos colores. El arco acristalado que embellecía la entrada, los elegantes picaportes, y los arriesgados cromatismos de las puertas, eran la única decoración permitida dentro de las estrictas normas de arquitectura georgiana en el siglo XVIII.

Seguimos hasta llegar al último edificio de la quinta manzana, el que tenía la puerta de color azul cobalto. Erik sacó nuestro equipaje, se despidió de nosotras y tras introducirse de nuevo en su coche, desapareció al final de la calle.

—Bueno Éire, por fin hemos llegado a casa. ¡No te imaginas la ilusión que me hace tenerte aquí conmigo! —exclamó entusiasmada.

—Muchas gracias por todo, Norah —contesté agradecida.

Tras la puerta, se encontraba una escalera central, adornada con una regia balaustrada de madera, que distribuía armónicamente los apartamentos por niveles y que acababa culminando en una bóveda

semiesférica, circundada por numerosos tragaluces, por donde la escasa luz del cielo dublinés conseguía abrirse paso.

El apartamento de Norah se ubicaba en el segundo nivel. Una antigua moqueta roja, veteada en el centro, custodiaba toda la longitud del sinuoso pasillo, ocultando en sus entrañas una castigada tarima, que lloriqueaba a nuestro paso. Una vez que alcanzamos la tercera puerta, Norah sacó las llaves y abrió, dejando a la vista un cálido saloncito, habitado por un sofá azul oscuro, un reducido comedor y una vieja librería.

—Entra, no te quedes ahí parada —me sugirió—. No es muy grande, pero resulta muy acogedor —puntualizó.

Dejé mi maleta abandonada en la entrada y seguí a Norah, mientras me enseñaba el apartamento. Enfrente del saloncito, se disponía una pequeña cocina en tonos anaranjados con barra americana y siguiendo por el único pasillo interior que había, se llegaba hasta la encrucijada de tres puertas. Norah abrió, una por una, cada una de ellas: la de la derecha, su habitación; la del centro, el baño; y la de la izquierda la habitación de su hermano.

Su habitación estaba decorada en suaves tonos cremas y llena de recuerdos personales. No era muy grande. Tenía un alargado ventanal por el que se divisaba un pequeño jardín.

El baño era muy coqueto. Las toallas estaban especialmente elegidas para combinar a la perfección con los viejos baldosines que forraban las cuatro paredes.

La habitación de Lugh era mucho más sobria, llegando a rozar lo impersonal. La ventana era mucho más pequeña y entraba poca luz. Los tonos oscuros predominaban, conformando un ambiente denso y pesado. Un regio armario y una triste mesilla aportaban algo de compañía a la triste cama. Aunque algo estrecha, era la única habitación que tenía baño propio.

Una pálida moqueta tapizaba todo el suelo del apartamento. Las cortinas también mantenían el mismo juego monocromo, sólo alterado por las de la cocina, que se permitían la licencia de estar moteadas por unos pequeños adornos de color naranja.

—Éire, he pensado que ocuparás la habitación de mi hermano —me comentó buscando el consenso.

—No sé qué decirte. Es la habitación de Lugh. No me parece apropiado invadir su intimidad de esta manera. Demasiado que ha consentido, sin saberlo, que pase la noche aquí —objeté .

—No te preocupes por mi hermano. Ya te dije que no regresa hasta mañana a mediodía. Cuando llegue ya no estaremos aquí —replicó

—¿Cómo que ya no estaremos aquí? ¿Y dónde vamos a ir? —pregunté totalmente intrigada.

—Era una sorpresa. Pero..., tendré que darte un avance —contestó en su característico tono enigmático—. Mañana, antes del mediodía, estaremos camino de Enniskillen. Ya te conté que mi familia tiene una mansión allí y he pensado que podría ser un buen sitio para celebrar nuestro cumpleaños. Estoy segura de que mi madre preparará algo muy especial para nosotras —concluyó con una amplia sonrisa.

—Me encanta la idea Norah. Te agradezco no tener que verme sola. Este año va a ser tan diferente de los anteriores... —claudiqué emocionada.

—Pues entonces no perdamos tiempo. Deja tus cosas en la habitación y vamos a iniciar nuestro Tour por Dublín —me jaleó en tono impaciente.

Me apresuré a dejar mi maleta y me aseé para estar algo más presentable. La imagen que reflejaba el espejo era muy diferente a la que aquella misma mañana había visto en el ascensor. El color volvía a estar presente en mis mejillas y mis ojos no estaban llenos de nostalgia, sino de ilusión. Por último, me solté la coleta y dejé que mis rizos se acomodarán a lo largo de mi rostro.

—Éire, date prisa —me rogó Norah con premura, mientras golpeaba suavemente la puerta del baño.

Al salir de la habitación, comencé a oír una musiquilla, que fue ascendiendo hasta alcanzar un volumen suficiente como para ser identificada. Era el Cascanueces de Tchaikovsky. Me encantaba esa melodía, era una de mis favoritas desde que mi padre me llevó a ver un ballet ruso que había venido a Madrid por Navidad.

De pronto la música cesó y fue sustituida por la voz de Norah, que atendía la llamada.

—Hola Lugh, ¿qué tal vas? ¿Te falta mucho para llegar? Nosotras ya estamos aquí. Sí, sí. Nosotras —comenzó la conversación.

A partir de ese momento, cerró la puerta de su habitación y bajó tanto su tono de voz, que me resultó imposible poder oír nada. Tras un par de minutos, salió eufórica.

Me hubiera gustado enterarme de todos los detalles de la conversación, saber si le había comentado a su hermano que estaba en su casa y poder averiguar cuál había sido su reacción. Me preocupaba, porque no tenía ganas de incomodar a nadie. En mi foro interno, estaba convencida de que Norah era muy impulsiva, y que, tal vez con Lugh, había recurrido a la política de "hechos consumados", para forzar la situación a su favor. Cuando ya estaba decidida a preguntarle, me eché para atrás. Entonces, la seguí hasta la puerta, sin despegar mis labios, y salimos del apartamento.

Entre libros y leyendas

Capítulo V

Bajamos la calle hasta llegar a The Custom House[5]. Este edificio neoclásico del siglo XVIII se extendía por buena parte de la orilla norte del río Liffey, atravesado en ese punto por el soberbio puente Matt Talbolt. Sus cuatro fachadas estaban decoradas con escudos de armas y esculturas ornamentales. En la zona central del edificio, destacaba una espectacular cúpula de bronce rematada con la presencia de una alegórica estatua.

Como la mayoría de los sitios de interés turístico se encontraban al sur del río, tuvimos que cruzar por el regio puente. Recorrimos toda la calle Tara, hasta su cruce con Pearse, punto donde se emplazaba el Trinity Collage.

Entramos por una de las puertas principales, la que permitía el acceso desde Collage Green y fuimos recorriendo, uno a uno, los fastuosos y sobrios edificios que custodiaban el bello entramado de patios y jardines interiores. Su historia, la historia que se había acumulado en cada piedra y en cada ladrillo durante años, te envolvía de forma "brutal", transportándote a otro siglo. Mientras tanto, Norah, que se había erigido como guía, comenzó la explicación:

-*"El Trinity College fue fundado en 1592 por orden de la Reina Elizabeth I. En un principio, quedaba ubicado a las afueras, al otro lado de los muros de la ciudad de Dublín, casi a un cuarto de milla al sureste de la muralla defensiva, ocupando las tierras confiscadas y los edificios en ruinas del antiguo monasterio. Fue creado con el fin de convertirse en un símbolo de la consolidación de la monarquía de los Tudor en la Irlanda católica."* —hizo una pausa para tomar algo de aire—. ¡Sígueme, Éire! Quiero enseñarte una cosa —terminó

abandonando el tono solemne que había impregnado toda su explicación.

Entramos por una pequeña puerta que estaba casi escondida por la densa hiedra, y subimos por la escalera de caracol hasta el segundo piso. Cruzamos un ancho pasillo y entramos al segundo nivel de la *Long Room*[6], el cual estaba vigilado por una mujer de pelo cano, que era la encargada de la seguridad en toda la Biblioteca.

—¡Hola Charlotte!-dijo Norah.

—Hola Norah —le respondió, mientras me dedicaba una displicente mirada.

—Vamos a saludar a Mary, Mary Talbot. ¿Sabes si, por casualidad, está por aquí? —le preguntó Norah, guiñándole un ojo en señal de complicidad.

—Creo que hoy le correspondía revisar el segundo nivel. Mira a ver si está por ahí —contestó afablemente, mientras que con su mano señalaba la dirección que debíamos de tomar.

Seguí a Norah, que correteaba como una colegiala entre las altísimas y robustas estanterías. El denso olor que se apoderaba del ambiente provenía tanto de las maderas nobles como de aquella cantidad ingente de viejos libros. La luz natural invadía cada rincón, introduciéndose por los enormes ventanales que se distribuían linealmente a lo largo de las paredes laterales, haciendo menos pesada la configuración del espacio.

Oculta por una de las colosales estanterías, se encontraba Mary. Era una mujer muy estilizada, de melena lacia y manos de pianista. Sus delicados ojos azules se clavaron en Norah y, posteriormente, en mí. Dejó con sumo cuidado el libro que mecía entre las manos y se acercó a nosotras.

—¡Hola, Mary! —se anticipó Norah—. Creí que, esta vez, un puñado de libros insurrectos te habían devorado y no habían dejado ni los huesos —terminó con una carcajada.

-Veo que sigues igual de graciosa que la última vez que nos vimos —contestó arqueando una ceja— ¿Quién es tu *partenaire*[7]? .

—Es mi amiga Éire. Es la primera vez que visita Dublín y como le he contado sólo alabanzas de este edificio y de ti, insistió en venir a molestarte un rato. ¡Qué mal educada! ¿No? —explicó en tono burlón.

—¿Es eso cierto, Éire? ¿O sólo es fruto de la invención de una mente perversa y malintencionada como la de Norah? —me inquirió severamente, clavando sus pupilas en mis ojos.

—Yo, yo... —comencé el alegato a mi defensa, mientras me ruborizaba.

—Confieso... He sido yo —interrumpió Norah—. Yo he sido el cerebro maquiavélico que ha organizado todo, la cabecilla de tu futuro secuestro —contestó orgullosa—. Pero mi fin era noble, ya que quería regalar a mi amiga el placer de tu compañía y un trocito de tu erudición —terminó con una picarona sonrisa.

—Todo sea por tu amiga. Haré un esfuerzo exprimiendo mi tiempo —claudicó socarronamente.

Mary nos guió hacia las escaleras que comunicaban con el nivel inferior de la sala y allí fue donde comenzamos la visita. El lugar resultaba sobrecogedor. Desde abajo se obtenía una perspectiva visual mucho más global. A ambos lados de la Long Room, los dos pisos de estanterías culminaban su ascenso en una bóveda de tambor que, al estar forrada de madera, confería una gran solemnidad al techo. La tosca transición entre los dos niveles quedaba amenizada por la preciosa baranda de madera que discurría a lo largo de todo el borde interior.

Mary comenzó con la explicación y para darle un tono más erudito a sus palabras, se puso de nuevo sus gafas de pasta:

-"*Como podéis apreciar este edificio es el centro de cultura más importante del Trinity College y está lleno de historia. Durante el período de expansión de esta universidad (1700-1831), El Parlamento, situado al otro lado de College Green, ahora Banco de Irlanda, hizo generosas donaciones que ayudaron a aumentar su dotación. El primer edificio fue la Biblioteca, comenzando su construcción en 1712; luego, le siguió la imprenta, el comedor,... La Long Room, situada en la planta principal, con casi sesenta y cinco metros de largo, contiene cerca de 200.000 libros, la mayoría de*

ellos son los más antiguos de la Biblioteca. Cuando se construyó, tenía un simple techo de yeso, con estantes para libros en el nivel inferior y una galería abierta. En 1860 se elevó el techo para construir la bóveda en forma de tambor y las colosales estanterías de la galería, como podéis observar. Los bustos de mármol, que están adosados a los lados de la sala, pertenecen a la colección del escultor Peter Scheemakers. También, podemos encontrar el arpa más antigua, y destacar que entre los grandes estudiosos que han asistido a esta renombrada universidad se encuentran Samuel Beckett, Oscar Wilde y Bram Stoker"-cesó orgullosa de su saber.

—¿Bram Stoker? ¿El mismo que escribió Drácula? Es que me encantan los libros de vampiros —pregunté entusiasmada.

—Sí, el mismo. Pero no creas todas esas historias sobre vampiros, todos los "chupasangres" no somos iguales —terminó con una carcajada.

Como no entendí su sentido del humor, opté por callarme y colocarme detrás de Norah, que también parecía algo desconcertada por el comentario.

Mary nos dejó deambular libremente por la sala hasta que sonó su móvil y se vio obligada a apurar el ritmo de la visita. Descendimos a la planta baja, donde se encontraba, en una pequeña sala, una de las exposiciones permanentes más afamadas. Estaba dedicada a la exhibición y contextualización histórica de los evangelios medievales. La estrella, sin duda, era el Libro de Kells, que llegaba a ensombrecer la belleza de sus dos competidores más cercanos: el Libro de Armagh y el Libro de Durrow. Mientras Norah y yo pasábamos de una vitrina a otra, Mary amenizaba nuestra observación con una breve presentación de esos viejos conocidos suyos:

-*"Estos evangelios son unos de los libros más antiguos que se conservan en todo el mundo. Cuando se escribió el Libro de Kells, hace más de 1000 años, Irlanda tenía una población de menos de medio millón de habitantes, que vivían en poblados fortificados a lo largo de la costa y en las vías fluviales del interior. El mensaje de la vida de Cristo se extendía, principalmente, por medio de los evangelios y los escribas y artistas que los producían, disfrutaban de*

una posición privilegiada en la sociedad. Probablemente, el Libro de Kells fue creado por los monjes de Iona a principios del siglo IX. Este manuscrito, de unas 350 láminas, es un compendio del arte y dedicación que ponían los monjes en su trabajo de caligrafía y se supone que se utilizaba en la liturgia, únicamente en ocasiones muy especiales" —terminó precipitadamente ya que, esta vez, la habían venido a buscar dos hombres.

—Chicas, me encantaría seguir ilustrando vuestro paseo, pero me reclaman. Debe de ser algo importante porque no se han limitado a llamar a mi móvil. Desde que soy la directora del departamento de conservación, estoy de lo más solicitada —se excusó amablemente.

Norah le agradeció con un efusivo abrazo el tiempo que nos había dedicado. Mary, me miró fijamente y, dándome la mano, me dijo:

—Espero que tu "amiguita" tenga la deferencia de invitarte al próximo baile del Trinity College. Será una experiencia que nunca olvidarás, ya que es la fiesta de música privada más grande de Europa. Es una de las pocas tradiciones que aún forman parte del calendario de eventos sociales de Dublín. El baile es una parte de nuestra historia. Además, si ella no te invita, no te preocupes que lo haré yo. Sólo necesito que no hagas planes para el segundo sábado del mes de Mayo —terminó con una ligera y comprometedora sonrisa.

—Estoy convencida de que se aburriría contigo. Busca tus propios amigos y deja en paz a los míos, pécora inmunda —interrumpió Norah, con el más ácido de sus sarcasmos.

Le dimos las gracias a Mary, nuevamente, y salimos de la biblioteca.

—Tienes mucha confianza con ella, ¿no? ¿Os conocéis desde hace mucho tiempo? —pregunté.

—Sí. Somos buenas amigas, teniendo en cuenta que las dos estamos enamoradas del mismo hombre —contestó Norah con cierto aire de triunfo, ya que ella era la que había conseguido llevarse "el gato al agua".

—¡No me digas! Pero, si es bastante mayor que Erik —exclamé.

—Y eso, ¿qué importa? El amor no tiene edad. El corazón es un tren de alta velocidad que no elige las vías por las que debe circular — sentenció—. Era algo que se veía venir, según me confesó el íntimo amigo de Erik, tras beberse tres pintas de cerveza. Erik era el alumno de postgrado preferido de Mary, sólo tenía ojos para él. Era tan guapo, atento y estudioso... Ella, por su parte, se conserva muy bien como has podido comprobar. Una mujer tan elegante y con una sabiduría tan inmensa no tardaba en deslumbrar a algún que otro estudiante. Su romance se enfrió cuando él regresó una temporada a Londres, pero las brasas volvieron a avivarse cuando Erik consiguió un puesto de profesor titular aquí. Y, cuando ella ya estaba decidida a ponerse al mundo por montera y romper con todos los convencionalismos, aparecí yo. La verdad, no le hizo mucha gracia. Erik nunca más volvió a mirarla como antes y ella, como buena deportista, supo retirarse a tiempo y aceptar su derrota. Con ello, consiguió mantener la amistad y la admiración de Erik y, en cierta forma, mi eterna gratitud. Además, piensa que compartimos lo más importante para nosotras: a Erik.

Me había quedado sin palabras. La verdad es que no había percibido suspicacia alguna por parte de ninguna de ellas. Es más, hubiera jurado que se tenían mucho cariño y podían presumir de tenerse una gran confianza.

Norah miró el reloj y decidió terminar con los cotilleos. Debíamos darnos prisa para poder completar el programa de hoy. Abandonamos el Trinity College y seguimos en dirección a la calle Grafton. A partir de la segunda manzana de edificios se volvió peatonal. Tal vez, por esta razón, estaba tan transitada en comparación con otras. Éste fue el único lugar donde, por primera vez, el bullicio del gentío llegó a rivalizar con el graznido agudo y taladrante de las gaviotas, que dominaban el plomizo cielo de Dublín.

En este punto, a nuestra derecha, apareció la bella estatua de una mujer. Su vestido era de época y su generoso escote dejaba a la vista parte de sus turgentes pechos. Con una de sus manos asía una pequeña carretilla y con la otra sujetaba unos de los tres cestos de mimbre que transportaba.

—Es la estatua de Molly Malone. Según cuenta la leyenda, Molly era una vendedora de berberechos y mejillones, muy conocida por todo este barrio. Sin embargo, un día murió sin que nadie hiciera nada por ella. Algunas voces aseguran que su fantasma sigue aún entre nosotros y que todas las noches recorre estas calles vendiendo mariscos. Quien sabe, tal vez la mató un "chupasangres"— terminó entre risitas.

Asentí con la cabeza y seguí de nuevo a Norah, que se había sumergido entre la multitud, intentando avanzar. Había tanta gente que apenas se veía el precioso enlosado rojo que cubría la calle. Dos filas laterales de cuidados y coloristas edificios escoltaban la calle Grafton en su ascenso, hasta alcanzar su final en los brazos del bello parque Stephen's Green. Las flores multicolores monopolizaban casi todos los alfeizares, mientras que las insolentes gaviotas nos vigilaban desde los que quedaban libres. En la esquina con la calle Wincklow, un grupo de música celta amenizaba las compras de los viandantes.

-Me parece increíble que con un *Uilleann Pipes*[8], un *Bodhrán*[9], un violín y un *Tin Whistler*[10] consigan hacer una música tan llena de energía y tan trepidante —comentó Norah con los ojos centelleantes.

Ya la iba conociendo un poquito y aquella mirada era un aviso. Seguro que en cuestión de segundos, haría alguna de sus impulsivas locuras. No me equivoqué en absoluto, porque antes de darme cuenta, me había cogido de las manos y estábamos en medio del corro que se había formado en torno a los músicos. Se acercó sigilosamente, como una culebra, al que tocaba el tambor y no sé qué le dijo al oído, que pararon de tocar. Se miraron entre ellos y empezó la función. Norah me situó enfrente y me guiñó un ojo, señalando muestra de complicidad.

Intentaba con desesperación adivinar qué era lo que estaba planeando, qué era lo que se disponía a hacer y qué era lo que en esta ocasión me iba a obligar a hacer. Reconocí la canción en cuanto empezó. Mi padre tenía predilección por ella.

El comienzo era suave y envolvente. Sólo once solemnes campanadas, espaciadas por un sordo silencio y un discreto toque de violín a partir de la tercera, te arrancaban de este mundo y te elevaban a otro lugar. Mientras tanto, Norah se desprendió de su abrigo y me insistió para que hiciera lo mismo. Menudo ridículo estaba pasando: dos chicas dispuestas a realizar una actuación callejera de baile irlandés.

Cuando Norah comenzó a mover sus pies, toda mi atención se concentró en ella. Si observaba con detalle cada uno de sus movimientos, tal vez pudiera predecir el comienzo del siguiente. ¡Menos mal que mi padre me había enseñado algo de danza irlandesa! Aunque no era tan virtuosa como Norah, podría tener alguna posibilidad de salir de este apuro de forma medianamente exitosa. Sus pies sólo contactaban con el suelo por las puntas. Los movía con delicadeza, como si revolotearan encima de las baldosas rojas. Giraba, daba saltos y subía sus piernas hasta tocarse la frente. Era impresionante ver cómo a medida que el ritmo de la música se hacía más rápido, sus píes aceleraban sus movimientos, sin por ello perder ni un ápice de belleza o precisión. Estaba tan concentrada en coordinar de forma adecuada mis pies, que en segundos dejé de percibir las miradas de la gente, que se agolpaba para observarnos.

El rugido del tambor indicó el cambio de ritmo. Ahora los pasos eran más rápidos, marcados y los talones cobraban protagonismo con cada acorde. Empezó a mover sus pies de forma frenética, siguiendo el ritmo de la música, que cada vez era más apresurado. El esfuerzo me estaba pasando factura. Mi respiración se aceleraba cada vez más y más. Sentía correr la sangre de mis venas a toda velocidad. Todo mi cuerpo estaba a punto de ebullición. La energía que me abandonaba, parecía introducirse de nuevo en mí, gracias al trepidante ritmo de la música, que me animaba a continuar.

Cuando terminó la música, una avalancha de aplausos cayó sobre nosotras. Norah estaba exultante. Sus ojos eran dos faros verdes, que iluminaban al público; su pelo, algo alborotado, hacía más salvaje su belleza; y el color rosa que se había apoderado de sus mejillas, le daba un aspecto más vital y fogoso. Yo, por mi parte, me sentía plena. Estaba exhausta, pero llena de vida. Notaba como mi

ser había despertado del letargo, había roto las barreras y se expandía por el aire que respiraba.

Los aplausos continuaban mientras desaparecíamos por un pequeño hueco que había dejado libre la multitud. Nos introdujimos de nuevo en la calle Grafton y seguimos ascendiendo, hasta pararnos justo en la puerta del Bewley's Oriental Café.

—¿Te parece bien si hacemos una parada aquí, aprovechamos para comer y descansamos un rato? —me preguntó en un tono dulce y sosegado, mientras miraba su reloj.

—¿Y desde cuándo me preguntas si me parece bien algo? —contesté con toda mi ironía, mientras clavaba mis ojos en ella.

—No te enfades conmigo, Éire —me suplicó mientras que con su brazo me conducía a la puerta de entrada.

La verdad es que no estaba enfadada, sino muy agradecida. Gracias a locuras como esa, estaba consiguiendo salir del oscuro pozo donde había decidido ocultarme de los demás y de mí misma. El intenso dolor que había llegado a anestesiarme en cuerpo y alma se diluía poco a poco. Norah conseguía insuflar en mi corazón un torrente de emociones positivas que me recordaban lo que parecía haber olvidado: aún seguía viva.

El eco de las sombras

Capítulo VI

Su olor se condensó, repentinamente, en aquella extraña estancia, excitándome por completo. El calor de su cuerpo se apoderó de mis sentidos, abocándome al abismo de la locura. El deseo que se acumulaba en sus labios, de puro terciopelo, me hacía sucumbir a su ensortijado contoneo. Mis manos, ahogadas en la más absoluta desesperación, recorrían con ansia toda la extensión de su frágil cuerpo. Era ella de nuevo. Encima de mí parecía una diosa de fuego. Su pelo, largo y negro como el azabache, acariciaba sutilmente mi pecho, mientras que sus ojos se tatuaban en el fondo de mis dilatadas pupilas. Tenía un ojo de cada color. Uno era verde esmeralda y el otro, azul grisáceo. Ambos centelleaban como dos enormes luceros en aquella sinuosa y velada oscuridad. Recorrí sus delicados pechos con mi mano y descendí hasta su ombligo, que quedaba engalanado con una piedra de color verde. Con mi dedo índice repasé el contorno del hermoso tatuaje que lo enmarcaba. Era una estrella de siete puntas y cada una de ellas culminaba en un enigmático símbolo. Sin duda era Éire, mi preciosa y misteriosa Éire, la misma mujer que había acaparado mis sueños desde que tenía uso de razón. Enloquecido, agarré sus caderas con determinación, mientras secuenciaba su fogoso movimiento acorde con mi agitada respiración. De repente, un humo denso comenzó a opacar la imagen hasta convertirla en nada. En ese momento desperté bruscamente.

—Lugh, ¿te apetece ir a tomar un café? Creo que nos vendría bien salir un rato de esta oficina e ingerir algo de cafeína —me insistió.

Mi cara debía de ser una mezcla de sorpresa y consternación. Brian, mi inseparable compañero de batalla, había sido el

responsable del fin de mi maravilloso sueño con aquella mujer.

—¿Qué te pasa Lugh? Tienes mala cara. Te estás haciendo viejo y ya no soportas como antes el frenético ritmo laboral de un policía —terminó con una amplia sonrisa.

—No. Sólo tengo veinticinco años. ¿Eso es ser viejo para ti? Déjalo ya y vamos a tomar un café. Eso es lo que querías, ¿no? —respondí malhumorado.

Agarré mi chaqueta, el móvil y salimos por la puerta en silencio. Odiaba que me interrumpieran cuando tenía esa clase de sueños. Me resultaba doloroso volver a la dura realidad sin ella. En otra época, llegué a pensar que me estaba volviendo loco. ¿Cómo era posible sentir todo aquello por una mujer que nunca había conocido y que no sabía a ciencia cierta de su existencia?

«¿Cuánto tiempo podía llevar soñando con la misma desconocida?». Según mi hermana Norah, toda la vida. Había sido testigo, noche tras noche, de como la llamaba con desesperación en sueños. Mi madre, tras enterarse por la chismosa de mi hermana, intentó averiguar la causa de lo que ella denominaba: recurrentes pesadillas. Su objetivo era erradicarlas definitivamente. Yo me resistía a considerarlas así. Mi madre lo intentó todo, pero sólo cosechó un estrepitoso fracaso. Al final, desistió y lo llegó a ver, incluso, como algo cotidiano.

—Lugh, ¿has visto algo de luz en este caso? —inquirió expectante Brian, mientras acercaba a sus labios la taza de café.

Era difícil contestar a mi compañero con el dolor de cabeza que tenía. La verdad es que estaba muy desconcertado. Había muchos flecos que atar y no tenía una línea definida de investigación. Me bebí el café de un sorbo y me quedé pensando.

—No, Brian. He mirado las fotos que tomó el granjero, una y otra vez y no le encuentro lógica alguna —contesté algo desolado, mientras clavaba mis ojos en los posos del café que se acumulaban en el fondo de mi taza.

—Yo también estoy algo confundido. Lo mejor será repasar juntos los acontecimientos, a ver si así ordenamos nuestros pensamientos —propuso Brian, dejando la taza vacía en la mesa —. ¿Por qué no empiezas tú? —me animó

Entonces, comencé a narrar todo lo acontecido desde el principio, mientras él tomaba notas esquemáticas en la estrecha servilleta de papel. Sin duda, formábamos un buen equipo.

Nos habían transferido el caso desde las dependencias policiales del Condado de Donegal, ya que nuestra unidad se encargaba de los casos más complicados y delicados, que pudieran llegar a generar una alarma social. No era fácil formar parte de nuestro equipo. Además de la formación policial, se requerían tres años de especialización en tareas forenses y dos de criminología superior.

En la carpeta del expediente sólo encontramos un breve resumen del contenido de la inquietante llamada. Un granjero de la comarca, aterrado, narraba que en una de las zanjas que había abierto en su explotación agraria, había encontrado una docena de cadáveres de niños en descomposición, degollados y desangrados. Solicitaba que alguna autoridad lo ayudara a sacar esos cuerpos de sus tierras y que se investigara la autoría de la masacre.

Enseguida, nos pusimos en contacto con él. Conseguimos ratificar la información remitida y decidimos salir inmediatamente hacia sus terrenos. Gracias al helicóptero del que disponíamos en nuestra unidad, llegamos antes de lo previsto. Aidan, el granjero, nos estaba esperando con ansia en el exterior de su casa para repetir de nuevo, como un autómata, el discurrir de los hechos. El tiempo no acompañaba en absoluto, ya que apenas teníamos luz y estaba lloviendo cada vez con más intensidad.

Aunque las condiciones climatológicas no eran las mejores, llegué a distinguir dos curiosas cabecitas que se asomaban alternativamente por una de las ventanas de la casa. Aidan me comentó que eran sus hijas, las cuales se encontraban muy inquietas y consternadas. La mayor, le había acompañado aquella tarde y tuvo que ver la desagradable escena.

Nos montamos los tres en el todoterreno de Aidan. La zanja donde se hallaban los cadáveres quedaba más al norte, a unos diez kilómetros de donde nos encontrábamos. Según nos comentó el granjero, eran unas tierras que acababa de heredar de su padre y que llevaban tiempo sin trabajarse. Con tanta agua que estaba cayendo, el terreno se volvía más fangoso. Cuando llegamos al lugar

exacto, los tres saltamos del vehículo con gran ímpetu, intentando apurar los últimos momentos de luz, antes de sucumbir a la completa oscuridad. Nos asomamos a la zanja y apuntamos nuestras linternas a su interior.

Sorprendentemente, allí no había nada. No había rastro de ninguno de los cuerpos, ni señales alrededor que confirmasen que alguien los hubiera metido o sacado. Aidan, sobrecogido, repetía una y otra vez que él los había descubierto. Comenzó a jurar por Dios, por sus muertos y por su familia, que decía la verdad, que él los había visto allí, apilados y sin vida.

Me retiré de la escena y examiné los alrededores atentamente. Todo parecía estar en calma absoluta. Las únicas huellas que se podían apreciar eran las nuestras. No había rastro alguno que seguir. El terreno estaba algo blando, con lo cual si alguien hubiera intentado mover los cuerpos, habría dejado alguna marca en la tierra.

Mientras Brian fotografiaba el escenario, iluminando a ráfagas el oscuro lugar, me dediqué a delimitar el perímetro de actuación, estudiando con detenimiento el área que quedaba definida en su interior. Tomé muestras de tierra, recogí algunos objetos que se encontraban en el lugar, siguiendo la rutina científica; aunque seguía pensando que, tal vez, esto sólo fuera una forma de llamar la atención o algún tipo de broma pesada. Brian, refunfuñando, se introdujo en el interior de la zanja para fotografiar el surco de cerca. Le pasé algunos tarros para que recogiera algunas muestras del fondo y le pregunté si observaba algo raro. Me contestó que nada había llamado su atención y que se estaba quedando helado, sumergido en el agua fría de la zanja.

Desde mi posición, detecté una extraña acumulación de agua, que tal vez pudiera deberse a un desnivel del terreno. De todas formas, le pedí a Brian que recogiera dos muestras más: una del líquido y otra del estrato del fondo. Cuando terminamos el trabajo ya era noche cerrada. Tanto Brian como yo, nos encontrábamos agotados por el esfuerzo realizado. Al unísono decidimos regresar a casa de Aidan a tomar algo y a ordenar todo el material recopilado.

Además, por experiencia, si pasábamos más tiempo con él, se sentiría incómodo y esto podría propiciar una nueva confesión.

El camino de regreso lo hicimos en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Al llegar, Aidan se puso bastante nervioso, más incluso que la primera vez que le vimos. Sus hijas salieron a recibirle afectuosamente. En ese momento, se derrumbó y comenzó a llorar angustiosamente. Ambas se alteraron, al ver el estado en el que se encontraba Aidan. La mayor, Róisin, gritaba a los cuatro vientos la inocencia de su padre, ya que suponía que le habíamos inculpado. Brian intentó quitar crispación al momento, hablando por separado con las niñas. Para mi sorpresa, Róisin, angustiada, se introdujo en la casa a toda prisa, dando un sonoro portazo.

Mi compañero y yo nos miramos alucinados. Esta situación y todo el cúmulo de circunstancias que se disponían a su alrededor, estaba comenzando a ser muy sospechosa. Tal vez, el padre había montado esta historieta, involucrando también a las menores, para conseguir notoriedad o fama. Tal vez, aspiraba a realizar un recorrido por las televisiones, mientras engordaba los números de su cuenta corriente.

La hija salió de nuevo de la casa. Con el mismo ímpetu con el que había entrado y entre sollozos y gritos, nos enfrentó con la pequeña pantalla de su teléfono móvil. La imagen que proyectaba era bastante nítida y clara. La foto era de la misma zanja donde habíamos estado, pero esta vez, con los cadáveres en su interior. Nos explicó que la había tomado esa misma tarde, cuando había acompañado a su padre a ver el estado de las fincas de su abuelo. Brian verificó, gracias a las propiedades de la imagen, que era cierto lo que la niña relataba. También, nos enseñó otras tres más que había hecho a escondidas de su padre. Brian volcó todos los datos del teléfono de Róisin en su pequeña agenda electrónica, para poder trabajar con las nuevas fotografías.

Efectivamente, los cadáveres habían estado allí, en el fondo de esa zanja. Sin embargo, ahora parecían haberse volatilizado, sin dejar ningún tipo de prueba, como por arte de magia. Tras la aparición de estas nuevas pistas, comenzamos a rastrear el entorno

de Aidan, a los amigos, enemigos, familiares..., para intentar encontrar el sentido de todo aquello.

Aidan nos comentó que vivía solo con sus dos hijas, ya que su mujer falleció hacía cinco años. No tenía hermanos, ni otro tipo de parientes vivos, ya que incluso su padre había fallecido hacía un mes. No debía dinero a nadie y mantenía una buena relación de amistad con sus vecinos. Tampoco había recibido ningún tipo de amenaza o chantaje. Su vida era de lo más tranquila y normal. Como entre su círculo más cercano no encontramos indicios certeros de nada, pasamos a analizar las relaciones que mantenía con los empleados de su explotación agraria. Según nos comentó, eran tres hombres y dos mujeres los que colaboraban activamente en el mantenimiento de sus tierras. Pol O'Rourke tenía cincuenta y seis años y llevaba veinte al servicio de la familia de Aidan. Su relación era casi fraternal y rezumaba confianza plena. Los otros dos hombres, de treinta y veinticuatro años respectivamente, eran hijos de Pol. Seán, el mayor, llevaba desde niño trabajando al lado de su padre y era muy responsable; Liam, el pequeño, era más rebelde pero noble como un toro. Él era el que se dedicaba en cuerpo y alma a mantener en perfectas condiciones de fertilidad las tierras que recientemente Aidan había heredado. En cuanto a las dos mujeres, también tenían relación con Pol. Sorcha, su esposa y su hija mediana, Máire, se dedicaban a las tareas del hogar y al cuidado de las hijas de Aidan.

Tras terminar de bucear en la vida de Aidan, nos pusimos en camino hacia la casa de Pol. Era bastante tarde, pero el posible asesinato de doce niños era más importante que el sueño de ninguno de nosotros.

Además de prestarnos su coche, Aidan, algo más relajado, se ofreció amablemente a acompañarnos a casa de los O'Rourke. Rehusamos su ofrecimiento, ya que su presencia podría contaminar o distorsionar de alguna manera el interrogatorio de sus vecinos. Tuvimos que recorrer unos dos kilómetros para toparnos de frente con la regia casa de los O'Rourke.

Llamamos a la puerta y esperamos unos minutos a que nos abrieran. Estaba claro que nos habían oído llegar, ya fuera por el

agudo timbre o por el constante ladrido de los perros. Tras la puerta, se asomó un hombre de pelo cano y gesto torcido, que no parecía muy contento de recibir nuestra visita a aquellas horas de la noche. Nos tuvimos que identificar para poder acceder al interior de la vivienda, además de comentarle qué era lo que nos traía por allí. Aunque siguió manteniendo un "rictus" serio, el hombre intentó ser amable y levantó a su mujer para que nos preparara algo caliente.

Sorcha apareció por el pasillo del fondo, que apenas se encontraba iluminado por una vieja lámpara de pared. Físicamente, no era muy agraciada, pero su dulzura y alegría difuminaban aquellos difíciles rasgos faciales, que se empeñaban en hacerla parecer algo hosca. Le agradecimos de corazón que nos agasajara con un té caliente, ya que la noche estaba bastante desapacible y la humedad llegaba hasta la médula de nuestros huesos. Los dos mantuvieron una actitud distendida y confiada en todo el interrogatorio, que se demoró algo más de media hora. Nos comentaron que llevaban trabajando para Aidan y su padre unos veinte años y que en todo ese tiempo, no habían tenido ninguna discusión o malentendido. Pol confesó que Aidan era como un hermano para él y Sorcha apostilló, con lágrimas en los ojos, que aquellas niñas eran como sus propias hijas. Se quedaron estremecidos, cuando les contamos lo que había aparecido en una de las zanjas que se habían abierto en las tierras del padre de Aidan. La expresión de sus caras era una mezcla entre horror e incredulidad. Ellos tampoco se imaginaban quién podía haber hecho algo así e ignoraban quién podía tener algún interés en poner a Aidan en una situación tan comprometida.

Tras terminar con ellos, les pedimos que avisaran a sus tres hijos para tener la posibilidad de hablar un rato con ellos. Manteniendo la misma actitud colaboradora del principio, Sorcha se levantó del enorme sofá de felpa donde nos habían acomodado. Transcurridos unos minutos, apareció seguida de dos figuras un tanto oscuras: eran Seán y Máire. Ambos estaban un poco aturdidos y no parecían muy amables. Máire se sentó frente a nosotros y nos miró fijamente escudriñando nuestras intenciones. No había duda de que era hija de sus padres. Lamentablemente, esos rasgos difíciles tan

característicos de los O'Rourke, también se habían apoderado de su cara. Me llamó la atención el brillo del colgante que se entreveía entre la botonadura del cuello de su camisón. Era muy similar a un trisquel, pero éste estaba mucho más elaborado, remarcado en tonos dorados y envuelto en un doble círculo color bronce. En su interior, quedaba grabada una especie de cabeza dorada, que hacía más singular el colgante. Poco a poco, las respuestas de Máire fueron tornándose más escuetas y forzadas, al contrario que su hermano que contestaba de forma relajada a Brian. Incluso su apático rostro fue mostrando signos de incomodidad ante mi insistencia en algunas preguntas claves del interrogatorio.

Cuando pregunté por Liam, el ambiente se enrareció aún más y el silencio pareció apoderarse de todos ellos. Brian repitió de nuevo la pregunta y Sorcha, algo sofocada, se apresuró a contestar, de forma seca. Su hermano no estaba, ya que se había ido con su novia a pasar unos días a Kerry y no volvería hasta el fin de semana. Le di un golpe a Brian en la pierna, recordándole que ya era bastante tarde para seguir con nuestra rueda de preguntas, y tampoco teníamos indicios de arresto contra ellos. Llegados a este punto, resultaría más productivo parar y revisar la información recogida. Les dejamos nuestro número de teléfono, por si recordaban algo más o veían algo raro por la zona. También les pedimos que cuando volviera Liam, se pusiera en contacto con nosotros para completar la investigación.

Pol nos acompañó a la puerta, mientras el resto de su familia volvía a sus dormitorios. Con los ojos algo vidriosos, nos manifestó el malestar que le producía toda esta rocambolesca historia y se comprometió a seguir colaborando con nosotros en un futuro. Mientras avanzábamos hasta el coche de Aidan, accidentalmente alumbré con mi linterna a un tractor que se encontraba oculto en un viejo techado. Me acerqué a reconocerlo y tomar algunas muestras. Las enormes ruedas estaban aún llenas de barro y tenía un árido polvillo rojo, acumulado en los limpiaparabrisas. Me asomé a través del cristal de la ventanilla para poder ver si había algo en su interior, pero fue imposible identificar algún elemento extraño. Brian sacó varias fotos, tanto del tractor como de las marcas que había dejado

en la tierra, incluso. Antes de finalizar, decidió tirar una última a la matrícula, por si en algún momento la necesitábamos. Cuando llegamos a la casa de Aidan, todas las luces ya estaban apagadas, por lo que decidimos regresar a la oficina y volver a contactar con él por la mañana. Las llaves del todoterreno se las dejamos en el interior de su buzón para no causarle más trastornos.

—Resulta increíble la capacidad memorística que tienes —apostilló Brian, mientras le indicaba a la camarera que le sirviera un poco más de café.

—El resto de la historia, ya lo sabes. Ahora, a esperar los resultados de las muestras —terminé con una mueca colmada de intriga.

La guapa camarera tuvo la deferencia de rellenar de nuevo mi taza de café, gesto que agradecí sinceramente con la más amable de mis miradas. Pero no tuvo el efecto esperado, ya que me giró la cara desairada. Tal vez, mi buena intención quedó neutralizada por las gafas de sol, que escondían mis ojos desde el día que murió mi padre y que acentuaban mi hieratismo. En ese momento, sonó mi móvil, haciendo vibrar el cristal de la mesa donde se encontraba apoyado. ¡Menos mal que programaba con anterioridad las alarmas, para no olvidar mis compromisos familiares! Tenía que llamar a mi hermana, para verificar que había llegado bien a Dublín y confirmar que Erik había ido a recogerla. Marqué su número y esperé unos instantes hasta oír su voz al otro lado.

—Hola, Lugh. ¿Qué tal vas? ¿Te falta mucho para llegar? —me preguntó demasiado alegre.

—¿Llegar a dónde? Anoche mismo regresé a Dublín —contesté extrañado.

—Nosotras ya estamos aquí —me comentó expectante.

—¿Cómo que vosotras? ¿Por qué utilizas el plural? —pregunté intrigado.

—Sí, sí, nosotras —contestó en tono enigmático, el cual me resultaba en muchas ocasiones desesperante.

—Norah, no estoy para bromas. No he dormido nada y tengo mucho trabajo como para estar contemplándote —espeté algo cabreado.

—No te enfades conmigo. Tengo una sorpresa para ti que te va a cambiar la vida por completo —hizo una pausa para tomar aire y prosiguió—. Ahora mismo, está en tu casa la mujer de tus sueños, Éire —terminó esperando mi reacción.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que te has encontrado con una chica que crees que puede ser mi Éire y no has tenido una idea mejor que meterla en mi casa? Norah, definitivamente has perdido la poca cordura que te quedaba —sentencié aún más enfadado, mientras Brian me miraba intrigado.

Creo que nunca me había visto tan nervioso y alterado. Estaba acostumbrado a tener a su lado al hombre de hielo, inmutable y controlado hasta el extremo.

—Me da igual lo que digas, Lugh. Lo único que rezuman tus palabras es miedo. Estás muerto de miedo. Era más sencillo soñar con ella, que estar frente a frente. Lugh, esta chica es real, se llama Éire, tiene el pelo negro como el azabache y uno ojo verde esmeralda y otro azul grisáceo. ¡Es ella, estoy segura! Confía en mí. Llámalo intuición femenina, pero desde el mismo momento que la vi en el asiento del avión supe que era ella, tu anhelada Éire —intentó explicarse.

—¿Cómo que en el asiento del avión? ¿Ha viajado contigo?

—Sí. He volado desde Madrid a Dublín sentada a su lado. Su padre era irlandés. Tal vez haya venido a encontrar sus raíces, o... a conocer al amor de su vida —finalizó entre chispeantes risitas.

El corazón se me salía por la boca y la respiración se entrecortaba al ser tan acelerada. No podía ser real todo aquello. Seguro que mi hermana se había apresurado en su identificación. Llevaba años soñando con la única mujer que quería tener en mi vida. Ahora, esa imagen onírica, se tornaba realidad. Sin duda, mi hermana tenía razón, estaba muerto de miedo. ¿Y si no sentía nada al mirarla a los ojos? ¿Y si ella me rechazara, o sólo sintiera indiferencia por mí? De repente, me acordé del tatuaje en forma de estrella y el pendiente verde que adornaban su ombligo. ¿Y si esa chica no lo tenía? Entonces, no sería mi Éire, aunque pudiese parecerlo.

—Tienes que mirarle el ombligo. Si es mi Éire, tendrá un tatuaje en forma de estrella de siete puntas, terminando cada una de ellas en un símbolo y un pendiente verde —la exigí angustiado.

—¿Cómo pretendes que la mire el ombligo? ¡Tú sí que estás completamente loco! Me ha costado muchísimo convencerla para que se viniera conmigo, para que pasara la noche en tu casa, y ahora pretendes que le pida que me enseñe la tripa. ¿Qué quieres, que piense que soy una loca asesina con rasgos fetichistas? Eso es imposible —se justificó enfadada.

—Quiero verla. Necesito verla. ¿Dónde estáis ahora? —pregunté de forma ansiosa.

—Ya te lo he dicho. Estamos en tu casa, Lugh. He conseguido que confíe en mí y se decidiera a pasar la noche aquí —contestó exaltada.

—Voy para allá. Dame unos minutos y enseguida estoy ahí con vosotras para salir de dudas —le advertí, exaltado.

—Eso es imposible. ¡No puedes venir! La espantarás. Además, le dije que no volverías hasta mañana al mediodía y que para entonces ya estaríamos camino de Enniskillen. Entiéndeme, no puedes aparecer "como por arte de magia" y poner en peligro lo que tanto me ha costado conseguir —respondió enfadada.

Brian se levantó y, con un sutil gesto, me comunicó que volvía a la oficina para dejarme más intimidad. La cabeza me daba vueltas intentando encontrar una solución. Necesitaba verla, pero no podía hacerlo de forma tan directa para no ahuyentarla. El miedo y la impotencia se apoderaban de mi cuerpo, tensando todos y cada uno de mis músculos. Respiré hondo e intenté tranquilizarme.

—Está bien. Lo haremos a tu manera, de forma gradual. ¿Por dónde vais a estar esta mañana? —pregunté algo más sereno.

—He pensado que sería buena idea enseñarle Dublín. Cuanto más tiempo pasemos juntas, más amigas nos haremos. Así conseguiré ganarme su confianza por completo— comentó.

—¿Qué te parece si quedamos dentro de dos horas y media en el St. Stephen's Green? Es un buen sitio para hacer una parada en tu recorrido y es el lugar ideal para poder verla, manteniendo una distancia —le sugerí.

—Está bien, de acuerdo. Pero no hagas ninguna estupidez. Estaremos allí dentro de dos horas y media. ¡Hasta luego! —se despidió.

Cuando colgué el teléfono respiré tan profundamente como pude. El deseo y el amor acumulados durante años se habían disparado y controlaban mi ser a su antojo. Era imposible, no podía ser ella. Después de tanto tiempo, después de tantos años...

Apuré mi taza de café y salí a la calle a tomar el aire. De nuevo, sonó mi móvil. Era Brian. Me llamaba para decirme que nuestro jefe quería mantener una reunión urgente con nosotros. Había que tratar el tema de los cadáveres de Donegal.

Ya no tenía más tiempo para elucubrar hipótesis acerca de la chica que estaba en mi casa. Debía concentrarme en mi trabajo, donde realmente era bueno.

Encuentros del destino

Capítulo VII

El Bewley's Oriental Café estaba abarrotado de gente. En una de las esquinas del primer piso, Norah encontró una acogedora mesa con dos sillas. Sin pensarlo, corrió flechada a su objetivo, anticipándose a una pareja que también se había percatado de la presencia de aquella solitaria mesa. Se sentó mientras me indicaba con la mano que hiciera lo mismo en el asiento que aún estaba libre. Norah miró de nuevo su reloj y la desazón se apoderó de su cara. Debíamos de darnos prisa, ya que si no, no nos daría tiempo a ver todo lo que estaba planeado para ese día.

—¿Qué quieres tomar, Éire? Aquí tienen unos sándwiches deliciosos y unos pastelitos que deben ser pecado —comentó entre risitas.

—Creo que me pediré un refresco y un sándwich.

—Los hay de varios sabores. ¿Cuál te apetece más?

—No sé, la verdad. Tendría que acercarme a verlos.

—A mí me encanta el de salmón marinado —apostilló Norah.

—Si quieres voy yo a pedirlo —propuse.

—¡Genial! Te espero aquí y así llamo a Erik para preguntarle si esta tarde puede salir más pronto y unirse a nosotras —respondió agradecida.

Me costó trabajo llegar al mostrador. La gente parecía reencontrarse en aquel café y al formar pequeños grupitos hacían más complicado el paso. Esperé mi turno pacientemente, aunque mis tripas rugían. Una mujer de pelo rojo me preguntó qué quería, sin despegar los ojos de la hoja de pedidos.

—Por favor, póngame dos refrescos y dos sándwiches de salmón —le pedí amablemente.

—Un momento, ahora mismo se lo sirvo en la mesa —afirmó.

—No, por favor, no se moleste, ya lo llevo yo. Usted está muy solicitada —me ofrecí, mientras al mirar de reojo, pude comprobar como la fila de hambrientos consumidores se hacía cada vez más larga.

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada —dijo, llenando sus palabras de absoluta resignación, mientras clavaba sus ojos en los míos.

—No me lo puedo creer. ¡Eres tú y estás aquí! —gritó entusiasmada.

—Lo siento, pero no sé de qué me habla. Creo que se está confundiendo de persona —le aclaré.

—No, Éire. ¡Eres tú! Después de tanto tiempo... por fin, tengo el placer de conocerte en persona.

—¿Cómo sabe mi nombre? ¿Me conoce de algo? —le pregunté intrigada.

—La verdad es que sólo te había visto en foto, pero es que eres tan guapa como tu madre —puntualizó.

—¿Como mi madre? ¿Conoció usted a mi madre? —le pregunté, mientras mi corazón se aceleraba.

—Claro que la conocí. Fue mi compañera de trabajo durante un par de años y mi mejor amiga —respondió emocionada, mientras señalaba la foto que se encontraba detrás de ella.

Mis ojos no daban crédito a lo que veían. Efectivamente, tenía una foto de mi madre. Noté cómo la emoción se apoderaba de mí y hacía temblar todo mi cuerpo. ¡Estaba bellísima! El color negro azabache de su larguísima melena, contrastaba elegantemente con sus enormes ojos verdes, que brillaban como dos esmeraldas. Un trozo de papel no había conseguido ponerle freno a la felicidad tan inmensa que irradiaba en aquel momento.

—Esto es, sin duda, un regalo del más allá —exclamó entusiasmada—. Me llamo Aileen —se presentó, mientras me extendía su mano, dejando a un lado la bandeja con mi pedido

—¡Vaya casualidad! —respondí un poco aturdida por las circunstancias, mientras le correspondía al saludo.

—Seguro que tu padre te habrá hablado de mí, ¿no? —inquirió llena de curiosidad.

—Pues la verdad, es que no —respondí con sinceridad.

—¿Dónde está tu padre? ¿Ha venido contigo? Ya verá ese "guaperas" cuando le pille y le pida explicaciones por este agravio —bromeó alegremente mientras llenaba uno de los vasos con refresco.

—No, no ha venido conmigo. No ha podido venir. Mi padre ha fallecido hace unos meses —terminé ahogada por mis lágrimas.

En ese momento, el vaso que sostenía se precipitó contra el suelo y se partió en mil pedazos, igual que su corazón. La gente nos miraba desconcertada, mientras me moría de dolor y de vergüenza. Aileen tomó aire y se agachó a recoger del suelo la infinita cantidad de minúsculos cristalitos. Otra mujer salió a ayudarla en su titánica tarea, pero con un gesto firme le indicó que prefería hacerlo sola. Estaba claro que necesitaba unos momentos para recomponerse tras enterarse de forma tan repentina de aquella triste noticia. Tomé la bandeja con mi pedido y me dirigí a la mesa donde me esperaba la hambrienta Norah.

—¡Cuánto has tardado! —dijo un poco enfadada.

—Bueno, vamos a comer, que estoy muerta de hambre —sentencié refugiándome en el silencio.

Comimos sin mediar palabra. Aunque para Norah mantenerse en silencio suponía un gran esfuerzo, creo que al ver mis ojos encharcados de lágrimas y mi tez algo enrojecida, había preferido dejarme un poco de espacio para no agobiarme.

Cuando terminamos y nos disponíamos a levantarnos de la mesa, noté que una mano helada me tocaba el hombro, mientras que los ojos de Norah escudriñaban al intruso que había invadido nuestra intimidad.

—Lo siento, Éire. Siento mucho todo lo que te ha pasado. Si lo hubiera sabido antes... —Aileen hizo una pausa para coger fuerzas, mientras se colocaba enfrente de mí.

—No te preocupes. Estoy bien, un poco emocionada por la coincidencia —dije quitándole dramatismo a la extraña situación.

—Éire, mejor os dejo solas. Te espero dentro de media hora en el St Stephen's Green. Es fácil de encontrar, tienes que seguir recta la calle Grafton y te toparás de frente con el parque. Quedamos en la puerta —dijo Norah, mientras abandonaba la mesa.

Aileen aprovechó la silla vacía y se sentó a mi lado, mientras estrechaba mis manos entre las suyas.

—Éire, eres tan parecida a tu madre que me causa impresión. Cuando te vi por primera vez tenías unos días de vida y los ojos muy abiertos. Eras un bebé precioso —confesó emocionada.

—¿De veras me parezco tanto a mi madre? —pregunté sin aliento.

Era la primera vez que alguien aseveraba tal similitud. Mi padre jamás me había hecho referencia alguna a nuestro supuesto parecido. Es más, normalmente nunca la nombraba.

—¿Qué puedo hacer por ti? Pídeme lo que quieras. Siempre podrás contar conmigo —susurró en un tono dulce y cariñoso.

En ese momento, varios pensamientos invadieron mi mente. Quería saber más sobre mis padres y el motivo por el cual no había conocido familia alguna por parte de ninguno de ellos.

—Me encantaría que me contaras cosas de mi madre: cómo era, qué carácter tenía, cómo sonaba su voz, qué sentías cuando estaba cerca de ti, y por qué murió tan repentinamente —la supliqué angustiada.

Sus ojos temblaban de emoción y sus manos se tornaban aún más frías. Cogió aire y cerró por un instante sus ojos, como si se estuviera preparando para lanzarse al vacío. De repente, los abrió de nuevo y los dejó fijos en los míos, mientras comenzaba su relato con un tono demasiado contenido.

—Tu madre no se llevaba bien con su familia. Se asfixiaba en la jaula de oro donde la obligaban a vivir. Era una bella ave salvaje, que sólo quería volar a su aire. Un cúmulo de fuertes discusiones, la convencieron de que lo mejor era volar a otro país. A otro mundo, donde al levantarse cada mañana, lo primero que oliera fuera la libertad. Esta decisión rompió, definitivamente, todas sus cadenas y cualquier tipo de relación con su familia, que jamás la perdonó —paró de nuevo para tomar un poco de aire y prosiguió—. Por azares del destino, acabó trabajando en este viejo café del centro de Dublín, conmigo. El primer día que la vi, me cautivó. Cada poro de su piel transpiraba vida y alegría. Nunca tenía una mala palabra o un mal gesto para nadie. Pocas personas he conocido que amaran tanto

la vida como ella y que la exprimieran de esa manera. Enseguida, entablamos una profunda amistad, incluso compartimos piso. Tu madre era toda una artista. Pintaba y escribía pequeñas novelas, dotando a todas sus obras de aquella vibrante sensación magnética que ella misma transmitía. Entre sus planes estaba estudiar bellas artes, para llegar a pulir su esencia creativa. Un día, a primeros del mes de marzo, entró aquí tu padre y se sentó justo en la mesa que tenemos a nuestra derecha. Nosotras, empezamos a cuchichear detrás de la barra, mientras atendíamos al resto de clientes. Tu padre era muy atractivo, pero parecía estar más concentrado en sus propios pensamientos que en el mundo exterior —se mantuvo unos segundos en silencio y continuó—. Tu madre fue a atenderle. Cuando se situó frente a él y le preguntó qué deseaba tomar y él levantó la cabeza, sus miradas se cruzaron por primera vez, produciéndose el comienzo de la más bella historia de amor que nunca haya conocido. Tu madre se sonrojó e intentó huir de aquella inexplicable atracción, pero los preciosos ojos azules de tu padre seguían sin tregua todos sus movimientos. Casi era la hora de cerrar y tu padre seguía inmóvil en aquella mesa, observándola. Ese día, abandoné el café un poco antes de que acabara mi turno. Allí les dejé a los dos, solos en su burbuja. Según me contó tu madre, tu padre se acercó a la mesa que ella estaba limpiando y la besó como jamás ningún hombre lo había hecho, cautivando su corazón para siempre. ¡Qué lástima que un cáncer fulminante acabara con su vida! Por lo menos, tuvo tiempo de conocerte y de disfrutar de la mayor alegría de su vida —terminó emocionada.

—Aileen, ¿sabes qué hacía mi padre en Dublín y para qué había venido? ¿Estaba de visita? —pregunté.

—Fueron varios los motivos que situaron a tu padre en aquella época en Dublín— bajó el tono de voz—. Aquí residía su madre, que estaba ingresada por algún tipo de demencia en el Psiquiátrico de Tory. Tu abuelo jamás le había comentado nada a tu padre, pero en los últimos instantes de su vida, reflexionó y le reveló el único pesado secreto que le impedía abandonar este mundo. Entonces, tu padre aprovechó su asistencia a unas conferencias de ciencias en el Trinity College, donde había sido invitado como miembro de honor, y

buscó a su madre. Al poco tiempo de reencontrarse, ella falleció. ¡Qué lástima! —elevó algo más el tono de voz—. Tu padre era un genio en el terreno de la Física. Siendo aún un jovencito, había publicado sus investigaciones en las mejores revistas del gremio. Hasta donde yo sé, su trabajo se centraba en la "Teoría de Cuerdas" —concluyó.

Me resultaba inconcebible que una extraña tuviera más información que yo sobre mis seres queridos. ¿Por qué mi padre no me habría contado nada? Realmente estaba enfadada con su comportamiento. Pero esta emoción, dio paso a la nostalgia y a la tristeza. Aileen, me había hecho recordar lo contento que estaba una semana antes de fallecer. Había retomado la relación con un antiguo colega de investigación, quien le había propuesto colaborar en un nuevo proyecto, en la línea de anteriores investigaciones realizadas por él sobre la "Teoría de Cuerdas". Era inevitable no recordar aquella noche, en la que me comunicó la maravillosa noticia. Yo ya era autosuficiente y tenía mi propia vida, con lo cual éste era el momento perfecto para que retomara todo aquello que había tenido que sacrificar por mí.

Intentó explicarme qué era aquella teoría física: "*La Teoría de Cuerdas ha hecho entrever la posibilidad de la existencia de múltiples dimensiones y universos paralelos. Gracias a ella, por ejemplo, podríamos entender el tiempo como un conjunto de cuerdas infinitas que envuelven nuestra vida. Además se puede combinar con el Agujero de Gusano o Puente de Einstein-Rosen, que sería como un atajo a través del espacio y el tiempo. Un Agujero de Gusano tiene dos extremos, conectados a una única garganta, por donde la materia puede viajar. El Agujero de Gusano trenzaría las cuerdas del tiempo, de tal manera, que nos permitiría movernos entre distintas posiciones temporales. Pero el gran problema, aún no resuelto, es descubrir el modo de encontrarlos y estabilizarlos, ya que su naturaleza es demasiado volátil.*"

Las palabras de mi padre aún retumbaban en mi cabeza. ¡Qué lástima, que no le diera tiempo a demostrar nada de aquello!

—Éire, tengo que volver al trabajo y tú debes encontrarte con tu amiga. No obstante, me gustaría mantener el contacto contigo. Si

algún día tienes tiempo, me encantaría poder charlar otro ratito. Te dejo apuntada mi dirección y mi teléfono en esta servilleta. Ni que decir tiene, que si te surge algún problema, aquí estoy para ayudarte —dijo acercándome el trozo de papel.

—Así lo haré, Aileen. ¡Gracias por todo! Nos volveremos a ver, te lo aseguro —me despedí.

Este viaje a Irlanda estaba siendo mucho más enriquecedor de lo que nunca hubiese imaginado. Salí del café y apresuré el paso para llegar puntual al lugar donde había quedado con Norah. Frente a mí, apareció el parque abarrotado de gente. Antes de cruzar intenté buscar a Norah, pero fue imposible. Cuando casi había llegado a la puerta de entrada, oí sonar mi móvil. No podía sacarlo del interior de mi bolso, porque la cremallera se había enganchado. Tuve que detenerme, hasta que conseguí abrirlo. Entonces, noté un golpe seco en mi hombro izquierdo que hizo que me tambaleara hasta casi perder el equilibrio.

—Lo siento. Perdona, no te he visto. Iba con tanta prisa... —comenzó a disculparse el agresor, mientras me sujetaba con sus manos para que no acabara en el suelo.

—¡Podrías mirar por dónde vas! —le dije enfadada, mientras elevaba mi mirada para identificarle.

Era un chico alto y corpulento, de pelo rubio cobrizo algo despeinado, con gafas de sol y chaqueta oscura. Su tez era bastante pálida y sus rosados labios, una incitación al pecado. Su presencia me alteró muchísimo. Mi cuerpo temblaba como un flan y la voz no me salía. Su olor me resultaba tan familiar y atrayente, que mi corazón se aceleró hasta casi abandonar mi pecho. Noté cómo se enrojecían mis mejillas y un calor abrasador parecía consumirme de deseo. Se quitó las gafas de sol para observarme detenidamente. Tenía unos ojos verdes preciosos.

Fue algo muy raro. Nos mantuvimos en silencio unos instantes, sin que me soltara, mirándonos, hasta que de repente salió corriendo. De fondo, empecé a oír a Norah gritando mi nombre.

—Éire, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño? —comenzó a avasallarme a preguntas.

—No te preocupes. Estoy bien, no ha sido nada —respondí intentando relajar mi respiración.

—Ha sido culpa mía. Me he entretenido comprando y he llegado tarde —se disculpó, mostrándome las numerosas bolsas que portaba en ambas manos.

Me resultó inquietante que Norah estuviera tan nerviosa. Su reacción no se correspondía. Sólo me habían dado un empujón. Sin embargo, estaba tan nerviosa como si me hubieran hecho qué sé yo. Las dos intentamos retomar la calma dando un agradable paseo por el parque, aunque Norah no paraba de mirar a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Estás esperando a alguien, Norah? —le pregunté intrigada.

—Eh,..., no, eh, bueno, sí —contestó dubitativa.

—En qué quedamos, ¿sí o no? —le forcé a decidirse.

—Bueno... Esperar, esperar, lo que se dice esperar —hizo una pausa para darse más margen de tiempo y pensar su respuesta—. Es que Erik, a lo mejor se pasaba por aquí, pero veo que al final se ve que no ha podido —respondió con un tono de voz algo vacilante.

La verdad, es que su contestación no me había sonado nada convincente. Norah estaba realmente extraña. Se mantuvo en esta línea hasta que sonó su móvil. No pude oír nada, porque hablaba muy bajito y se había alejado de mí. Mientras, la esperé sentada en un banco rodeada de bolsas.

Por la tarde, seguimos recorriendo una zona de impresionantes mansiones georgianas y frondosas avenidas. Después, nos dirigimos a la *National Gallery*[11] donde nos esperaba Erik para guiarnos por la extensa colección de pintura.

A la hora, dimos por finalizado el recorrido, nos despedimos de él y volvimos a casa. Tras cenar, nos fuimos directamente a la cama. Debíamos descansar, ya que al día siguiente teníamos que viajar hasta Enniskillen.

Mi cuerpo estaba extenuado, pero mi mente, por el contrario, permanecía demasiado activa. Tantas emociones la habían estimulado demasiado y resultaba imposible frenar su actividad. Además, el olor de aquel chico parecía haberse grabado en mi nariz,

ya que la almohada, las sábanas y, en general, toda la habitación me olían a él. Lo peor era que no le volvería a ver. Era imposible que volviera a coincidir con él. Es más, si lo hiciera posible el azar, tampoco me sentiría capaz de decirle nada. Era demasiado fuerte lo que se movía dentro de mí, como para explicarlo con palabras. Al final, al cabo de unas dos horas me quedé dormida pensando en él.

El color del presagio

Capítulo VIII

Cuando llegué a la oficina, Brian ya estaba en el despacho de O'Halon, nuestro inspector jefe. Mantenían una conversación algo tensa y a mi compañero se le veía demasiado alterado. Ambos se callaron repentinamente cuando entré por la puerta.

—Gracias por obsequiarnos con tu presencia, Lugh —espetó O'Halon.

—He venido en cuanto me han avisado. Creo que sería más positivo para todos, si comenzamos la reunión, en vez de perder el tiempo en este tipo de juegos —respondí con tono duro y contundente.

En esos momentos, era cuando realmente extrañaba a nuestro anterior inspector. Cathal era un profesional, no como este sádico oportunista, el cual disfrutaba martirizando a su propio equipo. Cathal había sido compañero de mi padre y al morir éste, había llenado su vacío en muchos sentidos. Me ayudó a prepararme para entrar en el cuerpo y a conseguir ser el "poli" que era ahora. Nunca estuve de acuerdo con la decisión que tomaron desde las altas instancias: cesaron a Cathal definitivamente. Ninguna de las justificaciones a las que aludieron para llenar de razón su sentencia me convencieron. Y a los dos días, ya teníamos a O'Halon buscándonos las cosquillas.

—Todavía faltan los resultados de algunas pruebas, pero todo lo que se ha analizado hasta ahora indica que habéis perdido el tiempo. Parece mentira, que os hayáis creído un montaje tan burdo como éste —se carcajeó O'Halon, mientras dejaba una de las fotos encima de su mesa.

—No nos hemos tragado nada. Sólo hemos seguido el protocolo de actuación para este tipo de casos —contestó Brian ofendido.

—De todas formas, creo que es un poco precipitado sacar conclusiones aún. Todavía faltan algunos análisis y el testimonio de la persona encargada de hacer las zanjas en aquella propiedad —sentencié de forma brusca.

—Sinceramente Lugh, me da igual lo que opines. La investigación queda cerrada. Como comprenderás, no voy a gastar ni más tiempo ni dinero en esclarecer cuentos de granjeros. Ya se cansarán, cuando vean que no hacemos caso a sus historietas —finalizó O'Halon, mientras nos indicaba la salida.

Ni Brian ni yo contestamos. No merecía la pena. Ya lo habíamos comprobado en otras ocasiones y sólo habíamos conseguido hacernos "mala sangre" y tres días sin sueldo. Nuestro buen conformar debió de irritarle más, ya que antes de que cruzáramos la puerta nos encomendó la tediosa labor de bajar al archivo y buscar unos viejos expedientes, que a saber dónde estaban metidos. Destinar a unos "polis" a nadar entre papeles era una de las humillaciones que más divertían a O'Halon.

Bajamos al archivo y estuvimos un buen rato, sin tener ningún tipo de éxito en nuestra tarea. Por lo menos, aprovechamos para compartir todas nuestras frustraciones y sinsabores. Nuestro capitán nos generaba repugnancia y vergüenza ajena.

Cuando nuestra rabia alcanzaba el punto más álgido, sonó mi móvil. Era mi hermana Norah de nuevo.

—¿Dónde te has metido? ¿Has olvidado que habías quedado con nosotras? —me preguntó algo molesta.

—Disculpa, O'Halon nos está "tocando las narices" como de costumbre. Perdona, no sabía que ya era la hora. ¿Estáis en el parque, todavía? —le pregunté angustiado.

—Digamos, que hoy has tenido suerte. Éire se ha encontrado con alguien en el café donde estábamos tomando algo, y les he dado media hora de margen para que charlaran un rato —contestó en tono misterioso.

—¿Con quién la has dejado? ¿Cómo se te ocurre abandonarla con un extraño? —le reproché.

—Si toda tu preocupación es que el extraño sea un chico, puedes estar tranquilo. Es una señora que trabaja en ese café.

Sinceramente, me parecía de mala educación quedarme allí, escuchando una conversación privada —respondió entre risitas.

—Bueno, entonces quedamos en el mismo sitio ¿no? —espeté de forma brusca. No tenía el día para aguantar sornas de nadie.

—Te esperamos en la entrada. Hasta luego —se despidió algo enfadada.

Cuando colgué el teléfono, miré a Brian que estaba a escasos centímetros de mí, revolviendo más papeles.

—¿Te pasa algo, Lugh? Cada vez que llama tu hermana, te crispas. ¿Tienes algún problema con ella? ¿Os puedo ayudar en algo? —se ofreció.

—Gracias, pero todo está controlado. Ya conoces a mi hermana, tan impulsiva como siempre —contesté relajando algo el tono, para no resultar tan sospechoso—. Necesito salir a aclarar un tema con ella y ahora vuelvo —me despedí.

Brian conocía muy bien a Norah, pero no compartía mi opinión sobre ella. Estaba tan encandilado por sus numerosos encantos, que cualquier defecto que tuviera lo convertía en la más dulce de las virtudes. «¡Qué ciego te vuelve el amor!» pensé.

Subí las escaleras a gran velocidad para llegar a tiempo a mi cita y, como no, me topé de cara con O'Halon, que se paseaba por la oficina disfrutando de nuestro castigo. Antes de que me dijera nada, le comenté que iba a comprar unos cafés y que en unos minutos regresaría a seguir con la búsqueda de expedientes. No puso objeción alguna y me dejó salir.

Cada vez que miraba el reloj, me daba una punzada en el pecho. Creo que la angustia y el miedo se estaban apoderando de mí por completo. Varios eran los pensamientos y especulaciones que cruzaban por mi mente, pero uno de ellos era el que más torturaba a mi corazón: «¿Y si no es ella?».

El tiempo se me echaba encima, por lo que tuve que apretar el paso. Ya casi veía la entrada, pero no había rastro de ninguna de las dos. Estaba muy nervioso. La verdad, es que no estaba acostumbrado a sentirme de aquella manera. Había mucha gente y resultaba bastante difícil avanzar o lograr ver algo. De repente, al chico que tenía a mi izquierda se le cayeron las bolsas y para

esquivarlas tuve que moverme hacia la derecha. Fue entonces cuando noté que había colisionado con alguien. Era una chica. Le pedí disculpas y la sujeté para que no se cayera al suelo. Estaba enfadada conmigo y elevó la cabeza para afear mi conducta. Cuando me miró, me quedé helado. Era ella, mi Éire. Un volcán de sensaciones entró en erupción y me desbordó por completo. Fui incapaz de soltarla o de apartar la mirada de sus ojos. Me quité las gafas de sol para asegurarme bien de que era real lo que estaba ante mis ojos. «Es ella», me repetía mentalmente, una y otra vez. De repente, comencé a oír la voz de mi hermana que corría hacia nosotros como una exhalación. Su voz denotaba enfado. Seguro que pensaba que me había vuelto loco y estaba poniendo en peligro todo su plan. No tenía ni ganas ni tiempo para darle alguna explicación, ya que Éire seguía entre mis manos. Conseguí soltarla y salí corriendo a toda prisa, mientras oía a mi hermana hacerle numerosas preguntas.

Crucé rápidamente a la acera de enfrente y me quedé allí inmóvil, viendo desde lejos a mi sueño hecho realidad. Resultaba increíble que me estuviera pasando todo aquello. Tomé aire y regresé a la oficina. Allí me estaba esperando O'Halon, para supervisar que volvía a mi ardua tarea. Le sorprendió que no llevara los cafés que supuestamente había ido a comprar, pero la satisfacción que le producía verme regresar para cumplir con mi castigo, le quitó las ganas de preguntar.

Cuando llegué al archivo, Brian estaba esperándome con los expedientes solicitados entre sus manos. Me observó un rato en silencio, hasta que encontró el valor para hablarme.

—¿Qué te pasa Lugh? Jamás te he visto comportarte de esta manera. Te veo alterado, nervioso... ¡Ni siquiera llevas puestas tus gafas de sol! Si no me cuentas lo que te pasa, no puedo ayudarte —me preguntó con preocupación.

—No sé por dónde empezar, Brian. Vas a pensar que me he vuelto loco —respondí avergonzado.

—Ya era hora de que el hombre de hielo se permitiera alguna licencia para sentir — comentó orgulloso—. Tío confía en mí, soy tu

compañero, tu amigo y la única persona que todos los días se juega la vida a tu lado —añadió, para propiciar mi confesión.

—Empezaré por el principio, para darle algo de sentido a toda esta locura— comencé a sincerarme entre las cuatro paredes del viejo archivo—. Llevo toda la vida soñando, noche tras noche, con una mujer. Aunque sea un sueño, la amo y la deseo con toda mi alma. Esta mañana, llamé a Norah y me dijo que esa mujer estaba en mi casa, que era real. No la creí, o no la quise creer en ese momento. Norah afirmaba que estaba equivocado y que esa desconocida era mi amada Éire. Entonces, me decidí a quedar con ellas y salir de dudas. El lugar elegido fue el St. Stephen's Green. Cuando he salido hace un rato, he ido allí. Como no las veía en la puerta, me puse nervioso, y por andar tan deprisa me choqué con una chica. Sin yo saberlo, me había chocado con ella. Cuando me ha mirado, mi corazón ha estallado en mil pedazos. La he reconocido, era la Éire de mis sueños. Entonces, Norah ha venido a nuestro encuentro, malhumorada, y he salido corriendo sin articular palabra. Esa es toda la historia —terminé, más relajado, tras haberme desahogado.

—¡Madre mía! Es alucinante— exclamó Brian lleno de emoción—. No sabes la suerte que tienes. Debo ser un tipo muy normal, porque a mí no me pasan cosas como éstas —concluyó con cierta envidia.

Sabía que sus palabras condensaban la rabia que le producía la indiferencia que Norah le manifestaba. Estaba enamorado de ella, desde el momento en que se la presenté, pero Erik se había interpuesto en su camino y le había arrebatado la atención de su amada. Brian odiaba a Erik. Opinaba que tan perfecto no se podía ser y que, a veces, los más mortales venenos se esconden en los más atractivos envoltorios.

—Bueno, y ahora... ¿qué hago? Estoy bloqueado. Por primera vez en mi vida no sé por dónde empezar —le confesé con angustia.

—Déjame pensar. Seguro que se me ocurre alguna solución.

—No tenemos mucho tiempo, antes de que todo esto se vaya al garete por mi culpa.

—Si fuera tú, me lanzaría al vacío sin pensarlo ¡A por ella! Si me dieran la mínima posibilidad de... no lo dudaría. Claro, con

delicadeza, no vaya a asustarse —me aconsejó.

—Entonces, tengo que conseguir estar a solas con ella y ganarme su corazón, sin darle tregua alguna. No le diré nada acerca de mis sueños, no vaya a pensar que soy un pervertido. Intentaré controlarme cuando esté cerca de ella, aunque será la misión más complicada que haya tenido que realizar jamás. Sé que cuento con tu apoyo. ¡Muchas gracias, tío! —le agradecí profundamente.

—Ya sabes que te considero como mi hermano y que no estás solo en medio de toda esta locura —sentenció mientras me daba un abrazo.

A lo largo de nuestra conversación llegué a pensar que, por fin, Brian había descubierto un punto en común con Norah al que no podía acceder Erik. Esta especulación se corroboró cuando me pidió el móvil para llamarla. Efectivamente, había encontrado la excusa perfecta para hablar con ella. Accedí, expectante ante lo que iba a decirle.

—¡Hola, Lugh! ¿Te parece divertido lo que has hecho? ¿Te has vuelto loco? Has decidido ir por tu cuenta, sin valorar todo lo que estoy haciendo por ti. La verdad es que por mucho que lo intento, no lo entiendo. ¿Para ti, eso es mantener las distancias? —terminó Norah esperando mi respuesta.

—¿Has acabado? ¿Me dejas hablar? —se atrevió a decir Brian.

—¿Eh? Tú no eres mi hermano. ¿Con quién estoy hablando? —preguntó avergonzada.

—Soy Brian, el compañero de Lugh. ¿Te acuerdas de mí, no? Me lo ha contado todo. Por eso te llamo, para poder arreglar las cosas —la tranquilizó.

—¡Ah! Eres tú, Brian. ¡Cuánto tiempo sin saber nada de ti! Estaba convencida de que te había tragado la tierra o algo así —se alegró.

—Es que he tenido mucho trabajo y por unas cosas o por otras, uno se lía y no tiene tiempo para nada —se justificó amablemente mientras se ponía colorado.

—Te agradecería, que le dijeras al cobarde de mi hermano que se ponga al teléfono, ya que me debe una serie de explicaciones —exigió de forma ruda.

—¿Qué te pase a tu hermano? Eso no puede ser. Le estoy intentando tranquilizar y está demasiado alterado con toda esta historia. Hay que darle tiempo y no pedirle tantas explicaciones —respondió enfadado.

—Si no se va a poner ¿Para qué me habéis llamado? ¿Os aburrís? —preguntó en tono sarcástico.

—No, no nos aburrimos. Te había llamado para comentarte una posible solución. ¿Mañana por la mañana vais a estar todavía en casa de Lugh? Porque si fuera así, he pensado que sería la ocasión perfecta para que tu hermano tuviera la oportunidad de emprender su conquista —le respondió algo molesto.

—Sí, mañana hasta las once estaremos aquí. Luego nos iremos a Enniskillen, a la casa de mi madre para preparar nuestro cumpleaños y Halloween. Pero, la verdad, es que tu idea me parece funesta. ¿No te ha contado la que ha liado este mediodía? Desde luego, no confío en mi hermano. Si llego un segundo más tarde, seguro que..., la besa. Le conozco muy bien, demasiado bien. Sé de lo que es capaz cuando le gusta algo. No se controla —contestó llena de pesimismo.

—Sólo ha sido un malentendido. Iba con prisa, porque llegaba tarde a vuestra cita. Chocó con una chica por el camino, que resultó ser Éire. Se ha puesto nervioso, como es lógico. A partir de ahí, mejor no seguir —me justificó.

—Si me lo dices tú, tendré que creerte —dijo riéndose.

—Me halaga saber que por lo menos valoras y confías en mi palabra —contestó abrumado—. Mi idea es la siguiente: esta noche Lugh dormirá en mi casa, para darle tiempo a Éire a que se aclimate y coja confianza, y que a él le sirva como respiro para diseñar su estrategia de ataque. Por la mañana temprano, desaparecerás, dejándole una nota en la cual le comentarás que ha habido un cambio de planes, que ha surgido un problema en tu trabajo y te necesitan urgentemente. Entonces, tu hermano aparecerá en escena y se ofrecerá a atenderla tan bien como tú, siendo su nuevo anfitrión. Incluso..., será quien la lleve a Enniskillen. Así tendrán más tiempo para conocerse a solas. Tú llegarás a Enniskillen algo más tarde para hacer creíble la coartada. ¿Qué te parece? —preguntó, esperando ansioso la aprobación de Norah.

—Realmente, es una locura. ¿Cómo se te ocurre montar todo ese lío? No saldrá bien —objetó.

—Claro que sí saldrá bien. Además, tu hermano está convencido de que es ella, con lo cuál no puede perder el tiempo en presentaciones tontas. En estas situaciones hay que ir al grano y dejar a los protagonistas intimidad. Lugh ya tiene una edad como para que su hermana pequeña no siga metiendo las narices en sus asuntos. Norah, una debe saber cuando retirarse de la escena y pasar al siguiente acto —insistió apasionadamente.

—Tal vez tengas razón. Mi hermano debe afrontar esto solo. Y si se equivoca deberá asumir su fracaso. Nada depende de mí. Yo ya he cumplido —aceptó, algo molesta.

—Cada vez me gustas más. Perdón, me refería a que cada vez me resulta más interesante esta loca historia —se disculpó tras ser traicionado por sus pensamientos.

—Espero que todo salga bien. Muchas gracias, Brian. Saluda a mi hermano y deséale suerte. Hablaré con Erik para que me lleve a Enniskillen —se despidió cariñosamente.

—Un beso, Norah. Ten en cuenta que, si Erik no puede, yo estaría encantado de llevarte... —le propuso, pero ya había colgado.

—¡Dichoso Erik! —exclamó enojado—. Lugh, ya has oído el plan y tu hermana está de acuerdo. Ahora lo que tenemos que hacer es convencer a O'Halon de que te dé un par de días libres para poder iniciar y consolidar tu conquista —comentó algo exaltado.

—Muchas gracias, Brian. Veo que tienes experiencia en este tipo de temas. Creía que eras un tipo solitario, enamorado de mi hermana hasta la médula, que se regodeaba en el desconsuelo de su desamor. Ahora, me dejas perplejo demostrándome que eres todo un casanova —dije mientras le daba una palmadita en la espalda.

—Ya ves... —dijo entre dientes.

El único obstáculo que se presentaba en nuestro camino era el capitán; un toro complicado de lidiar, pero no imposible. Después de dos horas de tensa conversación, O'Halon se rindió y aprobó mis pequeñas vacaciones. Su decisión no sé si debió al horroroso dolor de cabeza que le habíamos provocado, o al alivio que sentía cuando no tenía que verme la cara.

Pasé la noche en casa de Brian hablando y puliendo el plan de actuación que llevaría a cabo a partir de la mañana siguiente. Intenté conciliar el sueño, pero me resultó imposible. El recuerdo de su rostro llenaba mi mente. Después de tantos años esperando, deseaba estrecharla entre mis brazos y hacerla mía, una y otra vez. Tanto deseo acumulado no resultaba ser buen consejero. Estaba tan ansioso que el paso del tiempo se ralentizaba, torturándome segundo a segundo. Casi de madrugada, me venció el sueño y sucumbí de nuevo al fuego de su cuerpo y a su dulce fantasía.

Tras la puerta de la memoria

Capítulo IX

Un sonido agudo y taladrante terminó por despertarme. Era el inconfundible graznido de las gaviotas de Dublín saludando al nuevo día. Me hice la remolona, ronroneando como un gatito entre las cálidas sábanas, mientras esperaba que Norah tocara a mi puerta. Pasado un rato, miré el reloj. No lo podía creer ¡Ya eran las nueve de la mañana! Salté como un resorte de la cama y me puse algo de abrigo porque la casa estaba un poco fría. Abrí la puerta y me dirigí a la habitación de Norah. Para mi sorpresa, la puerta estaba cerrada. Llamé con suavidad, mientras pronunciaba su nombre por si seguía aún dormida. Pasados unos minutos y al no recibir respuesta, me decidí a abrir su puerta. En la habitación no había nadie, la cama estaba hecha, las cortinas descorridas y la luz invadía la estancia por completo. Desconcertada, revisé el resto de la casa, pero no la encontré. Estaba totalmente sola.

Llamó mi atención un papel amarillo pegado en la nevera y me detuve a verlo. Era una nota para mí, en ella Norah me explicaba que había surgido un problema en su trabajo y que había tenido que ir a resolverlo. Sugería que me diera una ducha caliente y fuera desayunando, mientras que ella regresaba.

Volví a recorrer de nuevo el pasillo hasta llegar a mi habitación y cerré la puerta tras de mí. Descorrí la cortina y dejé que la luz entrara en la habitación sin restricciones. Entonces fue cuando me percaté de que en la puerta del armario había otra nota amarilla. Esta vez, Norah me decía que abriera las bolsas que estaban justo al lado y que disfrutara de mi regalo de cumpleaños adelantado. Esperaba verme con todo puesto a su regreso, ya que lo necesitaría en Enniskillen.

Aupé las bolsas en lo alto de la cama y comencé a sacar todo lo que quedaba oculto en ellas: unas botas de agua muy elegantes, un jersey de lana gorda y un abrigo con acabado impermeable. Definitivamente, Norah estaba rematadamente loca.

Lo dejé todo dispuesto encima de la cama y me metí en el baño a darme una ducha reconfortante. Cuando terminé, me puse una toalla en la cabeza y la ropa interior.

Abrí la puerta del baño en busca de la crema corporal que había olvidado. Cuando la tuve entre mis manos, la apoyé en la mesilla y comencé a extenderla por mi cuerpo. Me agaché hasta tocar el empeine de mis pies. Así, me di cuenta de que la puerta de mi habitación estaba abierta y había dos zapatos de hombre. Me incorporé rápidamente y cuando elevé la vista y le vi allí, quieto, apostado en el quicio de mi puerta, mirándome, me quedé petrificada. Se me cortó hasta la respiración. Inexplicablemente, era el chico con quien había chocado el día anterior en la calle.

—Hola Éire. Me llamo Lugh. Soy el hermano de Norah —se presentó—. Bonito tatuaje —dijo mirando mi tripa—. ¿Qué tal has descansado entre mis sábanas? —terminó por preguntarme.

No contesté. Sólo tuve fuerzas para coger lo primero que pillé y meterme de nuevo en el baño. ¿Cómo era posible? Tal vez fuese una alucinación.

—Disculpa si te he asustado, venía a decirte que ya está preparado el desayuno y que te espero en el salón para tomarlo. No tardes, Éire —dijo desde el otro lado de la puerta.

Tampoco pude contestarle esta vez. Contuve la respiración hasta que oí que cerraba la puerta de la habitación y se alejaba. Entonces, expulsé forzosamente el aire retenido e inspiré de nuevo.

Me quedé mirándome fijamente al espejo. Mi cara estaba totalmente colorada, parecía que me había dado una insolación. Su presencia me había pillado por sorpresa y había arrasado todas mis defensas. El tono de su voz aún retumbaba en mis oídos, mientras la emoción se desbordaba por todo mi cuerpo.

Me concedí unos minutos para serenarme. Me vestí con la ropa que me había regalado Norah, me sequé el pelo, reorganicé mi

maleta y salí por la puerta, más segura de mí misma y con ganas de afrontar la inesperada situación.

Cuando iba a alcanzar el final del pasillo, mi móvil comenzó a sonar. Rápidamente, di media vuelta y me apresuré a sacarlo de mi bolso. Era un mensaje de Robert. Otro más, ya que el de la tarde anterior también lo había enviado él. Leí el mensaje y noté como mi cuerpo se revolvía. No podía entender como ahora me juraba amor eterno y prometía encontrarme donde fuera que estuviese. «Había que ser cínico», pensé. Cuántos meses había estado esperando algo así, cuántos días me mantuve esclava del teléfono rogando una explicación o una disculpa. Debía de ser que Amy se había cansado de él o viceversa. Robert estaba loco si pensaba que le iba a dar una segunda oportunidad. Ya no creía nada de lo que dijera, sólo eran palabras vacías que adornaban su boca. Además, ya no era la misma. Había despertado de mi letargo y no estaba dispuesta a pasarlo mal de nuevo. En estos últimos meses, había llorado suficiente. No iba a consentir que nada ni nadie arruinara mi aventura. Dejé de nuevo el móvil dentro del bolso, y me prometí que borraría cualquier otro mensaje que me mandara.

Llegué al salón, donde Lugh me estaba esperando. Cuando me vio aparecer por la puerta, esbozó una preciosa sonrisa que me dejó aturdida unos minutos. Era increíble lo que mis ojos estaban contemplando. Había colocado la mesa en medio del salón, con dos sillas a los lados. Sobre el elegante mantel, se disponía un pequeño ramito de flores malva, un precioso juego de café, una jarra de zumo, otra de café, un surtido de yogures de sabores variados, una pila de tostadas y varios botes de cristal con cereales. Una suave música sonaba de fondo, armonizando, aún más si cabe, el exquisito ambiente que había creado para mí.

Se mantenía quieto al lado de una de las sillas, expectante. Con un ademán elegante me invitó a sentarme y me ayudó a acomodarme en la silla. Luego regresó a la cocina y volvió con dos platos de revuelto de huevos con salmón, perfectamente decorados. Colocó con suavidad los platos en la mesa y comenzó a servirme el café. No cruzamos ni una palabra mientras desayunamos, sólo

miradas. Las mías eran interrogativas y las suyas intensamente cálidas.

Como vi que no se decidía a romper el silencio, lo hice yo.

—Muchas gracias por el fantástico desayuno que me has preparado, estaba riquísimo. Creo que ha sido el mejor desayuno que he degustado en mi vida —le agradecí.

—Me alegra que hayas disfrutado. Espero que todo haya sido de tu agrado, porque esa era mi intención —contestó terminando con una amplia sonrisa.

Su voz era un placer para mis oídos. Con cada palabra parecía acariciarme, envolviéndome en un halo de ternura y pasión.

—Por cierto, te agradecería que la próxima vez llamaras antes de abrir la puerta. Ha sido una situación incómoda —le reproché levemente.

—Te pido disculpas de nuevo. Creí que me habías oído tocar —contestó bajando la mirada.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Crees que Norah se retrasará mucho más?-le pregunté para cambiar de tema.

—Norah irá directamente a Enniskillen con Erik. Va a tardar algo más de lo que pensaba en un principio. Con lo cual, yo seré el que te lleve allí. Claro está, si no tienes inconveniente —comentó dulcemente, mientras me taladraba con aquellos ojos verdes.

«¿Cómo podía negarme a viajar con él?». Me sentía como una princesa a su lado, halagada y contemplada hasta el extremo. Decidí no recordarle nuestro encontronazo del día anterior por la tarde, para no romper la magia del momento.

—Claro que sí. Me encantará reencontrarme con tu hermana. Se ha portado tan bien conmigo, que tengo ganas de poder corresponderle. Me gustaría regalarle algo especial por su cumpleaños —contesté emocionada.

—No te preocupes. Conozco una tienda donde seguro que encuentras lo que estás buscando. Además, el dueño es amigo mío desde hace años —me propuso.

—Necesito que me des unos minutos de cortesía para terminar de arreglarme y hacer de nuevo la maleta —le pedí.

—No hay problema, además tengo que recoger todo esto antes de marcharnos — dijo señalando la mesa del desayuno.

Recorrí de nuevo el pasillo, esta vez mucho más contenta. Cuando llegué al cuarto, cerré la puerta para conseguir un poco de intimidad. Necesitaba disfrutar a solas de esta maravillosa sensación que me invadía por completo. Me senté en un borde de la cama y me dejé caer sobre ella. Era increíble, me estaba riendo. La alegría por fin había derrocado a la tristeza de su largo reinado. Me encontraba tan a gusto entre aquella gente, que las nubes de nostalgia y la honda pena parecían disiparse a toda prisa, dejando paso a la radiante luz de la esperanza y la felicidad plena. En ese momento, sentí vértigo. Era inevitable, me estaba encariñando demasiado de ellos y en unos días tendría que regresar a mi monótona vida. No podía dejarme llevar por esos pensamientos. Todavía tenía por delante muchos días para disfrutar a su lado, muchas cosas que hacer, muchos sitios que visitar... Tomé aire y me puse en pie. Recogí la habitación y repasé el contenido de mi maleta. Cuando concluí el chequeo, salí de la habitación arrastrando mi maleta hasta llegar al punto de encuentro en el que se hallaba Lugh, justo delante de la puerta principal que mantenía abierta. Tomó mi maleta y la sacó al descansillo mientras cerraba la puerta tras de mí. No fui consciente de haber bajado ninguna escalera absorta en mis pensamientos, pero debí de hacerlo. Cuando me di cuenta, me encontraba en la calle y Lugh me estaba pidiendo desde el interior de su vehículo que me montara rápidamente, ya que estaba cortando el paso del carril.

—Espero que hayas descansado, porque hoy nos espera un día duro. Además de recorrer los 173 Km que nos separan de Enniskillen, quiero hacer una serie de paradas muy interesantes — comentó, mientras callejeaba a toda velocidad por las estrechas calles de Dublín.

—Sí, la verdad es que he dormido estupendamente. Tu cama es muy cómoda — respondí picaronamente.

—Coge los mapas que están a tu izquierda, por favor. Necesito que seas mi copiloto. Hace tiempo que no hago este camino y no

quiero perderme —continuó, después de ponerse colorado con mi contestación.

«¿Cómo era posible que fuera tan tímido en algunas ocasiones y tan directo en otras?». Intenté concentrarme en la lectura de los mapas para poder servirle de ayuda. Había marcado en color rojo el recorrido a seguir y con color verde las paradas a realizar. En el primer semáforo que se nos puso en rojo, Lugh aprovechó para poner una recopilación de música celta. La música que había escogido era preciosa. Con ella consiguió que me sintiera aún más cómoda y relajada. Mi mirada se paseaba, alternativamente, entre los mapas, el paisaje que se contemplaba a través del cristal y su figura, que en algunos momentos quedaba a contraluz.

El paisaje iba cambiando, según abandonábamos el Condado de Dublín, para volverse por momentos más salvaje e indómito. La naturaleza se manifestaba sin ningún tipo de restricciones, ofreciendo formas peculiares, combinaciones de colores espectaculares y juegos de luz imposibles.

Todo era tan perfecto que tenía miedo a despertar en cualquier momento. Cerré los ojos saboreando las imágenes que se habían procesado en el fondo de mi retina y los abrí de nuevo, necesitaba más. En un lado de la carretera, un cartel nos anunció que habíamos cambiado de condado: ya estábamos en Meath. Después de un rato, otro cartel nos ubicaba en la ciudad de Navan. Aquí era donde Lugh había señalado una de nuestras misteriosas paradas.

Abandonamos la carretera principal para perdernos entre serpenteantes caminos, que estaban adornados con paredes vegetales, que en algunas zonas llegaban incluso a techarlos, conformando una serie de túneles umbríos.

La música magnificaba todas mis sensaciones, consiguiendo envolverme en la más absoluta majestuosidad. De repente, Lugh detuvo el coche y me invitó a bajarme. Habíamos llegado al complejo arqueológico de Newgrange. Seguimos hasta el edificio acristalado, donde se acumulaba un montón de gente, formando una espesa fila. Lugh suspiró y tomando mi mano, avanzó hasta alcanzar el principio de la cola. Algunas de las personas que estaban aguardando estoicamente su turno, nos miraron con cierto recelo.

Habló con la mujer que repartía las pegatinas con los números en la entrada y accedimos por otra puerta.

Recorrimos la exposición del interior, en la cuál se contextualizaban los restos arqueológicos que íbamos a ver. Fotografías, maquetas y reconstrucciones, hacían más amena y visual la recreación de la sociedad neolítica. También se describían sus hábitos diarios y se mostraban ropas, herramientas y armas, que habían sido utilizadas con diferentes fines. Tres eran las grandes tumbas que se ubicaban a lo largo de la espectacular curva que dibujaba el río Boyne a su paso por el grandioso Valle del Boyne. Brú na Bóinne era el nombre dado a uno de los paisajes arqueológicos más importantes del mundo, dominado por las impresionantes tumbas prehistóricas de Newgrange, Knowth y Dowth.

Una sala en especial estaba dedicada al arte megalítico, albergando un gran mural en el que se recopilaban toda una serie de símbolos artísticos que no quedaban asociados a ningún significado predeterminado, dejando así volar la imaginación de los visitantes acerca de su enigmático uso. Me llamó la atención la cantidad de símbolos que en principio parecían tener un carácter solar y las curiosas combinaciones de espirales que se configuraban a lo largo de tan solo dos dimensiones.

Lugh no soltó mi mano en ningún momento, la apretaba con fuerza y delicadeza a la vez. Tuvimos que recorrer unos 300 metros, a lo largo de una serie de puentes que cruzaban el caudaloso río Boyne, hasta alcanzar la lanzadera de autobuses.

Primero nos llevaron a visitar el complejo de tumbas de Knowth, que estaba formado por un gran túmulo y unas dieciocho tumbas más pequeñas o satélite. Comenzamos nuestra visita por estas últimas. Visualmente, eran percibidas por los ojos de los visitantes como una acumulación de "montañitas" de tierra, cubiertas por entero de césped, como el resto del entorno, y embellecidas en su base por un zócalo de piedras irregulares alineadas circularmente, decoradas con multitud de símbolos. Caminamos entre los numerosos túmulos por un sendero de grava, hasta llegar al gran túmulo, donde se encontraba nuestro simpático guía. Íbamos a tener la oportunidad de entrar en su interior. La expectación era

máxima, y la gente comenzó a agolparse en masa ante las escaleras. Lugh me ayudó a introducirme por el agujero, ya que el techo era bastante bajo y no quería que me lastimara. La luz era tenue y la sensación indescriptible. Me rodeó con sus brazos lleno de satisfacción al ver la expresión de mi cara.

El guía insistió en que lo acompañáramos todos, de nuevo, al exterior para subir a la cima de aquel enorme túmulo, perfilado por 127 piedras de bordillo, originalmente decoradas. La vista desde lo alto era espectacular. Las tierras verdes que nos rodeaban parecían extenderse hasta el infinito en todas direcciones. El amable guía nos indicó qué otros maravillosos monumentos se podían ubicar desde allí. Con su mano señaló la dirección visual que debíamos tomar para encuadrar al majestuoso emplazamiento de Newgrange, la colina de Slane, envuelta en el halo de la historia y la leyenda, y la colina de *Tara*[12], donde fueron coronados los grandes reyes de Irlanda.

Descendimos y terminamos nuestra visita, contemplando la reconstrucción del Círculo de Madera, originalmente construido alrededor del 2500 a.C,

De vuelta al complejo turístico principal, fui comentando con Lugh mis sensaciones sobre lo visto hasta entonces. Me enseñó un tríptico informativo que había cogido, donde aparecía el mapa de situación de estos emplazamientos neolíticos. Me di cuenta enseguida de que Knowth, Newgrange y Dowth, formaban un triángulo invertido, cuyo vértice era el gran túmulo que íbamos a ver a continuación.

Cuando bajamos del autobús, una mujer gruesa de aspecto algo desaliñado nos esperaba. Ella sería nuestra guía a lo largo de todo el recorrido por Newgrange. Comenzó rápidamente a explicarnos todo lo que de forma progresiva podían ir viendo nuestros curiosos ojos. Mientras ascendíamos hasta llegar a la cima de esa pequeña colina, lo primero que advertimos fueron una serie de enormes piedras verticales que rodeaban un majestuoso montículo, cubierto de verde y adornado con una original fachada de piedra blanca.

Situados enfrente de la puerta de entrada principal, nuestra guía continuó ilustrándonos con sus conocimientos: "*Este enorme*

montículo hecho de piedra tallada, queda circunscrito en el interior de un círculo de 97 grandes guardacantones, coronado por un muro inclinado hacia adentro formado por piedras de cuarzo blanco y granito. Por el interior del montículo transcurre un pasaje de 18 metros, que se adentra hasta un tercio del diámetro y lleva a una cámara cruciforme."

Cuando terminó, nos invitó a acercarnos a la enorme piedra de la entrada, que se disponía horizontal al suelo protegiendo de esta forma de la entrada. Mis manos junto con las de Lugh se deslizaron por su superficie, siguiendo con los dedos el contorno de los dibujos grabados en ella. Triples espirales, espirales y rombos embellecían aquel pedazo de vida inerte, haciendo más enigmático tanto su uso como su existencia. Antes de introducirnos en el túmulo, nos recomendaron avanzar agachados, porque el pasadizo era muy estrecho. Lugh me colocó el bolso por delante y me agarró para que avanzara tras él. Era imposible no sentir algo de claustrofobia entre aquellas paredes de piedra que estaban demasiado juntas. Cuando llegamos al final, el techo se elevó sobre nuestras cabezas, dando lugar a una cámara cruciforme bastante más amplia. Cuando todo el grupo se aglutinó en este punto, la guía comentó que estábamos dentro de una tumba: "*Parece ser que Newgrange se usó para el enterramiento de muertos. Los huecos en la cámara cruciforme aguantan grandes cuencas de piedra, dentro de las cuales estaban situados los restos incinerados de aquellos elegidos para descansar. Durante la excavación, sólo se encontraron los restos de cinco individuos. También es importante recalcar que la construcción de Newgrange sabe aprovechar el más revitalizador de todos los elementos, el Sol. Sobre la entrada, que debía estar sellada con una piedra, hay una pequeña abertura. La estructura está orientada de modo tal que, en el amanecer del día del solsticio de invierno, el Sol naciente penetra en el interior de la tumba por dicha ranura. Los rayos de sol recorren la totalidad de la galería hasta el corazón de la cámara durante aproximadamente unos 17 minutos.*"

Tras concluir su disertación, con una mueca algo enigmática, nos pidió que guardáramos silencio y mirásemos el suelo del pasadizo. De repente, se apagó por completo la luz y la estancia quedó sumida

en la más solemne oscuridad. Como por arte de magia, fuimos observando como una línea dorada comenzaba a marcar el camino hasta la cámara, haciéndose cada vez más ancha, hasta formar una banda gruesa.

En ese momento noté como Lugh, que estaba situado detrás de mí, me envolvía entre sus brazos y recorría con su nariz el reborde izquierdo de mi cara, hasta detenerse en el hueco que se formaba entre el comienzo de mi cuello, mi mandíbula y mi oreja. Inmediatamente, mi piel se erizó y un profundo escalofrío azotó mi cuerpo. Perdí el contacto con el exterior durante unos segundos y cuando me di cuenta la luz inundaba de nuevo la cámara. Lugh había recuperado su anterior posición y todo parecía haber sido un sueño. A continuación, tomó de nuevo mi mano, y me escoltó hasta la salida. Mientras, la guía seguía con su explicación: "*Newgrange se constituyó, entre otras cosas, en el mayor y más antiguo calendario solar del mundo. El afán científico no fue la única motivación de sus constructores, es posible que a la vez estudiaran el universo y lo relacionaran con sus vidas personales de modo directo y significativo. Newgrange también parece erigirse como un símbolo de la propia fuerza vital*".

Terminamos la visita, comimos y reanudamos la marcha. Al sentarme en el coche, dejé que mi cuerpo se hundiera en el asiento hasta sucumbir en un profundo sueño. Aparecí como por arte de magia en el hospital. Las lágrimas se derramaban sin control por mis mejillas y un profundo dolor se apoderaba de mí. Cuando vi a mi padre, ya la chispa de la vida le había abandonado, dejando sólo un frío cuerpo. Me abracé a él con desesperación, mientras un grito desgarrado se desprendía de mí.

En ese momento, desperté entre lágrimas y sollozos. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Lugh me miraba asustado, arqueando sus cejas.

—¿Qué te ocurre Éire? ¿Estás bien? Por favor, dime que sí —me preguntó angustiado, mientras paraba el coche a un lado de la carretera.

—Sí, no te preocupes. Ha sido una pesadilla. Me sucede a menudo. Todavía es muy reciente... — terminé con la voz quebrada

y sin aire.

—¿Qué es todavía tan reciente? ¿Qué es lo que te tortura de esa manera? —me interrogó, mientras capturaba mis lágrimas entre sus dedos.

—La muerte de mi padre —sentencié—. No hace muchos meses que falleció y me cuesta superarlo. Es un enorme peso que me ahoga y no me deja respirar. No tenía que haber ocurrido de esa manera. Además, no tuve tiempo para despedirme de él. Creo que eso es lo que realmente me tortura —terminé ahogada por las lagrimas.

—Entiendo Éire. Ha debido de ser muy duro para ti. Yo también tuve que pasar por lo mismo. En ese momento, mi vida se partió. El paso de los años no ha logrado extinguir el intenso dolor que sigue ocupando mi corazón. Lo único que he conseguido es acostumbrarme a su escozor y vivir con ese lastre tan pesado que a veces me ahoga en soledad. Tu conseguirás hacer lo mismo algún día, estoy convencido —me contestó sujetando mi cara entre sus manos.

Asentí entre silenciosos sollozos. Se desabrochó el cinturón de seguridad y me abrazó con fuerza, balanceándome suavemente como si intentara mecerme para calmar mi pena. Permanecimos así hasta que deje de llorar. Entonces, me soltó con suavidad y sin alejarse apenas de mí, me besó en la frente. Inspiré hondo e intenté buscar consuelo en el maravilloso paisaje que nos rodeaba. Al cabo de unos instantes, lo conseguí. Miré de reojo a Lugh que se mantenía concentrado en la conducción y me prometí a mi misma que sería más fuerte, tan fuerte como él y su hermana.

El control que se desvanece

Capítulo X

Cuando salí a la calle, aún no había amanecido y el único sonido que retumbaba por las desoladas calles era el producido por las madrugadoras gaviotas, que parecían seguirme en secreto. Me vino muy bien darme un paseo antes de montarme en el coche. Necesitaba aire fresco para despejarme. Angustiado y nervioso, había estado dando vueltas en la cama, pensando como un loco en ella. Preferí no despertar a Brian y salí casi de puntillas de su casa. El día se presentaba bastante frío y un poco nublado, no más de lo habitual en esta época del año.

Una extraña sensación me oprimía el pecho. Me devoraba la ansiedad por verla, por oír su voz, por ser el objeto de sus miradas, por abrazarla, besarla, tocarla,... Respiré hondo, intentando ejercer algo de control mental en el alocado mundo de mis sentimientos. No estaba acostumbrado a sentir emoción alguna y ahora me sentía desbordado por un torrente de ellas.

Puse algo de música en el coche para hacer más ameno el paso del tiempo, sin mucho éxito. Cuando miré el reloj, desesperado, y vi que ya eran las 7 de la mañana, no lo pensé y llamé por el móvil a mi hermana.

—¿Quién es? —preguntó Norah con un hilo de voz.

—Norah, soy Lugh. Perdona si te he despertado, pero necesitaba hablar con alguien. Estoy algo nervioso y quería saber a qué hora habías pensado que me presentara allí —le contesté en tono demasiado dócil, raro en mí.

—No te preocupes, es normal. ¿Por qué no vienes y tomamos un té juntos? —me propuso dulcemente.

—Me parece una idea estupenda. Estaré en casa en unos minutos. Intentaré no hacer ruido al abrir con la llave. Ahora nos

vemos —me despedí.

Al llegar al portal, subí las escaleras como si huyera del fuego y abrí la puerta con sigilo. Nos sentamos en la cocina y bebimos un riquísimo té. Mi hermana me agarraba de la mano, intentando infundirme confianza. Hablaba y hablaba en voz baja, pero no atendí a ninguna de sus palabras. Cuando hizo alusión a Erik, volvió a captar mi atención.

—Lugh. Hace un momento me ha llamado Erik y me ha dicho que no podrá llevarme a Enniskillen. Tiene que datar con urgencia unos restos arqueológicos, encontrados en el condado de Donegal y no puede hacer esperar al cliente, ya que es un hombre muy importante dentro del mundo de las antigüedades. Entonces, sintiéndolo mucho, tendré que ir con vosotros, no queda otra solución —terminó, esperando mi reacción.

—Lo siento, pero eso no puede ser. Quedamos en que necesitaba pasar algo de tiempo a solas con Éire. ¿Por qué no llamas a Brian? Estoy seguro de que estará encantado de llevarte, y entusiasmado con la idea de asistir a tu cumpleaños —le sugerí entre contenidas risitas.

Norah me taladró con la mirada, dejando paso a su indignación. No le resultaba nada grato ser concebida como un estorbo. Entonces, comencé a halagarla sin descanso para reparar su ego herido. Para forzar su decisión, le comenté que Brian estaba algo deprimido, que no lo estaba pasando muy bien tras lo de su hermano.

Me miró derrotada y claudicó ante mi chantaje emocional. Me pidió el número de móvil de Brian y en ese mismo momento le llamó. Cuando colgó, su rostro confirmaba mi completo triunfo. Brian había aceptado sin objeción la petición de socorro de mi hermana y estaba encantado de ir a Enniskillen. Sin cruzar más palabras, Norah volvió a su habitación para hacer la cama y vestirse.

Tras media hora, la vi desfilar por el pasillo y me quedé impactado: había elegido un atuendo poco apropiado para viajar, pero realmente arrebatador. El elegante vestido color rojo caldera resaltaba sus curvas y combina a la perfección con el intenso color de su larguísimo cabello, que discurría suelto como una cascada

salvaje por lo largo de su espalda. «Pobre Brian» pensé en esos momentos, mientras me reía por dentro, imaginando la cara que pondría al verla. Cuando se acercó a mí para despedirse, no pude reprimir el impulso de hacerla rabiar, como cuando éramos pequeños y me aventuré a decirle lo guapa que se había puesto para ver a Brian. Instantáneamente, sus mejillas se encendieron de rabia, contrastando con el brillo de triunfo de sus ojos. Estaba claro, aunque no lo reconociera, que había conseguido su objetivo. Le encantaba convertirse en el centro de atención de algún incauto pretendiente, que se deshiciera al verla, colmándola de halagos y requiebros. Más aún, cuando Erik la decepcionaba o la relegaba a un segundo plano en su escala de prioridades.

Haciendo un ejercicio de autocontrol, dominó su rabia y se centró en la redacción del mensaje que iba a dejar a Éire en la nevera. Al terminar, corrió de nuevo a su habitación y volvió cargada de bolsas. Me enseñó todo lo que le había comprado como regalo anticipado de cumpleaños. Sonreí, valorando su elección y alabando su buen gusto. Tras dejarlo todo de nuevo en su sitio, cogió el abrigo, la maleta y tras un largo abrazo me abandonó a mi suerte.

En cuanto mi hermana dejó la casa, me puse a temblar de emoción. Ahora estaba sólo con ella. Había conseguido dar un paso más en el arduo camino que debía seguir hasta conquistar su corazón, como ella ya había hecho con el mío sin ni siquiera saberlo. La soledad y el silencio aumentaron mis ganas de verla. No pude reprimir mi curiosidad y me encaminé hasta mi habitación y entorné la puerta. Entré sigilosamente. Había poca luz, por lo que me costó al principio definirla. Estaba profundamente dormida.

Aquella visión me llenó de paz y tranquilidad. Me acerqué suavemente hasta conseguir tumbarme enfrente de ella. En esa posición permanecí un rato, deleitándome con su cercanía, con la belleza de su rostro, con la suavidad de su cabello,... Embelesado, perdí la noción del tiempo, hasta que cambió su postura y me ubiqué de nuevo. Me incorporé sigilosamente y salí de la habitación cerrando la puerta. No era prudente quedarse más tiempo allí, ya había tentado demasiado mi suerte. Mi corazón se volvió a acelerar según avanzaba por el pasillo y me separaba de ella.

Intenté distraerme, pero fue inútil, la angustia me envolvía en la desesperación más absoluta. Entonces, decidí bajar a comprar el desayuno. Mientras paseaba por los lineales del supermercado, pensaba en besarla apasionadamente y confesarle mi amor eterno.

Salí del supermercado, cargado con un montón de bolsas, casi tantas como para alimentar a un regimiento. Cuando entré de nuevo en casa, noté como su olor se había propagado por toda ella. Una punzada en el estómago me avisó que ya estaba despierta. Dejé las bolsas en la cocina y me asomé al pasillo. La puerta de la habitación seguía cerrada. Me acerqué para intentar oír algo. De repente, escuché el agua de la ducha correr y pegué un respingo, separándome de la puerta. Como acababa de comenzar a ducharse, todavía tenía tiempo suficiente para prepararlo todo. Empecé a montar el improvisado comedor en el salón y luego me dediqué a colocar el juego de café, el ramillete de flores y el resto de la intendencia.

Cuando terminé, me acerqué de nuevo a su puerta y al seguir escuchando la ducha, me animé a abrirla. La habitación estaba algo revuelta, con varias bolsas vacías y la ropa que me había enseñado Norah antes de irse, encima de la cama.

Sin darme tiempo a reaccionar se abrió la puerta del baño. Me quedé estático en el quicio de la puerta, manteniendo la respiración. Éire salió en ropa interior, con una toalla alrededor de su cabeza, dejando a la vista el resto de su anatomía. No pude evitar fijarme de forma casi compulsiva en su abdomen. Me quedé helado cuando pude ver con mis propios ojos, grabado en él, el mismo tatuaje que turbaba mi alma en mis ardientes sueños. Automáticamente, recordé todas las veces que con mi dedo había recorrido su contorno y cuántos besos de fuego se habían condensado en la piedra verde que adornaba su delicado ombligo.

Sin advertir mi presencia, avanzó por la habitación buscando algo. Cogió un bote de crema y volvió a colocarse junto a la cama. Yo seguía atentamente todos sus movimientos, anhelando que alguno de ellos se prolongara hasta mí. Cerré los ojos para deleitarme con la recreación de aquella fantasía y cuando los abrí de nuevo, me di cuenta que Éire se había percatado de mi presencia.

Me alteré repentinamente, cuando pensé que tal vez podía reconocerme y rememorar nuestro brusco encuentro. Intenté tranquilizarme y rompiendo con mi vergüenza, me lancé a presentarme. Sus ojos me observaban como si fuera un fantasma. Sin mediar palabra, se introdujo de nuevo en el baño y cerró la puerta de golpe. Intenté hablarle desde el otro lado, con voz tranquila y dulce, pero no conseguí ninguna respuesta por su parte. Azarado, volví de nuevo al salón, donde permanecería hasta que ella decidiera salir.

Cuando la vi aparecer en el salón, al cabo de un rato, mi corazón encontró de nuevo el impulso para seguir con aquella locura. Desayunamos en silencio, acompañados por el hilo musical. No perdí detallé, la observé con detenimiento y dedicación. Cada uno de sus movimientos, de sus gestos, de sus miradas, me parecía un regalo. Sólo pensar en que era real, por fin, y estaba desayunando frente de mí, me dejaba maravillado.

Terminó y se atrevió a hablarme, iniciando nuestra primera conversación. A partir de ese momento y durante el resto del día, intenté equilibrar la pasión y la prudencia, no sin esfuerzo, fracasando por completo cuando la distancia entre nosotros era mínima o nula. Su cuerpo atraía al mío como un imán. Cerca de ella, la inmensa necesidad de hacerla desaparecer entre mis brazos me descontrolaba por completo. Intenté soportar mis intensos y constantes impulsos, concentrándome en las explicaciones de los guías de los monumentos que habíamos parado a visitar, pero de vez en cuando, fallaba, y la abrazaba de forma cariñosa. Incluso arropado por la oscuridad llegué a rozar su cuello en la tumba de Newgrange. Al montarnos de nuevo en el coche para seguir el camino, sentí como el muro que nos separaba se hacía cada vez más delgado, poniéndome en una situación aun más comprometida. Experimenté un gran alivio cuando se durmió un rato, ya que así me daría tiempo a reponer fuerzas, para luchar conmigo mismo, intentando ahogar la irrefrenable atracción que sentía por ella.

Me sobresalté con sus desgarrados sollozos y de inmediato me volqué en su consuelo. Mientras me contaba la muerte de su padre, mis sentimientos se volvieron más paternalistas, tornándose más

delicados y castos. Pero me miró con sus preciosos ojos y mi control se esfumó. Mis labios se lanzaron a los suyos, pero en el último momento los reconduje hasta su frente. Mi sed de ella era tan inmensa, que o conseguía parar en aquel momento o ya sería imposible retomar el control de la situación. Todos me habían aconsejado que fuera avanzando poco a poco y debía hacerlo. Por ello, me concentré por completo en la conducción.

Mientras el paisaje se iba transformando, una enorme sensación de satisfacción me llenó por completo. Sin duda, era la mujer de mis sueños, la mujer de mi vida y la única dueña de mí helado corazón. Nuestras vidas se acababan de unir y no estaba dispuesto a que se separaran nunca más.

Sombras de un grito

Capítulo XI

La lluvia caía de forma torrencial sobre nosotros, complicando la visión de la carretera desde el interior del vehículo. Me mantuve atenta y callada esperando a que aquello acabara. Lugh estaba ocupado, intentando salir de la nube que nos asediaba sin tregua. Transcurridos unos interminables minutos, la fuerza con que caía la lluvia disminuyó hasta hacerse casi inexistente. Entonces, pude ver con claridad los carteles que indicaban que estábamos en Irlanda del Norte, habiendo dejado atrás la República de Irlanda. Las banderitas británicas y los colores rojo, azul y blanco, marcaban la línea fronteriza. El neutral paisaje no entendía de fronteras entre países ni de divisiones políticas o religiosas artificiales, por lo que mantenía su majestuosidad de forma uniforme e invariable a nuestro paso.

Por fin llegamos a Enniskillen (Inis Ceithleann), cuando el débil Sol se despedía de nosotros hasta el siguiente día y la oscuridad comenzaba a hacer acto de presencia. Lugh me explicó que el nombre en gaélico significaba la Isla de Kathleen. Era la ciudad más grande del Condado de Fermanagh. Enniskillen quedaba situada casi exactamente en el centro, en la isla natural que separa las secciones superiores e inferiores del majestuoso lago Erne.

Tras cruzar el puente que comunicaba las dos partes de la ciudad, embocamos la pequeña calle donde se encontraba la misteriosa tienda de su amigo. La decoración era discreta y las luces de su interior estaban apagadas. Lugh se apresuró a golpear con energía la puerta de cristal, con la esperanza de encontrar a su amigo todavía allí. Poco después, un chico de cabellera roja como el fuego nos abrió. Los dos amigos se saludaron cordialmente, y Lugh se apresuró a presentarme.

Daithi, que era como se llamaba el pelirrojo, me sonreía mientras me observaba con detalle, clavando sus azules ojos en mí.

Lugh le pidió que nos enseñara regalos curiosos y poco vistos. Así lo hizo. Tras unos minutos, volvió de la trastienda con una variedad increíble de regalos que colocó a lo largo del mostrador. Mientras contemplaba cada uno de ellos, Daithi y Lugh fueron al otro lado de la sala para charlar. Al cabo de un rato, ya había elegido el regalo de Norah: una cajita de música, que tenía en su tapa grabado el árbol de la vida. La melodía que brotaba de su interior cuando la abrías era hermosa y delicada. Lugh, que se había situado sigilosamente a mi lado, asintió con la cabeza aprobando con ello mi elección. Daithi, tras envolverla, la colocó entre mis manos y nos deseó buen viaje.

Nos montamos de nuevo en el coche y tomamos la carretera A46 Belle-Donegal, ya que la mansión familiar se situaba a las afueras, en la orilla oeste del lago Lough Erne. La carretera se hizo bastante estrecha y el firme pasó a ser más rústico. La oscuridad era total. Las luces del vehículo iluminaban el salvaje camino, rodeado de árboles de inmensa altura y una espesa vegetación. Lugh giró a la derecha, introduciéndose por un camino de grava poco señalizado, donde se podían vislumbrar unas tenues luces al final. Conforme nos fuimos acercando, las luces se hicieron más intensas, mostrando la bella mansión.

Dejamos el coche cerca de la entrada principal. En el aire que nos rodeaba se condensaba la humedad del lago, que debía de estar cerca. Esta entrada quedaba embellecida por dos anchos escalones que conducían hasta la puerta artesonada de madera. Lugh introdujo la llave en la vieja cerradura y abrió la puerta.

En el interior reinaba un silencio casi sepulcral. Las luces eran escasas y el frío algo notorio. Una vez que cruzamos el elegante recibidor, seguí a Lugh por el pasillo de la izquierda. Al llegar al final entramos en la enorme cocina, donde una mujer de pelo rojo oscuro se encontraba sentada al lado de la ventana. Lugh se acercó diligentemente a ella, mientras la llamaba mamá. Ella se levantó rápidamente y abrazó con cariño a su hijo. Me quedé quieta en el

quicio de la puerta para no interrumpir el cálido reencuentro: ella le llenaba de besos y él la mantenía entre sus brazos.

Cuando la efusividad dio paso a la contemplación mutua, decidí avanzar hacia ellos. Lugh se percató de mi movimiento y se apresuró a presentarme.

—Mamá, como imagino que te habrá comentado mi hermana, no he venido solo en esta ocasión. Te presento a nuestra invitada —dijo mientras me situaba enfrente de su madre.

—Encantada, señora.

—Querida, llámame Ailish —me corrigió dulcemente.

Las dos nos miramos fijamente. A primera vista me pareció una mujer muy elegante y llena de energía. Su pelo rojo quedaba recogido en un sofisticado moño que dulcificaba su redondeado rostro. Sus ojos eran iguales a los de su hija Norah, tanto en el color como en la expresión. Las pecas se repartían por su rostro de forma sutil y su pequeña nariz era algo respingona. No era muy alta y estaba un poco "rellenita". Su vestimenta informal y cómoda, la encuadraba dentro de un ambiente hogareño y relajado.

Ailish se ofreció a preparar algo caliente para que nos templáramos. De muy buena gana, ambos aceptamos. En ese momento entraron en la cocina Norah y un nuevo acompañante, que a primera vista parecía ser muy vergonzoso.

Un intenso abrazo unió a madre e hija, dando paso a un cómplice cruce de miradas. Norah se acercó a mí y me saludó con alegría, susurrándome al oído que le encantaba lo bien que me quedaba su regalo.

Lugh me tomó del brazo dulcemente y separándome de su hermana y su madre, me acercó hasta el tímido invitado.

—Brian, ¿Qué tal el viaje? ¿Has podido soportar a mi hermana sin sentir ganas de matarla? —terminó con una sonora carcajada

—Lugh, no seas malo con Norah. Me ha resultado muy agradable traerla hasta aquí. Tanto me ha gustado la experiencia, que estoy ansioso por volver a repetirla —contestó Brian, mirando de reojo a Norah, para comprobar si ésta había oído su halagador comentario.

Efectivamente, lo debió de oír porque se colocó al lado de Brian y le besó dulcemente en la mejilla. Resultó evidente para todos el

cambio de color que experimentó la cara de Brian tras el contacto de los labios de Norah. Se puso aún más rojo, al haberse convertido en nuestro centro de atención. Lugh salió en su ayuda presentándome de manera atropellada. Ahora era yo la que se sentía observada por todos ellos. Le estreché la mano con afabilidad mientras esbozaba una sincera sonrisa.

Ailish estaba pletórica, desempeñando a la perfección el papel de anfitriona. Se paseaba de un lado a otro de la cocina, consintiendo todos nuestros caprichos. Cuando todos estuvimos saciados, se sentó con nosotros y disfrutó de la imagen de su familia reunida. Cuando nos miraba a Lugh y a mí, se sonreía de forma curiosa, como si fuera la única persona en el mundo que supiera el final de una exitosa novela, que apenas se hubiese empezado a escribir. Con Norah y Brian su gesto era diferente, parecía derretirse con la estampa, realmente se mostraba complacida.

Sin demasiado descaro, observé detenidamente a Brian, que estaba situado frente a mí. Su porte era bien distinto al de Erik, pero no por ello menos interesante. Sus facciones aniñadas y la mirada pícara de sus penetrantes ojos azules contrastaban de forma chocante con su timidez. Su pelo era un poco más oscuro que el de Lugh, su altura considerable y se mantenía en forma. El brillo de sus ojos cuando Norah le regalaba una mirada era capaz de cegar a todos los presentes. Era evidente que Brian estaba completamente enamorado, pero, ¿y ella? ¿Qué era lo que realmente sentía por él? Efectivamente, no era la misma Norah que se había arrojado a los brazos de Erik nada más verlo en el aeropuerto. Ahora se mostraba más relajada, cercana y humana. La diosa de fuego y marfil, por fin, había descendido al mundo de los mortales, abandonando a su ídolo de acero.

Ya era tarde y el cansancio comenzaba a hacer mella entre nosotros. Las risas y las carcajadas habían sido sustituidas por tonos monocordes y algún que otro bostezo. Ailish se percató de la fatiga de sus invitados y nos condujo hasta nuestras habitaciones. Recorrimos de nuevo el pasillo y subimos la preciosa escalera que dividía la casa por la mitad, desembocando en un coqueto distribuidor. Avanzamos por el pasillo que quedaba a mano izquierda,

formando una pequeña fila. Ailish iba la primera, seguida por Norah, Brian, Lugh y en última posición, me coloqué yo. Una corriente de aire helado pareció congelarme la sangre por un momento. Al darme la vuelta supe el porqué. Un hombre extraño, de rostro siniestro estaba situado justo detrás de mí. Pronunció mi nombre, mientras me absorbía con su oscura mirada y se alejó desapareciendo entre la penumbra del pasillo opuesto. Ninguno de ellos pareció darse cuenta del fugaz encuentro. No sabía si era algún familiar, un fantasma o el mismísimo diablo en persona, pero sus intenciones no eran buenas.

Ailish, fue mostrando los dormitorios, que estaban ya preparados. El primero a mano derecha era el suyo, que quedaba enfrentado con el de su hija. La segunda puerta de la derecha era la habitación de Lugh, que quedaba enfrentada con la de la habitación de invitados. El baño se situaba al final del pasillo y tenía que ser compartido.

Norah se introdujo en su habitación, mientras que Lugh acomodaba a Brian en la suya. Ailish tomó mi brazo y me invitó a ocupar la habitación de los invitados. Yo accedí encantada y le agradecí el gesto con la mejor de mis sonrisas. Ella me correspondió de la misma forma, y cerró la puerta al salir.

Mi habitación estaba decorada en tonos suaves, tanto de amarillo como de verde. La cama era regia y cómoda a la vez. A los pies se situaba un espacioso armario y a su lado un pequeño tocador. Las cortinas adyacentes escondían un enorme ventanal.

Me desnudé arropada por el silencio de la habitación y me coloqué mi elegante camisón de rayas. Me senté en la cama mientras me desenredaba el pelo pausadamente. No podía sacar de mi mente la imagen de aquel siniestro hombre. Cada vez que la recordaba mi cuerpo se estremecía. Me calcé las zapatillas y sujetando entre mis manos la bolsa de aseo, me encaminé al baño. Justo cuando estaba cerrando la puerta, Norah salió de su habitación y al verme me acompañó hasta el baño.

—Espero que estés cómoda en esa habitación. Mi madre la prepara especialmente para las visitas. Debajo de la almohada siempre pone un ramito de lavanda y en el tocador deja una cestita con algo de fruta. Ya sabes como son las madres de detallistas —terminó con una pícara sonrisa.

—Es una habitación preciosa, lástima que sea de noche y no pueda disfrutar las vistas —le agradecí sinceramente.

—Bueno, y ¿qué te ha parecido mi hermano? —me preguntó mientras entraba conmigo en el baño y cerraba la puerta.

—Es muy atento. Ha sido muy amable al traerme hasta aquí y programar una serie de visitas que me han resultado inolvidables —le respondí sonrojada.

La intimidad del baño y lo personal de las preguntas me estaban situando contra las cuerdas. «¿Por qué parecía Norah tan interesada en saber cuál era la opinión que tenía de su hermano? ¿Por qué no había manifestado el mismo interés por la que pudiera tener de su madre o de Brian?». Di un giro a la conversación, esquivando la posibilidad de verme obligada a confesar la naturaleza de mis sentimientos hacia Lugh.

—¿Vive algún otro familiar en la casa? Lo pregunto porque antes he visto a un hombre algo raro en el pasillo.

—Sí, habrá sido James. Era el marido de mi difunta tía, la única hermana de mi madre. Él fue el motivo por el que Lugh y yo decidimos cambiarnos de casa. Lamentablemente, mi madre tiene que soportar su presencia por deseo expreso de su hermana, que legó a James el uso de la mitad de la casa mientras él viviera. Todo el ala derecha es de su dominio. Es una zona vetada para nosotros. En ella sólo puede vivir él y su solícita criada Edel. No te recomiendo que frecuentes esas compañías, sigo pensando que James no es "trigo limpio". Es más, aún no me explico lo que vio una solterona empedernida como mi tía Kina, para casarse tan repentinamente con él —me contestó algo contrariada.

—¿Y por qué me llamó por mi nombre? —inquirí intrigada.

—Seguro que Edel se habrá enterado de algún oscuro modo y rápidamente le comentaría a su señor lo de tu inminente visita. A James le gusta estar bien informado de todo lo que pasa en esta casa. Edel es como una espesa sombra, siempre está acechando con sus intrigas. No te lo creerás, pero jamás la he visto. Sé de su existencia porque James en más de una ocasión la ha nombrado, pero nunca la he visto con él en público. Parece ser una mujer de lo

más extraña y huidiza. También es verdad, que jamás he pisado esa parte de la casa, ni ganas que tengo claro —concluyó en tono seco.

A partir de ese momento nuestra conversación se terminó y tras despedirme hasta mañana, volví a mi habitación. Mi móvil comenzó a pitar, se le estaba agotando la batería. Lo apagué, antes de que el pitido me volviera loca. Me encontraba tan cansada que sentí un enorme alivio al tumbarme en la cama y ocultarme entre las cálidas sábanas. Apagué todas las luces de la habitación, a excepción de la pequeña lámpara de la mesilla. Desde pequeña tenía miedo a la oscuridad y siempre tenía la costumbre de dejar encendida alguna luz.

Comencé a oír unos sutiles golpecitos en mi puerta, que poco a poco fueron ganando en intensidad. Encendí de nuevo las luces y salí de la cama para averiguar quién estaba tocando a la puerta. La abrí despacio, con sigilo, albergando la esperanza de que fuera Norah y no el siniestro tío James. Para mi sorpresa no era ninguno de ellos, sino Lugh. Le invité a pasar dentro. Cerró la puerta tras de sí y se quedó frente a mí.

—Esta vez he tocado antes de entrar —dijo, guiñándome el ojo —. Veo que ya estabas acostada. Perdona si te interrumpo, pero quería darte algo —dijo disculpándose mientras se fijaba en que mi cama estaba algo deshecha.

—No te preocupes, todavía no me había quedado dormida. Tengo tantas cosas en las que pensar, que no logro conciliar el sueño —comenté en voz bajita.

Realmente me sentía intimidada con aquella situación. Estábamos juntos en la misma habitación, con la puerta cerrada y la distancia que nos separaba era mínima. Incluso tuve la sensación de que se podía oír el alboroto de mis acelerados latidos. Intenté mantener la distancia, pero él la recortaba, cada vez que notaba que retrocedía un centímetro.

—¿En qué piensas? ¿Qué es lo que te quita el sueño? —me preguntó, esbozando una sonrisa triunfadora.

Me hubiera gustado haber reunido el coraje suficiente y haberle confesado que era él quién me separaba de los brazos de Morfeo.

—Bueno, es todo un poco —respondí bajando los ojos.

Era necesario romper el contacto visual, ya que estaba convencida de que la expresión de mis ojos me estaba delatando.

—¿Podrías ser algo más específica? —insistió, mientras tomaba mi barbilla con su mano y colocaba mis ojos a la altura de los suyos.

Su verde mirada y el roce de su piel en mi cara hicieron que mi cuerpo reaccionara de inmediato. Me estremecí en un profundo escalofrío y él pareció sentir algo parecido. En ese momento noté como mi ser comenzaba a dar señales de perder por completo el control. Evitando hacer alguna estupidez, de la que luego me arrepintiera, me retiré y dando media vuelta, recurrí de nuevo a mi encuentro con James para salir del aprieto.

—Antes me he encontrado con un hombre algo extraño en el pasillo, que me ha llamado por mi nombre. Tu hermana me ha dicho que se trata de James, tu tío —contesté.

En ese momento, Lugh me tomó por los hombros y me giró hasta situarme de nuevo frente a él. Su gesto era una mezcla de dolor y preocupación.

—Te agradecería que no volvieras a decir que James es mi tío. No es familia mía. Sólo era el marido oportunista de mi demente y difunta tía. Ni una gota de sangre en común corre por nuestras venas —sentenció en tono contenido.

—Lo siento, no se repetirá más. Siento si te he molestado, no era mi intención — me disculpé algo avergonzada.

Sin mediar una palabra más, tomó mi mano y en ella depositó un objeto. Al principio no sabía muy bien lo que era.

—Esto es lo que he venido a traerte. Creo que lo necesitarás si pretendes conectar algún aparato eléctrico en estos extraños enchufes —me comentó, recobrando el tono amistoso.

—¡Oh! ¡Muchas gracias! Era justo lo que necesitaba. Mi móvil en estos momentos ya estaba agonizando —le agradecí con una gran sonrisa.

—Me lo había imaginado. Siento no haberlo traído antes, pero es que no sabía donde lo había puesto mi madre —añadió en tono jocoso.

—Gracias de nuevo. Esta misma noche le voy a dar uso — apostillé.

Las palabras se habían terminado, pero él se resistía a abandonar mi habitación. Los dos estábamos fijos en la misma posición. Ninguno modificaba su postura. Me contemplaba en silencio, mientras yo intentaba no sucumbir ante su preciosa mirada. Cuando ya me había decidido a acercarme un poco más, me besó en la frente, de forma ferviente y salió de la habitación cerrando la puerta tras él.

Me quedé petrificada, mirando a la puerta, anhelando con desesperación que abriera de nuevo la puerta y besara mis labios con la misma pasión que había besado mi frente.

La puerta no volvió a abrirse y terminé por desistir. Enchufé el cargador de mi móvil, me metí en la cama y cerré los ojos para obligarme a dormir. Fui notando como el sueño poco a poco me vencía, hasta derrotarme por completo.

De pronto, me sobresalté. Había oído como Lugh gritaba con desesperación mi nombre. De un salto salí de la cama y me quedé tras la puerta, esperando oírlo de nuevo. Encendí la luz. En medio del solemne silencio que me rodeaba otro estremecedor grito me turbó. Otra vez me llamaba por mi nombre con desolación. Un rápido abrir y cerrar de puertas, terminó por despertar mi curiosidad.

Abrí mi puerta sigilosamente y me asomé por el quicio. El pasillo estaba alumbrado por una pequeña lámpara que se ubicaba en su comienzo y por la luz que escapaba de mi habitación. Todo parecía estar en calma. Todas las puertas estaban cerradas y el silencio que reinaba era absoluto. Permanecí allí, quieta, durante unos minutos, pero no se volvió a escuchar nada. Cerré de nuevo la puerta y eché el pestillo por miedo.

Me metí en la cama, apagué la luz e intenté conciliar el sueño, pero los gritos desesperados que había oído taladraban mi alma y me llenaban de agonía. «¿Tal vez lo había soñado?» me pregunté. Pero parecían tan reales que hubiera jurado que procedían de la habitación de Lugh. Sin ninguna duda era su voz, en esta ocasión desgarrada por el dolor, pero su voz.

Intenté darle una explicación lógica a todo aquello, pero no la encontraba. Segura, por haber bloqueado el acceso a la habitación y reconfortada por el suave tacto de las sábanas, decidí posponer mis

investigaciones a la mañana siguiente, cuando estuviera más lúcida y espabilada. Por hoy, había tenido suficientes emociones. Estaba agotada. Mi parpadeo se hizo cada vez más lento y mi respiración más profunda, hasta sucumbir sin recelo en un profundo sueño.

La rosa de los vientos

Capítulo XII

Daithi se asomó por el cristal y me reconoció enseguida. Hacía dos años que no nos veíamos, pero no habíamos cambiado nada. Seguía luciendo esa espesa cabellera roja que tantas burlas había recibido cuando era un niño.

Se extrañó un poco al verme acompañado, ya que la última vez le comenté que rechazaba por completo la idea de volver a tener novia o alguna clase de amistad femenina. Mi relación con Aine había sido un total fracaso. Resultaba muy difícil amar a una mujer deseando por las noches a otra.

Nos retiramos hacia una parte de la tienda mientras Éire elegía el regalo. Siempre era agradable encontrarse con un viejo amigo y rememorar momentos compartidos en la niñez.

Daithi observó con detenimiento a Éire, que en ese momento nos miró desde su posición. Esbozó una media sonrisa y me miró con complicidad. Entonces, sin pensármelo más le confesé que era la mujer de mis sueños. En nuestras charlas adolescentes le había hablado de mis obsesivos y regulares sueños con una mujer, y se la había descrito físicamente, para que pudiera emitir un juicio de valor. Fue la única persona que me dio algo de consuelo, al no concebir mis sueños como algo raro. También soñaba con mujeres, pero no siempre con la misma.

Iluminó la cara, alegrándose por mí. Según él, por fin encontraría algo de paz después de tanto sufrimiento.

Me pareció justo valorar su amabilidad y corresponderle con una invitación a la fiesta de cumpleaños de Norah y de Éire. Se entusiasmó con la idea y prometió asistir. Mi hermana también había capturado su corazón hacía años y parecía que aún no se lo había devuelto.

Antes de volver al lado de Éire, le pedí que me enseñara una pulsera. Cuando la puso entre mis manos, me convencí de que era lo que estaba buscando para Éire. Era realmente especial. En el medio, tenía una "rosa de los vientos" grabada y si presionabas una patilla lateral, se abría y aparecía una pequeña brújula. La empaquetó rápidamente y la escondí en mi bolsillo.

Al salir de la tienda, continuamos con nuestro viaje. La carretera estaba bastante oscura. Iba cansado y estaba deseando abrazar a mi madre. Cuando la ansiedad estaba a punto de consumirme, las viejas luces que iluminaban la mansión aparecieron al final del camino. Me apresuré a sacar el equipaje del maletero y abrí la puerta. El olor a bollo, me indicó que mi madre estaba en la cocina. Asegurándome de que Éire me seguía, aceleré mis pasos y entré. Ahí estaba mi madre, sentada al lado de la ventana, viendo pasar las horas en soledad.

La abracé con todas mis fuerzas y contesté a todas sus apremiantes preguntas. Quería a mi madre más que a nada en el mundo. La echaba mucho de menos, más incluso de lo que pudiera imaginar. Tras dedicarle unos minutos en exclusiva, pasé a presentarle a Éire. Advertí en su mirada, que no le habían pasado desapercibidas sus características físicas tan singulares.

Brian y Norah llegaron en cuestión de minutos. Nos enredamos en las presentaciones correspondientes y repusimos fuerzas, mientras manteníamos una animada charla. Cuando el cansancio hizo mella en todos nosotros, mi madre nos acompañó a nuestras habitaciones. A Éire le ofreció la habitación de invitados, ya que estaba muy interesada en mantener una charla privada con sus hijos.

Brian dormiría en mi habitación, que contaba con dos camas. En cierta forma, sentí consuelo al verme acompañado. Tras comprobar que Éire se estaba acomodando en su habitación, decidí organizar una reunión clandestina en la mía. Mi madre, Norah, Brian y yo, nos situamos formando un pequeño círculo para no vernos obligados a elevar la voz. En la intimidad de la estancia y en escogida compañía, relaté la historia desde el principio, sin omitir detalles. Mi madre, que al principio reaccionó con cautela, fue apasionándose con mi relato y

terminó entusiasmada con la idea de ver más cerca el día de la boda de su solitario hijo. Mi hermana estaba pletórica, ya que sobre ella recayó el mérito de haberla encontrado. Brian estaba contento por verme tan feliz y totalmente encandilado con mi hermana.

Mañana tendría la oportunidad de estar con ella a solas hasta la fiesta. Sólo la idea de tener que esperar hasta entonces para poder verla, me desesperaba por completo. En ese momento, encontré la excusa perfecta. Tenía que encontrar el adaptador para las tomas eléctricas y llevárselo por si lo necesitaba.

Cogí el adaptador y me situé frente a su puerta. Llamé y antes de darme cuenta, ya estaba a solas con ella en la habitación. La cama estaba algo deshecha, por lo que tal vez la había despertado. Mi culpabilidad se esfumó cuando percibí el ritmo de su respiración. Estaba algo agitada. Sin duda ella también sentía algo por mí. Me acerqué, mientras hablábamos, haciendo cada vez más pequeña la distancia que nos separaba. Incluso hubo un momento que pude oír el latido de su acelerado corazón. Tomé su barbilla con delicadeza hasta que nuestras miradas se cruzaron. Me estaba volviendo loco. Su olor, sus gestos, su respiración, sus ojos, todo era una incitación. Cuando estaba decidido a besarla de nuevo, esta vez sin reparos moralistas absurdos, se dio la vuelta. Sin venir a cuento, pronunció el nombre del hombre que más odiaba en el mundo, apostillando la relación familiar que nos unía para siempre. La tomé de los hombros y la situé delante de mí. El dolor que me provocó aquel inocente comentario y la sola idea de que James la hubiera visto, me sumieron en un estado de ira y amargor, que me indujo a contestarle duramente. Arrepentido y apurado por la situación, coloqué en su mano el adaptador. Parecía que el cambio de tema había distendido de nuevo la conversación. Cuando las palabras se agotaron intenté marcharme, pero me resultaba muy duro separarme de ella. Contrariado con el devenir de los acontecimientos y mortificado por aquel irrefrenable deseo, auné fuerzas, la bese en la frente y abandoné la habitación.

Me mantuve quieto al otro lado de la puerta, implorando silenciosamente que abriera la puerta de nuevo y me regalara sus labios. Como no fue así, me fui a mi habitación a ahogar las penas

con Brian. Cuando apagamos la luz y el silencio se apoderó de la noche, el sueño me venció.

De repente, me desperté angustiado con el eco de mis propios gritos. Cuando abrí los ojos, Brian, mi madre y Norah estaban en la habitación. Intentaban tranquilizar mi desasosiego y comprender la causa de mi sufrimiento. Al revivir la pesadilla causante de todo aquello, me derrumbé. Había visto claramente como Éire se alejaba de mí, malherida y sin rumbo. Tal vez fuera una premonición, pensé, angustiándome aún más.

Todos intentaron quitar trascendencia al sueño, alegando numerosas explicaciones, justificaciones y excusas absurdas. Tanta charla en tono monocorde, acabó por adormecerme. No volvieron a sus habitaciones hasta que se aseguraron que me volvía a quedar dormido profundamente. Brian le prometió a mi hermana que se quedaría a cargo de la situación, para evitar nuevos contratiempos que pudieran dar al traste con todo.

Lo que se dice, lo que se calla

Capítulo XIII

Poco a poco me desperté arrullada por el suave y pausado golpeteo de la lluvia contra el cristal. Cuando abandoné la cama, la sensación de frío se hizo más notoria. Descorrí las cortinas para dejar entrar la escasa luz que proporcionaba el tímido Sol que se escondía entre la masa de oscuras nubes. La tierra verde se fundía con el profundo azul del inmenso lago, que llegaba a divisar sin toda claridad. Una amalgama interminable de colores, que iban desde el malva hasta el dorado, se mezclaba con elegancia entre la vegetación, imprimiendo toques mágicos al paisaje.

Abrí la ventana para airear la habitación y de paso mis ideas. En mi cabeza seguían dando vueltas, tanto la imagen de James como los gritos que había escuchado anoche. El aire limpio y perfumado comenzó a mecerme en un halo transparente de esencias y campo, que consiguió sosegar la angustia que me producía lo desconocido. Tras unos minutos, cerré la ventana totalmente purificada y algo congelada. El día estaba turbio y bastante frío.

En ese momento sonó mi móvil. Me apresuré a cogerlo para que su molesto sonido no acabara por despertar a todos los que dormían en aquella casa. Era un mensaje. Mi corazón se debatía ante la duda de abrirlo o no. «¿Y si era de Robert?» Sin pensarlo mucho más, leí el mensaje. No era de Robert sino de Miranda, mi compañera de trabajo. Me deseaba feliz cumpleaños, mientras se jactaba de ser la primera en hacerlo. Estaba deseosa de que le contara algo sobre mi viaje, por lo que las últimas líneas las ocupó en realizar innumerables preguntas, que quedaban por el momento sin respuesta. Le escribí un mensaje escueto y tras abrir la puerta, me asomé al pasillo. Todo estaba en silencio. Tras tocar y abrir cada una de las puertas, me cercioré de que ya estaban todos abajo. Debía

darme prisa. Como siempre, era la última en estar lista. Me duché rápidamente, me vestí, me sequé el pelo y arreglé la habitación en un suspiro.

Avancé diligentemente por el pasillo, que con la luz del día parecía menos lóbrego y siniestro. La moqueta beige que cubría todo el suelo era la única que me escoltaba en mi camino. Cuando llegué al inicio de las escaleras, me fijé en el enorme ventanal que daba vida a esa parte tan meridional de la casa. El distribuidor de esta planta, era bastante amplio y luminoso. Dos sillas, en soledad, resaltaban con su intenso estampado ante el neutro fondo de la pared y el inexpresivo gris de las nubes tras los cristales. Un aparador bajito, se abría paso entre las dos sillas, ganando notoriedad. Unos cuantos marcos dorados y cobres exhibían las fotografías de antiguos residentes de la casa. Me llamó la atención el que se situaba en la posición más central. Tomándolo entre mis manos lo contemplé con detalle. Sin duda la foto de aquella mujer era más reciente que la del resto. Sus rasgos eran similares a los de la madre de Lugh, por lo que me aventuré a creer que se trataba de la difunta tía Kyna. Su pelo quedaba recogido en un moño alto y terso, que crispaba un poco sus facciones, algo más duras y severas que las de Ailish. Su mirada era hermética e intrigante y un extraño colgante se asomaba descaradamente por la abotonadura de su sobria camisa. Me fijé en él y para mi sorpresa, pude asemejarlo con el extraño símbolo que había visto grabado en el libro negro que tenía Norah en el avión.

El chirriante sonido de la apertura de una puerta me sobresaltó. Dejé el marco en su sitio y me apresuré a llegar a la cocina, donde ya estaban todos desayunando.

—Buenos días, querida. ¿Has descansado bien? Espero que nada ni nadie turbara tu sueño —me saludo Ailish, invitándome a sentarme a la mesa.

La conversación que mantenían Norah, Brian, y Lugh, se interrumpió de forma brusca cuando me senté a la mesa.

—Si, he dormido estupendamente. La habitación donde me alojo es de lo más agradable. Muchas gracias —repliqué amablemente.

—Me alegro. En unos minutos te traigo tu plato. Si quieres, puedes ir sirviéndote té o café —comentó, mientras volvía a los fogones.

—Éire, estás guapísima. Creo que te está sentando de maravilla esta aventura. Tus ojos están vivos y tu sonrisa por fin hace acto de presencia —dijo Norah, esperando la aprobación de todos a su observación.

—Estoy de acuerdo contigo, hermana —afirmó Lugh—. Para mí sin duda es la mujer más bella de este mundo —añadió mientras me servía el café.

Entonces, apareció Ailish con un copioso plato abarrotado de comida. Todo tenía una pinta deliciosa. Había algunas cosas que no sabía lo que eran pero olían estupendamente.

—¡Feliz cumpleaños querida! Espero que disfrutes con el desayuno que te he preparado —me dijo mientras sonreía.

—Muchas gracias. Me siento halagada con tanta atención —le agradecí de corazón mientras tomaba el plato entre mis manos.

Mis otros tres compañeros de mesa comenzaron a cantarme el Cumpleaños Feliz. En ese momento sentí que me "ponía colorada como un tomate". Días atrás, no hubiera imaginado vivir nada de esto.

—¡Felicidades Norah! Estoy contentísima de compartir nuestro cumpleaños. Muchas gracias —dije emocionada.

-Empieza a comer que se te enfría. Mi madre te ha preparado el tradicional *Ulster Fry*[13]. Lleva panceta, huevos, salchichas, tomate, champiñones,... y nuestro famoso pan de patata. Espero que te guste, todo es casero —me comentó Norah, jaleándome.

La verdad es que no estaba acostumbrada a tomar una comida tan potente por las mañanas. Normalmente, un par de galletas y una tacita de café componían mi escueto desayuno.

La amena conversación que mantuvimos acerca de los preparativos de la fiesta, me animó y sin apenas darme cuenta, me lo había comido todo. Cuando terminé con el plato estaba totalmente llena.

Lugh, que observó que había terminado, se levantó como un resorte y me tomó de la mano para forzarme a hacer lo mismo.

—Que lo paséis bien. Para comer voy a preparar un estofado irlandés, tal y como lo hacía mi abuela. Me hace mucha ilusión que hoy podamos comer todos juntos. No os retraséis —solicitó Ailish, mirando fijamente a su hijo.

—¿A dónde vamos, Lugh? Creía que íbamos a quedarnos aquí para ayudar con los preparativos de la fiesta —repliqué, soltando mi mano de la suya.

—No te preocupes Éire, aquí nos quedamos Brian y yo para ayudar a mi madre en todo lo que necesite. Además, otros vecinos vendrán a colaborar como todos los años —contestó Norah, mientras agarraba el potente brazo Brian, que estaba totalmente derretido.

—Vamos Éire. Tengo muchas cosas que enseñarte. Luego por la tarde ayudaremos también nosotros —me rogó Lugh mientras agarraba de nuevo mi mano.

—Vete tranquila, querida. Dejaremos para esta tarde la elección del vestido —intervino dulcemente Ailish.

Lugh me condujo hasta el pasillo, sin darme tiempo a preguntar nada sobre el misterioso vestido. Al salir por la puerta le reproché su actitud. Antes de montarnos en el coche dimos una vuelta alrededor de la mansión, que con la luz del día era mucho más aparente y hermosa. Paseamos por los jardines que la rodeaban en todas direcciones y que llegaban a colindar con el inmenso lago. Mientras tanto, Lugh me ilustraba con la historia y las características constructivas de la casa: "*La mansión la mandó construir mi bisabuelo. Quería regalarle algo especial a su adorada mujer y decidió consolidar su amor piedra a piedra. Como podrás comprobar sigue un marcado estilo georgiano, dotándola con cierta sobriedad, elegancia y armonía.*"

Me encantó el color arenoso de sus muros, su simetría, la uniformidad de sus numerosas ventanas y su gran puerta artesonada. Dos chimeneas siamesas le daban la gracia a la cubierta triangular. Justo anexo al muro izquierdo, se presentaba una pequeña construcción, que mantenía la sobria línea de la mansión. Ahora era el estudio de costura de su madre.

A sus espaldas, se espesaba la alta y variada arboleda, que conformaba la entrada a un bosque denso y sombrío. Cuando lo miré, una sensación de inquietud comenzó a apoderarse de mí. «Tal vez fuera mi miedo a la oscuridad lo que ahora me estaba "gastando una mala pasada"».

Retomamos la carretera con dirección a la ciudad de Enniskillen. Allí íbamos a visitar dos castillos. Durante el trayecto, me deje envolver por sus palabras y su dulzura, que encandilaban mis sentidos y por supuesto mi corazón. Como su actitud conmigo era mucho más distendida y afectiva, decidí mostrarme más cercana y accesible.

Primero estuvimos en el Castillo de Coole, que fue la casa familiar de los condes de Belmore. De estilo neoclásico, quedaba rodeada por extensos bosques y un hermoso lago. Mientras la guía nos conducía por su interior, comentándonos los renombrados artistas que habían participado tanto en la exclusiva construcción como en la exquisita decoración, Lugh y yo nos regalábamos mutuas muestras de cariño. El castillo era majestuoso y suntuoso, rozando el exceso en alguna estancia en particular. Las dimensiones de las salas eran colosales y muy alejadas de la realidad popular. No pude evitar imaginar a elegantes damas recorriendo aquellas amplias salas.

Como en todo castillo que se precie, había pasadizos secretos, antesalas de doble puerta y paredes que oían. Incluso visitamos los sótanos, donde la servidumbre vivía y faenaba al capricho de los señores. Lugh aprovechó los recovecos y penumbras del lugar para acercarse más a mí.

Cuando acabamos el recorrido me temblaban las piernas. Cada segundo que pasaba a su lado se tornaba en una prueba fehaciente del amor que le profesaba. Me estaba enamorando perdidamente de él, sin apenas darme cuenta. Todo en él me parecía perfecto. Es más, tal vez fuera demasiado bueno para mí.

—¿Tienes carné de conducir? ¿Te apetece conducir? —me preguntó Lugh en tono socarrón.

—Sí, tengo carné de conducir, pero aprecio demasiado mi vida y la tuya para ponerla en juego. En mi país conducimos por el otro

lado y el volante se sitúa al revés. ¿Quieres acabar el día chocando contra un seto, un árbol u otro coche? —le contesté en tono risueño.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Confío en ti —me dijo sonriendo.

—No. Creo que será mejor no intentarlo, por si acaso —le respondí.

Tras rechazar su proposición, nos encaminamos al castillo de Enniskillen, que era muy distinto del anterior. La antigua piedra gris otorgaba solemnidad a sus muros y torreones. Estaba situado en la ribera del pintoresco río Erne, en medio de la tierra de los lagos. Este castillo, antigua casa de los jefes gaélicos Maguire, había sobrevivido a numerosas invasiones y tempestuosas luchas. Eterno y soberbio, se erguía desafiante ante cualquier enemigo. Ahora en su interior se exhibía una gran colección de armamento británico. Cuando concluimos la visita, mis retinas estaban llenas de bellas e inolvidables imágenes para el recuerdo. Mi cara de satisfacción reconfortó a Lugh, que parecía desvivirse por agradarme.

—Ahora te voy a llevar a un lugar muy especial para mí. Espero que te guste —me susurró al oído.

Dejamos el coche en la mansión y continuamos nuestro camino a pie, siguiendo un desdibujado sendero, que se adentraba en el sombrío bosque. La humedad refrescaba el ambiente, encapsulando las esencias naturales que emanaban de la abundante vegetación. La itinerante penumbra magnificaba otros sentidos en detrimento de la vista. El suelo estaba bastante embarrado por las lluvias y era complicado sortear algunas raíces que se retorcían en la superficie. Los hongos y las setas luchaban contra los helechos y otras especies rastreras por la hegemonía del acuoso terreno. Yo seguía de cerca a Lugh para no perderme en medio de aquel denso follaje.

Llegamos a un pequeño claro, custodiado por unos frondosos árboles de corteza negra y hojas amarillas. Lugh me cogió de la mano y me acercó hasta unas piedras repletas de musgo. Una especie de juncos ocultaban un riachuelo que discurría hasta claudicar en una pequeña laguna. Estaba algo cansada de la caminata y las botas embarradas pesaban toneladas. Aprovechamos para descansar en aquel espectacular paraje.

—Este es mi lugar secreto. Aquí veníamos a escondidas mi hermana y yo cuando éramos niños —me dijo mientras me sentaba y me ayudaba a quitarme las botas.

—Desde luego es un sitio precioso —contesté.

—Introduce los pies en el agua, ya verás que sensación —comentó mientras hacía lo mismo con los suyos.

Me quité los calcetines lentamente, manifestando mi reparo. Siguiendo a Lugh introduje los pies en el agua. Cerré los ojos porque esperaba que estuviera congelada. Para mi sorpresa estaba tibia, incluso caliente en algunas zonas. Abrí los ojos aliviada y miré a mi alrededor.

Los tréboles, que avanzaban de la mano del musgo y el césped, llegaban a poblar el fondo de aquella laguna, provocándome cosquillas en la planta de los pies al ser zarandeados por el sutil movimiento del agua. Era sin duda una sensación única en el mundo.

Éramos las dos únicas personas en el lugar. La sensación de soledad intensificó nuestro círculo de intimidad. Mi corazón latía con fuerza y expectación, deseoso de propiciar el desarrollo de los acontecimientos. La distancia que nos separaba era mínima, fusionándose el aire que respirábamos. Me sentía tan relajada y excitada al mismo tiempo, que mi cuerpo se encontraba a la deriva en medio de un profundo mar de emociones. De reojo vi cómo se metía la mano en el bolsillo de la cazadora y sacaba una bolsita. Sin darme tiempo a reaccionar, la colocó en mi mano mientras me felicitaba por mi cumpleaños de nuevo. La abrí con delicadeza y dejé caer en mi mano el contenido. Era una pulsera preciosa, que tenía grabado un dibujo. Deslicé mi dedo por el relieve, intentando averiguar qué era.

—Es una "rosa de los vientos". Se tiene la creencia de que guía a los viajeros hacia su destino. Espero ser el tuyo, viajera —comentó mientras me colocaba la pulsera en mi muñeca y la abrochaba.

Apretó una patilla lateral que sobresalía. Se abrió la tapa grabada, dejando a la vista una pequeña brújula. Me sonrojé, mientras le daba las gracias. Entonces, agarró suavemente la parte posterior de mi cuello y me acercó hasta su boca. Sus labios se

posaron en los míos de forma delicada. Su roce era abrasador y sutil al mismo tiempo. Los míos respondieron algo cautelosos, con un movimiento parecido. Cerré los ojos para concentrarme en la sensación y noté como sus labios se deslizaban por los míos, imprimiendo en esta ocasión algo más de intensidad. Intimidada, me aparté bruscamente.

Un espeso silencio se apoderó del ambiente, aderezado por el tintineo del discurrir del riachuelo y el contoneo de los juncos al contacto con el suave viento.

—Me mentiría a mí mismo, si no reconociera que siento algo muy especial por ti —me confesó.

Mi respiración se contuvo y mis labios se sellaron para no interrumpir su discurso.

—Ya sé que nos conocemos desde hace poco tiempo, que todo esto es algo precipitado, pero lo que siento por ti es tan grande, que no puedo silenciarlo más. Tal vez te parezca descabellado, pero estoy enamorado de ti. Dentro de unos días volverás a tu país, a tu vida y no quiero que te separes de mí. Siento colocarte en una posición incómoda. No tienes que decir nada si no lo sientes. Sólo con tu compañía soy feliz —terminó mientras me miraba fijamente, esperando mi reacción.

Sentí una inesperada sacudida que brotaba desde el fondo de mi alma. Todo me daba vueltas. Sorprendentemente, sentía lo mismo hacia él, aunque con ello se violaran todas las leyes de la lógica y la cordura. Pero el miedo al fracaso, mis complejos y mi amarga experiencia amorosa, impidieron que mis labios se pronunciaran al respecto. Si le declaraba abiertamente mis sentimientos quedaría totalmente indefensa.

—¿Eras tú el que gritaba anoche mi nombre? —le pregunté ganando tiempo para elevar de nuevo mis muros defensivos.

—Sí, era yo. Siento si te asusté, pero tuve una pesadilla —se justificó algo avergonzado.

—No, no te preocupes, no pasa nada. ¿Tuviste una pesadilla conmigo? —le interrogué algo preocupada.

—Sí, pero no me acuerdo muy bien —respondió en tono seco mostrando su incomodidad.

—¿No soñarías que me moría, verdad? —pregunté intrigada.

Él no pronunció palabra, dando paso a un plomizo silencio que confirmó mis sospechas. Ahora veía justificada la angustia y el dolor de los gritos. He de reconocer que un desagradable escalofrío me recorrió súbitamente el cuerpo. Sentía un enorme pavor ante la muerte.

Sin darnos cuenta habíamos entrado en un callejón sin salida. Ninguno de los dos sabía que decir para quitarle trascendencia al asunto.

—¿Te da miedo la muerte? —me preguntó a bocajarro.

—Sí. Me aterra sólo pensar que algún día... — afirmé.

—A mí también y eso que por mi trabajo estoy expuesto a ella todos los días. Más que temer mi propia muerte, me aterra contemplar la de mis seres queridos —comentó utilizando un tono más íntimo.

—Tal vez me haya traumatizado tanto la muerte de mi padre que he generado una fobia o algo así —añadí algo apesadumbrada.

—Prefiero pensar que la muerte no es el punto final. No sé si vamos al cielo, al paraíso, nos reencarnamos de nuevo en humanos o en insectos, pero necesito creer que hay algo más, que existe otra oportunidad para reencontrarte con tus seres queridos. Tal vez, muerte y vida sean un ciclo permanente —terminó pensativo.

—Bueno, pero imagino que tus sueños no son premonitorios —dije, tomando su mano—. Volvamos ya. Tengo algo de frío y bastante hambre. Además, seguro que tu familia nos está esperando para comer —le propuse cariñosamente.

Él estuvo de acuerdo y volvimos hacia la mansión.

Su concepción de la muerte me había reconfortado. Mi angustia interior se desvanecía, dando paso a una ardiente pasión por mi compañero, que además estaba enamorado de mí. ¡Qué locura!

Efectivamente, cuando llegamos a la cocina, Brian, Norah, Ailish y Daithi estaban sentados a la mesa. Se rieron al unísono al vernos entrar con las botas embarradas en la mano.

—Poneros otros zapatos. No pretenderéis comer descalzos. Dejad las botas fuera en el patio, que ya me encargaré de ellas luego —ordenó Ailish en tono socarrón.

—No te preocupes mamá, ahora nos cambiamos. Danos unos minutos y enseguida estamos de vuelta —contestó Lugh.

Subimos a las habitaciones. Cada uno se introdujo en la suya, rápidamente. Dejé el abrigo colgado en la silla para que se secara y me puse otros zapatos. El pitido de mi móvil volvió a sobresaltarme. Cuando lo tomé entre mis manos comprobé que tenía otro mensaje. Lo abrí por curiosidad, esperando que fuera otra compañera del trabajo o alguno de mis amigos. Lamentablemente, era de Robert. Lo borré inmediatamente. El amargo sabor que me había dejado, me limitaba y me volvía desconfiada. Francamente, tenía un miedo horroroso a que me volvieran a hacer daño. Estaba convencida de no poder superar otro fracaso. Pero tampoco estaba siendo justa con Lugh ni conmigo misma, ya que esta vez era yo sola la que me impedía disfrutar de una historia de amor. Miré la pulsera que me había regalado y rememoré todo lo que se había atrevido a decirme a la cara. Sin embargo, yo era una cobarde con coraza de hojalata. «¿Y si Lugh fuera el amor de mi vida y por mis tonterías lo llegaba a perder?»

Oí como la puerta de la habitación de Lugh se cerraba y sus pasos se perdían por el pasillo. Salí de mi habitación como una exhalación para no hacer esperar más tiempo al resto de comensales. Al bajar las escaleras me detuve en el filo del último escalón, ocultándome contra la pared. Alguien acababa de entrar por la puerta y avanzaba por el pasillo de la derecha. Me asomé furtivamente y para mi sorpresa pude comprobar que era Erik. «¿Por qué motivo se dirigía allí, en vez de ir directo a la cocina a saludar a Norah y al resto de invitados?». Amortiguando mis pasos en la moqueta, me deslicé con sigilo por el mismo pasillo por donde había pasado él. Al fondo, una puerta se mantenía entornada, dejando escapar el eco de una distendida conversación. Anclé mis manos al quicio de la puerta y me asomé con cuidado. Mis ojos no daban crédito. Erik estaba hablando con James en su despacho, acerca de una espada antigua muy poderosa. Me llamó la atención comprobar que encima de la mesa estaba el misterioso libro que Norah leía en el avión. Efectivamente, mi memoria no me había traicionado. El símbolo grabado en el libro y el colgante de tía Kyna era el mismo.

Miles de preguntas comenzaron a surcar mi mente. En ese momento, una mujer de rasgos retorcidos y duros me miró fijamente y me cerró la puerta en las narices. Me quedé quieta unos segundos, antes de huir hacia la cocina. Miré atrás para confirmar que no me seguía nadie. Cuando volví la mirada al frente, me topé con James. Su mirada me heló.

—Hola Éire. ¿Te has perdido o has venido a verme? —me preguntó en tono severo.

—Lo siento —contesté, mientras le esquivaba y continuaba mi huida.

—Éire, no juegues con fuego o te acabarás quemando. Yo mismo estaría encantado de... —continuó diciendo, mientras yo avanzaba sin volver mi mirada atrás.

Cuando llegué a la cocina el corazón se me salía por la boca. Notaba cómo ardían mis mejillas y mi respiración estaba agitada. Intenté serenarme antes de llegar a la mesa, pero no pude.

—¿Estás bien Éire? Parece que hubieses visto a un fantasma —me preguntó Norah intrigada.

—Sí, me encuentro muy bien. Estoy agitada porque he bajado corriendo para no haceros esperar más.

Como mi respuesta, por lo menos, pareció ser lógica, ahí se acabó el interrogatorio. Ailish me presentó a Daithi. Hice como si no le conociera para no meter la pata con la sorpresa de cumpleaños de Norah.

—Daithi es amigo de Lugh desde la infancia. Hoy ha venido a echarnos una mano con los preparativos y como se nos ha hecho algo tarde, le he pedido que se quedara a comer con nosotros.

—Me parece estupendo mamá —afirmó Lugh, mientras sonreía a su amigo—. Es lo menos que podemos hacer para corresponder a su desinteresada colaboración —terminó con una sonora carcajada.

Brian no parecía estar muy contento con la idea, ya que en Daithi tenía un serio competidor. Los dos iban a aprovechar cualquier posibilidad para conquistar a Norah.

—Aquí traigo el famoso estofado, tal y como lo hacía mi abuela paterna. Los ingredientes son muy básicos pero sabrosos. Lleva cordero, cebolla, patata,... — interrumpió Ailish, colocando la cazuela

en medio de la mesa—. Si me vais pasando los platos, os sirvo —nos indicó amablemente.

Estuve muy callada durante la comida. Apenas probé bocado, aunque el guiso estaba delicioso. Mi encuentro con James me había helado la sangre. Además, seguía dando vueltas a la visita furtiva de Erik y a la entrega del misterioso libro.

«Antes de llegar a ninguna conclusión tenía que obtener más información. No podía decirle a Norah que Erik ya estaba allí, pero que estaba charlando con James. ¿Y si me estaba apresurando con mis conjeturas, y lo único que conseguía era aguarle la fiesta a Norah? Desde luego no sería justo. Ellos se estaban portando demasiado bien conmigo, como para echarlo todo a perder sin ningún tipo de prueba.»

Lugh, que estaba sentado a mi lado, me miraba de reojo, preocupado. No se atrevió a preguntarme qué me pasaba, aunque intentó convencerme para que comiera algo más. Esto sólo hizo que me sintiera más culpable por estar tan fría con él.

Lugh había expuesto sus sentimientos ante mí con sinceridad y sin embargo yo me replegaba en mi capa de barato victimismo. Y por si fuera poco, el desagradable descubrimiento que había hecho y la amenaza de James, me oprimían el pecho y me cortaban la respiración.

Tenía que controlarme y dominar la situación. Yo era Éire, Éire Daly, no un amasijo de traumas y culpabilidades. Respiré hondo y me prometí a mí misma ponerle fin a aquella situación de incertidumbre. Reuniría el valor para hablar con Norah y confesarle lo que había visto, y siendo sincera conmigo misma, le mostraría a Lugh mis profundos y verdaderos sentimientos.

La noche del doble o nada

Capítulo XIV

Me desperté con dolor de cabeza. Las pesadillas que tenía por las noches siempre me producían el mismo efecto. No sabía qué interpretación darle a mi desagradable sueño, tal vez fuera premonitorio o sólo un recuerdo de un pasado olvidado. Por ello, intenté concentrarme en pensar algo para mejorar mi relación con Éire, ya que anoche la había fastidiado en su habitación.

Bajé con Brian a la cocina, donde ya estaban preparando el desayuno mi hermana y mi madre. Les echamos una mano y nos sentamos a la mesa.

—Lugh. ¿Qué tal estás? Me tienes preocupada, hijo —me preguntó mi madre, nerviosa.

—No te preocupes, mamá. Estoy bien. Fue una absurda pesadilla. No le demos más importancia de la que tiene —respondí algo enfadado.

—¿Crees que Éire habrá oído tus gritos? —me preguntó Norah, preocupada.

—Pues,... espero que no. Porque no sé que excusa darle. Lo mejor será no hacer referencia a ello. Dar la sensación de que no ha existido. Pensaremos qué decirle si ella pregunta —concluí, contrariado.

—Lugh, no te pongas a la defensiva con nosotros. Sólo queremos ayudarte —intervino Brian.

En ese momento, apareció Éire por la puerta y nuestra conversación se terminó bruscamente. Se sentó a la mesa con nosotros, mientras mi madre terminaba de preparar su plato. Le serví el café, corroborando las observaciones de mi hermana acerca de la mejoría de Éire desde que estaba entre nosotros. Cuando mi

madre le trajo su desayuno le cantamos el cumpleaños feliz al unísono. Ella enrojeció súbitamente.

Para mantenerla distraída, comenzamos a planificar entre todos los preparativos de la gran fiesta. Cuando terminó de desayunar, la tomé de la mano y me la llevé, no sin reticencias por su parte. Parecía mostrar más interés en quedarse a colaborar en la preparación de la fiesta que en perderse conmigo. Definitivamente, la había fastidiado bien anoche.

Sin darme por vencido, me centré de nuevo en ella para agradarle en todo lo posible. Poco a poco fui reduciendo la amplitud de la brecha que se había abierto entre nosotros. Ella comenzó a mostrarse más receptiva y yo no tenía tiempo que perder. Dentro de unos días, volvería a retomar su vida, regresaría a su país y no tendría más oportunidades de conquistar a la mujer de mi vida. Además, me angustiaba la idea de verla herida y lejos de mí como pasaba en mi sueño de anoche.

Cuando terminamos de visitar el Castillo de Enniskillen, me decidí a llevarla a un sitio más íntimo y tranquilo. La pequeña laguna que había sido mi refugio de niño, sin duda era el lugar ideal. Aprovechando la belleza del paisaje y la soledad del emplazamiento, le di la pulsera, la besé con ternura y le expuse mis verdaderos sentimientos. Para mi asombro, su reacción fue algo fría, y por último terminó sacando el tema de los extraños gritos. No pude mentirle y reconocí que había sido yo, el que en sueños la había llamado por su nombre. No sé cómo, acabamos hablando de la muerte. Sinceramente, me sentí algo contrariado con el rumbo que estaban tomando las cosas. Cada vez que le abría mi corazón y le daba vía libre formar parte de él, se replegaba en ella misma y acabábamos hablando de otro tema.

Tal vez la estaba presionando demasiado, sin darme cuenta. Para mí era una situación muy complicada. Tenía que reprimir mis deseos y la intensidad de mis sentimientos, para no producir la reacción contraria a la que pretendía.

Cuando insinuó que mis sueños no tenían poder predictivo, no supe ni qué contestar. No sé si eran fragmentos pasados o acontecimientos futuros, pero para mí eran reales.

Durante la comida estuvo muy callada y apenas probó bocado. No pude evitar sentir un miedo atroz a su rechazo. Ahora que el destino la había colocado en mi camino no podía permitir que se fuera. Debía esforzarme más si quería robar su corazón para siempre.

Erik llegó cuando ya estábamos recogiendo la mesa. Lo noté distinto en cuanto entró por la puerta. Estaba nervioso y se fijaba demasiado en Éire. La mirada que le echó no me gusto nada. «¿Por qué mostraba tanto interés por ella? Se suponía que él era el novio de mi hermana y uno de mis mejores amigos. ¿Por qué entonces le percibía como un competidor potencial?»

Gracias al apoyo de Brian y Daithi, reuní fuerzas de nuevo para no darme por vencido. Dejé a un lado mis temores y me propuse conseguir mi objetivo a lo largo de la fiesta. Todos estaban dispuestos a ayudarme, pero yo tenía que poner de mi parte.

Mientras esperaba a tener de nuevo la oportunidad de verla, me distraje montado el suelo y las mesas para la celebración. Mi madre ya nos había dejado preparados los disfraces en las habitaciones.

Esa noche me lo jugaba todo "a doble o nada". Debía arriesgar. Era el momento de mostrarme tal y como era, sin barreras o pretextos. Si en algún punto, dudaba de la veracidad de mis sentimientos, en mi mirada tendría la oportunidad de disipar todos sus reparos. La amaba con toda mi alma. Sólo quería pasar el resto de mi vida a su lado, compartiendo todo con ella. Mi única meta era hacerla completamente feliz.

El descenso hacia lo desconocido

Capítulo XV

Justo cuando habíamos terminado de comer, apareció Erik por la puerta, dando la sensación de que acababa de llegar. Norah corrió a saludarle, dejando a un lado a Brian y a Daithi, a los que la inesperada visita les había sentado como una patada en el estómago.

Erik me fulminó con la mirada y esbozó una sonrisa que me resultó de lo más inquietante. Lugh le saludó, extrañado por su actitud hacia mí, mientras Ailish se mostraba fría como hielo con él. «¿Tal vez la madre de Lugh había sido testigo directo de los tejemanejes que se traían entre manos Erik y James? ¿O su reacción se debía a que prefería a Brian o a Daithi como futuros maridos de su hija?»

Ayudé a recoger la mesa y luego seguí a Ailish, que buscaba a su hija para elegir el vestido. Norah y Erik habían desaparecido por el patio trasero y resultaba imposible dar con su paradero. Mientras, Lugh se fue con Brian y Daithi a seguir con los preparativos de la fiesta.

-Espero que esta noche todo salga estupendamente. Verás que cantidad de gente viene a la fiesta. Todos los años me gusta celebrar el cumpleaños de Norah y el *Samhain*[14] en compañía de mis vecinos —me comentó—. Es una oportunidad única para que católicos y protestantes encuentren un nexo común en sus orígenes étnicos. Es una celebración inocente y sin pretensiones. Tan sólo un pretexto para unirnos. Luego el día de Todos los Santos, cada uno venera a sus seres fallecidos según su creencia y religión —sentenció, orgullosa de su afirmación.

—¿Qué es el Samhain? —le pregunté. Era la primera vez que oía ese nombre. Tal vez era alguna festividad de la zona y por eso no la

conocía.

—Querida, es una fiesta muy importante para nosotros. Su origen es celta y tiene como objetivo reverenciar a los ancestros, ya que sus espíritus vienen a visitarnos esa noche. También coincide con el año nuevo celta, ya que la temporada de cosechas termina y comienza la estación oscura —me explicó apasionadamente.

—Pues nunca había oído hablar de su existencia —repliqué.

-Tal vez sí lo conozcas, pero con otro nombre. ¿*Halloween*[15], te es más familiar?— me preguntó.

—Sí, claro, por supuesto. Quién no se ha disfrazado de esqueleto o fantasma en Halloween —contesté entre risas.

—Pero sin duda este Samhain va a ser muy especial, ya que coincide con una Luna Azul —terminó con tono enigmático—. ¿Tal vez por eso estoy algo nerviosa hoy? —se preguntó a sí misma.

En ese momento apareció Norah de la mano de Erik. Se despidió de él y se unió a nosotras. Las tres entramos en el taller de costura. Tuve la oportunidad de comprobar lo especial que era la estancia. Los rollos de tela se apilaban en las esquinas caóticamente, dando un poco de gracias a la sobria habitación. Varios maniquís de madera exhibían vestidos de lo más elegante. Al fondo, se ubicaba la máquina de coser y la mesa donde se apilaban los patrones de costura. Un enorme espejo de tres hojas, en forma de tríptico, daba amplitud y majestuosidad a la sala, permitiendo que las clientas se vieran desde varios ángulos.

—Elige el que quieras. En un momento te lo ajustamos y lista para bailar —dijo Norah entusiasmada.

—Cualquiera de ellos es precioso. Es un honor que me deis la oportunidad de lucir alguno de ellos en la fiesta —respondía agradecida.

—Mi madre es una excelente costurera. Sus clientas son de lo más variopinto, algunas son artistas, otras damas de la alta sociedad... —me explicó Norah, orgullosa.

—Creo que éste, en tonos dorados, es perfecto para ti. Conseguiría resaltar tus facciones y contrastaría con tu negra cabellera —me sugirió Ailish.

La madre de Lugh tenía razón, el vestido me quedaba como un guante y me daba luz propia, sin ser estridente o excesivo. Su corte antiguo, casi medieval, era sencillo y elegante. El raso dorado y el terciopelo de color oro viejo se fundían en un delicado estampado floral. Un pronunciado escote triangular discurría provocativamente hasta la cintura, velado y custodiado por un enrejado de maya de cintas color crema.

Norah, por su lado, había elegido uno color añil, que hermoseaba su blancura de piel y el color fuego de su pelo. El vestido acariciaba su cuerpo, sin marcar en exceso sus curvas. El escote por delante era recto y por detrás vertiginoso.

Ailish se ausentó unos momentos, mientras nosotras nos deleitábamos con nuestra imagen reflejada en el espejo. Me pareció entonces, que era el momento apropiado, para sacar a relucir el clandestino encuentro de Erik y James.

—¡Qué pena que Erik no haya llegado a tiempo para disfrutar el sabroso estofado de tu madre! ¿Verdad? —le pregunté inocentemente.

—Si, ha sido una pena, pero no ha podido llegar antes. Según me ha contado, la reunión que tenía se ha alargado más de la cuenta —respondió sin darle importancia.

—Pues cuando he bajado a la cocina después de cambiarme los zapatos, le he visto en la casa. Avanzaba por el pasillo de la derecha — le dije con discreción.

—Eso no puede ser. Te habrás confundido —sentenció sin darme oportunidad a replicar.

—Por cierto, ¿le diste el libro a Erik? El negro, el que tenía un símbolo dorado grabado en una de sus tapas. Lo pregunto por si ha podido traducirlo; estoy intrigada por saber de qué trata —retomé el interrogatorio.

—Sí, se lo di nada más llegar a Dublín. Era para un cliente alemán. Me comentó que era muy antiguo y que estaba escrito en un dialecto precéltico muy singular, de ahí su valor —me respondió en tono jocoso—. Si quieres un buen libro, mi madre tiene cientos en su habitación. La única pega es que todos son románticos. Seguro que te suena el argumento: dos personas que se aman

profundamente, aunque ellos no lo saben, y un burlón destino que parece confabularse en su contra para impedir que estén juntos. Cada uno lucha por separado, recorriendo un duro camino, describiendo sus verdaderos sentimientos, para al final encontrarse de nuevo —me propuso entre risas.

En ese momento entró de nuevo Ailish en la sala de costura y nuestra charla se interrumpió. Me quedé a solas con la madre de Lugh, que parecía algo inquieta, ya que Norah tuvo que atender a unas amigas que habían venido a traerle su regalo.

—¿Qué es la Luna Azul? —pregunté.

—Se llama Luna Azul a la segunda luna llena o plenilunio que se produce dentro de un mismo mes. Es un fenómeno raro, que sólo se observa cada dos años y medio. Se debe a un desajuste entre la duración de los meses lunares y los meses de nuestro calendario. Más extraño aún, cinco o seis veces en un siglo, es que coincida en la noche del Samhain —me explicó solemnemente.

—¿Y por eso estás algo preocupada y nerviosa?-le pregunté discretamente.

-Sí querida, por eso estoy algo agitada. Contaban los ancianos que cuando dos lunas llenas se producen en un mismo mes, y la segunda coincide con el Samhain se auspician grandes cambios: "*se modificarán los equilibrios, cambiará el sentido de las armonías, se enfriarán los espíritus, se abrirá la puerta y se borrarán las huellas... se confundirán las almas. Viajarán las arenas, se agitarán los mares, se arremolinarán los aires... lo que es verde, será azul, lo que se ve oscuro, tornará divino, la sangre quitará la vida y las lágrimas recordarán la muerte*" —terminó consternada.

—¿Y no podemos hacer algo para protegernos? —le sugerí aterrada.

—La única que me preocupa de verdad eres tú, Éire. Eres muy especial y tengo miedo a que te pase algo, pero no te preocupes he ido a buscar la solución. Toma, ponte esto durante la noche, para esquivar a las sombras —me dijo mientras colocaba alrededor de mi cuello una especie de collar rígido y redondo, que estaba abierto en la parte anterior.

—¿Qué es? —pregunté algo inquieta.

-Es un *torques*[16]. Mis antepasados lo encontraron en la antigua Tara, la ciudad sagrada de los reyes de Irlanda. Para mi familia ha sido un amuleto poderoso. Éste es de oro, pero su singularidad no es esa, sino las dos piedras azules que custodian las dos puntas. Son capaces de absorber la luz y cambiar de color, trasmitiendo gran cantidad de energía —concluyó.

Me quedé sin palabras tras toda aquella disertación. No era supersticiosa y no creía en leyendas o tradiciones antiguas que estaban basadas en la imaginación y la magia. Por la educación que había recibido era muy pragmática y empírica. En estos últimos días, es verdad, que me estaba dejando llevar por corazonadas y señales ilógicas, pero no podía perder mi línea racional de pensamiento.

De repente, Norah entró en la sala de costura como un huracán y me llevó con ella. No me dio ni tiempo a revelarme. Hizo conmigo lo que quiso: me peinó, maquilló,... incluso me prestó unos zapatos a juego con el vestido. El último arreglo fue colocarnos las máscaras, hechas de plumas y piel, tras las cuales conseguiríamos el anonimato. Para mí esto resultaba imposible, ya que mi diferente color de ojos, quedaba al descubierto, delatando mi identidad.

Cuando bajamos, todo el mundo estaba en la fiesta. El Sol había dado paso a la velada oscuridad producida por la Luna Azul, que brillaba esplendorosa en lo alto de nuestras cabezas. Unas enormes y altísimas fogatas custodiaban el recinto. El suelo arenoso estaba cubierto de tablones de madera, para que la gente se moviera con mayor facilidad. Numerosas mesas y sillas se situaban alrededor de la improvisada pista de baile, que estaba abarrotada de frenéticos bailarines, jaleados por virtuosos músicos que tocaban instrumentos tradicionales de la zona.

Los dulces, asados y compotas ponían de relieve la importancia de las manzanas de temporada, que acompañaban a todo. El jolgorio y júbilo generalizado, contrastaba de forma seca con el silencio del bosque adyacente, que estaba semioculto por la densa pero delicada neblina. En ese momento, tres hombres escondidos tras sus disfraces salvajes, nos saludaron desde el otro extremo. Imaginé que se trataba de Brian, Daithi y Lugh. Pero, entonces,

¿dónde estaba Erik? ¿También haría acto de presencia en la fiesta James? Un profundo escalofrío me congeló la sangre cuando al otro lado de la pista les reconocí. James me miró fijamente, helándome de nuevo la sangre. Sin pensarlo dos veces, agarré a Norah del brazo y me dirigí hacía el grupo de tres, huyendo así de la mirada siniestra que me había cortado la respiración.

Uno de ellos, tomó mi mano y la besó. Sin duda era Lugh. Para mí era inconfundible el calor de sus labios y la marca que tatuaba a fuego en mi piel. Cuando le miré a los ojos me quedé sorprendida. Mi mirada se reflejaba en la suya sin miedos, sin timidez, ni amargura. El color de sus ojos era precioso, un verde esmeralda muy raro de encontrar. Cada vez que le hablaba, un intenso brillo los embellecía, mostrándome la intensidad de sus sentimientos hacia mí.

—Estás sublime Éire. Creo que eres la mujer más bella de la fiesta —dijo Lugh, sin contar con la aprobación total de Brian y Daithi, que defendían otra candidatura.

—Gracias. Tú también estás... diferente —contesté mientras le miraba fijamente a los ojos, intentándole trasmitir mis verdaderos sentimientos.

Lugh le dio a su hermana nuestro regalo, elogiando el gran asesoramiento que habíamos recibido por parte de Daithi. Norah se quedó encantada con la caja de música.

Brian y Daithi se volcaron en atenciones con ella, pero ésta parecía estar mucho más interesada en encontrar a Erik. Por ello, la frustración y los celos se fueron abriendo paso en los abnegados corazones de sus pretendientes.

Ailish, bellísima con un vestido verde oscuro, nos tomó del brazo a las dos y nos subió a la tarima de los músicos para agradecer a todos los presentes su colaboración y compañía. Al unísono todos nos cantaron el cumpleaños feliz, hecho que nos enrojeció a ambas casi por igual. Nada más bajar, Lugh acudió a mi rescate y me apartó de la multitud, acercándonos a la solitaria orilla del lago. Allí sin apartarme la mirada, me repitió lo mismo que me había confesado esa mañana, esperando una contestación mía. En ese instante me acordé de una frase que me había repetido mi padre en

varias ocasiones: *si no amas, si no te das a los demás, no tendrás nada que lamentar, la piedra que no siente nada puede esperar*. Sin pensarlo, y dejándome llevar por un impulso, levanté un poco la máscara que asalvajaba sus rasgos, y le besé. Cerré mis ojos para concentrarme en la sensación. Él me correspondió con uno más apasionado y me mantuvo entre sus brazos durante un buen rato. Deslicé mis dedos entre su pelo y apoyé la cabeza en su pecho. Su corazón latía con fuerza, meciendo mis sentimientos al compás de la misma emoción, por fin correspondida.

Cuando estábamos flotando en nuestra propia nube, Brian, algo agitado, me robó a Lugh de entre mis brazos y los dos juntos se alejaron de mí.

Me quedé quieta esperando a que volviera, pero no lo hizo. Dando vueltas sobre mi muñeca a la pulsera que me había regalado, me sentía ajena a todo ese gentío que se divertía hasta el exceso. Daithi fue, el que a petición de Lugh, me mantuvo a su cuidado.

—Éire, no te preocupes. Mañana estarán de vuelta. Un grave incidente en el condado de Donegal les ha obligado a abandonar la fiesta. Gajes del oficio, supongo —dijo Daithi para consolarme, mientras me tomaba por el hombro y me reconducía a la fiesta.

Norah, se paseaba esplendorosa entre los grupos de invitados como una buena anfitriona. Claro está, siempre del brazo de su amado Erik. Parecía no haberse dado cuenta de la forzada ausencia de su hermano y Brian.

A Daithi aquella visión le retorcía las entrañas hasta lo más profundo de su ser. Por ello, nos retiramos a las mesas del fondo a deleitarnos con los guisos, asados y postres que la gente había preparado.

Todo estaba delicioso, aunque mi estómago no se mostraba muy colaborador. Di un par de bocados a una pieza de asado y luego intenté probar mejor suerte con una tarta de manzana, la verdad sin mucho éxito. El destino me había quitado la miel de los labios y ahora me encontraba en un impás de tiempo de lo más desconcertante.

Los músicos empezaron a jalear a los invitados, que abarrotaban la pista de baile alborotados. Daithi tomó mi mano y me llevó al

centro. No estaba muy convencida con la idea, pero me dio pena rechazar su invitación. Al fin y al cabo, él también se había quedado compuesto y sin novia. Tanto por él como por mí, me propuse cambiar mi talante y disfrutar de la celebración de mi cumpleaños.

La música se alocaba por momentos, acelerando el ritmo de mis pies hasta el extremo. Daithi, por lo visto, era un bailarín consagrado, que además supo tener conmigo grandes dotes de paciencia, ya que en más de una ocasión le acabé pisando. Comenzamos a girar como el resto de los invitados, cruzándonos con el resto de parejas. En uno de esos cambios, coincidimos con Norah y Erik, que acabaron siendo nuestras nuevas parejas. Daithi estaba encantado con la coincidencia, pero a mí me habían dado un disgusto. Había estado rehuyendo a Erik todo el rato y ahora me veía forzada a bailar con él.

—Éire, ¿es mi sensación o me estás esquivando? —me preguntó mientras me taladraba con sus brillantes ojos azules.

—¿Tú crees que tendría algún motivo para hacerlo? —le inquirí de forma severa, sin amilanarme.

En esta ocasión le mantuve la mirada de forma casi altanera, mientras él parecía divertirse con nuestro juego dialéctico.

—Crees que sabes mucho y no sabes nada, pequeña mía. Estás preciosa esta noche. El dorado sin duda es un color que realza tu singular belleza. ¿Por qué juegas conmigo, Éire? Me encandilas y me atraes como un insecto a la miel y luego me castigas con tu desdén e indiferencia. No es justo. ¿No crees? —continuó diciéndome al oído.

—No sé de qué estás hablando. Además, deberías centrar toda tu atención en tu prometida —sentencie enfadada, apartando su boca de mi oreja.

—Tan cariñosa que te mostraste cuando nos conocimos, y ¿ahora qué? Cuanto más inaccesible te pones, más loco me vuelves —concluyó, mientras girábamos.

—Estoy cansada. Ya no tengo ganas de bailar. Si me disculpas —le dije agriamente, mientras me soltaba de él y me retiraba.

—No tan deprisa. Todavía no hemos terminado —me gritó mientras me agarraba por la cintura y me arrimaba a él.

—No hemos terminado, porque nunca hemos empezado nada. Déjame —le exigí mientras intentaba zafarme de su abrazo.

Miré a mi alrededor, pero Norah se encontraba bastante lejos de nuestra posición, como para darse cuenta de lo que estaba pasando. Daithi se la había llevado para que nadie fastidiara su dulce momento. Mis gritos se perdían entre el bullicio y la música, mientras Erik disfrutaba con cada forcejeo. Sus ojos brillaban con la misma intensidad que los de Lugh hacía un rato, pero no tenían el mismo color, el verde esmeralda había dado paso al azul glacial. Cada vez nos alejábamos más de la multitud. En ese momento recordé la advertencia de Ailish: "*lo que es verde, será azul*". El miedo se apoderó de mí, tenía que hacer algo rápido. No se me ocurrió otra cosa que agarrar sus muñecas e intentar abrir sus brazos para soltarme. Él me agarró con más fuerza todavía y me besó. Alcé decididamente una de mis manos, para darle un sonoro bofetón, pero él la paró antes de que rozara su cara y me besó de nuevo.

La angustia empezó a oprimirme el pecho, dejándome casi sin respirar. Parecía divertirse con la resistencia que estaba poniendo y cada vez su comportamiento se volvía más descarado y frenético. Aturdida y avergonzada, por la embarazosa situación en la que me encontraba, le di un pisotón con todas mis fuerzas y salí corriendo en dirección a la muchedumbre. El ritmo de la música cambió de nuevo y las parejas se volvieron a cruzar, cambiándose unos con otros. Me agarré al primer hombre que vi, desesperada, y comencé a girar y a cambiar de pareja constantemente. De vez en cuando, miraba de reojo hacia atrás, comprobando como Erik hacía lo mismo, para conseguir atraparme de nuevo sin llamar la atención. Se empezó a levantar un aire muy desagradable, sin previo aviso. En uno de los cambios coincidí con Daithi, que leyó de inmediato la angustia en mis ojos, e intentó alejarme de la pista, hacia el borde que lindaba con el bosque. Le resultó imposible, ya que otro nuevo cambio me alejó de él. En ese momento, vi claramente a mi padre oculto entre la neblina que deambulaba entre los árboles, observándome. Mis ojos se quedaron fijos en esa dirección, mientras mi cuerpo seguía girando y pasando de una mano a otra.

De pronto, la música paró bruscamente. Las hogueras alzaron sus llamas al cielo, acompañadas de un sonido estrepitoso, y como por arte de magia comenzó a llover con fuerza. La gente iba de un lado a otro, frenéticamente, para intentar cobijarse en algún tejadillo improvisado. Aprovechando la confusión, salí corriendo hacia donde había visto a mi padre, gritándole que no se moviera. Sin embargo, él parecía huirme. Le grité hasta la extenuación para conseguir que no se alejara más de mí, pero no resultó. Comencé a adentrarme en el bosque, en su búsqueda. Se movía muy rápido, apenas podía seguir su ritmo. Los zapatos que llevaba se quedaron enganchados en el fango, que por el agua que caía se había vuelto más viscoso. El vestido mojado y embarrado, pesaba demasiado y me entorpecía la marcha, por lo que en varias ocasiones acabé besando el suelo. Las raíces que se retorcían en la superficie sólo complicaban aún más mi avance. Mi obsesión era seguir adelante y dar caza a mi padre. Tras caer, me levantaba rápidamente, intentando mantener el paso. Una densa cortina de lluvia me dificultaba la visión, llegando incluso a desorientarme. De repente, sentí como un rayo de energía recorría mi cuerpo por completo y como, tras un fogonazo de luz, volvió la eterna oscuridad.

El silencio sepulcral del bosque amplificaba el resuello forzado de mi respiración y el sonido de mis aturullados pasos. Ya no veía a mi padre, lo había perdido. Totalmente abatida, me derrumbé, hincando las rodillas en el suelo mojado, llorando con desesperación. Me encontraba magullada, dolorida y totalmente embarrada. Algunos de mis cabellos, con el ajetreo, se habían soltado del recogido y ahora se pegaban empapados a mi espalda y mis brazos.

Cuando logré serenarme y decidí regresar a la aguada fiesta, me percaté de que alguien se acercaba a mí gritando. El tono de sus alaridos no parecía muy amigable. Me incorporé como pude y comencé a correr hacia delante, sin mirar atrás por miedo. Me agarré el vestido con las manos, para conseguir dar pasos más amplios y avanzar más rápido. Cada vez lo escuchaba más cerca de mí. Los nervios y el miedo comenzaron a azararme y caí de nuevo al suelo. Esta vez me golpeé la cara con algo duro, una rama supongo. Me incorporé como pude y seguí corriendo.

Unos cascos de caballo que se oían de fondo, aumentaron mi agonía. Casi sin respiración, llegué a una especie de abrupto desnivel del terreno, que era imposible de saltar. Me di la vuelta, desesperada, intentando buscar otro camino. En ese momento sentí la inesperada y rápida incisión de un objeto punzante en mi abdomen. La fuerza del impacto me desniveló y caí de espalda al fondo del escarpado desnivel. Mientras descendía apresuradamente, girando sobre mí, intenté asirme a algún saliente, rama o raíz, pero fue imposible. El agua y el barro que cubrían mis manos actuaban como una capa deslizante. En ese momento pensé que era el final, mi final. Cerré los ojos con fuerza, rezando hasta que perdí la conciencia.

Hasta el último aliento

Capítulo XVI

Los invitados habían comenzado a llegar. Como mi madre y mi hermana estaban con Éire, me tocó a mí ser el anfitrión. Saludé animadamente a cada uno de ellos, escondido tras mi máscara y mi disfraz de piel. La última vez que me había mirado al espejo me había visto oculto tras un animal salvaje. Desde luego, mi madre era única haciendo disfraces según la tradición celta: la fuerza del animal engrandecía y alentaba al guerrero, para ahuyentar a los malos espíritus que pugnaban por llevárselo consigo al sórdido mundo de los espectros de la diosa Domnu.

Los inciensos que habíamos preparado a base de Artemisa, Belladona, Manzana y Cáñamo, comenzaban a apoderarse del ambiente. En las mesas se aglutinaba la comida que cada uno de los invitados había preparado para la ocasión. Como no, la manzana de temporada tenía un gran protagonismo en todas las selectas recetas.

Cuando ya, más o menos, tenía todo controlado, llegaron los músicos. La música celta amenizaría la velada, al compás de vertiginosos acordes, cargados de ímpetu y vitalidad. Como sorpresa final, mi hermana cantaría un tema lírico en solitario.

Todo estaba preparado, excepto el encendido de las hogueras, que cada año le correspondía hacerlo a alguien diferente. Normalmente, los padres ayudaban a los más jóvenes para evitar incidentes desafortunados. Este año las hogueras eran realmente espectaculares. La madera acumulada durante meses ardía con brío, tornasolando los bellos colores del fuego. Mientras charlaba alegremente con Brian y Daithi, aparecieron entre el gentío Norah y Éire. Mi hermana estaba espléndida, como siempre, pero para mí quedaba oculta en la sombra al lado de la flamante Éire. El sutil color dorado de su vestido la envolvía en un halo mágico, haciendo

su belleza casi etérea. Su melena negra estaba ligeramente recogida, dejando a la vista su sensual nuca. Su cuello quedaba engalanado con un bello torques.

Tomé su mano y la besé, para luego cruzar mi mirada con la suya. Enseguida se dio cuenta de que mis ojos se perdían en la inmensidad de sus pupilas. Tras darle el regalo a Norah, mi madre las vino a buscar para subirlas a la tarima. Todos al unísono les cantamos el cumpleaños feliz. Se pusieron coloradas y tras saludar, bajaron rápidamente. Yo había ganado tiempo y estaba situado al final de las escaleras, para llevármela de nuevo. Nos alejamos hasta la orilla del lago, y allí me declaré de nuevo. Mis ojos le suplicaban clemencia esta vez. Necesitaba una respuesta, porque la incertidumbre me estaba comiendo por dentro. No me dijo nada. Sólo levantó mi máscara y me besó, manteniendo cerrados sus ojos. No precisaba nada más para entender su respuesta. Mi desasosiego había acabado. Por fin mi amor era correspondido.

Tal fue la euforia que recorrió por completo mi cuerpo, que la besé con toda mi pasión y sin ningún miramiento. Después, la envolví con cuidado entre mis brazos, para fundirnos en un eterno abrazo. Entonces, noté como sus dedos acariciaban mi pelo y como apoyaba su cabeza en mi agitado pecho. El calor que irradiaba su frágil cuerpo comenzó a traspasar mi ropa, hasta llegar a soliviantar mi piel que la deseaba a gritos.

En ese momento apareció Brian alterado y me separó de ella.

—Lugh, vuelve en ti. Ha surgido un problema. Ha aparecido Liam O'Rourke. Lamentablemente está muerto. Tenemos que desplazarnos de inmediato a la zona —me explicó bastante contrariado.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te ha llamado O'Halon? —le pregunté.

—No, no ha sido O'Halon. Me ha avisado Máire. Ella ha sido quien ha encontrado a su hermano en el fondo de una charca —me aclaró.

—No le digas nada a O'Halon. Prefiero que se quede al margen hasta que encontremos algo suficientemente gordo, como para reabrir el caso. No quiero que de nuevo vuelva a dar "carpetazo" al

asunto, sin ni siquiera darnos tiempo a terminar de analizar todas las pruebas —le pedí.

—Como quieras Lugh, pero tarde o temprano esto acabará llegando a sus oídos — me puntualizó algo tenso.

En cinco minutos ya nos habíamos cambiado de ropa y estábamos montados en mi coche camino de Donegal. Brian fue llamando a Máire para quedar con ella.

La recogeríamos en su casa, ya que la charca donde encontró a Liam, no estaba lejos de allí. Mientras aceleraba el coche sin piedad para no perder tiempo, Brian iba preparando el material científico.

En un tiempo record llegamos a la casa de los O'Rourke, que parecía más lóbrega que la última vez que la visitamos. Al principio del camino de entrada nos estaba esperando Máire, que se debatía entre el llanto histérico y la cólera.

—Tranquila Máire. Todavía tenemos que verificar la identidad del cadáver. No te precipites —dijo Brian en tono calmado, para intentar sosegarla.

Ella no contestó, mantuvo forzadamente cerrados sus labios, mientras se retorcía un trozo de la falda con las manos. En un par de minutos, detuvimos el coche en el punto donde nos señaló. El lugar estaba oscuro y en silencio. Máire no había avisado a la policía local, ni le había confesado su hallazgo a ningún miembro de su familia. Comenzamos a movernos por la zona con cuidado, iluminando con las linternas el entorno para poder encontrar cualquier pista. A primera vista, no había huellas de vehículo, sólo unas marcadas pisadas que se dirigían a la charca. Con cuidado, Brian tomó fotos y muestras de las mismas para empezar a recopilar material de estudio. El olor a putrefacción se hacía más fuerte según nos acercábamos al agua estancada. Al fondo divisé un bulto que flotaba sobre la superficie. Me introduje en la charca para tomar fotos de la posición y el escenario del crimen. Intenté moverlo yo solo pero me resultó imposible. Brian entró a echarme una mano. El cadáver tenía los pies atados por una cuerda a una estaca de madera. Corté la cuerda, asqueado por el fuerte olor y le dimos la vuelta. Estaba inflado, morado, y algo desfigurado. Tenía los típicos signos de putrefacción del ahogado: "cabeza de negro" y enfisema cadavérico

abdominal. El olor en ese punto se hizo insoportable. Rápidamente, lo sacamos y lo depositamos en la orilla. No llevaba muchos días en el agua, porque todavía no había empezado a descomponerse del todo por fuera. Sufría maceración plantar y palmar, signo de permanencia en agua también conocido como "guante blanco". Sin duda se encontraba en el periodo enfisematoso de putrefacción. Las cuencas de sus ojos estaban vacías y su lengua cortada. Esto podía deberse a una pauta ritual de asesinato o a un castigo ejemplarizante. El profundo hedor que brotaba de su boca se debía a la putrefacción de las vísceras internas, corrompidas por el agua que había tragado. Una especie de semillas taponaban la parte final de la laringe.

Estaba frío y fláccido, por lo cuál llevaba más de 36 horas muerto. Su ropa estaba algo desvencijada, como si hubiera mantenido lucha o forcejeo con su agresor. En las uñas encontramos algunos restos de lo que en un principio parecía ser tierra. En su cuello brillaba una cadenita, que por suerte no se había desprendido. Tiré de ella para verla y fue cuando una medallita que colgaba dio la cara. En ese mismo momento la reconocí. Era la misma que llevaba su hermana el día que realizamos el interrogatorio en casa de los O'Rourke. No había signos de adipocira, ni en las mejillas ni en el resto de la piel. Sorprendentemente, no tenía magulladuras en el cuello, sino en las muñecas. Tal vez le hubieran atado las manos a la espalda para evitar que se moviese, acelerando de esta forma su ahogamiento. Sin duda, las marcas eran anteriores a la muerte. El asesino había presenciado la agonía de la víctima hasta su muerte, y posteriormente había retirado las cuerdas de las manos antes de irse.

El autor de esta macabra muerte tenía un perfil sádico, plasmado tanto en el grado de sufrimiento infligido a la víctima como en la elección del tipo de muerte. La muerte por asfixia sin duda era de las más desagradables y angustiosas que existían. También tendría que tener una complexión fuerte para haber reducido a Liam, que era un muchacho corpulento.

Máire se mantenía tan silenciosa en un segundo plano, que parecía haberse volatilizado a nuestras espaldas. Cuando me giré

para ver donde estaba, sus ojos se mantenían abiertos por el terror que le producía lo que íbamos descubriendo. Se acercó lentamente a nosotros, grabando las mismas huellas que antes habíamos fotografiado. En cuanto vio la cadena con el colgante prendida de su cuello, lo identificó: era su hermano. La ropa que llevaba y los rasgos físicos también fueron reconocidos por ella. Sin duda alguna era Liam.

Aunque había realizado mis estimaciones, era complicado ser exactos al designar la "data de la muerte", y más teniendo en cuenta el medio, agua estancada. Decidimos informar a la policía local, para que nos ayudara con el traslado y la autopsia del cadáver.

—Máire, sé que no es buen momento, pero necesito que contestes a una serie de preguntas antes de que llegue más gente al lugar —le solicitó Brian, mientras la conducía lejos del cadáver.

—¿A qué hora lo encontraste? —comenzó el interrogatorio.

—A última hora de la tarde, antes de que se fuera el sol. Suelo pasear por aquí algunas veces, a la misma hora más o menos —respondió, conteniendo el llanto.

—¿Crees que alguien podría tener algún motivo para hacerle esto a tu hermano? ¿Tenía enemigos, debía dinero, se había metido en algún lío? —continuó Brian.

—No, que yo sepa —contestó tras un largo silencio, mientras se clavaba con fuerza las uñas en la palma de la mano.

—¿Con quién se ha relacionado estos últimos días? —prosiguió con delicadeza

—No lo sé —respondió ahogada por el sufrimiento.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermano con vida? —preguntó Brian, mientras la sosegaba.

—La mañana del 28 de Octubre —contesto furiosa.

—¿Te comentó que iba a hacer ese día, si iba a verse con alguien, o tenía algún plan? —terminó, tras dar la vuelta a la hoja donde estaba tomando notas.

—No, no me dijo nada. No sé nada. No quiero hablar más —concluyó con voz seca, mientras en silencio las lágrimas se derramaban por el borde de sus ojos.

—¿No se había ido con su novia a pasar unos días a Kerry? —preguntó Brian, al recordar la declaración anterior de Máire en casa de los O'Rourke.

—No, parece ser que no. Alguien lo debió de matar antes de que pudiera irse, supongo. Por favor, no me haga más preguntas, se lo suplico. Quiero irme a casa —le rogó, agarrando su brazo.

En unos minutos llegó la policía local, seguida de una ambulancia para trasladar el cadáver. Diligentemente, Brian puso al corriente de la situación al resto de policías y coordinó las labores de traslado. Mientras, yo trataba de consolar a Máire, que no pudo contener su emoción e intentó abrazar a su hermano muerto.

Antes de irnos, hablé con la unidad científica, para que se le diera prioridad a la autopsia y las pruebas de laboratorio de este caso. Quería que nos mantuvieran al tanto de cualquier novedad, antes de reportar a nuestro superior.

El silencio era demoledor a la vuelta. Máire estaba muda y con la mirada perdida. Brian y yo nos miramos consternados. Era sorprendente el giro que estaban dando los acontecimientos. Cuando llegamos a la entrada de la casa de los O'Rourke, Máire salió del coche rápidamente y comenzó a golpear la maciza puerta de madera, con rabia. Pol, su padre, abrió casi de inmediato. Los ojos de su hija le conmocionaron. Como una loca se introdujo en la casa y comenzó a gritar con desesperación, liberando el dolor que la corrompía las entrañas. Su madre y su hermano la intentaron tranquilizar, pero resultaba imposible.

Una vez que les comunicamos la noticia de la muerte de Liam, pasamos a hacerles las mismas preguntas que a Máire. Lamentablemente, ninguno había vuelto a ver Liam desde la mañana del día 28. Nadie sabía dónde había estado, ni se imaginaba quién podría tener motivos para hacer algo así. Al no obtener mayor información decidimos dejarles tranquilos esa noche, ya que necesitaban vivir su dolor con intimidad.

Me llamó la atención que todos estaban destrozados por la repentina muerte, excepto Máire que mostraba cólera y rabia. En ese momento, tuve la impresión de que sabía mucho más de lo que

nos había contado. Tal vez conocía al asesino, pero por miedo no se atreviera a revelarnos su identidad.

Montados en el coche, Brian y yo coincidimos en mantener la misma línea de investigación. Sin duda, había que encontrar algún nexo de unión entre la aparición de los cadáveres de niños en el fondo de aquella zanja y la inesperada muerte de Liam. Ahí estaba la clave para resolver este intrincado asunto.

Nos dirigimos a las dependencias policiales, para supervisar la investigación y analizar por nuestra cuenta algunas de las pruebas. Justo cuando estábamos llegando, sonó mi móvil. Me resistí a cogerlo, ya que pensé que era O'Halon. Brian me obligó a atender la llamada, descolgando él mismo el teléfono y colocándomelo en la oreja.

—Lugh, ¿eres tú? Necesito hablar contigo urgentemente. Soy Daithi. Ha ocurrido una desgracia. Éire ha desaparecido —terminó diciendo, con un tono de voz bastante alterado.

—¿Cómo dices, Daithi? —pregunté exaltado, mientras frenaba en seco el coche.

—Estábamos bailando, y luego cambiamos de pareja y luego volví a bailar con ella. De repente empezó a llover. La gente comenzó a correr para no mojarse. Entré en casa con Norah y Ailish. Luego llegó Erik. Ella no volvió a casa. Entonces, nos cambiamos de ropa y la buscamos. No la encontrábamos por ningún lado. Preguntamos a todo el mundo, pero nadie la había visto. La hemos perdido. Lo siento Lugh, yo me comprometí a cuidar de ella, y... —concluyó entre gimoteos.

—Vamos a ver. No se ha podido perder. ¿La habéis buscado por la casa? ¿Habéis revisado habitación por habitación? ¿Habéis hablado con cada uno de los invitados? —le pregunté sin darle un respiro para responder.

—Si Lugh, la hemos buscado por todas partes y no está. Parece que se la hubiera tragado la tierra, te lo juro —contestó angustiado.

—No me puedo creer que nadie sepa nada de ella —afirmé cabreado.

—El pequeño de los Murrigan asegura haberla visto adentrarse en el bosque, pero eso es poco probable —añadió con precaución.

—¿Y a qué esperas para salir a buscarla, idiota? —le exigí.

—Lugh, ahora mismo está diluviando. No se ve nada y el terreno en algunos puntos es inaccesible —se justificó.

—Me importa una mierda. Sal y encuéntrala. Si le ha pasado algo o si está herida… El tiempo es oro —le dije angustiado al recordar de pronto mi sueño.

—Haré todo lo que pueda, te lo aseguro. Te mantendré informado —se comprometió.

—Si no me llamas tú, lo haré yo. ¡En cuanto pueda voy para allá, entendido! — termine gritando por el teléfono.

Di un golpe seco al volante, volcando toda mi impotencia y mi enfado. Lamentablemente, todo se había cumplido. Ella se alejaba de mí como en el sueño. Tenía que encontrarla como fuera. No podía perderla, ahora no. Cuántos años había estado esperando a que llegara y ahora desaparecía como por arte de magia.

—Lugh, tranquilízate, ¿Qué ha pasado? —me preguntó Brian.

—Éire, Brian. Éire ha desaparecido. No saben donde está. Se ha esfumado. Todo se ha terminado, Brian, todo —contesté sin respiración.

—Eso es imposible. Está allí. Sólo hay que buscar con paciencia y saber qué ha pasado realmente —propuso en tono sosegado, para calmarme.

—Necesito ir allí enseguida. Brian, te pido que supervises la investigación. En cuanto la encuentre estaré de vuelta. Si llama O'Halon dile que he tenido que volver a Enniskillen por un problema familiar grave —le pedí angustiado.

—No te preocupes Lugh, puedo con esto. Llevo varios años trabajando a tu lado y sé como se deja todo muy bien atado. Confía en mí. O'Halon no podrá dar carpetazo esta vez. Incluso, analizaré algunas muestras para ir más rápido. También llamaré a Edward, para que me mande los resultados de las pruebas de la zanja donde supuestamente estaban los cadáveres de los niños. Encontraré la conexión, te lo prometo. Vete tranquilo, yo te cubro —se despidió de mí mientras se bajaba apresuradamente del coche.

—Gracias Brian, te debo una y bien gorda —me despedí.

Conducía demasiado rápido, llegando a rozar la temeridad. La densa oscuridad que me rodeaba, se rajaba a pedazos con la luz de los faros del coche. Cuando ya sólo me quedaban unos 80 kilómetros, sonó mi móvil de nuevo. Paré el coche a un lado y contesté.

—Dime Daithi. ¿Qué novedades tienes? —le pregunté angustiado.

—No soy Daithi, Lugh, soy tu madre. Los chicos han regresado hace un rato. Han encontrado sus zapatos enterrados en el fango. No hay rastro de Éire. Hemos solicitado la ayuda de los vecinos para organizar una partida de búsqueda y ya están por el bosque. Parece ser que el pequeño de los Murrigan tenía razón. No sabemos por qué se fue hacia allí. No entendemos nada Lugh, pero la encontraremos hijo, tranquilo. Además, está protegida por mi amuleto, por el torques que me legaron mis antepasados. Presentía que algo iba a pasar esta Luna Azul y aunque he intentado impedirlo, no lo he conseguido. Cuanto lo siento Lugh —terminó, llorando de forma desconsolada.

—Mamá, ya estoy llegando, no te preocupes. Te juro que la encontraré o si no moriré en el intento. Y, por favor, deja de dramatizar con esa historieta de la Luna Azul. Ella no se ha llevado a mi Éire a ninguna parte. Éire estará en el bosque esperando a que la encontremos —le contesté lleno de rabia y dolor.

—Llega pronto hijo, antes de que sea demasiado tarde. Te quiero —se despidió Ailish totalmente destrozada.

No encontré fuerzas para despedirme de mi madre, estaba abatido por los acontecimientos. Apreté el acelerador con rabia y comencé a recorrer con furia el camino que me faltaba para llegar. Al embocar la senda de grava que conducía a la mansión, un mar de angustia pareció devorarme.

Aparqué el coche de cualquier manera, y salí inmediatamente de él. Estaba diluviando. Mi madre y Norah me estaban esperando en la puerta. Lloraban desconsoladamente, mientras la partida de búsqueda vecinal volvía con las manos vacías. Daithi fue el primero en acercarse a mí, para comentarme la situación. Mantuvo todo el rato la mirada gacha, ya que no encontraba el coraje suficiente para

presentarse delante de mí sin ella. Erik era el único que parecía ser ajeno a aquella pesadilla que estábamos viviendo. Aunque este hecho me encolerizó aún más, no tenía tiempo que perder. Agarré un par de linternas y me adentré yo solo en el bosque. A cada paso que avanzaba, gritaba con fuerza su nombre. El agua calaba mi ropa y el frío era cada vez más insoportable. Numerosas huellas se perdían por el enfangado suelo, impidiendo que siguiera un rastro en firme.

No sé cuántas horas estuve recorriendo aquel bosque, sin encontrar el mínimo rastro. No podía darme por vencido. O volvía con ella, o mejor sería que no volviéramos ninguno de los dos. Sin pausa, recorrí todas las alternativas posibles. Extenuado y apenas sin voz, me senté en una piedra. La impotencia, el dolor y la angustia me cortaban la respiración. En ese momento noté como las lágrimas discurrían por mi cara en silencio. Por primera vez, tras la muerte de mi padre, estaba llorando.

Con mis manos, me arremolinaba el pelo, casi compulsivamente. No podía rendirme, la mujer de mi vida estaba allí, en alguna parte, y tenía que encontrarla. Me levanté de nuevo y comencé a avanzar con más fuerza que nunca, mientras en alto prometía que la encontraría fuera como fuese. Grité su nombre con rabia, descargando toda mi ira y seguí avanzando, escoltado por los ecos de aquel estrepitoso alarido, que quedó arropado por la verde densidad y el sepulcral silencio de ese maldito bosque.

El abrazo del agua

Capítulo XVII

Desperté sobresaltada en medio de la nada. ¿Dónde estaba? Poco a poco, comencé a recordar lo que me había pasado. Todo había sucedido tan deprisa, que las imágenes surcaban caóticamente mi mente, a la velocidad de la luz. Cuando reviví mi agónico descenso y mis agoreros pensamientos, comencé a llorar. ¿Tal vez estuviera muerta? Tenía miedo, frío y todo mi cuerpo me dolía a rabiar. Tenía algo clavado en el costado derecho, que me escocía abrasadoramente. Mi boca estaba encharcada por un líquido caliente, que reconocí tras saborearlo con la lengua. Era sangre, era inconfundible su esencia dulce y ferrosa.

Recorrí mi cara con la mano para averiguar cuál era la herida que estaba produciendo esa hemorragia. Mi labio inferior estaba hinchado y tenía una honda fisura que lo surcaba de dentro a fuera. Me había roto el labio al golpearme con algo. Intenté incorporarme pero no pude. Me dolía demasiado el costado. Con cada uno de mis torpes movimientos, lo único que conseguía era introducir aún más el objeto punzante en la herida abdominal.

Me arrastré gimiendo de dolor hasta que me topé con las ramas bajas de un árbol, utilizándolas como soporte para poderme erguir. Lo máximo que conseguí fue quedarme sentada, apoyando mi espalda en el húmedo y grueso tronco, quedando así semioculta por el resto de troncos más delgados, que se hincaban en el suelo en todas direcciones conformando un enrejado natural.

Todo estaba oscuro. Me resultaba complicado incluso definir lo que tenía a escasos centímetros de mí. En ese momento y como si alguien hubiese escuchado mis plegarias, la luz se hizo. Miré hacia arriba y contemplé la bella luna llena, que había conseguido zafarse de las nubes negras que luchaban por ocultarla. Esto posibilitó que

viera en qué estado me encontraba. Mi vestido estaba totalmente mojado, sucio, y manchado de barro y sangre. El objeto que tenía clavado era una especie de flecha de madera. Sin pensarlo, la agarré con mis manos y tiré de ella para sacarla. Al tercer intento lo conseguí, acompañando mi triunfo con un profundo y sonoro gemido, que retumbó escandalosamente por todo el silencioso bosque.

El escozor se redujo, aumentando por el contrario la hemorragia. Intenté taponarla torpemente con mi mano, pero fue inútil. Al momento, sentí como la sangre caliente se filtraba entre mis fríos dedos sin control. Comencé a sentirme algo mareada. Estaba perdiendo mucha sangre. El miedo se apoderó de mí. Un frío intenso avanzaba por mis piernas, sin pausa, anhelando apoderarse de todo mi cuerpo. Cerré mis ojos, desolada, y recé con fervor para que aquello acabara de forma rápida y sin sufrimiento. Mis lágrimas discurrían sigilosamente por mi cara sin sentido ni destino.

Abrí por última vez mis ojos para despedirme de este mundo, que parecía abandonar para siempre. Tardé unos segundos en aclarar la imagen que se proyectaba delante de mí, ya que con las lágrimas veía borroso. Unos preciosos ojos, que parecían dos esmeraldas, me contemplaban con curiosidad en medio de la velada oscuridad.

—¡Lugh! —grité—. ¡Me has encontrado!

Al intentar acercarme a él, la herida sangró con más virulencia por el forzado movimiento. Aquellos ojos se perdían en torno a una masa azul, que resaltaba sutilmente entre las tinieblas. No era Lugh. Me había equivocado. Tal vez era mi corazón el que me había inducido al error, deseoso de que su anhelo se hiciera realidad. El desconocido se fue acercándose progresivamente, abandonando la negrura que lo envolvía, desvelando su condición e identidad. Era un hombre de pelo largo, corpulento, todo pintado de azul oscuro, que lucía alrededor de su cuello un torques parecido al que me había prestado Ailish.

Me observaba entusiasmado, como si hubiera encontrado el cofre del tesoro o algo así. Mi alegría se tornó en el terror más absoluto. «¿Tal vez era él, el que me había disparado la flecha? ¿Tal vez venía

a terminar lo que había empezado? ¿Me iba a matar?» Cerré los ojos, convenciéndome de que todo aquello no era real. Cuando los volví a abrir, él estaba a mi lado, examinando mis heridas. Tomó con delicadeza la mano ensangrentada con la que intentaba taponar mi herida y la apartó. Hundió sus manos en mi sangre, para luego acercárselas a la cara y olerlas. Miró con detenimiento la flecha que se encontraba a mi lado y se levantó. Desapareció unos segundos entre la neblina para aparecer de nuevo, portando unas hojas de color anaranjado. Las introdujo con cuidado en el agujero de mi costado, hasta que la sangre dejó de brotar. Me tomó entre sus brazos y me sacó de aquel lugar.

Intentaba mantenerme despierta, para averiguar a dónde me llevaba, pero el intenso frío que se apoderaba de mí, me inducía un estado de somnolencia de lo más pesado. Cerré mis ojos en contra de mi voluntad y cedí al avance de la muerte, al fin de mi aliento vital.

Un fuerte sonido me devolvió a la realidad. Estaba rodeada de agua y desorientada por completo. Mi cuerpo iba a la deriva hasta que mi salvador me tomó por los brazos y comenzó a tirar de mí. Escuchaba de fondo el murmullo escandaloso de una cascada, que no estaba muy lejos de nuestra posición. Agarró con suavidad mi cabeza, y me hundió por completo, sin darme tiempo a coger aire. «¿Me estaba intentado ahogar?» Comencé a retorcerme para huir de la prisión de sus manos, pero él se mostró imperturbable. Luchaba con todas mis fuerzas para alcanzar la superficie y poder tomar aire, pero él seguía manteniéndome sumergida. Cuando ya me iba a dar por vencida, me soltó de sopetón. Me agarró de nuevo entre sus brazos y me dejó tumbada en una superficie fría y algo perfilada.

Intenté ubicarme, mirando con atención a mi alrededor. Estaba en una especie de cueva excavada en la piedra y oculta tras un velo de agua. Una agotada antorcha y un pequeño fuego intentaban iluminar el ambiente sin mucho éxito. Un pequeño riachuelo se descolgaba del techo por un extremo lateral, formando una cascada interior, que producía el único sonido que arrullaba el silencio.

El desconocido salió del agua y se colocó frente a mí, mientras las gotas discurrían alborotadas por toda su anatomía. Para mi

sorpresa estaba semidesnudo, oculto tras unas finas pieles y la densa pintura de color añil, que le hacía parecer de otro mundo. Me aparté de él apabullada, hasta que topé con una fría pared que me ayudó a incorporarme parcialmente. Él avanzó hacia mí y se agachó hasta colocar sus ojos a la altura de los míos. Me miró fijamente, descolocándome aún más, y comenzó a examinar mi vestido. Intentó separarlo de mi cuerpo por la zona del escote, pero las cintas crema en forma de maya se lo impidieron. Malhumorado, sacó un rústico cuchillo que llevaba atado por un hilo a su pierna, y lo rajó en el comienzo. Luego, directamente, lo siguió desgarrando con sus manos.

Estaba aterrada, avergonzada y paralizada por el miedo. Mi respiración se había parado, mientras mi corazón latía con rabia y fuerza. No hice ningún ademán de resistencia, ya que estaba convencida, de que en mis actuales condiciones llevaba todas las de perder.

Comenzó a bajarme el vestido, liberando mis brazos de las estrechas mangas que los envolvían, hasta terminar, sacándolo por mis pies. Lo tiró con fuerza hacia un lado, apartándolo de mi alcance. Comencé a tiritar de frío, casi espasmódicamente. Deslizó sus manos sobre mi ropa interior, deleitándose con el tacto del encaje y el raso. Recorría su contorno con cara de asombro, como si fuera la primera vez que veía algo así. Intentó romperla, pero al momento, desistió. Me agarró con firmeza y me levantó. Él era más alto y corpulento que yo. Me sentí, en esos momentos, a su merced.

Me llevó con cuidado hasta la cascada y me lavó. El agua discurría por mi cuerpo con fuerza, mientras él la frotaba con sus manos contra mi piel. El roce de las palmas de sus manos era cálido y suave. Sin duda, la sensación más reconfortante que había tenido hasta el momento. Cada curva de mi cuerpo fue recorrida por sus vigorosas manos, arrastrando el barro y la sangre fuera de ellas. Jugueteó con mi torques, mientras lo observaba con interés.

Sus ojos verde esmeralda estaban concentrados en examinar exhaustivamente todo mi cuerpo. Me tomó el rostro con cuidado e inspeccionó el corte de mi labio. Sin previo aviso, recorrió la fisura suavemente con su lengua. Involuntariamente, me estremecí entre

sus brazos, esbozando un gemido de lo más confuso. Por último, desenmarañó mi cabello y lo lavó con esmero, separándolo mechón por mechón hasta que cubrió mi pecho con él.

Quieta como un palo, tiritaba de frío, de emoción, de miedo, de deseo. Estaba realmente aturdida y alterada. Entonces, me portó entre sus brazos hasta depositarme con delicadeza en un lecho de pieles y extendió en la herida del costado y la del labio un emplasto que olía bastante fuerte.

Me tapó con el resto de pieles y se lavó en la cascada. Aunque debería de haber cerrado los ojos, no lo hice. La necesidad de saber era más fuerte que yo. Me deleité con la visión del agua rebotando en sus poderosos músculos y discurriendo por el resto de su cuerpo. Poco a poco, el tinte azul fue abandonando su piel, mostrando su verdadero color, oscurecido en algunas zonas por tatuajes célticos. Era un ser humano como yo. Lo que tenía que averiguar era si era de carne y hueso o sólo una fantasía fruto de mi imaginación.

Cuando terminó, avivó el pequeño fuego y asó una pieza de caza. Desmenuzó unos cuantos trozos y los colocó sobre una hoja grande. Lentamente se aproximó a mí y me la ofreció, mientras agachaba la mirada a forma de invitación. Agarré la hoja y me llevé la comida a la boca con desesperación. Estaba realmente hambrienta. Él, mientras comía con las manos el resto, se sonrió al ver que desahogaba mi voracidad con su asado.

Agotada, dejé a un lado la hoja vacía, y me acurruqué de lado, sobre mi costado izquierdo. Al cabo de un rato noté el calor de su cuerpo a mi espalda. Se había introducido entre las pieles y ahora estaba pegado a mí, abrazándome con ternura, mientras me ayudaba a entrar en calor.

Cerré los ojos reconfortada y aliviada, ya que el horrible asesino se había vuelto un solícito enfermero. El tórrido calor que exhalaba su cuerpo me meció en la paz más absoluta. Por fin, me sentía segura y a salvo entre tanta locura. Por fin, había encontrado una rama en la que agarrarme en mi agónico descenso hacia la nada y no estaba dispuesta a soltarme hasta averiguar la forma de volver a casa.

El salvador de sombras

Capítulo XVIII

Al abrir mis ojos, me percaté de que estaba sola en aquella cueva. El fuego se había extinguido, consumando su existencia en un fino hilo de humo que discurría por el aire. La luz del nuevo día era canalizada y descompuesta por cada una de las gotas de agua, que conformaban la gruesa cortina líquida que ocultaba la entrada, produciendo un efecto parecido al arco iris, pero más desorganizado.

Me incorporé con esfuerzo, ya que la herida del costado me tiraba todavía y castigaba mi osadía con punzadas secas y profundas. El labio estaba casi cicatrizado. Ese ungüento era milagroso. Recorrí la cueva en busca de algo que ponerme. Mi vestido estaba hecho un gurruño en el suelo. Lo agarré y lo extendí para valorar sus posibilidades. Lo primero que tenía que hacer era lavarlo. Lo sumergí en el agua y lo froté contra un saliente de piedra, que no era muy anguloso. Poco a poco, el barro seco fue ablandándose, hasta diluirse en el agua. Lo que no había manera de quitar era la sangre seca. Había calado el tejido y se había adherido con fuerza a las fibras. Lo extendí cerca de las cenizas del fuego, para acelerar su secado.

Me senté a esperar, mientras intentaba encontrar algo de sentido a lo que me había ocurrido. En mi cabeza los acontecimientos vividos se agolpaban sin lógica. «¿Tal vez todo se debiera a la Luna Azul, como me había avisado Ailish? Huyendo de elucubraciones absurdas, decidí centrarme en responder a dos sencillas preguntas: ¿dónde estaba? ¿cómo había llegado hasta allí? Sin duda, era lo que tenía que averiguar para empezar a dar forma a este complicado rompecabezas». Apoyé mi cara sobre una de mis manos, adoptando un ademán pensativo y reflexivo. En ese momento, me fijé en la pulsera que me había regalado Lugh, que seguía enganchada a mi

muñeca. La nostalgia comenzó a ganar terreno a la curiosidad y acompañada por la desorientación, me sumió en un estado "ansioso-depresivo".

De pronto, del agua emergió con fuerza el extraño desconocido y se acercó a mí. Le miré fijamente, intentando anticipar sus intenciones. Su larga melena, de color rubio cobrizo, se encontraba organizada por largas trenzas que llegaban a lindar con el borde de sus hombros. Las pieles apenas cubrían su cuerpo, mostrando con claridad los tatuajes oscuros, por los que ahora discurría el agua. Una débil barba adornaba su rostro, haciendo más severa su expresión y sus verdes ojos brillaban con suavidad.

—Por lo que veo, parece que te encuentras mucho mejor. Incluso te has animado a salir del lecho de pieles y limpiar tus ropas —dijo con voz suave.

Me sobresalté al entender perfectamente el idioma en el que me estaba hablando. ¿Tal vez no estuviera tan lejos de casa, como había supuesto en un principio? Me animé a responderle, para corroborar si él también me comprendía.

—Muchas gracias. Estoy mucho mejor gracias a tus cuidados. Si fuera posible, me gustaría volver a casa, ahora —terminé, esperando su contestación.

—¿A casa? Como quieras. Ya sabes donde está la salida. Pero ya puedes tener más cuidado que anoche. ¿A quién se le ocurre moverse sola por estas tierras tan agitadas por la lucha y las rencillas? —me replicó, utilizando un duro tono de reproche.

—¿No me vas a acompañar? —le pregunté angustiada.

—Lo siento pero tengo otros planes. Tengo que reunirme con mi padre de camino al Norte. Además no sé dónde vives, ni de dónde vienes, ni lo que te propones —me respondió algo exaltado.

—Necesito volver a la mansión de los O'Donnell, que está situada a las afueras de la ciudad de Enniskillen. Por favor, ayúdame —le suplique.

—¿Dónde quieres que te lleve? No conozco ningún lugar en esta isla que tenga ese nombre. Lo siento —me contestó, mientras se daba media vuelta.

—Por favor, necesito tu ayuda, me he perdido. No sé dónde estoy, pero necesito regresar —le rogué agarrándome a uno de sus musculosos brazos.

Mientras esperaba su respuesta a mis súplicas, me tranquilizó el hecho de saber que me encontraba en una isla. Por lo menos no había acabado en un continente lejano.

—Lo único que puedo hacer por ti, es llevarte conmigo. Princesa, estoy obligado a escoltarte hasta alguna fortificación, en la cual dejes de estar en peligro —contestó, mirando fijamente mi torques.

—¿Princesa? Yo no soy ninguna princesa. ¿Y de qué peligro hablas? —pregunté enfadada.

-Disculpa. He confundido tu rango. Reina, de los peligros que te hablo, ya deben de ser conocidos para ti. Los *Fir Bolgs*[17] están reorganizando su ejército y realizan ataques furtivos, ayudando de esta forma a los *Fomoré*[18] —comentó solemnemente, mientras esbozaba una graciosa reverencia.

—No sé de qué me estás hablando. No conozco a ninguno de tus amigos, ni soy reina, ni princesa, ni nada. Estoy cansada, tengo frío, y quiero irme a casa — repliqué entre sollozos.

—Los Fir Bolgs y los Fomoré no son amigos míos. Son mis enemigos y los tuyos. Dentro de poco se lidiará la batalla más sangrienta de esta tierra, y se pondrá fin a su tiranía, al reinado de la oscuridad y las sombras. Mi pueblo es descendiente de Nemed y por ello debemos reconquistar nuestra isla. ¿Y si no eres nadie, por qué luces ese espectacular torques alrededor de tu garganta? —me preguntó ofendido.

—No te tengo que dar explicaciones. Me voy, no tengo más tiempo que perder. Por favor, te agradecería que si tienes coche me lo prestaras. Estoy mal herida y me cuesta mucho caminar. Si eres un caballero, ya sabes lo que tienes que hacer ¿no? —le respondí mortificada por la desazón.

—¿Coche? Utilizas unas palabras bien extrañas. ¿Me puedes explicar a qué te estás refiriendo? —me exigió malhumorado.

—Vamos a ver. ¿No sabes qué es un coche? Estoy alucinada. No me puedo creer que te tenga que explicar qué es. Si todo esto es

una broma pesada no le veo la gracia, te lo aseguro. ¿Pero en qué siglo vives tú? —le pregunté "aberrada".

—No sé qué hablas, es difícil para mí entender tu lenguaje. No tengo coche, además no tengo ni idea de para qué sirve. ¿Pero tú de qué isla has venido? —contestó más enfadado aún.

—Está bien. Espero que te hayas divertido suficiente, porque esto se ha acabado. Lo único que te pido es que me indiques donde me encontraste anoche y me expliques la dirección que tengo que tomar —sentencié ásperamente.

-Como quieras. Cuando salgas de la cascada sigue el sendero de los *Colls*[19], hasta llegar al gran *Duir*[20]. Ahí, apoyada en su grueso tronco, fue donde te hallé —respondió enojado.

-Gracias. No sé qué son los Colls ni un Duir, pero gracias. Veo que aún sigues con la bromita. Me voy. No soporto estar aquí ni un segundo más —contesté de forma seca y fría, mientras cogía mi vestido con un firme ademán.

Me lancé al agua y nadé hasta la salida, atravesando la cortina de agua. Lástima, mi vestido se empapó de nuevo, pesando un quintal. Con el movimiento, el dolor del costado se volvió intenso, pero aún lo era más la rabia que me consumía. «¿Cómo podía existir gente así? ¿Qué clase de loco era aquel hombre?».

Alcancé la orilla con esfuerzo y comencé a andar siguiendo unas huellas que se habían quedado petrificadas en el barro seco, suponiendo que eran mías. Avancé lentamente, intentando convencerme de que encontraría el camino de regreso. La densa arboleda me escoltaba silenciosamente, mientras recorría el sombrío bosque. Al cabo de un rato, comencé a sentirme agotada, desubicada y desorientada.

Me senté encima de una robusta rama que permanecía inmóvil a ras de suelo. De repente, un estrepitoso sonido que surgía de las entrañas de un frondoso matorral hizo que me sobresaltara. De un salto me incorporé, para encarar la amenaza que aún permanecía escondida. Entonces, un enorme jabalí abandonó la espesura para quedarse quieto justo delante de mí. Sus colmillos eran largos y hostiles. El ronco sonido que emitía, mientras retrocedía lentamente,

me estremeció. Aterrorizada, di media vuelta y comencé a correr con todas mis fuerzas, remangando el bajo del vestido con ambas manos. El poderoso avance de la bestia segaba con violencia las ramas bajas de los densos arbustos, produciendo un sonido brusco y mortal. Aceleré mis pasos de forma drástica intentando esquivar al salvaje animal, que incansablemente me perseguía. La adrenalina colapsaba mis arterías y el miedo helaba mis pensamientos. Las fuerzas comenzaron a abandonarme y mi respiración se hizo forzada y entrecortada. Los árboles comenzaron a espesarse de tal forma, que mi avance entre ellos resultaba casi imposible. La bestia recortaba distancia con cada uno de mis dubitativos movimientos. La angustia me ahogaba, impidiéndome pensar con claridad. Un dramático desnivel del terroso terreno me pilló por sorpresa, precipitando mi caída por el terraplén. Me incorporé lo más rápido que pude, pero el animal era más veloz que yo. Era imposible salir con vida de aquella situación. Estaba visto que estaba abocada a un destino fatal de una forma u otra. Agarré una rama gruesa y realicé rápidos movimientos en el aire, mientras gritaba con todas mis fuerzas para disuadir al animal de su inminente ataque.

En una de sus enérgicas embestidas, el jabalí partió por la mitad la rama, reduciendo mis posibilidades de defensa. Desesperada, comencé a arrojarle todo lo que estaba a mi alcance, enfadando aún más al animal. De repente, algo surgió de la espesura del bosque. Era él. Con un ágil movimiento, redujo a la bestia y le dio muerte. Pasmada, observé la sangrienta escena con alivio. Por fin había terminado la pesadilla. Entonces, me desplomé en el suelo, totalmente fatigada y con la herida del costado abierta. La sangre brotaba con furia del hondo agujero, retorciéndome de dolor.

Se acercó lentamente a mí, mientras contemplaba la hemorragia con preocupación. No me dijo nada, limitándose a intentar taponar la herida. La sangre, sin embargo, siguió discurriendo entre sus dedos, sin atisbos de detenerse. Contrariado, apartó sus manos de mí y comenzó a subirme el vestido. Sutilmente y sin querer, acarició mis muslos estremeciéndome con la sensación. Inspeccionó mi abdomen y el estado de la herida. Sus manos frías se derretían en el ardor de mi sangre, que parecía encenderse cuando él estaba cerca

de mí. Volvió a taponar la herida con las mismas hojas anaranjadas que había utilizado la otra vez, y presionó con fuerza. Una aguda punzada me destrozó por dentro. Me retorcí como una rama seca entre las llamas del fuego. Luego, extendió gran cantidad del emplasto que guardaba en la bolsa que colgaba de su cinturón de pieles.

Se alejó de mí durante unos minutos, para reaparecer a lomos de un vigoroso caballo, seguido por un lobo blanco. Descendió hasta mí de un salto y me envolvió el abdomen con un trozo de tela áspera. Entonces, me tomó entre sus brazos, meciendo mi cuerpo con cada uno de sus firmes pasos, y me depositó en lo alto del equino.

—Vendrás conmigo y no hay más que hablar. No puedo estar pendiente de ti constantemente. Tengo que reunirme con mi padre y no puedo venir a tu rescate cada vez que decidas tentar a la muerte —sentenció cargando sus palabras de reproche.

—Gracias por salvarme de nuevo. Estoy en deuda contigo. Te debo la vida. Disculpa por lo de antes. Estoy aterrada. No sé cómo he venido a parar aquí y no sé como regresar a mi mundo —le susurré, con tono arrepentido.

Sin pronunciar ni una palabra más, se montó en el caballo y aferró mis brazos a su torso. Su calor parecía aplacar el dolor de mis heridas y mi inmensa agonía. Apoyé mi cara en su espalda y observé el verde paisaje, que parecía menos peligroso desde ahí arriba.

«Definitivamente, no estaba en el siglo XXI. Era imposible que todo esto se tratara de una broma. ¿Tal vez había viajado en el espacio-tiempo por un Agujero de Gusano? Esta hipótesis comenzó a ganar fuerza con el análisis de los acontecimientos. Era innegable que mi salvador parecía salido de la Edad de los Metales. ¿Pero cómo era posible que entendiera su lenguaje? ¿Y cómo había conseguido la gran cantidad de energía que necesitaba el Agujero de Gusano para hacerse estable? ¿Tal vez en esta cuestión tuviera algo que ver el torques que me había prestado Ailish?» Las palabras de la madre de Lugh comenzaron a colapsar mi mente: "*Este torques es de oro, pero su singularidad no es esa, sino las dos piedras azules que custodian las dos puntas. Son capaces de absorber la luz y cambiar de color, trasmitiendo gran cantidad de energía*", "*Cuando*

dos lunas llenas se producen en un mismo mes y la segunda coincide con el Samhain se auspician grandes cambios: se modificarán los equilibrios, cambiará el sentido de las armonías, se enfriarán los espíritus, se abrirá la puerta y se borrarán las huellas..."

Aturdida cerré los ojos, intentando ordenar mis ideas. Suspiré profundamente, abrumada por mi descubrimiento. «Ojalá estuviera mi padre aquí». Él me ayudaría a dar coherencia a todo esto y me indicaría el modo de regresar.

Tenía claras dos cosas: necesitaba encontrar la boca inversa del Agujero de Gusano y no podía perder el torques, ya que no estaba segura del alcance y participación que había tenido en mi viaje.

Me agarré con fuerza a mi salvador, para intentar encontrar algo de seguridad en toda aquella incertidumbre. Él respondió a la presión de mis brazos con una suave caricia en una de mis manos. No podía separarme de él. Era el único que podía mantenerme con vida hasta que encontrara el camino de vuelta.

Cabalgamos sin descanso hasta que el Sol se extinguió por el horizonte. Estaba cansada y hambrienta. Galantemente, me ayudó a descender del caballo. Agarré la sedosa crin del equino para mantener el equilibrio. En cuanto mis pies tocaron el suelo, me ofrecí a ayudarle, pero él declinó mi ofrecimiento. Entonces, me senté en una piedra redondeada por el paso del tiempo y lo observé. Su lobo blanco se acercó a mí y comenzó a olisquearme con descaro. Me quedé quieta, ya que el animal me imponía y no estaba segura de sus intenciones.

—Failinis, déjala tranquila —le ordenó, mientras le apartaba con la mano.

—No te preocupes. No estaba haciendo nada —comenté, escondiendo mi inquietud.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Te duele menos la herida? —me preguntó en tono distendido.

—Me duele mucho menos, aunque aún me tira un poco. Muchas gracias por todo. Por cierto, he sido una maleducada y no me he presentado. Me llamo Éire — terminé, mientras le ofrecía mi mano.

-Yo me llamo Lugh. Soy hijo de la Princesa Fomoré, Ethlinn, y del *Druidh*[21] *Tuatha De Danann*[22], llamado Cian —contestó orgulloso, sin estrechar mi mano.

El corazón me dio un vuelco al oír el nombre de Lugh. Los recuerdos se agolparon en mi cabeza y rememoré los buenos momentos vividos con él y su familia. ¡Qué lejos los veía ya de mí! Hubiera vendido mi alma por volver con ellos, olvidando toda aquella pesadilla.

—¿Tienes hambre? —me preguntó en tono risueño, clavando sus ojos en los míos.

Asentí con la cabeza, mientras me mortificaba con la idea de seguir perdida en el tiempo. Sus ojos verdes eran iguales a los de mi Lugh. Desde que los vi, se tatuaron en mi corazón para siempre.

El jabalí que había cometido la osadía de atacarme, se cocinaba entre las llamas del bello fuego. Mientras se asaba, Lugh me curó de nuevo la herida, poniendo especial interés en su aspecto. Ya no sangraba y parecía haber comenzado a cicatrizarse de forma correcta. Orgulloso, me ayudó a incorporarme y me acercó a él.

Los dos, sentados al calor del fuego, disfrutamos de la carne. Agradecí que estuviera caliente, ya que mi cuerpo estaba totalmente destemplado.

Realmente, me encontraba desconcertada. «¿Cómo era posible, que con su compañía, me sintiera tan cómoda? ¿Cómo era posible que me resultara tan desconocido y tan familiar a la vez?»

El cansancio se apoderaba de nosotros, por momentos, haciendo decaer nuestra animada conversación, dando paso a sonoros bostezos y un intenso picor de ojos. Failinis se acercó a nosotros y se tumbó a nuestro lado para guardar nuestro reposo. El intenso calor de la lumbre, meció mis sueños entre sus brazos y las gruesas pieles que nos cubrían.

La estrella de siete puntas

Capítulo XIX

Llevábamos cuatro días recorriendo los oscuros bosques sin descanso. Lograba orientarme gracias a la brújula de mi pulsera. Era un alivio tener una referencia espacial en medio de mi desubicación general. Según avanzábamos al Norte, el frío se volvía más intenso. Para no congelarme, me puse un abrigo de gruesas pieles.

Era muy importante para Lugh llegar a tiempo al encuentro con su padre. Sin su ayuda, no estaba convencido de que alcanzara la fortaleza de Nuada. Demasiados guerreros estarían encantados de darle muerte a lo largo del camino, evitando con ello la culminación de su importante misión. De Cian y de Lugh dependía el destino de aquella isla llamada *Inis Na Fidbagh*[23].

Con la convivencia, mis lazos con Lugh parecían hacerse más fuertes que el acero. Era un muchacho hablador y cercano, además de un valiente guerrero y un excelente médico. Me había dispensado bayas secas de *Ruis*[24] para mejorar mi estado general. Según me comentó, estos oscuros frutos eran buenos para evitar gran número de enfermedades, además de actuar como antiinflamatorio y analgésico. Todas las noches, la infusión caliente de las hojas de Ruis desinfectaba mi herida y templaba mis nervios, ayudándome a conciliar el sueño.

Failinis se había ganado mi confianza con su lealtad y su caballo, Erbarr, mi eterna gratitud. Los cuatro formábamos una pequeña familia bien avenida. Resultaba reconfortante la sensación de protección que me brindaban, que iba más allá de la mera caridad.

Nos paramos en seco, justo delante de una inmensa piedra. Lugh me pidió que me quedara montada en el caballo, ya que tenía la sensación de que algo iba mal. Se quedó quieto delante de la roca y observó con detenimiento los trazos rectilíneos marcados en uno de

sus bordes. Pasó sus dedos por las muescas, analizando el contenido del mensaje, y rápidamente volvió a subir a lomos de Erbarr.

Me agarré con fuerza a su pecho, ya que comenzamos a galopar impetuosamente entre la espesura del bosque. Al amparo de las sombras avanzamos sin tregua, como alma que lleva el diablo. No me atreví a preguntar el motivo de tan apresurada partida, ya que la respuesta la encontraba en la firme tensión que exhibían todos los músculos de Lugh. Sin duda había ocurrido algo grave, que había precipitado un cambio de planes. Failinis nos seguía de cerca, disfrutando con la carrera.

Llegamos a un pequeño lago semioculto por la exagerada vegetación, que crecía sin control en torno a la orilla. Descendimos en busca de algo. Lugh no soltó mi mano ni un segundo, obligándome a seguir su frenético ritmo.

—¿Qué intentamos localizar? —le pregunté con la respiración entrecortada.

—La mano de plata. Mi padre ha tenido que esconderla por aquí, zafándose de esa manera de una emboscada inminente. Nuestro punto de encuentro ha variado —contestó en tono preocupado.

—Si me das alguna pista de cómo es, podría ayudar; en vez de correr tras de ti —le comenté algo enfadada.

—No tengo tiempo para explicarte más. Debemos movernos con rapidez, si no queremos morir. No estamos solos, Éire —sentenció.

El terror y la inseguridad comenzaron a ponerme bastante nerviosa. Luego, de repente, soltó mi mano y se hundió en el oscuro lago. Me quedé en la orilla temblando de miedo. A los pocos minutos, Lugh abandonó el húmedo abrazo de las negras aguas, portando en sus manos una especie de saco. Sentí una enorme alegría al ver que se acercaba a mí y me tomaba de nuevo la mano para no soltarla más. Subimos al caballo sin respiración y continuamos nuestra peligrosa huida del tenebroso lugar.

Tras horas cabalgando sin descanso, estábamos extenuados. No podíamos rendirnos. Pocos metros nos separaban del nuevo punto de encuentro. Un agudo tintineo captó mi atención. Volví la cabeza para identificar la fuente del sonido. Entre la espesura logré

distinguir a varios guerreros, armados con lanzas y espadas, que nos seguían de cerca.

—Lugh, nos siguen. Los he visto. Son muy numerosos. No vamos a llegar —le advertí aterrada.

—Está bien. En este punto debemos separarnos. Tú sigue adelante. No pares. Tienes que conseguir llegar a la montaña. Me encargaré de ellos. Failinis, ve con ella y protégela —ordenó con voz severa.

—¡Estás loco! No sé cabalgar. No puedo llegar sola. Te necesito —le rebatí.

—Estoy seguro de que lo conseguirás. Confío en ti —terminó diciendo mientras saltaba del caballo y rodaba por el suelo.

Sus últimas palabras me llenaron de coraje. Eran las mismas que había utilizado Lugh, el hermano de Norah, para animarme a conducir su coche hasta el Castillo de Enniskillen, la última mañana que pasé a su lado antes de acabar aquí.

Agarré la crin de Erbarr con fuerza para no desestabilizarme y le obligué a acelerar el paso. Failinis se situó a nuestro lado, escoltándonos en nuestro recorrido. Ya casi habíamos llegado. De pronto, sentí como numerosas flechas rompían el aire con su afilada punta, provocando un sonido sordo y certero. Me agaché para esquivarlas, mientras forzaba aún más al caballo. Por fin, alcanzamos la falda de la montaña, donde encontraríamos refugio.

Con paso tranquilo, comencé a buscar al padre de Lugh, que supuestamente nos esperaba. Como por arte de magia, apareció un hombre de larga cabellera rubia y túnica blanca, en medio del camino. Me pareció demasiado joven como para ser el padre de Lugh, lo que me hizo dudar en un principio. Nos indicó que le siguiéramos y así lo hicimos, aunque me mantuve alerta por si era otra trampa. Nos condujo hasta una pequeña cueva, que estaba escondida en medio de la verde espesura. Allí, me dejó sola unos momentos y luego regresó agitado. Envueltos en la oscuridad, contuvimos la respiración durante unos segundos, agudizando de esta forma el oído. El sonido hueco de la cueva transmitía calma y sosiego. El hombre tomó una pequeña antorcha que colgaba de la

pared y se acercó a mí. Me miró con detenimiento, estudiando mis rasgos.

—Te estaba esperando. Los dioses te han traído como prometieron. Birog anunció tu llegada hace unos meses —comentó solemnemente, mientras se ofrecía a ayudarme a bajar del caballo.

—¿Sabe cómo he llegado aquí? ¿Sabe cómo puedo volver? —le pregunté ansiosa, dejando atrás mi desconfianza.

-Has atravesado la puerta, el *Sidh*[25], y has venido hasta nosotros para cumplir con tu destino y ayudar a nuestro pueblo —añadió.

—¿La puerta? ¿Sabe dónde puedo encontrarla? Necesito regresar. Mi familia estará preocupada —le supliqué.

—Lo siento, pero la puerta ahora está cerrada. Sólo se abre en dos ocasiones. Una de ellas es al comienzo de la estación oscura, la otra... —terminó dubitativo, mientras dibujaba un círculo en el arenoso suelo y marcaba el día del Samhain.

Según me explicó Ailish, en la noche del Samhain se terminaba la temporada de cosechas y comenzaba la estación oscura. Y si esto era así, necesitaba saber en qué otra fecha se abriría la puerta. No estaba dispuesta a esperar un año para poder regresar a mi tiempo.

—Por favor, necesito saber cuando se abrirá de nuevo. Necesito que me especifique el mes y el día —le exigí.

—Veo que estás más interesada en regresar que en cumplir con tu destino. Tal vez Birog, se haya equivocado en esta ocasión —dijo apesadumbrado—. ¿Tienes la marca? —me preguntó acercándose más a mí.

—Lo siento, no tengo ninguna marca y no sé que destino habla. Sólo quiero saber cuando será la próxima vez que... —terminé entre lágrimas.

-En la noche del *Bealtaine*[26], al final de la estación oscura. En ese momento, el Sidh se abrirá y podrás volver. Pero hasta entonces, la vida de mi hijo está en tus manos —sentenció, marcando otro día en el círculo, para mirarme fijamente después.

Mientras me taladraba con sus ojos azules, atrapó entre sus dedos cada una de mis lágrimas, dejándome aún más confusa. No

podía entender como la vida de Lugh dependía de mí. Era él, quien se pasaba todo el tiempo salvándome de continuos peligros. Esto era ilógico.

Lo realmente importante, es que había conseguido ubicar temporalmente el momento en el que el extremo del Agujero de Gusano estaría activo de nuevo. Según su dibujo, el Bealtaine era el punto opuesto al Samhain. Con lo cuál, aproximadamente, tendría que esperar unos seis meses para regresar, suponiendo que el círculo esbozado en el suelo fuera la representación gráfica del transcurso de un año.

Cuando se aseguró que estaba más serena se alejó de mí, perdiéndose en la oscuridad del fondo de la cueva. Un cálido fuego iluminó cada rincón del húmedo espacio y pude observar con curiosidad la amplitud de nuestro refugio y las regías paredes que nos ocultaban. Ante mis ojos apareció con un bello unicornio blanco como la nieve. Me acerqué a él suavemente, embelesada. Cuando estaba justo delante, me percaté de que no era un unicornio, sino un bello equino que portaba una blanca y fina máscara culminada en un cuerno de marfil. Era tan bello, que parecía recién salido de un cuento de hadas.

—Me llamo Cian —dijo—. Soy hijo del gran Dian Cecht y de la poderosa Birog. Él se llama Anman —terminó señalando al caballo.

—Me llamo Éire —le contesté ofreciéndole mi mano, mientras observaba el torques que protegía su garganta y el círculo dorado que sujetaba dos finas cadenas a modo de cinturón.

No correspondió a mi ademán de saludo. Retiré mi mano, avergonzada. No entendía lo fríos que resultaban en las presentaciones y esa extraña insistencia en recalcar de quién eran hijos. Me tumbé a descansar un rato sobre la pila de pieles que se situaban junto al fuego, mientras recuperaba el aliento y la confianza en mi regreso.

—¿Estás herida? —me preguntó alarmado, mientras observaba con pavor mi vestido ensangrentado.

—Sí, bueno... ya no. Me atravesaron con una flecha, pero Lugh me ha curado — respondí apuradamente, quitándole importancia.

—Déjame ver —me pidió, mientras se acercaba y agarraba mi vestido entre sus manos.

—Estoy bien. Casi estoy curada. No hace falta que... —persistí para disuadirle de su idea.

Sin darme tiempo a más, me subió el vestido y observó con detalle mi abdomen, mientras lo palpaba con sus frías manos.

—Ha sido casi una herida mortal. Gracias a que al introducirse la flecha se desvió la trayectoria —comentó aliviado.

—¡Qué suerte he tenido! Ya me encuentro muy bien. No hace falta,... —añadí, de nuevo, mientras intentaba bajarme el vestido sin mucho éxito.

-Eres la elegida. Tienes la marca: la estrella de siete puntas de la diosa *Belisamha*[27]. Eres la diosa de los metales, el fuego y el agua. Eres hija del dios *Belenus*[28] y la diosa del *Mersei*[29] —proclamó en tono solemne, mientras recorría el contorno de mi tatuaje con las yemas de sus dedos.

No respondí, absorta por sus palabras. Ahora no era una princesa ni tampoco una reina. ¡Era una poderosa diosa! «Esto es de locos», pensé. Tenía que poner fin a este malentendido cuanto antes. Estaba segura de que aquella equivocación me iba a traer serios problemas. Cuando elegí tatuarme la misma estrella que colgó del cuello de mi madre hasta el final de sus días, no imaginé el lío en el que me iba a meter.

—Lo siento, pero no soy la diosa que usted esperaba. Se ha confundido. Me llamo Éire. Soy un ser humano normal y corriente —le intenté explicar.

—Gracias a ti, los Tuatha De Danann venceremos al reino de las sombras y por fin, la luz cegará a los demonios de la noche negra para siempre —añadió entusiasmado, haciendo caso omiso a mis palabras.

—De veras, se está equivocando conmigo. Por favor no siga con esto. Soy sólo una mujer. No tengo poderes, ni nada especial que ofrecerles; es más, soy una inútil redomada en medio de este salvaje mundo —añadí, argumentando mi defensa.

-Tienes las piedras azules. Las poderosas piedras que fueron rescatadas de las profundidades del océano por Iarbonell, hijo de Nemed, en *Tir Aill*[30], más allá de *Mag Mor*[31]. Su energía te hará imbatible en el campo de batalla —siguió engrandeciendo su discurso con aspavientos de júbilo.

Como parecía imposible disuadirlo, comencé a preocuparme por los demonios de la noche negra, los cuales iban a ser mis inminentes enemigos, a menos que intentara escapar antes de la batalla final.

—¿Quiénes son los demonios de la noche? —pregunté angustiada.

-Los demonios de la noche son los feroces seguidores de la muerte y la oscuridad eterna. Adoran al cruel y sanguinario dios *Crom Cruach*[32] y a los tres dioses de la noche: *Esus*[33], *Teutates*[34] y *Taranis*[35]. Su forma de honrarles es sacrificando brutalmente a los niños, recogidos como obligado tributo en la noche del Samhain. Ahora mismo, Lugh está combatiendo con ellos, dándoles muerte para poder continuar con seguridad nuestro camino —dijo henchido de orgullo.

Un intenso miedo recorrió mi cuerpo. ¿Cómo iba a salir de semejante lío? No tenía muchas posibilidades de elección: o me quedaba con ellos, cumpliendo con los designios de mi burlón destino, o intentaba escapar y me enfrentaba sola a un mundo salvaje, lleno de peligros. La segunda opción ya la había intentado y hubiera encontrado una muerte segura, si no hubiera aparecido Lugh. Tenía que quedarme a su lado, no había otra solución.

De repente, entre la desteñida oscuridad, dos faros verdes me deslumbraron. Era Lugh, cubierto de sangre y con los ojos llenos de furia y odio. Avanzó hacia mí, portando en su mano derecha la cabeza cortada de un hombre, sujeta por los cabellos. La sangre fresca goteaba sin control, describiendo un sórdido camino hasta el autor de tal atrocidad. La escena me provocó tal horror, que me desmayé.

El precio de la supervivencia

Capítulo XX

Entre bruscos zarandeos recobré la conciencia. Lugh me sujetaba por los hombros con fuerza, mientras seguía agitando mi cuerpo para despertarme completamente. Su imagen me repugnó. Las salpicaduras de sangre fresca que cubrían su cuerpo, se habían adherido a su piel con firmeza en el intenso fragor de la batalla. Un contundente olor a muerte lo acompañaba, mientras la furia de sus ojos no parecía haberse aplacado con la masacre de sus adversarios. Delante de mí, se mostraba un cruel asesino, un depredador salvaje que disfrutaba con la consecución de sus sádicos crímenes. Me aparté de él con un ademán hosco, cargado de rechazo y miedo. Lugh se acercó a mí, extrañado por mi reacción. Le empujé de nuevo, mostrando mi firme repulsa ante sus atroces actos.

Me levanté y le di la espalda, rompiendo de esta forma el contacto visual. Me sentía decepcionada, asqueada y aterrada. ¿Qué clase de persona sería capaz de tomar como trofeo la cabeza de otro guerrero? Mis esquemas mentales chocaban de forma contundente con la consecución de este tipo de actos. No estaba preparada para asumir con naturalidad esta clase de sangrientos rituales. Agarré unas pieles y me refugié en una esquina, intentando encontrar un lugar tranquilo donde serenarme y aclarar mis ideas.

Oculta entre la densa capa de cuero, me quedé dormida; rechazando de esta forma cualquier interacción con semejante ser. El insolente frío de aquel húmedo lugar, me despertó en varias ocasiones a lo largo de la noche. Los brazos de Lugh ya no me abrazaban, ofreciéndome su calor y su protección. Había roto de forma unilateral mi estrecha relación con él, y ahora me tocaba purgar mi imprudencia. Tal vez estaba siendo demasiado dura, pensé. Le estaba situando bajo el pesado yugo de mis prejuicios y

valores moralistas, propios del siglo XXI. Aquí las cosas eran muy distintas. Los derechos humanos no estaban reconocidos. Las vías políticas y diplomáticas, que evitaban los conflictos bélicos, no existían. El respeto a la vida brillaba por su ausencia en el campo de batalla. El dilema ético se situaba fuera de la supremacía de un derecho universal frente a otro. El único y posible dilema existencial se situaba en torno a la supervivencia de uno mismo. Era la vida del otro o la tuya, lo que estaba en juego. Uno de los dos debía morir, no cabía otra posibilidad.

Miré con detenimiento a Lugh, manteniendo las distancias, y me di cuenta de que sólo era un muchacho, atrapado en un cuerpo de hombre. Únicamente, intentaba liberar a su pueblo de la opresión de los demonios de la noche. El problema era, que para vencerlos, debía convertirse en uno de ellos; en un sanguinario ejecutor dispuesto al exterminio total de aquella abominable raza.

Imaginé por un momento, que Lugh en vez de salir victorioso de aquella emboscada, hubiera fallecido a manos de esos bárbaros. Un súbito escalofrío recorrió mi cuerpo, retorciendo mis entrañas. No podía continuar sin él; le necesitaba para regresar, le necesitaba para mantenerme con vida y le necesitaba porque le quería. Este último pensamiento me alteró por completo. «¿Cómo era posible que le quisiera, si estaba enamorada del hermano de Norah? ¿Cómo era posible que estuviera enamorada de dos hombres a la vez? ¿Y por qué a veces me daba la sensación de que ambos eran uno sólo?»

El calor de su cuerpo me visitó al final de la noche. En silencio se colocó a mi espalda y me abrazó con fuerza. Estaba deseoso de tener mi contacto. Permanecí inmóvil, haciéndome la dormida mientras sonreía para mis adentros. El olor a sangre había desaparecido y su fragancia natural me encandilaba de nuevo. Parecía que el momentáneo distanciamiento había conseguido intensificar sus sentimientos, mostrándose más cariñoso que otras veces. Hundió su nariz en mi pelo y se embriagó de su olor. Recorrió con suavidad el borde de mi cuello con sus labios, para terminar culminando su alevosa incursión con un beso, en el espacio que quedaba delimitado por el comienzo de mi garganta, mi mandíbula y mi oreja. Me estremecí de placer y de añoranza. ¡Era el mismo beso

y la misma forma de besar! Sin duda, este Lugh y el del siglo XXI tenían que ser la misma persona, el mismo individuo, rodeado de diferentes fragmentos de historia. Mi corazón latió con fuerza, confirmando la veracidad de mis intuiciones. La sincera mirada de aquellos bellos ojos color esmeralda y el ardor de sus besos eran señas de identidad, inconfundibles para mí. Los dos eran mi amado y deseado Lugh.

Aprovechando la intimidad, me decidí a pedirle una explicación lógica que justificara el salvaje acto de llevar consigo la cabeza cortada del enemigo.

Lugh suspiró, tomándose su tiempo para encontrar las palabras apropiadas. Para él, había resultado notorio mi contundente rechazo ante su atroz acción. Tras unos minutos, comenzó su discurso: "*la iniciación de los jóvenes guerreros consiste en salir en busca de una cabeza humana. Si vuelves con ella, colgando de tu silla de montar, no sólo se considera que tu instrucción militar ha concluido, sino que adquirirás todos los derechos de un noble adulto; uno de los más importantes para mí consiste en poder participar en el siguiente Bealtaine, elegir mujer, poderme casar con ella y formar una familia*". Su argumento me resultó bastante razonable y más, si se enmarcaba en aquel tiempo. Satisfecha, me giré y besé con suavidad su mejilla. Su piel se erizó al contacto con mis cálidos labios. Me miró fijamente, mientras me hundía en las profundidades de su alma.

De pronto, un golpe seco nos sobresaltó. Cian se había levantado y estaba preparando la inminente partida. Rápidamente, Lugh deshizo su efímero abrazo y voló lejos de mi alcancé y de la inquisidora mirada de su padre. Desapareció entre la tenue oscuridad, desteñida por las primeras luces de la mañana, dejándome envuelta en mis pensamientos y el intenso frío del lugar.

El pacto de la luna menguante

Capítulo XXI

Cian ejercía el mando de forma hegemónica, ante el singular trío que formábamos. Pautaba, sin consenso ni objeción alguna, las etapas del recorrido, los descansos y la alimentación para reponer fuerzas. Carne fresca, hordas de bayas y frutos de distintos colores eran los víveres que debíamos haber aprovisionado al llegar el final del día, para tomarlos en comunión a la caída del astro Sol.

El registro del paso del tiempo, lo realizaban en función de las noches y no de los días. Seguían un calendario lunar, compuesto por 13 meses de 28 días. Los meses contaban con una mitad positiva, luminosa y ascendente, que correspondía a la Luna en cuarto creciente y llena; mientras que la mitad oscura, decadente y negativa se correspondía con las fases de luna menguante y nueva. Cada uno de los meses del año, tenía asignada una letra del *Alfabeto Ogham*[36] y estaba consagrado a un árbol o planta determinada, la cual se veneraba durante este lapso de tiempo. Era innegable el amor y el respeto a la naturaleza que mostraba este primitivo pueblo. Al igual que los meses, los años también contaban con una mitad oscura y una brillante. La primera de ellas, comenzaba inmediatamente después de la última noche del año, con la fiesta de Samhain, y culminaba antes de la celebración del Bealtaine, que marcaba el inicio de la mitad iluminada.

Nos habíamos desviado unos grados al oeste, para tomar una ruta más segura hasta la fortaleza de Nuada, llamada *Grianan*[37]. Las grandes montañas, que eran la viva representación de la diosa madre, nos darían cobijo y protección. Antes de encauzar nuestro paso por la densa cordillera, paramos a pasar la noche en la orilla de un tranquilo lago. Al abrigo de la mermada Luna, que menguaba por noches, nos dimos un baño. Ninguno de los dos mostró ningún

pudor, al introducirse totalmente desnudos en el agua. Parecían no darle ninguna importancia al hecho de exhibir su anatomía en público, y mucho menos delante de mí. Cuando comenzaron a desnudarse, retiré la mirada y me acerqué al fuego, ruborizada. Tras cerciorarme de que ambos estaban en el agua, me atreví a despojarme de mi elegante vestido, dejando a la vista mi ropa interior, que resultó ser motivo de burla y mofa. El agua fría tonificó mi cuerpo y relajó la crispación de mis músculos. Mis pies resultaron ser los más agradecidos. No había reparado antes en las numerosas ampollas que los poblaban. Menos mal, que la mayoría se encontraban ya casi cicatrizadas. El descanso que habían tenido, al viajar a lomos de Erbarr, había resultado indispensable para su rápida mejoría.

Lugh me observaba desde lejos, sin apartar ni un segundo su mirada de mí. Al ver que me fijaba en la planta de mis pies, se acercó para saber qué es lo que me pasaba. Tomó mis pies entre sus manos y los examinó con detalle.

—No te preocupes. Seguro que Cian conoce algún remedio para esto. La pena es que no tenga unas botas que darte para cubrir tus delicados pies. Las mías te quedarían grandes y las acabarías perdiendo. Cuando lleguemos a Grianan, le pediremos a Nuada unas botas nuevas para ti —me dijo sonriendo, mientras soltaba mis pies con cuidado.

—No te apures. Las ampollas están casi cicatrizadas. Aguantaré hasta llegar —le contesté, acercándome a él.

Su fornido y desnudo cuerpo se encontraba a escasos centímetros de mí. La negrura del agua ocultaba los detalles, aunque no podía evitar insinuar las formas. La profundidad de su verde mirada taladraba contundentemente los muros, tras los cuales, latía indomable mi corazón. Intentando controlar mi agitación, acaricié temblorosamente sus tatuajes con mis dedos, recorriendo su relieve y admirando su belleza geométrica. Trísqueles, espirales y otros símbolos más elaborados adornaban su tersa piel. Le pregunté en voz baja su significado, intrigada. No tardó en responderme. Aquellos símbolos representaban su origen y destino, así como sus valores y creencias. Su geometría era sagrada.

También neutralizaban la oscuridad y protegían al guerrero en la batalla.

En silencio, me tomó la mano y me acercó más a él, tanto que mis pechos rozaron sin querer su compacto y marcado torso. El aire que nos separaba se volvió cálido y abrasador. La pasión que nos envolvía se hizo densa y pesada. Poco a poco, fue aproximando su rostro al mío, mientras cerraba parcialmente sus ojos. En ese momento, pensé que me iba a besar. Sutilmente, desvió la trayectoria de sus labios, hasta conducirlos a mi oreja. Con voz suave, me susurró al oído que debíamos salir del agua y acércanos al fuego para secarnos antes de comer.

Avanzó hacia la orilla para reunirse con su padre, que estaba de pié frente a las llamas de la hoguera, donde se asaba nuestra pieza de caza.

Salí del agua, al rato. Tuve que esperar a que estuvieran vestidos, para evitar ruborizarme ante su desnudez. La carne asada olía divinamente. Estaba jugosa y caliente. Tras reponer fuerzas con semejante manjar, disfrutamos de una amena conversación. Mañana sería un día duro: el paso por las montañas desgastaba a los viajeros, que tenían que estar atentos en su discurrir por los angostos caminos, helados del frío.

Cian curó mis pies con esmero, extendiendo sobre ellos un emplasto compuesto por plantas y bayas de color oscuro. Luego, los vendó con cuidado con un trozo de tela algo burda. Me cubrió con las pieles, como si fuera una niña a la que hubiese que mimar sin límite.

Esa noche el calor de los brazos de Lugh volvió a hacerme compañía, aunque Failinis mostrara su disgusto. El lobo blanco había quedado relegado a un segundo lugar, cuando me encontraba cerca. Como no tenía mal conformar, decidió cambiar de pareja y se situó a los píes de Cian, que parecía contento con su compañía.

El relajante silencio del lugar se vio interrumpido por el canto de las aves nocturnas, que festejaban la llegada de la oscuridad, y por el chisporroteo de los troncos de leña, al claudicar al avance de las llamas del fuego. Todos esos sonidos eran viejos conocidos para mí.

Todas las noches, escoltaban mi sueño y mi deseo de regresar con Norah, Ailish y mi querido Lugh.

La sangre llama

Capítulo XXII

La densa neblina opacaba la visión del entorno. Un etéreo velo blanco se deslizaba entre nosotros, complicando nuestro avance por los escarpados caminos de la montaña. Failinis, demostrando su valentía, dirigía nuestra pequeña caravana entre las nubes bajas. El aire helado abandonaba las nieves perpetuas de las cumbres, para congelar nuestros cuerpos sin piedad. Las densas pieles parecían trapos de algodón. El frío se colaba de forma premeditada por cada hueco o flanco descubierto. El vaho ocultaba nuestras bocas tras su blanca cortina, fruto de la forzada expiración que acompañaba al ímprobo esfuerzo, que realizábamos para conseguir recorrer unos pocos metros. El silencio demoledor de la inminente muerte parecía acosar nuestros cogotes, al encarar con valentía cada una de las abruptas pendientes. Erbarr y Anman se resbalaban en algunas partes del duro camino, donde el terreno se volvía extremadamente agreste. Para socorrer a los equinos, Lugh y Cian guiaban sus pasos a pié, agarrando con fuerza sus rústicas riendas, ayudándoles de esta forma a mitigar el miedo que les bloqueaba. Cinco días tardamos en cruzar aquella trampa natural, que prometiendo protección, pugnaba por robar la vida a los viajeros que se atrevieran a desafiar su mortal voluntad.

Extenuados, nos alentábamos los unos a los otros, con la idea de la inminente llegada a la fortaleza de Nuada. Allí, nuestras penurias encontrarían su ansiado final. Pero antes de cantar victoria y culminar nuestra misión, debíamos de afrontar el tramo más peligroso de nuestro largo camino. Abandonando la protección de las montañas, quedábamos expuestos al enemigo, que nos estaría esperando justo en ese punto. Debíamos de ser sigilosos y rápidos en nuestro avance. Ya no habría descansos, ni paradas de ningún

tipo. Utilizaríamos la oscuridad de la noche para escondernos y burlar a los demonios que nos acechaban.

Era más complicado orientarse en medio de las tinieblas de la luna nueva, pero mucho más seguro. Con paso firme y decidido, desafiando a la suerte, al cansancio y al destino, logramos alcanzar Grianan, al alba, sin morir en el intento.

La opaca niebla, generada por la intensa humedad, la ocultaba totalmente, haciéndola más misteriosa y mágica. Detrás de aquel etéreo muro blanco, nos esperaba el ansiado final. Por fin, el reposo del guerrero era ganado y merecido. Al soplar un viento suave, las nubes comenzaron a disiparse de forma lenta y progresiva. Recorrían la colina de arriba abajo, para sucumbir al abrazo de las tranquilas aguas de dos grandes lagos abiertos al mar.

Así, apareció Grianan ante nuestros ojos, mostrándose de forma solemne, soberbia y regia. Me sobrecogió la magnitud de la fortificación. Rodeada por una corona de interminables troncos de madera, se apoderaba de la colina que la alzaba en medio del llano, colocándola en una posición privilegiada. En la cumbre, un círculo de piedra, iluminado con una serie ingente de antorchas, desafiaba a los demonios de la noche que se escondían en las islas del norte.

Ascendimos por su acceso oriental y entramos por una estrecha puerta que quedaba custodiada por dos enormes piedras, el único bloqueo en caso de invasión. Dos fornidos guerreros nos acompañaron hasta llegar a un claro, donde una multitud ingente nos esperaba en silencio. Ambos guerreros, parecieron complacidos con la cabeza cortada que colgaba de Erbarr. Otro temible luchador se uniría, por fin, a sus mermadas filas. Desmontamos los caballos y nos presentamos ante el gentío. Nos observaban con expectación, conteniendo la respiración. Cian, con un ligero ademán, extrajo del saco el valioso tesoro que casi nos había costado la vida. Alzó con gracia la mano de plata, que centelleaba bajo los tímidos rayos del incipiente Sol. Fue la primera vez que la vi. Parecía un guante de armadura medieval. El júbilo se apoderó de la muchedumbre, que gritaba enloquecida. Poco a poco, abriéndose paso con dificultad, se situó frente a nosotros un hombre de mediana edad, de melena rubia, casi blanca, y cegadores ojos azules. Su semblante era serio y

amable a la vez. Le faltaba su mano derecha, la cuál parecía haber sido seccionada limpiamente de un solo tajo. Miró con detenimiento la mano de plata, que Cian había colocado de forma servicial en su mano izquierda y nos sonrió. La elevó sobre su cabeza, en señal de satisfacción, y el público volvió a estallar de emoción con vítores en honor de su líder, Nuada.

Delante de mí, sin saberlo, estaba situado Nuada, el gran Nuada. Su porte me impresionó. La bondad que reflejaban sus ojos y las grandes cicatrices que cruzaban su rostro, me conmovieron. Embargada por la emoción, me arrodillé ante él para sorpresa de todos. Sobrecogido y algo confuso, Nuada acarició mi pelo con ternura y tomando mi barbilla me invitó a levantarme. Me miró fijamente a los ojos, como si intentara leer más allá de ellos. Emocionado, llamó a Birog para que se presentara ante él de inmediato. Sin soltarme la barbilla, buscó entre el gentío hasta que la distinguió. La bella Birog, deslizándose de forma sutil entre la gente, se acercó a nosotros y me observó con detenimiento. Sin duda, era la madre de Cian aunque no lo aparentase. Sus ojos azules la delataban. Eran iguales a los de su hijo.

Se habían dado cuenta de que no era uno de ellos. Mi vestido lo evidenciaba y mi falta de costumbres, también. En ese momento, Cian me agarró la mano con suavidad y me presentó solemnemente ante todos ellos.

—Es la elegida. Tiene la marca, la estrella de siete puntas de la diosa Belisamha. Es la diosa de los metales, el fuego y el agua. Es hija del dios Belenus y la diosa del Mersei —terminó conmovido por la relevancia de su afirmación.

El silencio posterior fue demoledor. Todas las miradas se centraron, súbitamente, en mí. La mano de plata había pasado a un segundo lugar.

Lugh, ajeno hasta ese momento a mi divina condición, me agarró con fuerza de la cintura y me elevó por encima de todas aquellas cabezas que me miraban de forma incrédula. Con un grito lleno de admiración, confirmó la veracidad de las palabras de su padre. Tras tocar el suelo con mis pies, Cian levantó de forma delicada mi vestido, mostrando a todos el tatuaje que escoltaba mi ombligo.

Olas de susurros contenidos comenzaron a propagarse por el húmedo aire, que en esos momentos, me resultó helador.

—Me llamo Éire —dije en voz alta, luchando contra mi timidez.

La respuesta fue nula. El silencio sepulcral mecía mi agitada respiración. Mientras, mi corazón latía de forma frenética dentro de mi pecho, esperando la aceptación definitiva. Birog se acercó a mí y me miró con desdén. Me quedé desconcertada con su actitud. Había imaginado un recibimiento más cálido por su parte. Al fin y al cabo, era la madre de Cian y la abuela de Lugh. No entendía por qué había puesto en tela de juicio las palabras de ambos. En ese momento, la angustia comenzó a colapsar mis arterias. Preferí no imaginar qué cruel destino me esperaba, si no era reconocida como la elegida y me consideraban una impostora.

Birog se giró de espaldas para retomar de nuevo su posición, blandiendo la afilada espada entre sus delicadas manos. El círculo de gente que nos rodeaba se amplió drásticamente, dejándonos a los tres en el centro. Lugh se resistía a dejarme sola ante Birog. Su padre le exigió que se retirara de inmediato, para no empeorar la situación. Sus ojos verdes se despidieron de mí, empañados de emoción, al no entender el sentido de todo aquello. El miedo que reflejó su dulce rostro me retorció por dentro. Uno de los acólitos de Birog me entregó una pesada espada, que apenas pude sujetar con ambas manos. Víctima del miedo me santigüé con fervor, encomendándome a mi único dios.

Birog era una mujer fuerte, de belleza serena. De forma brusca, dejó caer la capa verde que la cubría para mostrar su túnica blanca, algo más corta que la de Cian. Un cinturón dorado, que a la altura de su abdomen representaba las tres fases de la Luna, embellecía su cuerpo y engrandecía su porte. Su pelo rubio platino quedaba recogido en numerosas trenzas que se unían en una especie de moño bajo. Un torques igual al mío protegía su garganta y adornaba su cuello. La intensidad de su mirada era remarcada por unos trazos oscuros dibujados en el borde inferior de sus ojos, como si fueran prolongaciones mágicas.

Sin previo aviso, acortó la distancia que nos separaba. Instintivamente, comencé a retroceder en la dirección opuesta.

Siguiendo el sentido de las agujas de un reloj, dimos vueltas por el interior de la improvisada circunferencia, hasta que comenzó el combate de forma deliberada. Esquivé la trayectoria mortal de su espada de forma torpe y pesada. La inexperiencia en este tipo de contienda parecía dejarme en evidencia. La muchedumbre se rió a carcajadas de mi grosera esquiva. Estaba convencida, que hasta uno de sus niños lo hacía mejor que yo. Encolerizada, Birog prosiguió su ataque, lanzando su espada con furia contra mí. Era rápida y contundente en sus movimientos. Mientras, azarada, intentaba huir del sordo sonido que producía su espada al cortar el aire. Mi cuerpo no me respondía. El cansancio y la mala alimentación de los últimos días me estaban pasando factura, en el peor momento posible. Agotada, tropecé con un saliente de piedra y caí de espaldas, soltando la espada. Birog se dirigió rauda hacia mí para darme el golpe de gracia, mientras la muchedumbre la jaleaba. De pronto, se callaron, esperando oír mi gemido final. La única que me animaba a seguir luchando era una pequeña niña que estaba situada casi a mi lado. Aunque me miraba aterrada, gritaba con fuerza mi nombre, ordenándome que no me rindiera. Birog levantó su espada para terminar con mi existencia. Desarmada no tenía opción alguna de defensa. Asustada, grité llena de agonía y me oculté tras mi mano abierta, pidiéndola que se detuviera. Una súbita corriente de energía recorrió con furia mi cuerpo, condensándose en la palma de mi mano. Como por arte de magia, empujé brutalmente a Birog lejos de mí, sin tocarla. Busqué mi espada con la mirada, para estar preparada ante la posible venganza. Mi mano la atrajo como un imán. Sin pensarlo, la lancé con fuerza, clavándola a escasos centímetros del rostro de Birog en la piedra donde se encontraba apoyada. Desconcertada por lo que había ocurrido, me levanté y me quedé quieta esperando alguna reacción. Birog se acercó a mí y me abrazó llena de orgullo y alegría. La multitud gritó al unísono mi nombre, proclamando mi victoria. La niña que me había animado a seguir luchando por mi vida, se abrazó a mí de forma cariñosa y no se separó de mis faldas en un largo rato. A partir de ese momento, los abrazos, los vítores y la emoción me rodearon sin tregua, haciéndome perder por un segundo la conciencia de la realidad.

El despertar de las sombras

Capítulo XXIII

Mi mirada errante se perdía entre el bullicio de la muchedumbre. Necesitaba encontrar a Lugh, que parecía haberse evaporado. Las mujeres me rodearon y me condujeron hasta un agreste santuario, limitado por una serie de piedras rudimentarias. Estaba lleno de fuentes naturales, procedentes de pequeños riachuelos, por las que discurría el agua fresca de la mañana. Su forma circular unía el principio y el fin del todo eterno. En el centro, una pequeña piscina natural de fondo cristalino se veía escoltada por dos platillos enormes de cobre, donde las llamas procedentes de dos grandiosos fuegos bailaban a su antojo. Birog encabezaba la organización de los rituales. Con su varita plateada, pautaba y sincronizaba a las solícitas participantes, que se mostraban agradecidas por tener el privilegio de colaborar en tan ceremonioso ritual. Me desnudaron completamente para lavar con esmero mi cuerpo, sumergido ya en las transparentes aguas. En esos momentos me sentí aturdida y confusa. No había conseguido encontrar a Lugh. No sabía cómo había conseguido empujar a Birog sin tocarla y no comprendía qué era lo que estaban haciendo conmigo, ni lo que pretendían hacer.

Miré a mi alrededor en busca de consuelo y ayuda, y encontré los chispeantes ojos azules de Nemain, mi pequeña animadora. Con una seña sutil pero contundente la invité a unirse al festejo. Una vez terminaron con mi aseo, se centraron en mi vestimenta. Me colocaron una túnica blanca, adornada con el mismo cinturón que lucía Birog, y reorganizaron mis alborotados cabellos en multitud de trenzas sujetas por adornos dorados.

La pequeña Nemain, tímidamente, se acercó hasta mí para cuchichearme al oído todos los conocimientos que hasta ahora le habían sido conferidos, acerca de aquellas fuertes y bellas mujeres.

Me contó que Birog era la más poderosa de las *Banfilidhs*[38], y por ello recibía el respeto y la admiración de todas las demás. No era fácil llegar a ser una Banfilidhs y, menos aún, conseguir ser la mejor de ellas. Primero, debías pasar años recluida en un santuario, ahondando en tu esencia personal, mientras se te encargaba alimentar los fuegos perennes en honor a *Dana*[39] y *Bilé*[40], los dioses mayores. Cuando consideraban que estabas preparada, debías sobrevivir al rito ceremonial, que se celebraba en el bosque sagrado. Luego, ya erigida como *Bandruidh*[41] podías casarte, pero debías permanecer en el santuario al que quedabas consagrada. Sólo podían abandonarlo unos pocos días al año, en fiestas tan importantes como el Bealtaine, dónde ellas eran las encargadas de embellecer los cuerpos de las mujeres elegidas para participar en la señalada festividad. Para llegar a ser una respetada Bandruidh, había que dedicar años al estudio del mundo natural y la vida, al saber mágico de las cosas. Además, podías optar por ser una Banfilidhs. Claro está, tras superar con éxito las duras pruebas mágicas a las que eras sometida. Las Banfilidhs tenían poder sobre las tempestades, que podían convocar a voluntad, eran capaces de convertirse en aves, curaban las enfermedades, dominaban la magia de las piedras y las hierbas curativas, preparaban los sagrados rituales de enterramiento, preparaban la fiesta del amor y se ocupaban de los nacimientos.

Una mujer separó a Nemain de mi lado, antes de que la niña pudiera contestar a todas mis preguntas. Sin obtener las respuestas necesarias, no podía entender como una recién llegada como yo, podía acceder de forma directa a ser una Banfilidhs. No había tenido que esperar años hasta que me consideraran preparada, ni superar ningún rito o prueba mágica. De forma fortuita, había conseguido un reconocimiento injustamente merecido.

Todas las mujeres que se concentraban en el pequeño santuario eran preciosas. Su feminidad se plasmaba tanto en sus adornos como en sus vestimentas y modales. Sus túnicas de diferentes colores marcaban su estatus frente a las otras. Sus cuellos eran embellecidos por torques de diferentes grosores, que también

indicaban el rango. Las que vestían túnicas verde claro, adornaban su cabello con pequeñas campanillas, envolviéndolas en un gracioso tintineo al caminar. Ninguna tenía el pelo tan negro como el mío, y les llamaba la atención de forma desmesurada.

Birog, acompañada por otra mujer de cabello rojizo, se acercó a mí y me miró llena de orgullo.

—Éire, esta es mi hermana Macha, esposa de Nuada y la verdadera reina de los Tuatha De Danann —sentenció solemnemente.

Sin abrir la boca, bajé la mirada a modo de reverencia.

Aunque Macha tenía unos años más que Birog, su cuerpo parecía estar esculpido a cincel. El intenso color rojo de su pelo contrastaba vivamente con el apagado azul de sus ojos. El sufrimiento que reflejaban, apagaba su brillo. Su mirada me recordó, extrañamente, a la de mi padre. Las tempestades de su alma opacaban sus bellos ojos, corrompidos por el dolor de la pérdida. Nemain corrió a sus brazos y la abrazó con intensidad. La mirada de Macha pareció avivarse con aquel gesto, aunque la honda amargura la apagó de nuevo.

—Éire, saluda a Macha. Es mi bisabuela. Cuida de mí y de mis hermanos, porque mamá ha muerto. Mi mamá se llamaba Ernmas. Fueron los demonios de la noche quienes acabaron con su vida —dijo Nemain.

La cara de Macha se desfiguró momentáneamente al revivir la tragedia, encapsulada en aquellas inocentes palabras. Acarició con ternura el rubio cabello de Nemain, arrimándola más hacia ella, como si de esta forma consiguiera aliviar su agonía. Macha lucía un torques igual que el de su marido y una bella capa de color azul que la envolvía en un halo mágico y misterioso.

Birog avisó a dos jovencitas, que acudieron raudas a su llamada. Tomaron mis manos con premura y me maquillaron utilizando, una hierba llamada Ruan, que dio color a mis pálidas mejillas. Con unas bayas negras me perfilaron mis ojos, siguiendo el mismo diseño que lucía Birog y el resto de mujeres Tuatha. Cuando terminaron, me llevaron ante ellas dos. Ambas parecieron estar muy complacidas con el resultado. Escoltada por Birog y Macha, recorrí la fortaleza

saludando personalmente a todos sus habitantes. La pequeña Nemain, contando con el beneplácito de Macha, fue presentándomelos, uno por uno, mientras me comentaba su oficio, clase y rango.

Los habitantes de Grianan se dividían en cuatro grandes grupos.

El más importante era el formado por Nuada y su familia. Aunque en *Temair*[42], se encontraba Bres, el rey actual de los Tuatha De Danann. Aquí Nuada y su familia eran reconocidos como los únicos y legítimos reyes, a los cuales se les había usurpado el poder tergiversando las leyes sagradas Tuatha. Nuada había sido derrocado de su cargo por perder una mano en la batalla de *Mag Thuiredh*[43] contra los Fir Bolgs, tras vengar la muerte de Ernmas. Nuada mató a Eochaidh, rey de los Fir Bolgs y asesino de su nieta. Sreng, general de las tropas enemigas, le cortó la mano por ello. Entonces Bres, marido de Brigit, la adorada hija del Gran Dagda, reclamó el trono de Temair, recurriendo a una antigua y desusada ley Tuatha, por la cuál todo rey mutilado debía de ser retado a muerte. Lógicamente, Bres ganó el combate, ya que Nuada todavía se encontraba malherido. Bres le perdonó la vida a cambio de su destierro a las lejanas y peligrosas tierras del noroeste de la isla, marcándole con dos profundos cortes en su cara, como signo de cobardía y deshonra.

El segundo gran grupo lo formaban los druidas. Todos ellos, mujeres y hombres, recibían desde pequeños una educación especial y secreta, que se transmitía de unos a otros por medio del lenguaje verbal, evitando de este modo la recopilación de su saber mágico en algo tangible y material. Sus funciones eran variopintas. Actuaban como jueces, médicos, maestros, administradores, magos... Guiaban a su pueblo de forma espiritual, y acompasaban el transcurso del año con la organización de las numerosas celebraciones sagradas.

El tercer grupo estaba formado por los valientes guerreros. No había distinciones entre sexos. Ambos, desde niños aprendían el uso de las armas y se instruían hasta dominar el arte de la guerra. La forma de distinguirlos era sencilla, todos ellos lucían una pulsera roja. Los principiantes sólo se entrenaban con espadas de madera,

hasta conseguir pericia y destreza en su manejo. Aquellos jóvenes guerreros que conseguían traer la cabeza cortada del enemigo, pasaban a un rango superior, por lo que eran condecorados con una capa roja que les otorgaba derechos de un adulto. Los guerreros consagrados en el fragor de la batalla ostentaban gruesos torques alrededor de sus cuellos y una regía capa azul, confeccionada para resaltar su porte.

El último grupo era el más heterogéneo. En él tenían cabida los: herreros, carpinteros, orfebres, artesanos, recolectores, cocineros, sastres, zapateros, cuidadores de animales... Todos ellos tenían una función definida y reconocida. Para distinguirse del resto, embellecían sus brazos con interminables tatuajes, que parecían encerrar el saber específico de cada oficio, recordando el largo camino recorrido hasta llegar a ese nivel de maestría. Las llanuras aluviales que rodeaban Grianan estaban dedicadas a la agricultura, mientras que sólo algunas zonas verdes se designaban para el pasto del ganado, compuesto en su mayoría por vacas y ovejas.

Aunque los Tuatha De Danann estaban perfectamente estructurados, no utilizaban una rígida jerarquía para interactuar entre ellos. El respeto, la libertad y la cooperación eran los valores que sostenían esta compleja organización, logrando un engranaje perfecto y una eficacia casi utópica. Hombres y mujeres eran iguales. Ambos tenían los mismos derechos y deberes. En sus relaciones de pareja, daban prioridad a la familia sobre cualquier otra consideración, y no concedían demasiada importancia a la virginidad.

Aunque pregunté varias veces por Lugh, nadie parecía saber su paradero. Todos los habitantes de la fortaleza se habían mostrado más preocupados por agradarme y hacerme sentir como una de ellos, que por Lugh. El día comenzaba a tocar su fin y todavía no sabía nada de él. Aunque había estado muy entretenida, le echaba mucho de menos. Necesitaba reflejarme en sus bellos ojos y sentir cerca de mí su calor. A lo largo del camino a Grianan había notado que algo había cambiado entre nosotros, las situaciones de peligro y la dureza de algunas etapas del viaje nos había acercado aún más.

La luz crepuscular nos alcanzó al llegar a la cima de la colina. Habíamos tenido que seguir un estrecho sendero que se habría camino desde la base de la colina hasta la cumbre, serpenteando y retorciéndose a lo largo de su recorrido entre los muros de las construcciones circulares que conformaban los hogares de los Tuatha. El corazón de Grianan estaba rodeado por un solemne muro de piedra, que se encontraba permanentemente iluminado por infinidad de antorchas y custodiado por numerosos guerreros, que vigilaban el horizonte en busca de intrusos y enemigos. Entramos por la puerta principal escoltadas por dos colosales guerreras. Era grandiosa la simplicidad y la belleza del emplazamiento. En el centro se ubicaban las dependencias de Nuada y su familia. Sin duda era el sitio más seguro para ellos. Esta pétrea fortaleza estaba formada por tres murallas de piedra consecutivas. Nuada, que estaba esperando nuestra visita, me enseñó los numerosos pasajes, escaleras y terrazas que quedaban encerrados en el interior del espesor de la fría piedra. Amablemente, me comentó el origen de la impresionante construcción y de su nombre. Cuando fue desterrado hasta estas deshabitadas tierras, su hermano, el Gran Dagda, le ayudó a construir Grianan. En pocos meses, la fortaleza se levantó gracias al titánico trabajo de todos sus futuros habitantes. Cuando terminaron y contemplaron juntos la salida del Sol, Dagda, henchido de orgullo, la llamó Grianan, que significa templo del Sol.

Al terminar, avanzó y me indicó que le acompañara. Le seguí en silencio mientras recorríamos el borde superior que conformaban las regias murallas, envueltos por el dulce murmullo del viento. Las vistas eran increíbles. Desde allí, creí poder dominar todo lo que alcanzaban a divisar mis ojos. Ni la tierra y ni el mar podían esconder al enemigo de nuestra atenta mirada. Para mi sorpresa, pude distinguir tres jinetes que se dirigían a la fortaleza. A esa distancia me resultó imposible identificarles. Los tres galopaban sin descanso por las llanuras aluviales que circundaban la colina. Nuada les saludó desde lo alto y se apresuró a bajar para recibirlos. Le secundé en silencio, mientras el resto de los Tuatha se añadían a nuestra improvisada comitiva de bienvenida.

El susurro del abismo

Capítulo XXIV

El gentío se agolpaba expectante en el mismo claro donde antes habíamos sido recibidos. Los tres jinetes cruzaron la puerta a galope y se detuvieron justo enfrente de nosotros. Los dos primeros vestían túnicas blancas y capas verdes oscuras, con lo cual eran Druidhs. El tercero, envuelto en su capa roja, sin duda era un guerrero. Cuando descendió del equino pude ver su rostro con claridad, era Lugh. Lo miré llena de emoción, al comprobar que había sido reconocido en su nuevo rango. Ya no era un principiante, sino un noble guerrero, con todo lo que ello conllevaba. En el próximo Bealtaine, sería uno de los jóvenes muchachos que participarían en esa fiesta sagrada del amor y la fertilidad, donde el dios Belenus y la diosa Dana se unirían, una vez más, para poner fin a la estación oscura.

Lugh presentó a sus compañeros de viaje ante la muchedumbre, que gritaba enardecida. Ambos tenían lazos consanguíneos, ya que el gran Dian Cecht era su abuelo y el poderoso Miach, su tío. Habían venido para ayudar a Cian en su delicada labor de reconstruir el brazo de Nuada. La presencia de ambos me sobrecogió. Sus ojos azules transmitían calma y sabiduría, mientras sus atuendos les elevaban a otro grado de consideración. Dian Cecht besó con energía a su mujer, Birog y Miach se perdió entre el gentío, buscando a viejos amigos que hacía tiempo que no veía.

Aprovechando la agitación general, fui recortando la distancia que me separaba de Lugh, ya que necesitaba abrazarle con todas mis fuerzas. Me abrí paso como pude, mientras Nemain se anclaba, de forma impetuosa, a mi pierna derecha. Acaricié su pelo y continué avanzando entre empujones. Cuando ya estaba a punto de alcanzar mi objetivo, un grupo de muchachas se me adelantó y, rodeándolo, comenzaron a coquetear descaradamente. Él se centró

en atender a sus admiradoras. En ese momento, la sangre me ardió y la furia encendió mis mejillas. Me hubiera gustado fulminarlas a todas con la mirada. Estaba celosa. Contrariada y asustada por la intensidad de mis sentimientos, di media vuelta y comencé a alejarme "como alma que lleva el diablo". Nemain soltó mi pierna, asombrada por mi tosca reacción para amarrarse a la de Macha, que estaba conversando tranquilamente con Dian Cecht. Ascendí por el angosto camino, hasta encontrar un sitio apartado de todo aquel bullicio. Me senté en una piedra y observé con detenimiento la pobre Luna y las brillantes estrellas, que parecían tener vida propia por encima de mi cabeza. Intenté controlar mi forzada respiración, embriagándome de la calma de mi secreto emplazamiento. Un intenso dolor mortificaba sin piedad mi corazón y oprimía mi pecho. Era innegable que moría por él, pero ¿sentía lo mismo por mí? Me pregunté angustiada. Parecía encantado con las atenciones y carantoñas de las jóvenes muchachas. Además, sería una egoísta si intentara algo con él. Mi meta era regresar a mi tiempo, volver con Ailish y su familia, que seguro me estaban buscando desesperadamente. No podía ni debía iniciar una relación, para luego dejarle tirado. No iba a renunciar a retomar mi vida por él.

Me autoconvencí de que era mejor mantenerme alejada de él y de todos los Tuatha, para no acabar con el corazón deshecho. Aunque en mis actuales circunstancias era imposible, ya que sin ellos estaba abocada a una muerte segura.

Inevitablemente, con la convivencia estábamos entablando lazos de unión, apego y cariño, que sin remedio cada día se iban haciendo más hondos y fuertes, convirtiéndose en una pesada carga que el día de mañana sería difícil de obviar. Si no tenía cuidado, podían incluso conseguir mitigar mis ganas de volver, hasta ahogarme en el olvido de lo perdido.

Por otro lado, también era innegable que en cierto modo me había comprometido con el hermano de Norah, Lugh, en mi mundo y en mi tiempo. Sería poco honesta si engañara a Lugh con Lugh, aunque estuviera convencida de que ambos eran la misma persona.

Angustiada y agobiada, me replegué en mí misma y en mis atormentados pensamientos. La capucha de mi capa verde me

envolvió en la oscuridad, mientras mis secos sollozos me rompían el alma por dentro. Al contacto con mi rostro, mis manos se mostraban frías y distantes, ajenas a mi intenso dolor. Respiré hondo, mientras repasaba la secuencia de acontecimientos que habían dirigido mi vida estos últimos días. «Tal vez, ¿era este mi destino?, me pregunté. Poco a poco fui tejiendo la fina cadena del " y si no". Y si no hubiera muerto mi padre, y si no hubiera entrado en aquel pequeño café, y si no hubiera jugado con aquella moneda de dos euros, y si no hubiese tomado ese avión a Irlanda, y si no hubiese conocido a Norah, ni a Lugh ni a Ailish, y si no hubiera estado con ellos en la noche del Samhain, y si no me hubiera puesto este torques para combatir los efectos de la Luna Azul, y si no hubiera aparecido aquí, y si no me hubiera encontrado Lugh, y si no... ». En ese momento, todas las piezas que hasta ahora había encontrado, encajaron de forma perfecta. El problema era que me faltaban las demás para resolver este complejo rompecabezas, ya que todavía no sabía qué camino sería el que terminaría por moldear mi destino y mi existencia.

De repente, unas cálidas manos tomaron las mías y me arrastraron vigorosamente, obligándome a ponerme en pie. Mis ojos se abrieron de par en par, mientras intentaba averiguar quién era el atrevido o atrevida. Mi mirada se perdió en el verde de la suya, mientras mis muros defensivos se derrumbaban al unísono. Me acercó tanto a él, que mi agitada respiración y la suya fueron una. La oscuridad envolvía nuestro secreto encuentro, lejos de curiosos y fisgones. Sus labios asediaron a los míos sin contemplación ni piedad, mientras sus manos recorrían mi cuerpo con fogosidad. Abandonándome a su mando, me dejé llevar sin reparos, mientras mis últimas lágrimas recorrían mi rostro. Su presencia me envolvía en una burbuja asfixiante de deseo y amor verdadero. Mis elucubraciones y afirmaciones anteriores ahora sólo eran papel mojado, un amasijo de buenas intenciones que ardían frenéticamente en el fondo de mi ser. Su aliento alimentaba mis fantasías y su cuerpo tentaba al mío, conduciéndolo hasta la boca del infierno. Su impetuosa respiración jaleaba a mi corazón a caer

rendido a sus pies por siempre. Era cautiva de su fuego y adicta a su sabor.

Paré en seco, alertada por la magnitud de mis sentimientos, e intenté detener todo aquello. Mi cuerpo se endureció, ya que por fin mi cabeza volvía a retomar el control de mis actos. Temblorosa, le pedí que parara, ya que no podía seguir con aquello. Mi opaco reflejo en sus ojos me recordó lo miserable e ingrata que estaba siendo con él. Retorcida por el dolor y la desesperación me alejé, mientras su mirada se clavaba en mi espalda como un puñal envenenado.

Me incorporé a la celebración furtivamente, para no levantar sospechas ni tener que dar explicaciones. Las hogueras escoltaban los festejos en honor de los notables visitantes. La carne se asaba lentamente, mientras los Tuatha cantaban y bebían alegremente. Nemain se apoderó de mi atención sin mucha resistencia por mi parte, ya que prefería evadirme de mi tortuosa realidad por unos momentos. Resultaba realmente agradable tanto su inocencia como su candidez. Entretenida, no reparé en que Lugh se había situado frente a mí, y mirándome con intensidad. Nemain señaló con el dedo en su dirección, obligándome, sin saberlo, a verle la cara de nuevo. Mi corazón me rompía el pecho con sus impetuosas sacudidas, en repulsa a mi cínica actuación. Con desdén, bajé la mirada intentando huir de su poderosa imagen y de su severo reproche. Esta incómoda situación no se alargó en el tiempo, ya que sus admiradoras lo secuestraron en contra de su voluntad y de la mía.

La carne y el alcohol discurrían sin control por la muchedumbre hambrienta y sedienta de fiesta y jolgorio. Desolada, ahogué mis penas en una deliciosa bebida, similar a la cerveza pero algo más dulce. Poco a poco, comencé a sentirme más aliviada. Bebí, sin pausa, hasta mitigar mi dolor por completo, perdiendo casi la conciencia. Era curioso; no podía estar sin él ni con él tampoco.

La música comenzó a sonar con fuerza, instigando al gentío a la danza compulsiva. Mientras pasaba de unos brazos a otros, me reía alegremente anestesiada por el alcohol. Nemain se retiró junto con los otros niños de forma sigilosa, dejando a los adultos envueltos en su inducida felicidad. Le dije adiós con la mano, mientras otro

hombre me tomaba entre sus brazos. Cuando lo miré me di cuenta de que era Lugh. Sin darme tiempo a escabullirme, me agarró con fuerza y me besó apasionadamente.

—¿Por qué me rehuyes? ¿Por qué me rechazas? ¿Por qué me confundes y juegas conmigo? —me preguntó herido en su orgullo.

—No te estoy confundiendo. No te rechazo ni juego contigo. Eres tú el que me tortura con sus besos. No puedo seguir... . Debo regresar a mi mundo y por ello no debo aferrarme al tuyo. Te mereces a alguien mejor que yo. Alguien que... —me interrumpió.

—Calla, no quiero seguir escuchando tus palabras. Me duelen, me angustian y me apenan. No quiero a otra mujer. Sólo te quiero a ti por siempre. No puedo concebir mi vida sin ti. Quédate conmigo, conviértete en mi mujer y sé la madre de mis hijos. Estoy dispuesto a lo que sea con tal de conseguir que permanezcas a mi lado. ¿Acaso no sientes nada por mí? —me preguntó en tono serio y profundo.

—Si no existiera el mañana, alargaría el hoy contigo —contesté temblando.

—No importa si no existe el mañana, si no existe el cielo, si no existe el Sol. Sólo importa que te amo con todo mi corazón —replicó alterado.

Sin previo aviso, me besó con desesperación, intentando convencerme con este último alegato. El dulce sabor de su beso me quemó por dentro.« Tenía que ser fuerte. Si de verdad le amaba no podía hacerle esto. Era mejor no empezar lo que seguro iba a acabar». Sin darle tiempo a reaccionar, me solté de sus brazos y huí entre el gentío. Al correr sin rumbo y algo embriagada, acabé tropezando con Birog y Macha. Me agarraron para evitar que me cayera al suelo.

—Éire, ¿dónde vas? Parece que hubieses visto a un demonio de la noche. ¿Estás bien? —me preguntó Birog

—Sí, estoy algo cansada —contesté conteniendo el llanto.

-Tranquila, puedes retirarte a mi *Baidunas*[44], es el último del camino. Si quieres puedo decirle a Lugh que te acompañe, él

también duerme allí, al igual que todos los miembros de mi familia — añadió amablemente Birog.

—Había pensado en dormir con Nemain. Es una niña encantadora y la he tomado mucho cariño —repliqué mirando a Macha.

—Como quieras, Éire. Ven conmigo, subamos juntas hasta la cima— concluyó Macha.

Respiré profundamente, aliviada por el hecho de no tener que dormir con Lugh. Estaba segura de que seguiría insistiendo y no podría resistirme a sus encantos por mucho más tiempo. Una fuerza intangible e irrefrenable nos empujaba el uno contra el otro, sin remedio ni oposición.

En los tiernos brazos de Nemain encontré el consuelo que necesitaba y la paz suficiente, para conciliar el sueño. Ella se mostró encantada con mi presencia, ya que estaba muy unida a mí. Su dulce candor sosegaba mi desesperación y mitigaba la importancia de mis numerosos problemas. Tenía que centrarme en mi única meta: mantenerme con vida hasta regresar a mi tiempo.

El velo del destino

Capítulo XXV

Un intenso y desagradable olor a muerte se extendía por toda la silenciosa llanura. Avancé deprisa, angustiada por la espeluznante estampa, mientras intentaba encontrar un porqué para aquella terrorífica masacre. Los Tuatha habían sido exterminados y sus restos se esparcían por el verde suelo sin orden ni control. Todos mis amigos yacían inertes con la mirada perdida y vacía, mientras sus rostros desencajados expresaban el intenso tormento padecido. Recorrí visualmente la escena, para encontrar a algún superviviente al que poder socorrer, pero el sobrecogedor silencio se empeñaba en sellar las tumbas de todos ellos. Destrozada, avancé torpemente entre ellos, rogando a Dios que los acogiera en su gloria. Un agudo chillido me sobresaltó y estremeció mi alma. Me apresuré a localizar la fuente de aquel dramático sonido. Cuando vi su cuerpo retorciéndose de dolor, me paralicé y me puse a llorar desconsoladamente. Lugh estaba aún vivo, aunque mortalmente herido. La sangre abandonaba su cuerpo, inundando los alrededores con aquel hedor insoportable. Sus ojos se clavaron en los míos, mientras mis rodillas contactaban con el suelo. Intenté consolarlo con mi contacto, pero mis manos temblorosas parecían alterarlo. Sólo cinco palabras salieron de su boca antes de fallecer entre mis brazos: "te amaré por siempre Éire". Un profundo alarido brotó de mis entrañas y partió mi alma en dos, cubriendo su muerte con el manto de mi inmenso dolor.

—¡Éire, despierta! ¿Qué te pasa? —me sobresaltó una voz infantil.

—¿Dónde estoy? —pregunté desorientada por la oscuridad.

—Éire, soy Nemain. Estás conmigo, tranquila —me contestó dulcemente.

—Siento haberte asustado. He tenido una pesadilla —me disculpé mientras me incorporaba entre la penumbra.

—Tranquila, estás conmigo. Yo te protegeré —dijo mirándome fijamente.

—Duerme Nemain, aún es muy temprano. No te preocupes por mí. Descansa tesoro —la sugerí cariñosamente.

La pequeña Nemain volvió a coger la postura y cerró sus ojos, mientras la acariciaba el pelo. Una vez que me aseguré de que estaba profundamente dormida, salí del Baidunas sin que se diera cuenta. Los guerreros que escoltaban la puerta del corazón de Grianan no me pidieron explicaciones, dejándome ir. La noche ya casi estaba tocando a su fin y los primeros rayos de sol rompían el oscuro horizonte con vitalidad y alegría. Entre las persistentes sombras encontré el refugio para mitigar mi insoportable desazón. Las lágrimas, anteriormente reprimidas, recorrían mis mejillas con furia, mientras las escalofriantes imágenes bombardeaban mi mente una y otra vez.

—No llores, hija mía, por lo que está en tu mano evitar —sentenció una voz masculina oculta por la temprana bruma matinal.

Tras erguirme, sobresaltada por la interrupción, miré a mi alrededor en busca del autor de aquellas solemnes palabras. Justo enfrente de mí apareció Cian, con rostro serio y compungido. Sin mediar palabra, colocó su cálida mano entre mis clavículas y en silencio cerró los ojos lentamente. Mi respiración se contuvo, deteniendo el tiempo entre ambos.

—La tristeza, la rabia y la pasión gobiernan tu corazón, arrastrándote sin piedad. La muerte de tus padres ahoga tu alma, mientras te debates entre dos mundos. El amor que sientes por mi hijo es eterno, profundo y verdadero. Sólo tú puedes salvarnos, sólo tú puedes impedir que muera Lugh, sólo tú darás vida entre tanta muerte. Deja que el tiempo guíe tus pasos en la dirección correcta y no te confundas por la inmensidad de caminos que encontrarás. Todos son uno. Todos nacen y terminan en el mismo punto. Tu línea está marcada y avanzará siempre paralela a la de mi hijo. El todo no puede dividirse en partes, igual que el Sol jamás dejará de brillar. Lo

que se unió en el principio, nunca se separará —terminó, abriendo de nuevo sus ojos.

Absorta en su discurso e hipnotizada por el tono de su voz, lo seguí sin tregua hasta abandonar la fortaleza. El frío de la mañana se disipaba con su compañía. Nos perdimos entre la densa vegetación, sin ser conscientes del paso del tiempo, hasta alcanzar un caudaloso riachuelo que, alegremente, gorjeaba entre las rocas.

—Éire, estás preparada. Ha llegado el momento. Bebe de este caldero la sabiduría de mi pueblo. Conviértete en uno de nosotros para siempre y lucha por nuestro pueblo —recitó, mientras me daba a beber el agua del riachuelo contenida en el pequeño caldero.

Tomé el caldero con determinación entre mis manos y lo observé con detenimiento. Su color dorado lo hacía vistoso y llamativo. Tanto los laterales como el fondo estaban trabajados en relieve, representando cada uno de ellos una escena diferente, conformada por una compleja iconografía. El agua cristalina me permitió ver con claridad el relieve del fondo, que representaba una especie de toro sin cuernos. Antes de beber, e intrigada por la densa simbología de aquel cuenco, le pregunté a Cian sobre su origen y función. Él no tardó en ilustrarme con su vasto conocimiento.

—Este caldero recoge la historia de mi pueblo: los Tuatha De Danann, descendientes de Nemed. Se creó para recopilar el ingente saber de Iarbonell, fruto de sus numerosos viajes por tierras lejanas. Este caldero es el receptáculo de las ofrendas hechas a los dioses desde la noche de los tiempos. La propia Dana conjuró a los cuatro elementos para que sus esencias naturales se encapsularan en él, uniendo vida y muerte en un objeto. Sus poderes mágicos son inconmensurables. Refleja el ciclo de los cielos, donde cada uno de nosotros dibuja su camino —culminó su discurso elevando su mirada al cielo.

No me atreví a interrumpirle con otra pregunta, ya que estaba emocionado por la gran verdad recién revelada por sus labios. Me mantuve en silencio, mirando con cierta incredulidad el cuenco que sostenía entre mis manos. Sin pensármelo dos veces, bebí el líquido de un trago y orgullosa le miré, mientras él reposaba sus manos en lo alto de mi cabeza. Un intenso rayo de sol nos iluminó con

vehemencia por unos segundos, para luego dejar paso a la tenue luz que filtraba el cielo plomizo, que se extendía por encima de nosotros.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer justo cuando nos rodearon. Eran varios guerreros vestidos de negro, con cascos metálicos rematados por dos oscuros cuernos y mirada feroz, renegrida por el odio. Eran demasiado corpulentos y numerosos para nosotros dos. Miré a Cian, llena de ansiedad, para saber qué hacer, pero sólo encontré resignación en su rostro.

—Dejadla ir. Me necesitáis a mí, nada más —afirmó Cian con tono firme y seguro.

—Calla, insensato. Eso es decisión nuestra. Estúpido. ¿Cómo osas decirnos lo que tenemos que hacer? —contestó rudamente el más alto de todos ellos, mientras me daba un golpe seco en la espalda.

Desequilibrada y dolorida, caí al suelo, liberando el caldero que mantenía oculto entre mis ropas.

—Ya no tendremos que masacrar tu aldea para encontrar el caldero, esta ingenua nos lo ha ofrecido de rodillas —continuó, mientras me daba una sonora bofetada.

—Dejadla. Te prohíbo que la toques. No sabes lo que estás haciendo. Belisamha te castigará por tu osadía —respondió Cian enfurecido.

Es verdad, pensé. Puedo alejarlos de aquí como hice en su día con Birog. Ahora tengo poderes mágicos y necesito utilizarlos, si no, nos matarán a los dos. Alcé mi mano para evitar el siguiente golpe y repeler a nuestros enemigos, pero no pasó nada. La energía no se acumulaba en mi cuerpo ni alejaba a los enemigos.

Sentí como la siguiente bofetada conseguía partirme el labio inferior con violencia.

—Dejadla, os lo suplico. Sólo me necesitáis a mí para vuestro sacrificio —rogó Cian.

—Está bien. Empezaremos contigo y luego continuaremos con ella —dijo el líder del grupo, mientras de un golpe seco le rompía la nariz a Cian, apresado por otros dos guerreros.

—¡Corre Éire, corre con todas tu fuerzas y no mires atrás! —me gritó Cian, intentando zafarse de sus cancerberos.

Me levanté enérgicamente del suelo e intenté atrapar el sagrado caldero, pero un contundente pisotón hizo retroceder a mi mano y salí corriendo en la otra dirección.

—Éire, recuerda que tú eres la única. Recuerda mis palabras, Éire... —siguió gritando mientras me alejaba, huyendo de mi salvaje perseguidor.

Los gritos de fondo se hicieron más intensos, mientras mis pasos se aceleraban tanto como mi corazón. Una orden seca detuvo al guerrero que me seguía y le hizo regresar hasta el riachuelo, donde el valiente Cian plantaba cara a sus inminentes verdugos. Al dejar de oír sus gritos, mis lágrimas se derramaron sin control por mi dolorido rostro. Recorrí el largo camino hasta llegar a Grianan, donde dos colosales guerreros me socorrieron. Agotada y conmocionada me dejé caer entre sus musculosos brazos, mientras intentaba balbucear lo ocurrido.

El sufrimiento de Nuada

Capítulo XXVI

Entre sollozos les conté lo que nos había pasado. Desesperada, les insté a ir en busca de Cian, por si aún estaba vivo. Como pude, les describí el punto exacto donde nos encontrábamos cuando fuimos asediados por aquellos siniestros guerreros. Los Tuatha se congregaron en torno a mí para oír de mis propios labios la horrible tragedia. Lugh se hizo paso entre la muchedumbre y se acercó hasta mí. Me abrazó como si no me fuera a volver a ver y me abandonó, para dar caza a los crueles asesinos de su padre. Birog me abrazó y me llevó con ella para curar mis heridas. Nemain me miraba aterrada e insistentemente me preguntaba si Cian volvería a Grianan. Macha y Birog cuidaron de mí, mientras entre sollozos les daba más detalles de lo acontecido.

—Esta mañana me encontré con Cian y le acompañé hasta un bello riachuelo. Me dio de beber su agua en un precioso caldero lleno de símbolos y figuras. Sin darnos cuenta, nos vimos rodeados por numerosos guerreros vestidos de negro, que comenzaron a golpearnos. Nos iban a matar a los dos, pero Cian logró que yo escapara, sacrificando su vida. Intenté recuperar el caldero, pero me lo impidieron. Para ellos, aquel objeto era primordial. Es más, comentaron que para conseguirlo iban a atacar Grianan, masacrando a toda su población. ¡Pobre Cian! —grité enfurecida—. Además, intenté utilizar mis poderes, pero no funcionaron —confesé avergonzada.

Birog no pronunció palabra, limitándose a buscar el sentido de todo aquello. Macha, por su parte, me consolaba, repitiéndome, una y otra vez ,que no había sido culpa mía. Tras beber del caldero se perdían las fuerzas y resultaba imposible repeler ningún ataque. El

efecto inhibidor duraba unas horas. Todavía me encontraba bajo la magia del caldero, que me ayudaría a encontrar la verdad absoluta.

El seco sonido que produjeron al unísono las trompetas de hueso de nuestros guerreros invadió el valle, que se sumergió en lágrimas y lamentos.

Birog se deshizo en sollozos, mientras su hermana la abrazaba con fuerza. Habían encontrado el cuerpo sin vida de Cian, ahogado, con los ojos y la lengua arrancados, flotando en el caudaloso riachuelo.

—Él sabía lo que pretendían los demonios de la noche. Era tiempo de que se cobraran su primer sacrificio. El nuevo año ha comenzado y con él, el ritual de las tres muertes sagradas que ofrecen a los dioses de la oscuridad. También conocía el ataque inminente a nuestra fortaleza en busca de nuestro caldero y la masacre que hubiera resultado de la inesperada ofensiva. Nos ha salvado a todos, nos ha dado la vida para que reclamemos lo que es nuestro, y acabemos de una vez por todas con la oscuridad que tiñe de sangre esta isla —comentó Macha.

En ese momento, se reunió con nosotras Dian Cecht y arropó a su mujer con el más cálido y tierno de los abrazos.

Lugh fue el que transportó el cuerpo de su padre a lomos de Erbarr. El dolor y la pena cubrieron Grianan durante el día. Cada uno de los Tuatha se despidió personalmente de Cian, obsequiándole con algún objeto en particular. El ritual de enterramiento fue austero y silencioso. La amargura flotaba en el gélido aire, mientras la esperanza en la otra vida mitigaba la desazón general. Cian fue enterrado con todos los honores. Un carro y numerosas posesiones le escoltarían hasta *Tir na n-Og*[45]. Los druidas enseñaban a su pueblo que la muerte era tan sólo el paso de una vida a otra, y que el alma inmortal siempre tenía como meta inexorable la ocupación de un cuerpo. El alma, supuestamente, viajaba de un envoltorio a otro en un viaje sin final. Este proceso de transmigración podría tener lugar en este mundo y en el de los muertos. Al igual que el ciclo cósmico, el ser humano seguía un ciclo eterno, donde vida y

muerte se iban sucediendo a lo largo de los tiempos sin principio ni final.

Numerosas antorchas rodeaban la tumba de Cian para iluminar su celestial camino. Arropados por la luz crepuscular, los Tuatha comieron y bebieron festejando el inicio de la nueva vida. La alegría y el festejo habían relevado a la pena y la amargura. Lugh se mantuvo a mi lado todo el tiempo, rechazando la compañía de otras muchachas. El silencio entre ambos era más revelador que cualquier palabra. Con una sola mirada podía reconocer los dolorosos sentimientos que le atormentaban.

—Éire, mañana al alba, me voy. Parto en busca de los asesinos de mi padre, del caldero mágico y del consenso con los Fir Bolgs. No sé cuánto tiempo estaré alejado de ti. Incluso no sé si volveré a verte algún día. Por ello te pediría que pasaras la noche a mi lado. Necesito tu calor para combatir mis miedos. Ven conmigo Éire, por favor —me pidió tomando mi mano con dulzura.

Sin oponer resistencia le seguí, dejando atrás el bullicio de la fiesta.

—Me mentiría, si no reconociera que siento algo muy especial por ti — dijo rompiendo el silencio.

Mi respiración se contuvo y mis labios se cerraron para no interrumpir su discurso.

—Ya sé que nos conocemos desde hace poco tiempo y que todo esto es algo precipitado, pero lo que siento por ti es algo tan grande, que silenciarlo sólo conseguiría ahogarme en la pena. Tal vez te parezca descabellado, pero estoy enamorado de ti. Mañana abandono Grianan para desafiar a la muerte y al olvido. Necesito saber si me esperarás. Muchas veces tengo la sensación de que cuando me dé la vuelta o cierre los ojos, desaparecerás para siempre. Siento colocarte en una posición incómoda. No tienes que decir nada si no lo sientes. Con tu compañía alivias mi sufrimiento — terminó, esperando mi reacción.

Sus palabras, sin intención, evocaron la inesperada declaración de amor del hermano de Norah, en aquel lugar escondido en medio del bosque. Ambos, habían utilizado las mismas palabras, el mismo tono y el mismo sentimiento. Mi corazón se agitó hasta el límite de

sus fuerzas y mi mente me torturó con las verdaderas respuestas. Me empecé a marear más y más por momentos, hasta que necesité agarrarme a él para no girar, como lo hacía todo lo que me rodeaba. Entonces, besó con ternura el reciente corte que había recibido en mi labio inferior y me estrechó entre sus brazos, tan fuerte, que parecía querer fundirse conmigo. Cerré los ojos aliviada y me oculté entre el silencio de sus brazos.

La oscura noche dio paso a la acuciante mañana entre las grises nubes que nublaban la fortaleza. Cuando abrí los ojos me encontré sola, en medio de la nada. Lugh se había ido y ni siquiera me había dado cuenta. La soledad me abrazó para no soltarme, y mi corazón encogido por la angustia, se resignó a padecer el dolor de la separación y la agonía de la espera. Me había quedado sin él y no había hecho nada para impedirlo. El frío húmedo del alba castigó sin piedad mi cobardía, helándome el alma sin más.

A partir de ese momento, vivía el día deseando que pasara el siguiente. Todas las noches me dormía escoltada por mis mudos llantos y mis frías lágrimas. Me negaba a probar alimento alguno y me escondía del resto de los Tuatha en el Baidunas de Birog. Las canciones líricas que los músicos dedicaban al crepúsculo mecían mi tristeza y melancolía, condensándola en el cruel mal de amores.

Cuando me había desahuciado como causa perdida, desperté gracias a la suplicas de la pequeña Nemain.

—Éire, tienes que ayudarme. Sal de aquí y ven conmigo. Nuada está enfermo. Algo no ha salido bien, arde y delira sin remedio. Por favor, Éire, cúrale —me suplicó zarandeándome.

Su dolor y su miedo eran casi igual al mío. Su simple reflejo fue suficiente para hacerme reaccionar. Sin pensar, la seguí hasta donde se encontraba Nuada. La estancia olía bastante mal. Dian Cecht y Miach intentaban aliviar su sufrimiento, sin mucho éxito. Macha y Birog miraban la escena con pavor, al presentir que la muerte estaba rondando al enfermo. Me acerqué suavemente a Nuada, mientras Miach me explicaba la razón de su estado. Habían abierto el muñón para intentar ensamblar el sistema de hilos de cobre en sus atrofiados músculos, soldando de esta forma la mano de plata al brazo. La operación había resultado todo un éxito, pero ahora el

postoperatorio se había complicado. La carne de Nuada rechazaba el cobre, formando bocas de pus, que cada vez se hacían más grandes. No habían funcionado ninguno de los remedios clásicos acumulados en su sabiduría y ahora Nuada ardía y deliraba. Abrí la armadura y observé con atención el estado de la herida. La infección era considerable y la fiebre era el visible producto de ella.

Aunque no era médico, había realizado cursos de primeros auxilios y curas cuando estaba en el instituto. Según mi conocimiento, el cobre poseía una gran cantidad de propiedades bactericidas que impedían a los gérmenes desarrollarse con facilidad. Por ello, la causa debía de ser otra. Las uniones entre tejido y cobre se habían realizado, utilizando un resistente material orgánico, de origen vegetal, que tal vez, al contacto con la sangre se estuviera descomponiendo, produciendo la infección. El problema era que no tenía ningún medio para curar la herida, en esta época, los medicamentos que necesitaba no existían. En ese momento, recordé un documental. En él se comentaba que las larvas y los gusanos tenían efectos terapéuticos en las heridas infectadas, porque masticaban los tejidos infectados o necrosados, dejando a un lado los que estaban en buen estado. De esta manera, se conseguía que desaparecieran las bacterias que daban lugar a la infección manteniendo las heridas limpias.

Abrumada por la escasez de recursos, me vi obligada a utilizar larvas para la cura. También sustituí el tejido vegetal por hilos de cobre y le forcé a tomar todas aquellas bayas de efectos antipiréticos y antiinflamatorios. No me separé de Nuada, ni de día ni de noche, esperando con ansia su mejoría. No estaba dispuesta a que cerca de mí muriera nadie más. Esta vez iba a luchar con uñas y dientes para salvar la vida de aquel hombre. Tal vez, de esa manera encontrara la forma de redimir el resto de muertes que atormentaban mi sosiego. El crecimiento de la bella Luna guiaba mis esperanzas, ya que cada noche a la que sobrevivía Nuada se convertía en una pequeña victoria, aunque el exitoso final todavía se perfilaba lejano y costoso.

La victoria en la oscuridad

Capítulo XXVII

Al cabo de una semana, alcancé mi objetivo. Había conseguido que la herida de Nuada cicatrizara de forma correcta, no tenía fiebre y su estado general era bueno. Sus primeras palabras fueron para mí. Con ternura besó mis manos y me juró gratitud eterna. Desde ese momento, fuimos inseparables. Cuidaba de su salud y él me instruía en el arte de la guerra. En algunos momentos, mi desesperado corazón me confundía, haciéndome creer que era mi padre.

Por su parte, Birog ampliaba mis conocimientos sobre el secreto mundo natural. Tras superar el periodo inhibidor, mis poderes eran más potentes que nunca y necesitaba conocer su manejo para poder llegar a controlarlos a mi voluntad.

La pequeña Nemain, con su dulzura infantil, llenaba el agujero que Lugh había horadado en mi alma, y junto a sus hermanos me hacían sentir una más de su familia.

Nemain era la menor de cinco hermanos. El mayor, se llamaba Fiachna. Había heredado el porte de su bisabuelo Nuada, mostrándose como un joven responsable y valiente. En los entrenamientos bélicos, ponía todo su empeño en mejorar y llegar a destacar entre el grupo de jóvenes guerreros que tenía por compañeros. Su objetivo era llegar a ser un guerrero tan honorable como Nuada y algún día ser digno para poder liderar a su pueblo. Las trillizas Morrigan, Badb y Macha eran unas jovencitas vivaces, decididas y con gran personalidad. Las tres no eran idénticas. El color de los cabellos de Morrigan era muy oscuro, en comparación con el resto de los Tuatha; además, siempre tenía la costumbre de recogerlo en nueve largas trenzas. Mientras, Badb lucía con descaro su bello cuerpo, curtido por la fiereza que empleaba en el campo de

batalla. Por su parte, Macha presumía de su soberbia cabellera roja como el fuego, rasgo que compartía con su bisabuela, además de coincidir en el nombre.

Cada una de ellas había desarrollado un poder distinto gracias a la ayuda de Birog, que instruía a todas sus jóvenes *Sidhes*[46] en el conocimiento y control de su mágica naturaleza. Macha podía presentir los futuros peligros, infligir dolor extremo a sus enemigos y desplazarse tan rápida como el viento. Badb confundía psicológicamente a los guerreros en la batalla, haciendo incluso que se enfrentaran entre ellos mismos, y dominaba a los equinos con maestría. Por último, Morrigan otorgaba una fuerza sobrenatural a los soldados que protegía, haciéndoles casi indestructibles; podía convertirse en pájaro y profetizaba el desarrollo de los acontecimientos. La pequeña Nemain no se quedaba atrás y, aunque por su corta edad no pertenecía a las jóvenes Sidhes, podía llegar a matar a los enemigos haciéndoles estremecer de pánico y miedo.

He de reconocer que, al principio, me extrañó que varias generaciones de Tuatha vivieran de forma coetánea, pero luego lo vi como algo normal tras comprobar que tenían los hijos muy jóvenes. Además, el extracto de muérdago que ingeríamos, mezclado con algunas comidas, proporcionaba la eterna juventud.

El muérdago era la planta más venerada por los Tuatha por su origen mágico y divino. Era utilizado por ellos como un bien para todo mal, ya fuese físico o mágico. Aparte de sus innegables virtudes para combatir numerosas enfermedades, era considerado como un símbolo de paz y un poderoso amuleto protector. Sus poderes mágicos provenían de su propia naturaleza, ya que no pertenecía ni al cielo ni a la tierra, sus raíces no tocaban nunca la tierra, pero tampoco se sostenía por sí mismo en el aire. Además, como los tallos de esta planta siempre se mantenían verdes y vivos, los Tuatha la consideraban una materialización de la vida eterna en su mundo.

El mejor muérdago, el más valioso, era el que crecía entre las ramas de los venerados Duirs. El ritual para cortar el muérdago era respetuoso y complejo. Primero, se le pedía permiso a la planta

antes de ser cortada. Había que cortarlo en la sexta noche tras la luna llena, de un tajo, utilizando una hoz de oro y evitando que cayera al suelo. El muérdago se utilizaba con profusión en todas sus festividades anuales, variando su significado y aplicación, según la época del año. Nunca se ingerían las bayas enteras, ya que de este modo resultaban venenosas. En la sabiduría de los Tuatha, quedaba recogido el tratamiento y uso de esta sagrada planta.

Todas las tardes, cuando el Sol comenzaba a ocultarse entre las descoloridas nubes, Birog se reunía conmigo y charlábamos amistosamente hasta la cena. Una temática recurrente era la variada tipología de árboles y plantas que colmaban de virtudes el mundo natural. Para ella, resultaba fundamental aumentar mi saber acerca del uso y aplicación de cada hoja, cada fruto y cada semilla.

Sin embargo, en nuestra última conversación Birog me informó de que tras la siguiente luna llena partiríamos hasta *Bruig Na Boinne*[47], complejo sagrado situado cerca de Temair, en dónde se celebraban los rituales del *Alban Arthuan*[48], y el *Festival de Eisteddfod*[49].

Poco a poco, me había ido construyendo una cómoda rutina plagada de agotadoras actividades, que conseguían anestesiar el dolor que brotaba en mi corazón tras la partida de Lugh. No me gustaba nada la idea de marcharme. Si decidía seguir a Birog en su camino, me tendría que separar de Nuada y de mi querida Nemain. Además, ¿y si Lugh regresaba justo cuando nos habíamos ido?

Aunque argumenté numerosas objeciones y me escudé en torno a infinidad de pretextos, no conseguí doblegar su voluntad. Tras muchas discusiones, Birog se mantuvo firme en su decisión de que acompañara al resto de Banfilidhs y Druidhs. Todo estaba decidido, el viaje lo haría a lomos de un viejo conocido, Anman, el bello unicornio de Cian.

Los días se escabullían entre las puntas de mis dedos y la excitación de la partida me alterara por completo. Intentaba vivir con intensidad mis últimos momentos en la fortaleza. Estaba convencida de que extrañaría demasiado a todas aquellas gentes, que me habían hecho un hueco en su corazón y se habían ganado

uno en el mío. Atrás, dejaba los baños a la luz de la Luna que compartía con el resto de mujeres, los juegos y competiciones entre los jóvenes, las alegres cenas y las líricas canciones que escoltaban siempre al melancólico crepúsculo. Eran demasiados recuerdos y demasiado tiempo para alejarme de ellos.

Antes de poder darme cuenta, estaba sentada a lomos de Anman, rumbo a Bruig Na Boinne. La despedida había sido emotiva y alegre. Nemain me había regalado un adorno para el pelo que perteneció a su difunta madre. Los numerosos abrazos cubrieron mi pena y colmaron mi corazón de cariño y amor. El último consejo de Nuada antes de partir, me había dejado bastante pensativa: "*Ten cuidado Éire. El bien no siempre engendra el bien, y el mal no siempre engendra el mal. Confía en tu instinto y vuelve sana y salva junto a nosotros.*"

Las primeras etapas del camino fueron largas y tediosas. Escoltados por la protección de montañas y bosques, cabalgábamos sin descanso desde las primeras luces del alba, hasta la noche cerrada. En algunos momentos, me daba la sensación de que nos dirigíamos al fin del mundo. Gracias a mi pequeña brújula pude establecer la dirección de nuestro avance: sudeste.

Era muy importante alcanzar al resto de grupos, que desde todas las partes de *Inis Na Fidbagh*, se congregaban a lo largo del camino a Bruig Na Boinne. Nuestra pequeña comitiva, encabezada por Dian Cecht y Miach, se perdía en medio de la inmensidad del paisaje. Birog y yo nos manteníamos muy juntas, al final de la caravana, por si surgía cualquier contingencia imprevista.

Los días se hacían demasiado largos y el único consuelo que teníamos para aliviar nuestro cansancio eran las bellas notas musicales que se desprendían de la esbelta flauta de Miach, que se descubría ante nosotros cada noche como un virtuoso de la música. Tras tantas horas sentada a lomos del solemne Anman, mi piel se resentía. Mi áspera túnica, elaborada a partir de fibras vegetales de lino y ortigas, irritaba mis muslos.

Al cabo de unos cuatro días, alcanzamos el gran lago Neagh, que quedaba situado en el corazón de las tierras convulsas del Noreste. Allí era donde debíamos de encontrarnos con el poderoso

Manannam, hermano de Birog, y el resto de su séquito. Cuando llegamos el silencio arrullaba la inmensidad de las aguas del tranquilo y oscuro lago. La noche nos ocultó entre sus etéreas brumas y el fuego de nuestro campamento iluminó nuestro espíritu. Mientras el habilidoso Miach asaba una soberbia pieza de caza entre las vigorosas llamas, las mujeres nos bañamos desnudas al abrigo de la menguante Luna, en aquellas frías aguas hijas del cristal. Absorta, en mis pensamientos me quedé sola. Fue entonces, cuando un ligero pero contundente sonido me sobresaltó. Paralizada por el miedo, intenté localizar el ruido. Por desgracia, mis ojos no conseguían definir imagen alguna entre la densa neblina que se deslizaba de forma delicada por encima del agua. Al cabo de unos segundos, una figura humana comenzó a resaltar entre la niebla. Conforme las bajas nubes se movían hacia mí, su silueta parecía avanzar en la misma dirección, hasta que llegó un momento en el que pude ver quien era con claridad. ¡Mi amado Lugh estaba delante de mí! Unas pocas palabras brotaron de sus bellos labios antes de desvanecerse ante mis ojos y diluirse entre la neblina como por arte de magia. "*Te amaré por siempre Éire*". Sobrecogida, avancé para darle alcance, pero no lo encontré. Rota por el dolor, pensé que lo que había visto era su espíritu y que Lugh estaba muerto. Desconsolada, me quedé en el agua y avisé a Birog, que acudió rauda a mi llamada. Me cubrió con la capa y me escuchó atentamente. Mientras me derrumbaba entre sus brazos, ella se mantuvo firme y confiada.

—Éire, tranquila. Lugh está bien. No le ha ocurrido nada. Está tan vivo como tú y como yo —sentenció tras un ligero silencio.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que Lugh no ha muerto? —le respondí.

—Lo sé, Éire. Confía en mí. Vístete o cogerás frío. Vamos al fuego a calentarnos —me sugirió.

—No. Necesito verlo con mis propios ojos —la imploré llena de amargura.

—Está bien. Lo verás por ti misma, aunque te dolerá un poco —contestó, mientras me cogía la mano y cortaba mi palma con un cuchillo.

Me estremecí de dolor, mientras mi sangre se diluía en el agua formando una masa oscura.

—Concéntrate, Éire. Siente la energía —me indicó—. Ahora, toca suavemente el agua.

Mis dedos acariciaron el agua, que se heló rápidamente a mi contacto.

—¡Llámale! Invoca su nombre, hasta que su imagen aparezca con nitidez —continuó diciendo.

El hielo se tornó en espejo, a través del cuál pude ver a Lugh. Cabalgaba a lomos de Erbarr, seguido muy de cerca por Failinis, entre la espesura del bosque y la penumbra de la noche. De repente, una extraña sombra que se movía tras de ellos me llamó la atención. En unos segundos estaba encima de él. Le tiró del caballo y comenzó a atacarlo sin descanso.

—¡Es una emboscada! —grito Birog.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué es lo que le ataca? —le pregunté.

—Es Domnu, la mujer de Tethra. Dudo mucho que esté sola. ¡Van a matarle! —exclamó.

Mientras Lugh intentaba levantarse, una densa sombra se definió hasta tomar forma humana. Junto a ella aparecieron los mismos guerreros que habían matado a Cian. Mi corazón se retorció de dolor al recordar la escena.

Failinis recibió un fuerte golpe, que le dejó inconsciente en el suelo y Erbarr salió despavorido.

—Son demasiados. Domnu es muy poderosa, y más si ha bebido del caldero que nos robaron. Tenías razón. Lugh está muerto —sentenció Birog con lágrimas en los ojos.

—No puede ser. Podremos hacer algo. ¡Lugh nos necesita, no podemos abandonarlo a su suerte! —grité.

—No podemos hacer nada. Está demasiado lejos de aquí. Nuestros poderes no le alcanzan —respondió abatida

—Los tuyos no, pero los míos puede que sí. Cian me dijo que mi destino era salvar la vida de su hijo y ha llegado el momento de cumplir con mi cometido —dije saliendo del agua, mientras Lugh seguía luchando con los numerosos enemigos.

—Espera, te ayudaremos —dijo Birog mientras reunía al resto.

Todos formaron un círculo en torno a mí, uniendo sus manos, sus cánticos y su energía. Mi piel se volvió blanca como la Luna y dura como el metal, mientras mis ojos se volvían anaranjados, brillando con la furia del fuego. La energía recorría mi cuerpo tensando todos mis músculos por completo. Una fuerte corriente de aire me elevó sobre sus cabezas y me alejó más y más de ellos.

Como un águila, surqué los cielos nocturnos hasta dar con él. Dos guerreros le tenían sujeto por los brazos, mientras un tercero se disponía a cortar su cabeza. Era Neit, el sanguinario hijo de Tethra, el mismo que mató a Cian. Con un grito ensordecedor aterricé enfrente de mis enemigos. Arrebaté el hacha al verdugo y aparté a los otros dos con mi potente energía. Lugh, que cayó al suelo liberado, me miró sorprendido y agradecido a la vez. Arrojé el hacha lo más lejos que pude, mientras Lugh recuperaba su lanza. Fue entonces, cuando ella se colocó frente a nosotros, impidiéndonos el paso. En ese momento comenzó una verdadera lucha a muerte. Lugh fue tras los tres guerreros, mientras yo combatía con Domnu.

Su aspecto era aterrador. Sus ojos estaban inyectados en sangre, la mitad de su cara deformada y una capa de cabezas de cuervo cubría su cuerpo semi-putrefacto. El desagradable olor a muerte la rodeaba, mientras los poderes de la noche la protegían.

—¡Pagarás tu imprudencia con la vida! —gritó para asustarme.

—No te tengo miedo, soy Belishama, la diosa Tuatha que esta noche acabará contigo —la desafié.

Con un gesto seco se volvió sombra, lanzándose con toda su fuerza hacia mí. Repelí su ataque con un potente soplo, que la envió a las entrañas del bosque. Llena de odio, arrancó de cuajo los árboles y me los lanzó como flechas. Con el fuego de mis ojos los reduje a cenizas antes de que pudieran rozarme. Indignada, se tiró sobre mí, para envolverme en su mortal oscuridad. Nos elevamos por el cielo, mientras manteníamos nuestro forcejeo. Los golpes rompían el aire que nos suspendía en la nada. Mi dura piel comenzó a desgastar sus nudillos, que sangraban de forma alarmante. Era más rápida, más fuerte y más lista que ella. Descargué mi furia, golpe a golpe, en su cuerpo blando y podrido, dejándola sin aliento. Era imbatible y ella lo sabía. Acobardada, descendió al suelo y huyó

entre la penumbra. De fondo, oí los gritos victoriosos de Lugh, que por fin había dado muerte al asesino de su padre, al sádico Neit. Envalentonada con el triunfo, seguí a Domnu entre la espesura del bosque durante horas, hasta que comencé a sentirme muy cansada. Sólo tenía fuerzas para hacer un último viaje. Debía de regresar al lado de Birog, sin poder despedirme de Lugh.

Todos estaban esperando mi vuelta alrededor de la hoguera. Habían seguido el combate desde el espejo del lago, que aún seguía congelado. Enardecidos por el triunfo, gritaban y bailaban al son de las llamas del fuego. Entre abrazos, recuperé de nuevo el aliento. Mi corazón latía con fuerza, exultante, más vivo que nunca. Había cumplido con mi misión, con mi destino y Lugh seguía vivo. Acaricié con suavidad el corte de la palma de mi mano, símbolo de mi amor, de mi entrega y de mi poder. Al abrigo de la fría noche, nos sorprendió el alba, entre los ecos del festejo. Por fin la Luz podía plantarle cara a la Muerte, por fin las fuerzas estaban equilibradas y el triunfo de los Tuatha cada vez más cercano.

La revelación de la sangre

Capítulo XXVIII

Justo cuando nos estábamos preparando para partir de nuevo, apareció el gran Manannam. Sus ojos eran tan azules como las aguas que nos rodeaban y su pelo dorado, parecía un regalo del astro Sol. Birog se fundió con él, en un cariñoso abrazo, mientras el resto contemplábamos con emoción el reencuentro. Las palabras de condolencia por la muerte de Cian, pronunciadas por Manannam, conmovieron a su hermana, que se derrumbó entre sus brazos. La ira iluminó sus ojos azules, prometiendo a Birog venganza.

Manannam sólo iba acompañado por mujeres. Miach hizo de anfitrión en las presentaciones. A la primera que tuve ocasión de saludar fue a Flidais, que era la madre de la actual esposa de Manannam, Fand, ya que la anterior murió en la batalla contra los Fir Bolgs. Ambas eran bellísimas. Sus cabelleras rojas bailaban al compás del viento, mientras sus elaboradas túnicas las envolvían en una etérea divinidad. Posteriormente, conocí a Conn, sobrina de Birog, con la cual compartí un parecido asombroso; y a las tres jóvenes hermanas de Fand.

Entre risas y abrazos se fortificaron las alianzas de la sangre y la raza, y juntos partimos hasta Bruig na Boinne, siguiendo camino al sur.

El sonoro ruido que producían los caballos al avanzar por las salvajes hierbas, había acompasado el solemne silencio que habíamos mantenido hasta ese momento.

No fue hasta la noche, cuando sentados todos juntos nos dispusimos a conversar animadamente. Me sentí algo observada por los nuevos conocidos. Por ello, intenté participar activamente en la charla, mientras comía con avidez el delicioso guiso que había preparado Miach.

—¿Cómo se encuentra Nuada? —preguntó Manannam.

—Evoluciona favorablemente —me apuré en contestar—. Al principio, padeció una grave infección, pero conseguimos erradicarla. Resulta increíble ver como maneja la mano de plata a su antojo. Todavía tiene que ejercitarse en el manejo de la espada, pero está muy animado para volver a ser quien fue —comenté orgullosa.

—Sin su ayuda, Nuada hubiera muerto —reconoció Dian Cecht.

—Pues sí que debes ser habilidosa. Es la primera vez que Dian Cecht reconoce que alguien es mejor que él. Sin duda, eres toda una sorpresa —dijo Manannam, con un tono socarrón.

Aunque se mostraba algo irónico, sus ojos brillaron de alegría al oír tan buenas noticias. Mientras se llevaba un bocado de carne a la boca, le preguntó a su hermana de dónde había salido yo.

—La encontró Lugh en medio del bosque. Es la elegida, tiene la marca. Gracias a ella venceremos a los Fomoré de una vez por todas. Ayer por la noche, plantó cara a Domnu y salvó la vida de mi nieto —explicó a su hermano plenamente satisfecha.

—Eres muy especial, Éire. Además de bella e inteligente, eres la llave para derrotar a nuestros ancestrales enemigos, los demonios de la noche —dijo sonriendo a su hermana.

—No hay que olvidar que gracias a ti conseguimos volver a nuestra querida Inis Na Fidbagh, después de tantos años. Gracias a tu colosal embarcación y a tu maestría controlando el mar, estamos ahora donde estamos —dijo Birog, halagando a su hermano.

—¿Sabes algo de tu hija Tailtiu? —le preguntó Miach, cambiando de tema.

—Creo que eso deberías de preguntárselo a Lugh —respondió Manannam ásperamente.

—Y, ¿por qué a Lugh? —le pregunté recelosa.

—Veo que estás poco informada, Éire —me contestó enfadado—. Tailtiu era mi hija pequeña. Se desposó con Eochaidh, rey de los Fir Bolgs, para fortalecer nuestra alianza con ese pueblo y fue la madre adoptiva de Lugh durante años, ya que la madre biológica de Lugh, Ethlinn, no sobrevivió a la ira de los Fomoré. Cuando el padre de Ethlinn, el temido Balor, se enteró del alumbramiento de los trillizos, que había concebido con el Tuatha Cian, se volvió loco. Para evitar

que se cumpliese la profecía de Birog, Balor mandó matar a los niños. Consiguió terminar con dos de los tres hermanos, mientras Birog y Cian salvaban a Lugh. Mi hija cuidó y protegió a Lugh todo el tiempo que pudo, fingiendo que era su propio hijo. Cuando estalló la guerra entre los Fir Bolgs y los Tuatha, Lugh volvió con su padre y mi hija se colocó en una posición demasiado peligrosa. Hay voces que proclamaron su muerte a manos de su marido, otras que pugnan por un vil asesinato cometido por Balor, al saber que cuidó a su nieto, el único capaz de acabar con su vida, según la profecía. Lamentablemente Tailtiu nunca apareció. Ni siquiera pudimos enterrar su cuerpo y encender las luces para que guiaran su eterno camino —terminó con tono amargo.

—Lo siento mucho, de verdad. —Me disculpé.

—Lugh nunca la ha olvidado. La sigue buscando y ten por seguro que la encontrará —apostilló Birog, intentando reconfortar en algo a su hermano.

La conversación concluyó en ese punto y cada uno se retiró a descansar, para poder encarar con fuerza el nuevo día.

En silencio, arropada por las suaves pieles, repasé las palabras de Manannam. Era evidente que estaba enfadado con el devenir de los acontecimientos. Tal vez por su rabia, había revelado ante mí el verdadero origen de Lugh: hijo de un Tuatha y una Fomoré. Me resultaba imposible no preguntarme si habría alguien más como Lugh, con su mestiza naturaleza, y por qué estos dos pueblos mezclaban su sangre si eran enemigos acérrimos.

En medio de la oscuridad, vi como una mujer de nuestro campamento se levantaba y se quedaba de pie pensativa. Como todavía no tenía sueño, decidí seguirla y conversar un rato con ella. Me acerqué lo suficiente como para comprobar que la insomne era Fand, la bella mujer de Manannam.

—¿No puedes dormir? —le pregunté mientras me acercaba a ella.

—No, hay veces que me pasa —me respondió en un breve susurro.

—¿Quieres dar un paseo? —le sugerí mientras tomaba su mano.

La decreciente Luna alumbró nuestro camino entre la arboleda. Al cabo de un rato nos sentamos en unas viejas ramas que

reposaban en el húmedo suelo.

—Me ha sorprendido que los Tuatha y los Fomoré se mezclen y que incluso tengan hijos. ¿No erais enemigos ancestrales? ¿Es Lugh el único mestizo? —le pregunté ansiosamente.

—No, Lugh no es el único. Bres, el actual rey Tuatha es hijo de una princesa Tuatha y el temido guerrero Fomoré, Elatha. Aunque somos enemigos, los susurros de amor que el viento trae y lleva son más poderosos que cualquier odio o rencor. En la fiesta del Bealtaine numerosos pueblos llegan a Inis Na Fidbagh, atraídos por el magnetismo de esta sagrada isla. Esa noche se borran las razas y la pasión dirige los destinos de aquellos que participan en la festividad de la fertilidad. El círculo de piedra donde se comienzan los rituales, marca el principio de lo desconocido. Las vidas de todos se entremezclan, por azar o por fortuna, formando extrañas parejas. Además, a los Fomoré les encantan las mujeres Tuatha, les deslumbramos con nuestra belleza. Ellos deforman el rostro de sus mujeres, cuando son muy pequeñas y las consideran como seres inferiores, subyugándolas a la servidumbre eterna. El caso de Cian fue distinto. Ethlinn no había sido sometida a los rituales de deformación. Balor, su padre, no fue capaz de dañar a aquel bello ser. Por ello, fue recluida para el resto de sus días en la colosal torre de Conan, custodiada por fieros guerreros. Cian logró llegar a ella y se amaron aquella noche. Nunca más se vieron, pero fruto de su amor nacieron tres hijos, de los cuales sólo sobrevivió Lugh — terminó algo soñolienta, levantándose para regresar al campamento.

La seguí y ambas nos fuimos a descansar; ella al lado de su amado Manannam y yo entre mis solitarias pieles. El sueño me venció enseguida, ya que el dulce tono de voz de Fand había conseguido adormecerme.

El rey despiadado

Capítulo XXIX

El resto de los asistentes a los rituales del Alban Arthuan se habían ido incorporando progresivamente a nuestra comitiva, a medida que nos acercábamos a Bruig Na Boinne. Las noches eran más divertidas y animadas, ya que entre tanta gente era fácil encontrar virtuosos músicos, maestros cazadores y risueños bebedores. Mi amistad con Fand se fue haciendo más sólida, conforme avanzamos en nuestro viaje en dirección sur. Sus hermanas también se mostraban mucho más afables conmigo, incluso se atrevían a bromear con mi aspecto físico sin ningún pudor. Anman parecía pletórico alrededor de tanto equino engalanado. El crecimiento de la Luna secuenciaba el paso de los días en nuestro camino. Cuando llegamos a Bruig Na Boinne, nos estaban esperando. Airmed, la hermana menor de Cian, se deshizo entre los brazos de sus padres, a los que parecía no haber visto en mucho tiempo. También nos vino a saludar Bodb Derg, sobrino de Dian Cecht, que residía permanente en Bruig Na Boinne y velaba por el sagrado lugar. Su padre, el Gran Dagda, le había dejado a cargo de la celebración, mientras él vigilaba de cerca a Bres en Temair.

Una extraña sensación me invadió cuando llegué a aquel lugar. Me resultaba demasiado familiar, incluso me daba la impresión de haber estado antes allí. Tardé sólo unos minutos en identificarlo. Era Newgrange. A mi cabeza volvieron los maravillosos recuerdos de aquella visita junto al hermano de Norah. El actual monumento era casi igual al que se mantenía conservado en mi tiempo. Me sonreí ante mi descubrimiento y volví con el resto del grupo, que se dedicaba en cuerpo y alma a preparar todo para los rituales del Alban Arthuan.

La actividad fue frenética en las siguientes horas. Era lógica la importancia de esta fiesta solar, ya que se convocaba el fin de la oscuridad y el retorno de la luz y la esperanza. A partir de ese momento, los días se prolongarían dando lugar a un nuevo ciclo. Juntos, los Tuatha celebraban el final de la noche más larga del año. Para dar fuerza al Sol y ayudarlo a derrocar tan larga oscuridad, se encendían grandes fogatas. A la mañana siguiente, se conmemoraría que el Sol había renacido para guiar la resurrección de la vida y la naturaleza. Las telas de color rojo y verde bailaban al compás del viento, simbolizando el nacimiento y la tierra, respectivamente. Tras elegir el mejor leño de abedul, que posteriormente se quemaría, se le decoraba con muérdago y hiedra, dando de esta forma, vida a lo muerto. Antes de que el Sol se ocultase, se llevó a cabo el Festival de Eisteddfod, cuyo origen se remontaba al tiempo de los cuatro grandes Druidhs, procedentes de las cuatro sagradas ciudades que quedaban situadas al otro lado del mar: Morfesa de Falias, Esras de Gorias, Semias de Murias y Uiscias de Findias.

Este festival podría ser definido como una dura competición, encubierta por una amable reunión social. Quien cosechara el éxito en las pruebas y duelos, sería elegido como guía espiritual de los Tuatha durante un año entero. La competencia fue dura, pero claramente, Manannam fue más habilidoso y carismático que el resto de candidatos. Una copiosa cena puso el punto y final a la reunión, y marcó el comienzo de la larga noche de celebración. El ambiente se distendía a golpe de licor y cerveza. Las rencillas y las envidias se diluían al final de las copas, y las risas hermanaban a los rivales. Manannam estaba pletórico y su esposa Fand llena de orgullo, ya que sin duda alguna este año ellos dirigirían a los Tuatha en su fe y sus creencias. A la mañana siguiente, el hermano de Birog, sería señalado por el primer rayo de sol, que cada Alban Arthuan rompía tímidamente la oscuridad del interior de Newgrange para proclamar al elegido.

Entre tanto alboroto no fuimos conscientes de su llegada. Su séquito se abrió paso entre las brumas que cada noche devoraban el paisaje circundante. Una comitiva impresionante escoltaba al hombre que se situó frente a nosotros.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves a interrumpir nuestra celebración de esta manera? Bres, recuerda que tu lugar está en Temair —le espetó bruscamente el fornido Bodb Derg.

—Para tu disgusto sigo siendo el Rey de los Tuatha. No tengo que pedirte permiso para desplazarme por donde me plazca —sentenció el hermoso Bres, mientras que con su mano describía en el aire un ademán de índole despótica.

Me quedé aturdida tras contemplar la belleza de los rasgos físicos de Bres. Su cuerpo era armónicamente perfecto y su rostro hipnóticamente atractivo. Sus profundos ojos azules fulminaban al resto de mortales que osaran mirarlo.

Mientras la tensión crecía por momentos entre Bres y los Druidhs, me retiré de la primera línea y me acerqué a Fand. Disimuladamente, tomé su mano y nos alejamos del foco de discusión. Entretanto, el tono de las voces cada vez se hacía más severo y contundente.

Fand me contó que Bres cautivó a Brigit, hija del Gran Dagda, doblegándola incluso al son de su voluntad. Con ella había tenido cuatro hijos, los tres primeros, trillizos, habían sido educados directamente por Dagda, con la oposición de Bres. Sin embargo, el pequeño, llamado Ruadan, había sido formado en los necios valores de su padre. Fand había visto a Ruadan en tres ocasiones, y en todas tuvo la misma escalofriante sensación. No era un Tuatha, no era de fiar. Además, añadió abochornada, que Bres protagonizaba sonados escarceos amorosos con otras mujeres de la corte, mientras su mujer, Brigit, se mantenía enferma en la cama. El retrato de aquel bello ser era monstruoso. Era un tirano déspota, orgulloso, tramposo, infiel y caprichoso.

Sin darnos cuenta, Bres se situó frente a nosotras y comenzó a observarme con demasiada curiosidad. En segundos, me sentí incómoda y extremadamente vigilada. Bajé la mirada intentando evitar el contacto visual, ya que estaba convencida de que si llegaba a ver mis ojos, su extraño color despertaría aún más su interés por mí.

—¿Quién eres tú? ¿Tal vez una nueva y exótica adquisición de las Bandruidh?— comentó en tono insolente y soberbio, mientras

disfrutaba dejando resbalar mi negro cabello entre sus blancos dedos.

—Es una participante más de esta celebración, no entiendo por qué ha despertado tu interés —contestó agriamente Birog, mientras alejaba la mano de Bres de mis cabellos.

—No recuerdo que nos presentaran. Es un placer descubrir una criatura tan interesante como tú. Creo que tu lugar está en Temair, conmigo. ¿No piensas lo mismo, Cermait? —terminó entre carcajadas, tomando mi brazo con fuerza, mientras yo clavaba la mirada en el suelo.

—Levanta el rostro para que te vea con detalle. No tengas miedo. No debes preocuparte, ya que si no eres para mí, serás para mi gran amigo y cuñado. Cermait, no te quedes ahí, acércate para ver si te gusta —le ordenó con un gesto brusco.

Justo cuando iba a cruzar mi mirada con las suya, Birog agarró la mano de Bres con contundencia y la apartó lejos de mí, mientras exigía a Dagda que pusiera fin al burdo comportamiento de su yerno.

Un grito seco y solemne terminó la conversación. El gran Dagda concluyó el enfrentamiento y calmó los ánimos. Instó a Bres a volver a Temair con su mujer, y al resto a mantener la templanza y no caer en tan manifiesta provocación. A "regañadientes" la comitiva real se fue alejando arropada entre las sombras de la noche, mientras los demás se concentraban en canalizar su rabia en luz y esperanza.

Mi cuerpo tiritaba de forma espasmódica, sin control ni consuelo. Fand y Birog me abrazaron para hacerme entrar en calor y con su contacto reducir mi angustia. Estaba claro que me había metido de lleno en otro problema. Bres no descansaría hasta llevarme a Temair. Esta vez me había librado de milagro, pero sabía que volvería a intentarlo, aunque fuera a la fuerza y con o sin la ayuda de Cermait. El ego de Bres era tan grande que no podía permitirse fracasar en la conquista de un nuevo capricho.

Tras una breve reunión, se decidió, contando con el beneplácito del gran Dagda, que había llegado el momento de derrocar a Bres. Todos eran conscientes de que era inevitable su cese y cuanto más se retrasara la vuelta de Nuada al trono, más peligros podían

acechar al pueblo Tuatha. Fuertes rumores habían llegado a recorrer la isla, advirtiendo de supuestas nuevas alianzas entre los Fomoré y Bres. Incluso se afirmaba que había tenido lugar una reunión secreta entre Bres y su padre, conocido como el despiadado Elatha. Lógicamente, todos no podíamos abandonar Bruig Na Boinne a la vez, ya que Bres habría mandado vigilarnos de cerca, y una estampida general, por muy silenciosa que fuera, sería excesivamente llamativa y delatadora. Finalmente, se acordó que Airmed y yo volveríamos a Grianan, mientras que el resto terminaba las celebraciones sin más incidentes.

Mi relación con Airmed era casi nula. Era obvio que no me soportaba, ya que desde el primer momento me mantenía a distancia, incluso me rehuía. Me sorprendió la mirada que me lanzó cuando Bres se fijó en mí y no en ella. Los celos la corroían por dentro y enturbiaban sus intenciones. Tendría que tener cuidado. Algo en mi interior me erizaba el estómago cuando estaba a su lado. Aunque era la tía de Lugh, no estaba hecha de la misma pasta que el resto de los Tuatha, ya que la codicia y los delirios de grandeza parecían torcer sus valores. Era una mujer peligrosa a la que tendría que vigilar en todo momento.

El viaje fue agotador y francamente aburrido. Los días se eternizaban y el tiempo se dilataba entre las colosales montañas. Airmed no cruzó ni media palabra conmigo, haciéndome sentir claramente rechazada. Ella marcaba la dirección a seguir y yo me limitaba a seguirla.

El Sol, poco a poco, abandonó nuestra compañía para ocultarse tras las colinas, dando paso a la bella luna llena. Cuando por fin pude definir entre la tenue bruma a la imponente Grianan, sentí un enorme alivio. Estaba de nuevo en casa y todos estarían esperando mi regreso ansiosos. Cerré los ojos y evoqué el angelical rostro de la pequeña Nemain, mientras mi corazón se desbocaba por la nostalgia y la alegría. Al cruzar la puerta de entrada, Airmed y yo nos separamos para no volver a coincidir.

La comitiva de recepción, que esperaba impaciente en la pequeña explanada, estaba encabezada por Nemain y sus hermanas que como gacelas, corrieron hacia mí para arroparme con el calor de

sus abrazos. Nuada y Macha disfrutaron de la familiar escena, mientras se aproximaban a nosotras para reivindicar su turno. Las lágrimas de emoción brotaron de mis ojos, nublando mi visión. A un lado del gentío pude distinguir a un bello lobo. Sin duda, era Failinis. Me acerqué a él rápidamente para retenerlo entre mis brazos, mientras le obsequiaba con mimos y palabras dulces. Su presencia confirmaba mis esperanzas de volver a ver a Lugh. En el fondo de mi corazón deseaba, de forma desesperada, que de un momento a otro apareciera delante de mí.

El frío silencio arropó mi decepción, cuando Nuada me aseguró que Lugh no estaba en Grianan, había vuelto a marcharse. Fue entonces, cuando me percaté de que su lobo tenía herida gravemente una pata y de que la cabeza de Neit, el Fomoré que asesinó a Cian, colgaba en lo alto de un palo.

—Lugh ha vengado a su padre, otorgándole la gloria merecida. Ha firmado algunas alianzas con los Fir Bolgs y ahora se dirige al entierro de su madre adoptiva Tailtiu. Han descubierto su cadáver entre las ruinas de un viejo Baidunas, en la costa oeste de la isla. Será el encargado de los preparativos funerarios, se lo debe a su madre y a su familia —me explicó Nuada, mientras me acompañaba a sentarme a la mesa para que pudiera descansar.

Intenté hacerle algunas preguntas más, pero me resultó imposible, ya que con sus dedos selló mis labios. No insistí más, estaba agotada y tendríamos tiempo suficiente para ponernos al corriente de todo lo sucedido hasta nuestro reencuentro. Me tumbé entre las suaves pieles, mientras la pequeña Nemain se acurrucaba a mi lado. Con el dulce calor que desprendía su frágil cuerpo me quedé dormida.

El peso de la soledad

Capítulo XXX

Cuando desperté estaba completamente sola en el Baidunas. Me incorporé de un brinco y salí fuera en busca del resto.

Un plomizo silencio se extendía por Grianan, presagiando tormenta. El viento se deslizaba entre las hojas de los árboles con sigilo, mientras las negras nubes se aproximaban más y más.

Me costó dar con ellos, ya que se había convocado una reunión clandestina, encabezada por Airmed.

—Veo que te has despertado, Éire —Me saludó Airmed con cinismo—. Es una pena que ya hayamos terminado la reunión. Las decisiones tomadas hoy aquí son irrevocables —concluyó mientras me miraba con intensidad.

El brillo de sus ojos me inquietó. Su mirada reflejaba ira, odio y ciertos destellos de satisfacción.

—¿Y qué decisiones son esas? —le repliqué.

—Hemos acordado la partida hoy mismo a Temair. Ha llegado el momento de derrocar a Bres y reclamar lo que es nuestro antes de que sea demasiado tarde — respondió Nuada en tono serio y solemne—. Tú te quedarás aquí. Airmed ya nos ha contado el desagradable incidente que tuviste que vivir en Bruig Na Boinne. La osadía de Bres no tiene límites, al igual que su codicia y soberbia. Como entenderás, no podemos llevarte con nosotros. No parará hasta conseguir lo que desea, y no es prudente acercarte a sus garras —terminó algo irritado.

—¡No estoy de acuerdo! —repliqué con fuerza—. Mi lugar está a vuestro lado. No sé lo que os ha transmitido Airmed, pero el tema no fue tan grave. Vosotros cuidaréis de mí y yo de vosotros. No hay peligro que temer si estamos unidos —argumenté indignada.

—Lo siento, pero no. No vendrás. No podría perdonarme que te pasara algo malo. Aquí estarás protegida hasta que todo pase. Cuando tomemos Temair y reclamemos el trono, Nemain y su escolta personal vendrán en tu busca. Mientras tanto, tu misión será velar por el bienestar de las gentes de Grianan. Confío en ti, hija mía —concluyó besando mi frente con dulzura.

—¡Volveré a por ti, te lo prometo! —gritó la pequeña Nemain, mientras elevaba sus manitas al aire acariciando las primeras gotas de lluvia.

—Como desees gran Nuada —contesté derrotada—. Aguardaré con alegría nuestro reencuentro y cumpliré con la misión que me habéis designado.

Una fuerte lluvia desconvocó la reunión. La pequeña Nemain y yo nos refugiamos en unos frondosos árboles. Fue entonces cuando nos fundimos en un amoroso abrazo cargado de emoción. Tomé su carita entre mis manos, intentando grabar en mi mente su dulce imagen. La fuerte tormenta cesó al cabo de un rato, al contrario que mi angustia. La comitiva estuvo dispuesta en cuestión de minutos. La familia de Nuada al completo la encabezaba, mientras Airmed se quedaba relegada, ocupando el último lugar. No aparté mis ojos de ellos hasta que su imagen, que cada vez se hacía más y más pequeña entre la inmensidad del verde paisaje, desapareció.

Acurrucada en lo alto de los muros de Grianan, me sentí completamente sola y traicionada. Intenté reconfortarme con la idea de que Airmed había ganado la batalla, pero no la guerra. Cuando el frío de la noche comenzó a resultarme insoportable, descendí hasta el desolado Baidunas de Nuada y me quedé dormida entre lágrimas y sueños.

La víspera de Bealtaine

Capítulo XXXI

Los días pasaban de forma lenta y agónica, sin recibir ninguna noticia sobre ninguno de ellos. Tal era mi desazón, que la frenética rutina no era capaz de consolarme. La profunda tristeza hizo renacer los viejos recuerdos de mi antigua vida. Era inevitable no preguntarse qué habría sido de Norah, Ailish, y Lugh. No sabía si seguían buscándome o por el contrario, habían rehecho sus vidas sin mí. Ninguna de las dos opciones me tranquilizaba lo más mínimo.

Las tristes nubes, que cada día surcaban el cielo de Grianan, se llevaban consigo mis esperanzas y deseos. El reencuentro parecía cada día más lejano y difuso en el tiempo. Las semanas se alternaban dando paso a la frustración y a la soledad más absoluta. Sólo dos grandes festejos rompieron por momentos mi desesperación: El *Oimelec*[50] y el *Festival de la diosa Ishtar*[51].

La festividad del Oimelec se celebró a primeros de Febrero, según mis cálculos. Era la fiesta de la purificación y el renacer por antonomasia. Los solemnes rituales del fuego y el agua apartaban la oscuridad y el mal, para abrir paso de nuevo a la vida y a la luz. También era el momento de preparar la tierra para recibir la nueva semilla, de ayudar en los partos de corderos y de que los pescadores volvieran a lanzar sus botes a la mar.

El festival de la diosa Ishtar, también llamado Alban Eilder, se llevó a cabo casi a finales de Marzo, cuando se produjo el equinoccio de primavera, momento a partir del cual, el perfecto equilibrio entre la noche y el día se rompía para dejar paso al triunfo de la luz. Las aves volvían a volar por los inmensos campos verdes que rodeaban Grianan, mientras los niños pintaban huevos de pájaro, símbolo de nueva vida, para esconderlos y jugar a encontrarlos entre la densa

vegetación. También se celebraban divertidas cacerías de liebres entre los jóvenes del lugar.

La agitación de aquellos días, dio paso al hastío y a la desesperanza del mes de Abril. Nadie había regresado todavía y las noticias seguían siendo nulas.

Una tarde, al subir a lo alto de los muros de Grianan, vi con claridad cómo un grupo de jinetes se dirigía hacia nosotros a toda velocidad. Me resultó imposible distinguirlos con claridad, por lo que di la voz de alarma por precaución. Cuando sólo les separaban unos metros, sus capas negras variaron de rumbo, hacia el mar del Norte, y entre las frías aguas desaparecieron hasta fundirse con el oscuro horizonte.

Para mi desgracia, la fortaleza seguía sin novedad, adormecida en una excesiva tranquilidad. El silencio y el exceso de tiempo libre me dieron que pensar. «Tras una larga reflexión de días, me decidí a poner fin a esta agonía. Estaba convencida de que todo lo que estaba padeciendo era culpa de mi errático comportamiento. Me había aferrado con tanta fuerza a los Tuatha, que había olvidado que este no era ni mi tiempo ni mi guerra. Además, ya había cumplido con mi destino salvando la vida de Lugh. Lo que tenía que hacer ahora era regresar de nuevo a los brazos de Norah y su familia, y enfrentarme de una vez por todas con mis dudas y mis miedos. Según las sabias palabras del fallecido Cian, en la celebración del Bealtaine las puertas del tiempo se abrirían de nuevo. Ese era el momento preciso para volver. Sólo tenía que averiguar en qué lugar se festejaba, en qué zona se abriría de nuevo la boca del Agujero de Gusano para introducirme en él».

La agitación y los nervios me impidieron conciliar el sueño. Apenas quedaba una semana para la esperada celebración y ya había visitado con dos guerreros el círculo de piedra donde se llevaba a cabo el ritual. La vegetación lo ocultaba a los ojos de los mortales, pero la intensa fuerza que transmitían sus piedras, atraía a las almas de forma casi magnética.

A falta de dos días para mi partida, llegó inesperadamente ella. La pequeña Nemain, escoltada por cuatro fornidos guerreros, entró hasta el corazón de Grianan en mi busca. Nuestro abrazo fue

ansiado y casi eterno. Las lágrimas de emoción contenida, discurrían por nuestras mejillas sin control. Tras nuestro emotivo encuentro ni hablamos ni articulamos sonido, sólo nos miramos un buen rato. Mi pequeña Nemain se estaba haciendo toda una mujercita. Sus aniñados rasgos se habían estilizado, dando paso a una bella jovencita de cabellos dorados como el Sol.

—¡Qué mayor estás! En estos meses has cambiado mucho. ¿Qué has hecho con mi niña? ¿Dónde la has escondido? —le pregunté burlonamente mientras le hacía cosquillas.

—Soy yo, Éire. Soy Nemain —respondió entre risas.

—¡Cómo pasa el tiempo, pequeña mía! Bueno, cuéntame noticias de Nuada, de Temair,... —le imploré ansiosa.

—Nuada ha recuperado el trono. Cuando llegamos a las afueras de Temair, Bres nos estaba esperando. Intentó masacrarnos antes de llegar, pero no lo consiguió. El Gran Dagda puso fin al enfrentamiento antes de que pudiera morir más gente inocente. Entonces, Nuada retó a un duelo a muerte a Bres, que aceptó encantado. El muy tonto pensó que acabaría rápidamente con la vida de un viejo manco, por mucho que éste intentara disimular su muñón con una mano de metal. El combate entre ellos fue duro, largo y sangriento. El error de Bres fue subestimar a Nuada, que gracias a tus cuidados se sentía más fuerte y joven que nunca. Golpe tras golpe, Bres recibió su merecido. El muy cobarde suplicó clemencia al final, cuando Nuada le iba a dar el golpe de gracia. Ante sus lloriqueos, Nuada le hizo unos profundos cortes en la cara. Para Bres resultaron peor que la muerte, ya que su belleza desapareció entre la sangre de los asimétricos tajos. Deshonrado, huyó sin el apoyo de su mujer Brigit ni de ninguno de sus hijos. La triste compañía de dos fieles guerreros escoltó su vergüenza por la isla —concluyó emocionada por el fascinante relato, el cual había engrandecido con gestos y muecas varias.

—¿Todos se han quedado en Temair? ¿Birog y su familia también están con Nuada? —pregunté rápidamente.

—Si, todos se han quedado en Temair para reconstruir su espíritu, oscurecido tras el reinado de Bres. Los malos ejemplos son fáciles de seguir y difíciles de evitar. Mananann ha tomado las

riendas de la fe de todas aquellas pobres gentes, corrompidas por la codicia y el poder. Entre todos deben de recuperar el equilibrio y la armonía, limpiando la oscuridad de lo que un día fueron luminosos corazones. No deben existir fisuras entre nosotros los Tuatha, antes de enfrentarnos a la tiranía y la maldad de los demonios de la noche —hizo una pequeña pausa para coger aire, y retomó el hilo de su discurso—. Birog regresa esta noche, para dirigir el ritual más especial del año, el Bealtaine. Está impaciente por verte de nuevo y conversar contigo horas y horas, como solía hacer antes de su partida. Eres muy especial para todos nosotros y por nada del mundo queremos perderte —terminó besando mis manos entre lágrimas.

Mi reacción fue algo brusca. Me alejé unos metros de ella, mientras meditaba sobre todas aquellas palabras. «¿Por qué temían perderme? Quizás habían tenido alguna premonición en la que mi vida corría peligro, o, por el contrario, habían leído mi mente y mi deseo de abandonarlos y regresar a mi tiempo». Temblorosa me dirigí de nuevo hacia ella. Mientras la abrazaba, oculté mi angustia con palabras huecas pero necesarias. No podía despertar sospecha alguna. Si supieran de mis verdaderas intenciones, estaría perdida.

La llegada de Birog fue apoteósica. Las gentes de Grianan cubrieron de vítores y reverencias a la majestuosa Bandruidh, que penetró hasta el centro de la fortaleza a lomos de su bello caballo, Nisah. La alegría dilató las luces del día hasta que el crepúsculo volvió más íntimo el reencuentro. Horas y horas estuvimos hablando hasta que las tres nos quedamos dormidas en contra de nuestra voluntad.

El día siguiente fue agotador. Todos los habitantes ayudaron a organizar la fiesta del amor, que marcaba el inicio de la mitad iluminada del año. En pleno ciclo de fecundación y floración, el Bealtaine recordaba la capacidad divina de creación y reivindicaba que el cuerpo era también algo sagrado. Por grupos, se dividieron las tareas. Unos fueron en busca de la madera de los *nueve árboles sagrados*[52], para poder encender las hogueras al alba, tras pasar la noche en los bosques. Otros se encargaron de preparar todo lo

necesario para la decoración típica del cabello, reuniendo manojos de flores como las del espino blanco, las rosas, las fresias, lirios… que eran atados alrededor de una guirnalda de hiedra, en el caso de las mujeres y con una guirnalda de madreselva, en el caso de los hombres.

Las jóvenes Sidhes tejían sin descanso miles de *nudos perennes*[53], cuyos hilos confundían el principio y el final, conformando un solo todo. Las parejas los intercambiarían para hacer eterno el amor de una noche.

Las mujeres mayores preparaban los tintes, que tanto hombres como mujeres deberían extender por su cuerpo desnudo. Estaban hechos a partir de grasa, esencias y la pulpa de algunos frutos. El de color verde claro sería el empleado por las mujeres, mientras que el de color verde oscuro se reservaba a los hombres.

Los experimentados artesanos fueron los encargados de fabricar las delicadas alas que portaría a su espalda cada una de las participantes. Los tejidos traslúcidos, teñidos de colores suaves y embellecidos con el polvo de los metales nobles, las hacían parecer idénticas a las de las de las hadas de los cuentos.

Llegamos al final del día exhaustos y pletóricos al mismo tiempo. Todo había quedado terminado para el gran día.

Mañana empezaría el festejo con los juegos infantiles, como el entrelazado de bandas alrededor del tronco coronado con la guirnalda de la diosa madre, para proseguir con el baile de los adultos alrededor del sagrado círculo de piedra y culminar con las hogueras al alba. Para entonces, ya habría regresado a mi mundo y todo esto sólo habría sido un bonito sueño.

El trébol de cuatro hojas

Capítulo XXXII

En cuanto me desperté, avisé a Nemain, que dormía plácidamente a mi lado. Quería apurar al máximo el tiempo que me quedaba a su lado. Necesitaba llenarme de sus sonrisas para que el dolor de la separación fuera algo más tenue.

La primera actividad del día fue encontrar tréboles de cuatro hojas entre la infinidad de plantas que cubrían el suelo. Los más jóvenes disfrutaban enormemente, intentando adivinar el paradero de uno de ellos en compañía de los adultos. Nemain no soltaba mi mano, con lo que mi cuerpo iba de aquí para allá siguiendo su retorcida senda. Nos fuimos alejando de Grianan hasta alcanzar los verdes campos de la falda de la montaña.

Las leyendas narraban que quién fuera capaz de encontrar un trébol de cuatro hojas el día del Bealtaine, conocería a su alma gemela, a su eterna pareja.

Al cabo de un rato, Nemain soltó mi mano para investigar por su cuenta en el fondo de un pequeño charco. No me alejé mucho de ella, pero me sentí tentada a probar suerte por mí misma. Para mi sorpresa, no tardé más de unos minutos en encontrar uno. Eufórica busqué a Nemain para compartir mi hallazgo, pero parecía que la tierra se la había tragado.

—¡Nemain, me estás asustando! Este tipo de bromas no me gustan nada. Por favor, sal ya de dónde te hayas escondido, me estoy poniendo nerviosa —le imploré en tono gruñón.

La única respuesta que obtuve fue el absoluto silencio. Guardé el trébol entre mis senos y comencé a buscarla desesperadamente. Tras cada arbusto, mis esperanzas de encontrarla se desvanecían. Exhausta, me detuve en medio de la nada y cerré los ojos. El sonido de los cascos de un caballo al chocar contra el suelo llamó mi

atención. Corrí siguiendo el sonido y me oculté entre unas ramas para observar la escena antes de actuar. La traidora de Airmed, acompañada por dos demonios de la noche, había secuestrado a mi pequeña y se la llevaba hacia las islas al otro lado del mar. Sin pensármelo, salté de entre la vegetación y les planté cara. El coraje y la ira insuflaban valentía a mis venas y a mi corazón.

—¿Dónde crees que te la llevas? Nemain no se mueve de aquí —la grité con furia.

—Éire, será mejor que te apartes. Sólo me interesa Nemain, por ahora —me respondió, dando orden a sus nuevos lacayos para que se acercaran a mí, amenazándome con sus lanzas.

Airmed estaba muy equivocada, si creía que la iba a dejar ir sin más. Ya no tenía miedo a los demonios de la noche. Sus severos rostros y sus oscuras ropas sólo provocaban odio y cólera en mí. Desafiante, condensé todas mis fuerzas en las puntas de mis dedos, y sin rozarlos les aparté de mí. Tras abrirme paso, fui directamente hacia Airmed. Utilizando de nuevo mis poderes, la hice caer del caballo. Sin contemplaciones, la agarré del cuello mientras la presionaba para acabar con todo aquello.

—No lo entiendes, verdad. Si no lo hago, me matará. Me ofrecí a vengar su deshonra sacrificando a la pequeña de la familia de Nuada. No puedo echarme atrás. Perderé mi única oportunidad de ser la mujer de Bres y reconquistar Temair —me contestó llena de soberbia.

—Si tienes que llevar un cadáver ante sus pies, que sea el mío y no el de ella —le propuse, mientras la colocaba de pié, frente a mí.

—A nadie le gustaría más matarte que a mí, ya que aún sigues ocupando los pensamientos de Bres; pero si acabo contigo, en vez de conseguir su favor recibiré su desprecio. No hay trato —sentenció agriamente.

La lancé contra el suelo y aprovechando su descuido, me apuré en soltar los pies y las muñecas de Nemain.

—¡Corre Nemain, corre y no mires atrás! —la ordené, de igual forma que Cian lo había hecho conmigo el día de su muerte.

—¡Coged a la niña! ¡Y no volváis sin ella! —gritó Airmed

Aprovechando el tiempo que tardó Airmed en levantarse, perseguí a los dos guerreros. Fue fácil darles muerte sin ni siquiera tocarlos. Ambos habían desenvainado sus espadas en el fragor de la persecución. En un abrir y cerrar de ojos pude controlar el metal de sus armas, hasta conseguir que entre ellos se mataran. Aliviada, pude distinguir a lo lejos la figura de Nemain retomando el camino de regreso a Grianan.

—Ahora estamos solas, tú y yo —la desafié, al darme la vuelta.

Airmed se fue apartando de mí mientras repelía mis golpes. Torpemente, intentó subir de nuevo a su caballo, sin éxito. Con un grito agudo avisó a más secuaces. En segundos, otros dos demonios de la noche llegaron hasta nosotras.

—No la toquéis. A ella no. Id a por la niña —les ordenó.

—¡Cállate! Nos llevaremos a la chica y punto. Será una buena pieza de sacrificio para honrar a nuestros dioses —le respondió el más corpulento.

—Ella no. Bres la quiere viva. Pensará que es culpa mía. No le hagáis daño, por favor —les rogó mientras se incorporaba y me protegía con su cuerpo.

—¿Y quién es Bres? Yo soy hijo del Gran Balor y quiero sacrificar a la chica. Aparta de una vez —le exigió mientras la zarandeaba.

—¡Por encima de mi cadáver! —gritó Airmed, desencajada.

—Como quieras —le contestó mientras la degollaba delante de mí.

—¡Nooooo! —exclamé horrorizada, quedándome paralizada.

—Calla. Tus lamentos me dan dolor de cabeza, estúpida —me contestó dándome una bofetada.

De repente, una sombra me envolvió y noté un golpe seco en la parte posterior de mi cabeza, que provocó que aquella cruel imagen se difuminara hasta perder la conciencia.

A través del humo y las llamas

Capítulo XXXIII

La asquerosa sensación de la sangre en mi boca me volvió a la realidad sin contemplaciones. Abrí los ojos tímidamente, mientras mi cuerpo era bruscamente arrastrado por el suelo. No sabía dónde estaba, ni recordaba qué había pasado, hasta que logré ver con claridad la cara de uno de mis porteadores. Era el hijo de Balor quien mantenía mis muñecas atadas. Cerré de nuevo los ojos por temor a ser descubierta. Estaba segura de que sería mucho mejor para mí simular que todavía seguía inconsciente. Nos paramos en seco de repente y comencé a oír de nuevo sus voces.

—Súbela a la barca, no hay tiempo que perder. Estoy convencido de que no tardarán en venir a por ella —gritó al otro.

—Ya está —confirmó el sumiso guerrero a su jefe.

El fuerte oleaje del mar hizo aumentar el mareo que padecía en ese momento. Intenté, por todos los medios, controlar mi respiración hasta hacerla casi imperceptible. Debía de simular que estaba muerta, si no quería recibir peor destino. Necesitaba tiempo para desatar mis manos y poder con ello orientar mis poderes hasta un objetivo concreto.

-Lóbais estará encantado de rellenar su *Fear Cliath*[54] con semejante pieza. El sacrificio en honor a Teutates será un éxito. Ver a esta joven arder entre las llamas y la paja seca... menudo espectáculo —comentó el hijo de Balor.

—¡Oh mi señor Delbaeth, Tethra te ascenderá! Por fin podrás ocupar tu merecido lugar entre los generales del ejército de Crom Cruach —elogió el lacayo al maestro.

Las náuseas eran insoportables. El desagradable olor a sangre seca que desprendía estos dos guerreros retorcía mi estómago hasta el extremo. Como mi cabeza se mantenía demasiado ocupada

ideando una forma de escapar antes de morir quemada, no le di la trascendencia suficiente a mi creciente malestar. Súbitamente, note una visceral arcada. Intenté, tímidamente, tapar mis labios con las mis manos para evitar que el vómito saliera de mi boca, pero fue inútil. Sin duda, mi malestar era mayor que mi miedo o mi prudencia.

—Veo que se ha despertado la princesa —dijo Delbaeth, mientras tocaba con curiosidad mi torques, cautivado.

—Déjame en paz. No me toques sucia bestia —le repliqué, apartándome de sus asquerosas manos.

Por nada del mundo podía perder el torques. Sin él no podría volver a mi tiempo, ni a mi hogar.

—Puerca Tuatha, todas sois iguales. No rendís pleitesía a vuestro amo, a menos que se utilice la fuerza con vosotras —sentenció mientras alzaba su mano sobre mí.

—No la peguéis más. Estropearéis su piel y los dioses se enfadarán —objetó el otro guerrero, mientras atrapaba la mano de Delbaeth.

—Tienes razón. Mi gloria será mayor si llega sin un rasguño —le respondió.

Aunque tenía el cuerpo magullado, mi piel no tenía heridas ni cortes. Me incorporé con esfuerzo para ver dónde me llevaban. Ante nosotros y entre la bruma, apareció una gran isla iluminada por colosales antorchas.

Desembarcamos sin más al tocar tierra. El pestilente gentío se agolpó alrededor de nosotros, gritando como poseído. Utilizando la fuerza, los tres generales Fomoré se abrieron paso hasta situarse frente a nosotros. Me llamó la atención la fealdad de aquellas gentes, ya que sus rostros estaban deformados y sus cuerpos manchados de suciedad y sangre. Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado así a los demonios de la noche.

—Buen trabajo Delbaeth —dijo el más viejo, luciendo sobre su cabeza un casco con dos puntiagudos cuernos negros, tremendamente afilados.

—Es un placer para mí honrar tu gloria, Gran Tethra —contestó Delbaeth.

—Balor, Indech, acercaos más para ver esta belleza — ordenó Tethra a los otros dos generales.

—Los dioses serán satisfechos con tan dulce sangre —afirmaron al unísono.

Sus manos sucias recorrieron mi cuerpo, mientras sus ojos lascivos me devoraban. Me concentré para apartarlos de mí. Mi fuerza interior fue incrementándose hasta hacerme temblar, pero mis manos aún seguían atadas. Justo en ese momento les interrumpió Bres.

—Soltadla. Ella no será sacrificada. Es mía —gritó, mientras dejaba ver las enormes cicatrices que surcaban su rostro.

—¡Estás loco! Es la elegida para la segunda muerte ritual. Los dioses apreciarán su belleza y nos colmarán de gloria en la batalla contra los Tuatha —argumentó Indech, el más pelirrojo y corpulento de todos ellos.

—Si mi hijo la quiere, no hay más que discutir. Será suya y se acabó. Gran Tethra, recuerda que Bres es imprescindible en tus filas —sentenció el rubio Elatha, con un tono grave y severo.

—¡Huele a virgen! ¡Es una virgen! —chilló una fea anciana mientras intentaba llevar sus manos hasta las profundidades de mi túnica.

—Aparta vieja. No la toques. No ensucies con tus manos lo que es divinidad —la espetó Bres, mientras la tiraba al suelo de muy malas formas.

—No trates así a mi madre —le respondió Delbaeth, empujándolo con furia.

Con un brusco ademán, Delbaeth me arrebató mi torques y se lo entregó a la desagradable vieja, que con los ojos llenos de codicia se alejó en dirección a la playa, seguida por dos mujeres que intentaban desposeerla de su nuevo trofeo.

—Será para mi hijo y se acabó —concluyó Elatha, aprovechando el enfrentamiento.

—Estás muy equivocado. Yo soy el que decide y no tú, Elatha. Ella será sacrificada y no se hable más. Tu débil hijo no merece más que el desprecio de nuestro pueblo. Si sigue vivo es por ti, porque me salvaste la vida una vez y estoy en deuda contigo —concluyó el

gran Tethra mientras quitaba de su vista a Bres y Elatha de un empujón.

—Todavía no hemos terminado— dijo Bres, acercándose de nuevo a mí.

Sus ojos azules se clavaron en los míos, recordándome a los de Erik, el novio de Norah. En ese momento lo entendí. No sólo Lugh estaba reencarnado en este prehistórico mundo, Erik y Bres eran la misma persona, pero quedaban rodeados de diferentes trozos de historia.

Agarrándome por la cintura, me besó restregando su lengua por mis labios. El deseo le consumía. Quería poseerme allí mismo. El profundo asco que me produjo, me revolvió por dentro, haciéndome chillar. Menos mal que apareció de nuevo Tethra y de un golpe seco lo alejó definitivamente de mí.

La frustración y el miedo comenzaron a atontarme. Todas mis posibilidades de escapar se habían diluido tras perder el torques. Sin las piedras mágicas alrededor de mi cuello no podía utilizar mis poderes, volviendo a ser una débil mortal en un mundo de bestias.

Escoltada por la gente, me llevaron a la cima de la única colina de la isla, donde un enorme hombre de paja se mostraba desafiante ante la inmensidad del mar. A unos metros pude distinguir a un hombre de túnica negra y cetro dorado. Según los cantos del gentío, aquel desconocido era el gran Lóbais, el sumo sacerdote de la oscuridad, hijo adoptivo del sangriento y cruel dios Crom Cruach.

De repente, un silencio estremecedor envolvió la cumbre. Toda aquella gente pestilente y deformada se calló al unísono esperando ansiosa las palabras de Lóbais.

—Buena pieza me traéis. Es una Tuatha bella y virgen. Toda una proeza, Delbaeth. Asegurad las ataduras de sus manos y sus pies, rápido —ordenó con tono seco.

Sin demora, cinco mujeres se encargaron de atarme más cuerdas y de colocarme de frente al sumo sacerdote. El azul de los ojos de Lóbais era inquietante y frío al mismo tiempo. Su mirada era igual a la de James, el tío de Lugh y Norah. Además, su cetro dorado estaba coronado en el extremo superior por una cabeza de oro muy similar a la que aparecía grabada en el libro que Norah tenía el día que nos

conocimos en el avión. En ese momento, comencé a comprender en toda su magnitud, qué era lo que en realidad buscaban tanto Erik como James en el interior de aquellas páginas viejas: rastros de su pasado y ventanas del mal al futuro.

De repente, tras sonar un cuerno, aparecieron tres niños ante Lóbais. Aquellos pequeños parecían Tuathas por su vestimenta. El sacerdote instó a Tethra, a Balor y a Indech a acercarse a los niños. Cuando Lóbais dio un golpe seco con su cetro en el suelo, los tres generales tomaron por la fuerza a los niños, clavaron sus dientes en su cuello y comenzaron a absorber su sangre. Los pequeños chillaban como cerdos, mientras que la multitud jaleaba a los tres hombres y les reclamaban su parte. La sangre chorreaba por los bigotes y barbas de aquellos bárbaros, mientras saciaban su crueldad y su sed con unos pobres retoños. Cuando los niños se quedaron inconscientes por la pérdida de sangre, los generales los tiraron hacia el gentío, que se abalanzó sobre sus delicados cuerpos hasta hacerlos desaparecer.

Conmocionada, me quedé inmóvil observando la escena, hasta que se acercaron de nuevo a mí.

—Sois unas bestias, unos monstruos. ¡Ojalá ardáis en las llamas eternas de la venganza y la luz! —grité enfurecida, mientras intentaba liberar mis manos y mis pies de las ataduras.

—Calla, puerca. Ahora te toca a ti —me contestó Tethra, agarrándome con fuerza.

Sin darme tiempo a nada más, me condujeron por una estrecha escalera hasta el interior de la cabeza de un inmenso hombre de paja. Aunque forcejeé, no conseguí librarme de mis ataduras ni de ellos tampoco. De un golpe seco, cerraron la compuerta y comenzaron a cantar su ritual.

Con todas mis fuerzas, me precipité contra la puerta a modo de ariete, intentando abrirla, pero todos mis esfuerzos fueron en vano. Estaba encerrada dentro de aquel monstruoso hombre de paja. Mi destino era arder con él, entre las llamas de la muerte y el fuego.

El eco de mis agónicos gritos se perdía entre el humo y el olor a quemado. Mi tiempo se agotaba, al igual que mis fuerzas y mis

esperanzas. Aturdida por el humo y por los gritos frenéticos de la multitud, me rendí ante la muerte, sin plantar más batalla.

En tono bajito llamé a Lugh, mi amado Lugh, aunque era consciente de que jamás volveríamos a estar juntos. Lamentablemente su vida y la mía se separaban de forma drástica y repentina. Cerré los ojos y me encomendé a todo aquello en lo que creía, esperando la intervención divina para evitar lo inevitable.

De repente, noté como me agarraban y me arrastraban hacia la puerta. Con tanto humo no pude distinguir quien era, pero la verdad es que me importaba bien poco. Con las manos y los pies aún atados, mi cuerpo avanzaba como un fardo.

—Agárrate bien fuerte, Éire. Por nada del mundo te sueltes, si no estaremos perdidos. ¿Me oyes, Éire? —me preguntó mi salvador mientras dirigía mi mirada hacia la suya.

—Lugh ¿eres tú? —balbuceé como pude, a la luz de aquellos ojos verdes.

—Tranquila, no hagas esfuerzos. Sólo necesito que te agarres a mí con todas tus fuerzas. Tenemos que salir de aquí antes de que esto se derrumbe —me susurró al oído.

Anclé mis manos atadas alrededor de su cuello y me fundí con él, entre el humo y las llamas de aquel infierno. Lugh cogió el extremo de una cuerda y me atrapó con fuerza entre sus brazos, saltando juntos a la nada. La resistente cuerda evitó que nos precipitáramos al suelo desde aquella altura, llevándonos hasta la robusta rama donde se mantenía atada.

Ocultos entre las frondosas hojas de aquel árbol, Lugh me liberó de mis ataduras y me colmó de atenciones y cuidados. Desde allí, comprobamos que los demonios de la noche no se habían dado cuenta del rescate y seguían festejando mi muerte entre las llamas. Entonces emprendimos nuestra fuga entre la bruma, hasta alcanzar un pequeño bote. Nos abrimos paso entre las frías aguas, deseando llegar cuanto antes a Grianan.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has llegado hasta mí? —le pregunté intrigada.

—Me dirigía a Grianan, para participar en el Bealtaine, cuando me crucé en el camino con Nemain. Angustiada, me contó lo

sucedido y vine en tu busca —me respondió, mientras me abrazaba.

Entonces se separó de mí y echó mano a una pequeña bolsa de cuero que estaba a su izquierda.

—Creo que esto es tuyo, diosa Belishama —me dijo, sosteniendo entre sus manos mi torques—. Cuando tomé tierra, vi a una mujer que lo enterraba entre unas rocas de la playa, con el resto de su botín. Para poder arrebatárselo me vi obligado a darle muerte, ya que no estaba dispuesta a entregármelo a cambio de nada —terminó con una sonrisa.

—Gracias —contesté aliviada.

Lo tomé entre mis manos y lo coloqué de nuevo alrededor de mi cuello. Había recuperado la llave para poder regresar a mi tiempo.

Al tomar tierra, cabalgamos a lomos de Erbarr, sin mirar atrás. Aprovechando las últimas luces del día, apuramos los escasos metros que nos separaban de la fortaleza Tuatha.

Una vez allí, fuimos recibidos cálidamente por todos sus habitantes. La pequeña Nemain lloraba desconsolada su angustia, mientras le agradecía a Lugh mi rescate.

El vínculo de la eternidad

Capítulo XXXIV

Transcurrido un tiempo, la gente se dispersó para seguir preparando el Bealtaine, dejándonos a Lugh y a mí a solas.

—¿Por qué has regresado? ¿Por qué te empeñas en salvarme la vida constantemente? Dime, ¿por qué? —le pregunté contrariada, mientras golpeaba con mi mano su pecho.

Esa misma noche había decidido volver a mi tiempo y separarme de todos ellos, de una vez por todas. Había cumplido con mi destino, había salvado a Lugh de la implacable Domnu, saldando así mi deuda con el pueblo Tuatha. Pero ahora todo había cambiado. Lugh estaba de nuevo frente a mí y una vez más le debía la vida.

—Porque te amo y porque siempre te amaré —respondió, mirándome fijamente—. No puedo olvidarte por muy lejos que me vaya, ni por mucho que me quieras alejar de ti. Protejo tu vida porque la mía está en tus manos desde el mismo día que te conocí —terminó besando con dulzura mis labios.

—Nunca te he olvidado, porque eres lo único que quiero recordar —contesté, abandonándome a los deseos de mi corazón.

—Te he recordado cada segundo, porque me es imposible olvidarte —añadió, besándome de nuevo.

En ese momento, una eufórica Birog vino a buscarme. Los niños ya se habían retirado a dormir y la fiesta de los adultos estaba por comenzar. Era la última mujer que quedaba por acicalar para la fiesta. Lugh desapareció mientras un corro de mujeres dirigidas por Birog me envolvían en el festejo y me escoltaban hasta alcanzar al resto de la comitiva femenina. Me desnudaron por completo para pintar mi cuerpo con aquel ungüento verde claro. Mis cabellos fueron liberados de su trenzado y mi rostro embellecido. Una hermosa guirnalda de flores coronaba mi cabeza, mientras unas

preciosas alas de mariposa adornaban mi espalda. Cuando acabaron conmigo y vi mi reflejo en un pequeño charco, ni siquiera me reconocí. Parecía un ser venido del mundo de los cuentos y la fantasía.

Birog depositó un nudo perenne entre mis manos mientras me decía, en tono socarrón, que eligiera bien a quien dárselo, ya que sería esa persona a la que entregaría mi corazón para siempre.

En silencio fuimos avanzando hasta el círculo de piedra. Hombres y mujeres caminaban por separado para conseguir que su encuentro fuera más ansiado. El sinuoso camino era señalizado por pequeñas antorchas, que con su tenue luz rompían la oscuridad de la noche. La música y los cantos nos acompañaban en nuestro recorrido, al igual que la bella Luna, consiguiendo crear un ambiente más mágico si cabe. El tintineo de las dulces campanillas contrastaba con el solemne sonido de los cuernos de los guerreros. La colosal voz de Birog parecía hipnotizar a todas las participantes, que como corderitos la seguían sin tregua. Las llamas de una enorme hoguera bailaban al compás del viento en el centro del círculo, materializándose de esta manera el dios Belenus en la madre Tierra.

Cuando llegamos mi corazón se precipitó a latir de forma desbocada. Ya estaba en el lugar y el momento adecuado para regresar a mi tiempo. Ya era hora de acabar con todo esto y retomar la normalidad.

La música se hizo más rotunda y esplendorosa, mientras agarradas por las manos girábamos por dentro del círculo. Los hombres, transformados por el hechizo de la noche, comenzaron a llegar. Siguiendo el compás de las notas musicales, giraban por fuera del círculo descrito por las féminas. Nuestras miradas se cruzaban en un ir y venir. Me sentí aliviada al comprobar que Lugh no se encontraba allí. Sus preciosos ojos verdes no hubieran pasado desapercibidos para mí entre tantos otros. Sin su presencia, sin su influjo, para mí sería mucho más fácil encaminar con determinación mi vuelta.

Un repentino silencio rompió la musicalidad de la celebración. Dos mujeres me tomaron por los brazos y me situaron en el interior del círculo a un lado del fuego, mientras los demás giraban sin parar.

Para mi sorpresa pude distinguir una figura masculina al otro lado. Contuve la respiración, rogando que no fuera él, mientras se acercaba a mí bordeando el fuego. Para mi desgracia era Lugh. Estaba irresistible con aquella pintura por el cuerpo, la cual resaltaba sus rasgos y el color de su mirada. Sus ojos verdes me devoraron entre las llamas del deseo y su cuerpo se arrimó aún más al mío. Juntos bailamos, ajenos a todo y a todos los demás. En ese momento y en ese lugar sólo estábamos él y yo.

—Ven conmigo Éire. Ven a mí esta noche y no te vayas nunca más —me susurró al oído de forma cálida.

—No puedo. Esto es un error. Todo se está haciendo demasiado complicado —le respondí suavemente, mientras inútilmente me intentaba alejar de él.

—Tu vida y la mía son una para la eternidad —añadió acercando sus labios a los míos, pero sin rozarlos.

Desarmada, derrotada, fui consciente en ese instante de que no podía irme. «Le amaba más que a mi propia vida y sabía que sus palabras estaban llenas de razón, más incluso de lo que él podía ni imaginar. Además, cómo podría mirarle a los ojos en mi tiempo, sabiendo que le había dejado abandonado en otra época. Su vida dependía de la mía y así me lo había transmitido con insistencia Cian. Si no hacía nada por evitar su futura muerte en la batalla contra los Fomoré, sería como si yo misma le hubiera matado».

—Sígueme —me dijo soltando mis manos.

De pronto la vigorosa hoguera se apagó y quedamos al amparo de la luz de la Luna. Arropada por la velada oscuridad, me seguía debatiendo entre la duda. Si no regresaba esa noche, no sabría cuando podría hacerlo.

Los gritos de júbilo del resto de gentes se dispersaban por el nocturno paisaje.

—Sígueme —volví a oír.

Dejándome llevar por mis sentimientos avancé sin rumbo fijo. Mi corazón parecía romper mi pecho y mi respiración cada vez era más agitada. Alejándome del círculo de piedra y de mi regreso, seguí encandilada la voz de Lugh entre las brumas de la noche. Una centelleante luz, que escapa del interior de una pequeña cueva,

llamó mi atención y desvió el sentido de mi marcha. Tímidamente entré. Una impetuosa hoguera daba calidez a las paredes de roca de la cueva, mientras las lágrimas de agua que recorrían el techo se acumulaban en uno de los laterales, a modo de improvisada cascada. El tintineo que producía el agua al llegar al suelo era tan agradable como el calor de las llamas.

—Sígueme —volvía a escuchar.

Más decidida, llegué hasta el fondo, en su busca. Recorrí visualmente el escenario pero no lo encontré. Tal vez me había equivocado, pensé. Angustiada y algo temerosa, me di la vuelta para salir de allí cuanto antes. Al encarar la salida me topé con él.

—Te estaba esperando —me dijo suavemente, mientras clavaba sus ojos en los míos.

—Lugh... —acerté a articular antes de que me besara.

La cueva era muy similar a la que nos sirvió de refugio el día que me encontró herida en el bosque. Tomando mis manos, me situó enfrente de la cascada y suavemente desprendió de mi espalda las bellas alas. La intensidad de su mirada consiguió que rápidamente me ruborizara. He de reconocer que estaba nerviosa. Jamás había intimado con un hombre de forma completa. Con Robert sólo había tonteado al más puro estilo adolescente.

Sin embargo, con Lugh todo era distinto. Ya lo fue cuando nos conocimos en mi tiempo. Desde el primer momento, se ganó mi atención, mi confianza y mi amor. Su versión prehistórica no se había quedado atrás. Habíamos compartido tantos momentos desde el día que me encontró en aquel lúgubre bosque, que su alma y la mía se habían enredado para siempre.

Dulcemente lavó mi cuerpo con el agua de aquella pequeña cascada, tal y como lo hizo la noche que nos conocimos. Los escalofríos estremecían mi cuerpo, mientras el deseo consumía mi respiración en un triste resuello. El calor de su cuerpo resultaba magnético y embriagador. Todo de él me provocaba. Todo en él me atraía de forma irresistible. Sin reservas ni reparos me entregué al desenfreno del deseo y la pasión arrolladora. Mientras él recorría mi cuerpo con sus sutiles y ardientes caricias, yo intentaba abarcar con mis manos su poderoso torso, deleitándome con cada una de sus

formas. Cuando la pasión se condensaba hasta en el aire que respirábamos, suavemente me colocó de tal manera que mi espalda quedó apoyada en la fría pared de piedra. El contraste de temperatura me hizo estremecer de nuevo y aumentó mis ganas de fundirme completamente con él. Con un beso apasionado se apoderó de mis labios, mientras con mis manos sujetaba su rostro para que siguiera siendo así. Paramos un momento para coger aire y fue entonces, cuando él se fue alejando de mí hasta tumbarse boca arriba sobre el lecho de pieles. Me quedé quieta, dubitativa ante aquella reacción. Con todas sus caricias, había dejado claras sus intenciones y ahora esperaba tumbado la ratificación de las mías. Mi ardor y mi agitación, hicieron que me apresurara hasta él, y siguiendo su juego, me coloqué sentada encima de él. Le besé con deseo y provocación, estaba decidida a romper su límite de contención. Una de sus manos recorrió con fogosidad mi torso, mis pechos para terminar repasando el contorno del tatuaje de mi ombligo, mientras mi cabello negro acariciaba de forma leve su torso. Aquella sensación le impacientó y tomando mis caderas con sus manos, comenzó a secuenciar el ritmo de nuestra unión. Asombrada por la sensación, me entregue a él sin reparos ni complejos. La emoción que sentí fue tan inmensa que mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad. Toda la noche estuvimos haciendo el amor de forma desesperada, como si no fuese a haber mañana para nosotros.

Agotada la noche, las luces del alba rompieron la íntima oscuridad de la cueva. Nos miramos a los ojos y una profunda sonrisa se esbozó en ambas bocas. Nos abrazamos fuerte, tan fuerte que sólo parecíamos uno. Sin darme cuenta Lugh había cogido algo y lo escondía en una de sus manos. Juguetonamente intenté apropiármelo, pero recibí su resistencia. Con otro apasionado beso puso fin a nuestra lucha y se quedó sentado a mi lado.

—Quiero darte algo. Algo muy importante por el compromiso que simboliza. Piensa bien si quieres aceptarlo o no. Si lo portas en tu cuello, serás mi prometida —terminó luciendo una bella sonrisa.

—Sea lo que sea, lo quiero todo contigo —le contesté, mientras recuperaba mi nudo perenne disimuladamente.

Nos intercambiamos los nudos perennes haciendo eterna nuestra pasión. Encantado me tomó entre sus brazos y, tras un silencio, se decidió a hablar de nuevo.

—Quiero que seas mi mujer y la madre de mis hijos. Quiero que seas mi amante y mi compañera, mi amiga y mi consejera. Quiero que seas la Reina de Temair y compartas esa responsabilidad conmigo, que seré tu abnegado rey —dijo muy serio.

—¿Cómo voy a ser reina? El trono es de Nuada, mucho trabajo le ha costado recuperarlo. Es el elegido para liberarnos de los Fomoré —le conteste.

—Ya, ya lo sé, pero Nuada, en la última entrevista que mantuvimos en Temair me confesó que su estado de salud ha empeorado y que está seguro de no sobrevivir a la batalla final. Quiere designar un sucesor antes de su muerte para evitar inclementes oportunistas —continuó.

—Me entristece lo que me cuentas —respondí apesadumbrada.

-Nuada reclamará en breve mi presencia en Temair, para que le ayude a organizar el ejército. Él sabe el respeto que me he ganado entre los Tuatha. Lo único que falta es que los dioses ratifiquen la decisión del pueblo. Para ello tendré que pasar la última prueba. Es necesario que me coloque ante la piedra *Lia Fáil*[55]. Si esta llora al posar mi mano sobre ella, seré el nuevo Rey —terminó en tono serio.

—¿Y qué necesitas que haga yo? —le pregunté.

—Sólo deseo que estés a mi lado, que vengas conmigo y que llegues a ser mi reina —concluyó besándome.

Aquella noche había decidido seguir mi destino hasta las últimas consecuencias. Había renunciado a volver a casa, en favor de quedarme con Lugh y los Tuatha. Estaba convencida de que sería feliz entre ellos, eran mi familia, y Lugh era el mejor compañero que podría haber elegido. Nuestro amor era tan inmenso que podría con todo y con todos aquellos que intentaran causarnos algún mal. Nuestros sentimientos escapaban al tiempo y al espacio, caminando hacia la eternidad, entre las luchas del bien y del mal. Deseaba con

todas mis fuerzas ser su futura reina y compartir el resto de mis días a su lado.

—¿Qué contestas? —insistió

—Que tú y yo somos uno, y dónde tú estés allí estaré yo. Te amo —terminé emocionada.

Él me atrapó entre sus brazos y me colmó de besos. Definitivamente estábamos hechos el uno para él otro. Daba igual el tiempo y el espacio en los que nos encontráramos. Siempre volveríamos a encontrarnos para conseguir con ello nuestra ansiada plenitud.

La última imagen que tuve de Grianan me llenó de alegría: las gentes nos despidieron entre el revuelo y el jolgorio. No se trataba de un adiós, sino de un hasta luego.

A lomos de Erbarr y Anman, agarrados de la mano y escoltados por el fiel Failinis, fuimos adentrándonos poco a poco entre el frondoso paisaje, llenos de esperanza y felicidad.

Susurros de sangre

Capítulo XXXV

El silencio de la noche me resultaba descarnador. Llevaba horas intentando localizarla sin éxito. Me encontraba demasiado confundido, como para pensar con claridad. Paradójicamente, sentía a Éire cerca de mí, aunque no pudiera verla. Tal vez el agotamiento estaba jugando con mis sentimientos y percepciones, o era mi inconformismo a la hora de aceptar que ella había desaparecido.

El sonido de mi móvil consiguió sacarme del complejo túnel de cavilaciones donde me encontraba metido.

—Lugh, soy Brian. ¿Qué tal va la búsqueda? —me preguntó mi compañero.

—Sigo sin novedad. Ni siquiera puedo agarrarme a algún indicio suficientemente sólido, como para mantener la esperanza —contesté deprimido.

—No tires la toalla. Ya he salido para allá. En una hora más o menos estaré contigo. Ya verás como la encontramos —respondió cargado de optimismo.

—¿Qué tal llevas la investigación? ¿Tienes alguna noticia?- pregunté.

—Tal vez demasiadas —contestó Brian profundamente consternado—. Recibí la información que esperaba de Edward. Efectivamente, había sangre en aquella zanja. Tras un análisis más minucioso, se ha podido concluir que era sangre de varios niños. En cuanto a la autopsia del cuerpo de Liam, he de comentarte que había ingerido, pocas horas antes de su muerte, pan de semilla de muérdago. Creo que estamos ante un asesinato ritual. Esto es más gordo de lo que nos habíamos imaginado. El ADN encontrado en las uñas del cadáver demuestra que su asesino era una mujer, con la que además comparte cierto grado de consanguinidad, pero debido

al estado del mismo no se ha podido proceder a otro tipo de análisis más definitivo —terminó expectante.

—Según lo que me estás contando podemos estar ante algún tipo de secta, con lo cual nos podemos encontrar una ristra de cadáveres en cuestión de semanas —afirmé preocupado.

—Creo que es una secta. Susan, la ayudante de laboratorio de Edward, examinó la medalla que colgaba del cuello de Liam, y está convencida de que es la cabeza del dios de la muerte Crom Cruach, aunque el culto a esta divinidad se remonta a tiempos pre-célticos y sanguinarios. Y también encontramos una marca en la espalda del muerto, es un trueno. Susan cree que puede representar a Taranis, un dios de la noche ancestral, al cuál se ofrendaba el sacrificio de un ahogado —añadió Brian.

—¿Sabe algo O' Halon de todo esto? —le pregunté algo inquieto.

—Sí. Parece ser que lo sabe todo. Lo extraño es que ha requisado todas las pruebas y ha parado la investigación por el momento. Me da a mí que él también está involucrado en esto hasta la médula, o si no es así, alguien muy influyente está moviendo sus hilos entre la policía, para que no lleguemos a ningún punto —concluyó bastante molesto.

—Tendremos que contactar con Cathal. Él es el único que puede abrir las puertas que nos han cerrado —sentencié.

—¿Crees que la desaparición de Éire puede estar relacionada de algún modo con estas muertes? —me preguntó a bocajarro.

—Espero que no. De ser así podría encontrar su cadáver. Será mejor no apresurarse a sacar conclusiones precipitadas. Por ahora, nos tendremos que centrar en dar luz a todo este misterio —propuse, bastante preocupado.

—Vale. Me parece correcta tu reflexión. No te muevas de ahí hasta que llegue. Mantén la esperanza. Seguro que la encontramos —se despidió.

Cuando colgué el móvil, me quedé paralizado. Aunque había mantenido la calma, estaba convencido que a la luz de las nuevas pruebas era muy posible que la desaparición de Éire estuviera relacionada de algún modo con los asesinatos rituales. En mi mano

estaba encajar las piezas de este complicado puzzle, que cada vez exhibía tintes más macabros y preocupantes.

El rostro del sacrificio

Capítulo XXXVI

Nuestro viaje a Temair estaba resultando muy tranquilo, quizás demasiado. Los demonios de la noche parecían haberse esfumado de las verdes tierras de Inis Na Fidbagh para siempre. Domnu sólo me atormentaba en pesadillas, donde descubría que seguía viva e intentaba darme muerte sin descanso. Desde nuestro combate no la había vuelto a ver, ni siquiera el día que me llevaron a la isla de Tory a sacrificarme. Era muy extraño, algo raro estaba pasando.

Aprovechamos aquella calma para amarnos cada noche ante la atenta mirada de la Luna, único testigo de nuestro amor. Cada despertar a su lado era una ventana al paraíso de la eternidad. Tanta felicidad no podía ser narrada en palabras ni entendida por alguien ajeno a nosotros dos.

Aquella noche el aire soplaba con fuerza, presagiando malos augurios y comienzo de tormentas. En nuestra cueva, la calidez del fuego dejaba fuera el viento frío del norte. Aún nos quedaban unos días para reencontrarnos con Nuada, legítimo rey de los Tuatha. Estaba ansiosa por conversar de nuevo con él y por comprobar su estado de salud. Era como un padre para mí y pensar en su posible muerte me destrozaba el corazón.

El relincho de un caballo nos despertó en medio de la noche. Alguien había dado con nuestro escondite y no sabíamos de sus intenciones. Lugh, armado, se asomó para descubrir al enemigo antes de que nos atacase. Esperé dentro, junto al mortecino fuego, hasta que le vi entrar en compañía de una figura encapuchada. Al quitarse la capa, su oscura cabellera, recogida en nueve trenzas, resbaló hasta alcanzar sus pechos. No era un demonio de la noche, sino la joven Morrigan, hermana de Nemain.

—¡Estás viva, Éire! —exclamó, mientras me abrazaba con fuerza —. Llevamos días llorando tu muerte a manos de los Fomoré —explicó emocionada.

—Estoy viva gracias a Lugh. Me rescató del Fear Cliath, justo cuando las llamas me devoraban. ¿Birog no os dijo que había logrado escapar de aquello? —pregunté extrañada.

—No, no hemos tenido noticias suyas desde hace días. Nuestros espías informaron de tu secuestro a Nuada. Creíamos que habías muerto. Es más, todos los habitantes de la isla lo siguen creyendo —aseveró.

—Tal vez sea mejor así. Si los Fomoré descubren que escapó a su sacrificio a Teutates, vendrán a por ella. Además, será una forma de mantener en secreto nuestra ventaja ante la inminente batalla, la diosa Belishama sigue entre nuestras filas —dijo Lugh, esbozando una enorme sonrisa.

—¿A dónde te diriges, Morrigan? —pregunté.

—Voy en busca de Nemain. Nuada agoniza en el lecho y entre susurros la llama a su lado —explicó.

—Lugh, debemos ir a Temair enseguida. Tal vez todavía pueda salvarle la vida, tal vez no sea demasiado tarde para que siga entre nosotros —le supliqué entre lágrimas.

—Éire, es muy arriesgado. Hay espías Fomoré en Tara. Podrían descubrirte y entonces estaríamos perdidos.

—Necesito estar a su lado, es mi padre Tuatha, no puedo abandonarle ahora —argumenté alterada.

—Sólo tenemos una solución —propuso Morrigan.

—¿Cuál? —pregunté ansiosa.

—Existe una forma de burlar los sentidos de los hombres. Con un hechizo milenario cambiaremos tu rostro, de tal forma que nadie sepa quien eres en realidad —explicó en tono solemne.

—¿A qué esperamos? —la jaleé.

—¿Estás segura de que lo conseguirás Macha? —objetó Lugh.

—Sí. Lo he probado con animales mil veces —justificó.

—Ya, pero Éire no es un cerdo. Por su naturaleza mágica, tal vez inhiba el efecto, o peor aún, lo modifique —añadió Lugh preocupado.

—Correreé el riesgo. Lo importante es salvar a Nuada. No podemos perder a nuestro líder ahora, que está tan cerca la batalla final. Si Bres aprovecha su muerte para reclamar de nuevo el trono, estaremos derrotados antes de empezar el combate contra los demonios de la noche y su tiranía seguirá castigando Inis Na Fidbagh —sentencié.

—Necesitamos agua, tierra y aire. Salgamos fuera —me indicó Morrigan.

La fría noche escoltó nuestra pequeña comitiva hasta una laguna cercana. Desnuda, me situé en el centro de la masa de agua. Macha espolvoreó un puñado de tierra por mi cabeza, mientras recitaba el largo ritual. El viento no tardó tiempo en hacer acto de presencia, azotando mi cabello en su dirección. Lugh me miraba preocupado, deseando que acabara todo aquello.

Me sumergí en el agua al terminar. Al salir, sus caras revelaron que mi cambio había sido un éxito. Tímidamente, me asomé para contemplar mi reflejo. Asustada me eché para atrás, cayendo en los brazos de Lugh.

—Estás muy distinta, tardarás un tiempo en acostumbrarte —dijo Morrigan.

—Pero yo te sigo queriendo, no lo olvides —añadió Lugh.

—No soy yo —afirmé.

Mis cabellos eran grises como la plata, mis ojos azules como el mar y mi piel blanca como la Luna. Mi rostro había envejecido y mi cuerpo estaba retorcido por causa de una joroba.

—Estás a salvo de los Fomoré, aunque no te discuto que esperaba un resultado mejor. Tu belleza es algo más singular. Sin duda el efecto en cerdos era mucho más alentador —terminó Morrigan, entre risas.

—¿Es irreversible? —pregunté angustiada.

—No. Su efecto varía entre días, meses o años. No sé el tiempo en tu caso —respondió socarronamente.

Sin más dilación, emprendimos esa misma noche el viaje a Temair, mientras Morrigan proseguía hasta Grianan, en busca de su hermana. No había tiempo que perder y mi disfraz era perfecto. En

todo el camino, no crucé ni una sola vez la mirada con Lugh. No me sentía muy seductora siendo una vieja bruja.

Mientras avanzábamos entre la espesura del bosque, intentaba consolarme con la idea de que era el mínimo sacrificio que podía realizar para ayudar a Nuada. Si había decidido quedarme con los Tuatha, también había asumido cualquier padecimiento que fuera necesario para dedicarme con abnegación a su causa.

El día que rugió la piedra

Capítulo XXXVII

Sin descanso, cabalgamos día y noche hasta alcanzar Temair. Los colosales muros de *Ráith na Rig*[56] envolvían la cima de la colina, hacia el norte del cerro. Era mucho más grande e imponente que Grianan, aunque seguía su misma línea constructiva. En su corazón se definían dos anillos de piedra tangentes que señalaban los lugares sagrados. El primero era el *Teach Chormaic*[57], utilizado como centro de reuniones, y el segundo era el *Forradh*[58], donde se encontraba el Asiento Real y la Lia Fáil. Algo más al norte se ubicaba el *Dumha na nGiall*[59], montículo en cuyo interior se depositaban las ofrendas del Samhain y el Oimelec. Poco se parecía esta ciudad a la Tara que vislumbré desde la cima del túmulo de Knowth. Descuidada, solitaria y abatida, en mi época sólo mostraba los restos de los anillos horadados en la tierra.

Las gentes se agolpaban por las calles y edificaciones circundantes a los centros sagrados. Pasé desapercibida entre el tumulto, mientras avanzaba junto a Lugh hasta las puertas del Forradh. Nuada, enfermo y delirante, estaba tumbado sobre un lecho de pieles. Macha, su mujer, hacía guardia, mientras Miach y Dian Cecht corrían de un lado para otro desesperados.

—¡Lugh, has venido! Siento mucho la muerte de Éire. Estabais tan unidos... — comenzó Miach, dándole un fuerte abrazo.

—Estamos acabados. Nuada se muere y hemos perdido a la diosa Belishama —afirmó Dian Cecht, enfadado con el curso de los acontecimientos.

—¿Quién es la mujer que viene contigo? —preguntó Macha.

-Es... es una ermitaña de las tierras del Norte. Con sus cuidados y su magia, Nuada, el *Ri Ruirech*[60], vivirá para dirigir nuestra victoria en la gran batalla contra los Fomoré —respondió Lugh.

—Gracias por tu ayuda, pero no creo que mi marido pase de esta noche. Ni siquiera tendrá la oportunidad de despedirse de la pequeña Nemain. Morrigan fue a buscarla a Grianan y no confío en que lleguen a tiempo —añadió Macha, desolada.

—Comenzaré ahora mismo —dije mientras me acercaba a Nuada.

Me descarnaba por dentro tener que seguir guardando el secreto de quién era en realidad. Me sentí tan extraña entre mis amigos, entre mi familia Tuatha, que casi rompí a llorar. Al caer la noche, todos se retiraron para dejarme a solas con el enfermo.

El consejo de notables se reunió con urgencia en el Teach Chormaic; debían barajar todo tipo de soluciones ante la crisis que vivían los Tuatha. Lugh participó en la polémica, ya que uno de los temas espinosos era su coronación como Rey Tuatha. Mientras, en la intimidad de un fuego mortecino, examiné el estado de Nuada. Nunca le había visto tan mal, ni siquiera cuando en Grianan se debatía entre la vida y la muerte.

Los días pasaban, pero el tiempo se había detenido. No conseguía más progreso con Nuada que superar noche tras noche, sin esperanzas de un mañana.

Tampoco se llegaba a un consenso en la elección de un nuevo rey, Cermait y Ruadán se habían presentado también como candidatos, alegando sus lazos de sangre con el Gran Dagda. La sombra del retorno de Bres al poder se definía cada vez más cercana en el horizonte de mi amado pueblo.

Al cabo de un mes, los acontecimientos se precipitaron uno tras de otro. Morrigan y Nemain llegaron a Temair cargadas de malas noticias. Domnu había reclutado a todas las tropas Fomoré esparcidas por las islas del Norte. Fieras, monstruos y sangrientos guerreros se aglutinaban en la Isla de Tory a la espera de la señal de ataque. Tethra y sus generales reorganizaban el armamento a toda prisa para pillar al pueblo Tuatha por sorpresa. Birog había partido junto con su hermano Manannam hacia las ciudades sagradas de Falias, Gorias, Murias y Findias, situadas al noreste, en busca de refuerzos Tuatha.

Semejante aviso de intenciones fue suficiente para acelerar la elección del nuevo Ri Ruirech. Con las luces del crepúsculo, Lugh fue

llevado ante la Lia Fáil. Cuando su mano se apoyó en ella, la piedra rugió satisfecha. La multitud envolvió al elegido en vítores y lo trasladó hasta la laguna. Allí se llevó a cabo el ritual de coronación. El agua purificaba el alma del rey y la guirnalda de flores le otorgaba el favor de la diosa Dana.

Desde la lejanía observé a las jóvenes muchachas coqueteando con él. Era algo lógico. Lugh tenía que desposarse antes del *Lammas*[61] con alguna fértil mujer para poder consolidar su posición de rey Tuatha. Entre profundos sollozos maldecía mi suerte, ya que el hechizo que me había salvado la vida, destruía toda esperanza de desposarme con mi amor. Jamás el pueblo Tuatha permitiría que Lugh se uniera a una vieja ermitaña, aunque ésta consiguiera salvar la vida de Nuada.

Los días siguieron pasando llenos de desconsuelo y desesperanza. La celebración del *Litha*[62] fue austera y silenciosa. Esa noche acompañé a Miach a recolectar plantas medicinales más allá de las murallas de Temair, ya que las plantas que florecían o germinaban en dicho solsticio tenían más poderes curativos de lo habitual.

—¿Crees qué con estás pocas será suficiente? —me preguntó.

—Necesitamos Diente de León y Menta —contesté, concentrada.

-Ha llegado el *Carragahen*[63] que pediste —añadió.

—Estupendo, espero que ahora el remedio sea más fuerte y consigamos sacar a Nuada de las garras de la muerte —comenté emocionada.

—Aún no sé tu nombre, y eso que ya llevas tiempo entre nosotros —inquirió.

—Ehh... no tengo nombre, hace tanto tiempo que nadie me llama por él, que lo olvidé —argumenté, apurada.

—Si llevas tanto tiempo viviendo sola, ¿cómo te encontró Lugh? —continuó.

—Se hace tarde, las flores se estropearán si no nos damos prisa —dije, terminando la conversación.

Cuando las luces del alba anunciaron el nuevo día, el remedio ya estaba preparado. Justo cuando lo iba a aplicar entró una mujer en

el Forradh. Sus preciosos ojos de color verde esmeralda y su larguísima melena rubia cobriza llenaron de luz el interior de la estancia. Sus movimientos eran tan fluidos y sutiles, que parecía flotar en el aire.

—Disculpa si te interrumpo anciana. Quería ver a Nuada —se excusó, mientras avanzaba hasta nosotros.

—No pasa nada hija mía, puedo esperar un momento —contesté, dejando el cuenco a un lado.

—Soy Brigit, la hija de Dagda. Llevo días intentando venir a verle, pero mi delicada salud me tiene casi todo el tiempo postrada en cama —se presentó.

Al mirarla mi corazón se estremeció: era Norah. Aturdida, perdí el equilibrio y me precipité contra el suelo.

—Estás agotada. Sé que guardas noche y día a Nuada, intentando devolverle la vida —dijo, mientras me recogía del suelo.

—Es dura mi labor, pero más grande es la recompensa que obtengo —afirmé, acariciando su rostro con ternura.

—No os entretengo más —se despidió, besando mi frente.

Su triste figura desapareció entre los cortinajes que custodiaban la entrada, mientras mi corazón se retorcía de dolor al ver su desolado vacío.

De nuevo, me concentré en mi objetivo, que no era otro que salvar a Nuada de las garras de la oscura muerte. Tomé entre mis manos el cuenco y comencé a aplicar el remedio por su cuerpo.

—Tierra mi cuerpo, agua mi sangre, aire mi aliento y fuego mi espíritu. Tierra mi cuerpo, agua mi sangre, aire mi aliento y fuego mi espíritu. Tierra mi cuerpo, agua mi sangre, aire mi aliento y fuego mi espíritu —recité en voz baja el conjuro de los cuatro elementos que me enseñó Birog.

Condensé toda mi energía en mis manos, sintiendo como la electricidad abandonaba mis dedos para adentrarse en el moribundo enfermo. Por último, rajé mis muñecas levemente y dejé discurrir mi sangre por su boca. Mi aliento selló sus labios, terminando el ritual de sanación.

El retorno de la luz

Capítulo XXXVIII

La luna llena acompañó nuestro sueño hasta que Nuada abrió los ojos. Pletórico, sano y rejuvenecido caminaba por la sala sin rumbo, ni sentido.

—Éire, despierta. Estoy vivo. ¡Vivo! —gritó enardecido.

—¡Lo he conseguido! —grité, mientras nos fundíamos en un fuerte abrazo.

El resto de Tuathas acudieron rápidamente al Forradh en busca de la razón de tanto escándalo a esas horas de la madrugada.

Macha, Dian Cecht y Miach fueron los primeros en llegar. Con las prisas y la emoción ni me vieron. Entre lágrimas auparon a Nuada, llenos de luz y esperanza. Lugh entró corriendo, atraído por los gritos de júbilo. Cuando me vio palideció de miedo. Me agarró de la mano y nos ocultó tras los densos cortinajes, mientras el resto seguía celebrando.

—¿Qué te ha pasado? ¿El hechizo se ha evaporado? —me preguntó, apurado.

—Creo que he salvado la vida de Nuada, pero he condenado la mía —respondí, mientras miraba mis jóvenes manos.

—Tienes que salir de aquí antes de que te busquen para agradecer tu labor. Nadie puede verte así. Estás muerta —dijo con premura.

Sin perder un segundo salimos del Forradh. La tenue oscuridad tiñó de furtiva nuestra escapada. En la intimidad de la pequeña herrería encontramos refugio.

—Te quedarás aquí. Goibhniu, Credne y Luchta cuidarán de ti. Además puedes serles de mucha ayuda ya que eres la diosa de los metales. Ahora, trabajan noche y día forjando las armas para la batalla final —me propuso.

—Cómo digas —respondí, entristecida.

—No me mires así. Todas las noches vendré a verte y en el Lammas me desposaré contigo —terminó, besando mis labios.

—Imposible. Verán mi rostro —añadí, abatida.

—No, no hay peligro. Un velo cubrirá tu cara durante la ceremonia y sólo el rey te lo retirará en la noche de consumación, según marca la tradición. Una vez que seas mi reina serás intocable. Todo el pueblo Tuatha daría la vida por protegerte —me explicó, emocionado.

—De acuerdo, me mantendré escondida hasta entonces. Ahora vuelve al Forradh. Estarán buscando a la ermitaña —le insté.

—Hasta la noche amada mía. Recuerda que mi corazón es tuyo —se despidió.

Recorrí la herrería, buscando alguna capa con la que ocultar mi persona. Cuando la encontré, me tumbé en el suelo y me dormí. Cuando volví a abrir los ojos, tres fornidos hombres me rodeaban. Sus cabellos dorados y sus ojos ámbar brillaban como el Sol de mediodía.

—Éire, somos Goibhniu, Credne y Luchta. Nosotros te protegeremos hasta que Lugh te despose. Mientras, nos gustaría contar con tu sabiduría y tu ayuda —dijo el más serio, llamado Credne.

—Eres la diosa Belishama, dominas los metales. Necesitamos tu amparo. Estamos fabricando lanzas y espadas para todos los Tuatha, pero tardamos demasiado —añadió Luchta.

—Os ayudaré encantada. Comencemos ya para no perder más tiempo —respondí, entusiasmada.

Las semanas pasaron de forma frenética entre la forja y el fuego. Formamos una cadena de trabajo para ser más rápidos: Goibhniu se dedicaba a domar el hierro entre las llamas y el martillo, Luchta tallaba la madera y los huesos para las lanzas y empuñaduras de cuchillos, Credne ensamblaba las piezas y yo afilaba espadas y puntas.

Todas las noches recibía la visita de Lugh y nos amábamos hasta el alba. Segura, permanecí en la herrería hasta que los acontecimientos se precipitaron de nuevo.

Dos días antes del Lammas recibimos la visita sorpresa de Ruadan, hijo de Bres.

—¿Qué es lo que buscas aquí, tan lejos de tu padre? ¿Qué hacéis en Temair? —preguntó Goibhniu, al verle entrar en sus dominios.

—No vengo a sembrar maldades, herrero. Quiero que fabriquéis una lanza para mí. Ese es el deseo de mi abuelo, el Gran Dagda —explicó, bajando la hoja de la espada de Goibhniu, que apuntaba a su cuello.

—Si es deseo de Dagda, así lo haremos. Mañana, cuando se esconda el Sol, estará preparada. Hasta entonces déjanos trabajar —sentenció Credne, el mayor de los tres artesanos.

—Lo siento, pero no puedo esperar tanto. Dagda comenzará mi entrenamiento mañana, en cuanto la luz despunte por el horizonte —objetó Ruadan

—Está bien. Entonces ven a recogerla esta noche —claudicó Credne.

—Veo que sois uno más en la herrería —continuó Ruadan acercándose a mí.

—Es una joven aprendiz. Nadie que os interese conocer —dijo Luchta, interponiéndose entre nosotros.

—Es mi deber conocer a los recién llegados. Dagda debe de estar informado —añadió, apartando bruscamente a Luchta.

—Si no queréis sembrar maldades, iros y dejarnos trabajar —sentenció Goibhniu, elevando de nuevo su espada.

—Sólo quiero ver su rostro. ¿Por qué tanto misterio? —insistió, tomando mi mano.

—¿Pensáis desposarla? Porque todavía no sois un guerrero y no tenéis ese privilegio —argumentó Luchta, soltando mi mano de sus garras.

—Tanto celo sólo alimenta más mi interés por ella —terminó, mientras me quitaba la capucha.

Mantuve la mirada en el suelo para evitar que viera mi rostro, pero mis negros cabellos se deslizaron por sus manos, delatando mi extraña procedencia.

—Nos estáis retrasando en el trabajo. Vuestra lanza no estará a tiempo —dijo Credne, al límite de su paciencia.

—Acabo de concluir mi visita, ya me voy —se despidió, esbozando una maquiavélica sonrisa.

Angustiada, me refugié en un rincón, mientras mis protectores soltaban toda serie de venablos por su boca. Habían permitido que me descubriera, pero tampoco habían tenido otra opción. Si le hubieran matado se habría iniciado la guerra antes de tiempo. Bres no hubiera desperdiciado vengar la muerte de su hijo para masacrarnos, con el apoyo de los Fomoré. Debíamos esperar al regreso de Birog y Manannam con los refuerzos. Precipitarnos y entrar en provocaciones sólo nos conduciría a la derrota.

El día se me hizo eterno. No podía contar con la ayuda de Lugh, que se encontraba en Bruig Na Boinne con Bodb Derg.

Ruadan volvió a recoger su lanza, pero esta vez vino acompañado por Cermait.

—¡Veo que los traidores han decidido quebrar la paz de mi fragua! —exclamó Credne, indignado.

—Mi sobrino me ha comentado que guardáis una recién llegada en este infierno —dijo Cermait, lleno de curiosidad.

—Toma tu lanza y vete. No respondo si sigues molestándonos —sentenció Credne, mientras que Luchta y Goibhniu me protegían.

—Mi sobrino no puede desposar mujer, pero yo sí. Mañana es un día grande y podría tomar como esposa a vuestra amiga, en honor a Lugh y su futura reina, aún desconocida —añadió Cermait, con actitud desafiante.

—Ella ya está desposada —argumento Luchta.

—Pues entonces preséntame a su esposo para darle mi felicitación.

—Ahora no está. Pero no creo que puedas hacerle frente. Además a Dagda no le gustan estos juegos —dijo Goibhniu.

—Entonces terminemos. Dadle la lanza a Ruadan y nos iremos —propuso Cermait.

Goibhniu se separó de mí para darle la lanza. Nada más tenerla entre sus manos, Ruadan atravesó con ella al herrero. Cermait desenvainó la espada y comenzó a luchar con Credme y Luchta. Ruadan ayudó a su tío hasta que éste me agarró. Tomándome como rehén, me arrastró con él, sin que los otros pudieran hacer nada.

Justo cuando Ruadan iba a salir por la puerta tras nosotros, el herido Goibhniu, le tomó del tobillo y le derribó. Cermait dudó un momento antes de ver morir a su sobrino a manos del herrero, pero siguió con mi secuestro.

—Acompáñame y no se te ocurra despertar sospechas. Éire, si utilizas tus poderes para salvarte no sólo yo sabré de tu existencia —me advirtió.

Impotente, miré a los tres artesanos, mientras Goibhniu se desangraba.

A la fuerza llegamos hasta su Baidunas. Me lanzó sobre el lecho de pieles y comenzó a romper mi blanca túnica con sus manos. Mis lágrimas discurrían silenciosas por mis mejillas, hijas del llanto contenido y la furia. Su lengua recorrió mi cuerpo hasta alcanzar mis labios. Con fuerza me sujetó las manos y las ató a un saliente. Excitado, comenzó a gemir como un condenado cerdo. Apreté con fuerzas mis manos, clamando venganza. En ese momento algo le apartó de mí. Aliviada me erguí y presencie con gusto como Lugh acababa con su vida.

Nos abrazamos fuerte, tan fuerte que nos costaba respirar. Besé sus labios desesperada y él me correspondió con la misma pasión. Enterramos los cadáveres de los traidores en las tierras fangosas del sur de la colina y hasta nuestro enlace permanecimos escondidos, disfrutando de la nueva victoria del bien contra el mal.

Un velo azul tapaba mi rostro y una bella túnica blanca mi cuerpo. Nadie sabía el nombre de la futura esposa del nuevo rey. Como en un sueño, me desposé con Lugh, asumiendo plenamente mi entrega total y absoluta al pueblo Tuatha. Cánticos, flores y asado fueron ofrecidos al gentío por participar en tan sagrada celebración. El entusiasmo se apoderó de todos nosotros que bebimos y bailamos hasta la extenuación.

A la mañana siguiente, habiendo consumado una vez más nuestro amor, fui presentada a los Tuathas.

—¡Os entrego a vuestra reina! ¡Os entrego a Éire, la diosa Belishama! —exclamó Lugh, pletórico.

Ante la desconcertada mirada de la muchedumbre, dejé que mi esposo descubriera mi rostro. Con aquel simple gesto me devolvió la

libertad que me había sido arrebatada, rompió las cadenas del silencio y enterró las tristezas de mi corazón.

—No estaba loco. Os dije que había visto a Éire, que estaba viva. Ella me salvó de la muerte, sólo ella me regaló la vida ¡Ven a mis brazos, hija mía! —gritó Nuada, emocionado.

Nos fundimos en un abrazo eterno, mientras el resto llegaba hasta nosotros. En ese momento, los tambores de los centinelas retumbaron por toda la ciudad, anunciando la llegada de nuevos visitantes. Birog, Manannam y los ingentes refuerzos cruzaban triunfantes las puertas de Temair.

Ahora estábamos juntos. Nuestra luz se extendía más allá de las colinas y los valles circundantes. Por fin, el espíritu del pueblo Tuatha temblaba lleno de orgullo y felicidad. Sin duda, no podía haber mayor dicha en este mundo, ni mejor sueño hecho realidad.

El veneno de la venganza

Capítulo XXXIX

La guerra era inminente. Quedaban dos semanas para el Samhain y todos los Tuathas estaban preparados para la batalla. Atrás quedaban meses de intensa convivencia, largos entrenamientos y bellos rituales, como el *Mabon*[64], donde se festejaba la última cosecha del año y el reposo de la diosa Dana. Por su parte, los demonios de la noche habían consumado la tercera muerte ritual del año, en honor a Esus, descuartizando brutalmente a la joven Ainge, hija de Dagda y última regente de Grianan.

Nuestro plan consistía en derrotar a los pueblos acólitos de los Fomoré, para conducir a la oscuridad hasta la vasta llanura de *Mag Formorach*[65]. Por este motivo, Nuada y su esposa partieron, con una grandiosa comitiva, hacia las tierras del sur, para doblegar a los insurrectos Fir Bolgs. Lugh, junto con Dagda, Ogma, Birog y Manannam se dirigieron al noreste, limitando el avance de las tropas Fomoré por aquellas frías tierras. Mi enorme regimiento avanzó por las tierras medias de Inis Na Fidbagh. Encabezándolo, se situaban Fand, Macha, Morrigan, Nemain, Brigit, y la poderosa Dianann. Todas estas valerosas mujeres, al igual que los hombres, estaban dispuestas a dar su vida sin condiciones, ni reparos.

Al llegar a la tierras de los grandes lagos, presenciamos la crueldad sin límite de los demonios de la oscuridad. Habiendo cobrado su extraño tributo a los pueblos del sur, un grupo de guerreros Fomoré custodiaban una caravana de niños hasta la Isla de Tory, para desangrarles como cerdos en la noche del Samhain, en honor al dios Crom Cruach. El miedo y la desesperación de aquellos pequeños, podía conmover cualquier corazón humano. A mi orden, mis guerreros se lanzaron sobre los sanguinarios demonios. Nuestro ataque fue rápido y mortal, las afiladas espadas Tuathas arrebataron

la vida a aquellos que no la merecían. Los niños, libres y aterrados, corrieron a sus pueblos sin mirar atrás. Satisfechos, volvimos a lo alto de nuestros majestuosos caballos, engalanados con cuernos y piedras preciosas.

Al entrar la noche, acampamos entre unas viejas ruinas y repusimos fuerzas al abrigo del fuego y la buena compañía. En medio del silencio de la omnipresente oscuridad, recibimos la inesperada visita del joven Caipre, hijo de Ogma. Lugh le había enviado para encomendarnos una nueva misión.

—Hablad Caipre, ¿Qué noticias traéis? —le insté.

—Su esposo necesita ayuda. Las tropas Fomoré son más numerosas de lo que imaginábamos. Necesitamos mermarlas antes de que lleguen a Mag Formorach. —informó diligentemente.

—¿Qué propone? —pregunté, intrigada.

—Birog ha sugerido emplear magia. La incursión es arriesgada, ya que habría que llegar hasta la Isla de Tory —comenzó, algo nervioso.

—Prosigue, muchacho —dije, mientras Fand y Morrigan se unían a nosotros.

—Necesitamos envenenar su comida y hechizar sus cuerpos. Si debilitamos los refuerzos que permanecen todavía en Tory, conseguiremos mermar su contraataque —sentenció.

—¡Es una buena idea! —interrumpió Diannan, contando con el beneplácito del resto.

—Dile al rey, que saldremos esta misma noche para Tory —dije, sin perder más tiempo.

—Nos dividiremos en dos grupos. Macha, te quedaras aquí junto a Nemain y Brigit, y seguiréis avanzando con el resto hasta Mag Formorach. Morrigan, Dianann, Fand y yo partiremos para Tory. Dentro de dos días nos reencontraremos en el frente de batalla. ¡Hasta entonces, hermana mía! —me despedí, montando rápidamente a lomos de Anman.

Debíamos de cruzar Grianan para llegar con seguridad a la Isla de Tory. Lamentablemente, estaba arrasada cuando llegamos. El reguero de sangre y muertos nos guiaban hasta Tory. Mi corazón se rompió al ver el destrozo de los vandálicos demonios. La sed de

venganza corría por nuestras venas, impulsándonos hasta nuestro destino. La densa bruma generada por Dianann, nos ocultó de los ojos enemigos. Al tomar tierra, dejamos nuestra pequeña embarcación y nos deslizamos como sombras en medio de la noche. El olor a muerte y putrefacción se condensaba en la isla, haciendo el aire irrespirable. No había rastro de los generales Fomoré, ni de Tethra, ni de Domnu. Los hambrientos y deformados seres esperaban el aviso para lanzarse sobre los enormes calderos. Dianann nos separó, aumentando la velocidad y el riesgo de nuestra incursión. Cada una vertimos la poción entre la sangre y los miembros humanos que se cocinaban al fuego. Las salvajes tropas, más interesadas en rebuscar en el suelo trozos de huesos, no advirtieron nuestra presencia. Como animales comieron hasta reventar, llenando sus estómagos con nuestro brebaje. El efecto fue inmediato: alucinaciones terroríficas, fuertes dolores estomacales y mareos. Mientras huíamos hasta alcanzar la embarcación, las bestias se mataban entre ellas o morían de dolor.

Satisfechas, iniciamos el camino de vuelta al campamento. El brillo de nuestros ojos rezumaba felicidad. Por fin, cambiaban las tornas y los Tuathas vencían al mal. Atrás había dejado a la indecisa y temerosa Éire, para convertirme en una segura e intrépida guerrera, capaz de mirar a la muerte a los ojos y desafiarla.

Los colosos caen

Capítulo XL

Nuestra triunfante llegada, elevó los ánimos de mi regimiento. Antes de la batalla, Badb y sus guerreros se unieron a nosotros de camino, como avanzadilla de las tropas de Nuada, que habían sometido a los Fir Bolgs, impidiendo su apoyo a los Fomoré en la contienda.

Seguimos en dirección noroeste hasta alcanzar Mag Formorach. El silencio de la llanura era inquietante. Nada se movía y todo estaba por pasar. Sorprendida, comprobé que era el mismo lugar donde en mi sueño los Tuathas eran masacrados. En mi mano todavía estaba poder evitarlo.

Los tambores anunciaron la llegada de las tropas de Nuada y Lugh, respectivamente. Los Tuatha se extendían más allá de donde la vista podía alcanzar, perdiéndose en la inmensidad del horizonte.

Nuestro cuerpo desnudo y pintado de azul nos confería un aspecto poco terrenal, como seres divinos venidos de otro mundo. Nuestros cuellos quedaban protegidos y engalanados por los gruesos torques que llevábamos. Una mezcla de orgullo, justicia y venganza enardecía nuestros corazones al unísono, vibrando al son de los tambores de guerra.

Lugh se acercó a mi formación y me besó como si no hubiese mañana. Entre sus fuertes brazos, terminé de encontrar el coraje que me faltaba minutos antes de la batalla.

Una pestilente horda de guerreros comenzó a distinguirse al otro lado. Las aves carroñeras de Domnu dirigían su frenético avance hacia nosotros. Seres desfigurados, malformados y endemoniados corrían con sus lanzas y espadas en lo alto. Sus gritos aterrorizaron a los Tuathas más jóvenes, que ni en sus peores pesadillas imaginaron tal espanto.

Morrigan desafió a los Fomoré con un rugido ensordecedor, que llenó de valor y fuerza a nuestros guerreros. Nuestras tropas se lanzaron al combate, cuerpo a cuerpo, con aquellos oscuros engendros. Mientras las Bandruidh nos retiramos de la primera línea de batalla para comenzar con la magia. Dianann lanzó una lluvia de lenguas de fuego que alcanzaron a los escurridizos arqueros, desestabilizando al bando enemigo. Birog generó un colosal torbellino que elevó, más allá de nuestras cabezas, a las fieras mascotas de tan siniestro ejército. De un sólo gesto, desarmé a los demonios que llevaban afiladas espadas y las clavé en la cima de la lejana montaña.

Nemain, con sus agudos alaridos asustó al enemigo, que retrocedía por oleadas. Nuestros guerreros, teñidos de sangre, avanzaban entre los muertos sin descanso. Ya estaban muy cerca de alcanzar la posición de los generales. En ese momento, apareció la tétrica Domnu, más poderosa que nunca. Enredó en las sombras a nuestros jóvenes, mientras sus sádicos guerreros les arrancaban las cabezas a bocados.

Horrorizados, nos retiramos para planificar el contraataque. Nuada elevó su espada hasta el cielo, clamando justicia divina, mientras Dagda agarró con fuerza su martillo, instando al resto de tropas de nuevo al combate. Lugh, junto con Manannam, organizaron los ataques por los flancos. Por su parte, Birog, Macha y Badb tomaron la primera línea y abrieron el enfrentamiento directo con los tres generales Fomoré: Tethra, Balor e Indech. Mientras tanto, Morrigan y yo las protegimos del enemigo hasta su objetivo, con una tormenta de nieve y hielo.

El ruido de la batalla era ensordecedor y el hedor insoportable. Poco a poco, la gran llanura se llenó de cadáveres decapitados y moribundos mutilados. La escena era dantesca, pero el espíritu Tuatha seguía fuerte y seguro, escribiendo las líneas de la victoria.

Antes de que pudiera impedirlo, Balor degolló a mi amado Nuada y a Macha. Indignada, avancé hasta su posición, arrebatando con mi espada la vida de todo aquel que se cruzaba en mi camino. Indech hirió de gravedad al Gran Dagda, que se quedó inconsciente,

tumbado en el suelo. Mientras, Tethra estrangulaba a Birog hasta la muerte.

Tan grande fue el dolor, que noté como mi corazón se paraba por un momento. Encolerizada, me transformé en puro fuego, prendiendo todo lo que estaba a mi alrededor. Justo cuando estaba frente a Tethra, apareció Domnu. Sus largos y afilados dedos me resultaban demasiado familiares. A su contacto, mi piel se volvió dura como el acero, reventándole las manos con cada golpe. Con un giro grácil, esquivé su sombra y me situé a su espalda. Sin piedad, hundí mis manos en su torso hasta arrancarle el corazón. Inerte, con la mirada perdida, presenció mi victoria y mi sed de más. Miré a mi alrededor triunfante, y comprobé el éxito del contraataque Tuatha. Ogma había vengado la muerte de su hermana y de Nuada, acabando con el mortal Indech. Lugh, por su parte, tenía acorralado a Balor, dispuesto a darle el golpe de gracia en cualquier momento. Sorprendentemente, Bres y Lóbais estaban quietos, siendo meros espectadores de tan cruel batalla, animando a Tethra.

Tomé del cuello a Tethra y le lancé toda mi fuerza. El muy cobarde intentó huir, pero fui más rápida que él. De un solo golpe, le doblegué ante mí. Mirándole a los ojos lo decapité con su propia espada, anulando su poder de regeneración, mientras Birog era vengada.

Agarré la espada con fuerza y me acerqué hasta Lugh, que estaba en dificultades. Elatha y Delbaeth estaban ayudando a Balor, y mi esposo se encontraba en notoria minoría. Cuando ya le tenían subyugado y a punto estaban de cortarle la cabeza, llegué y cambié el curso del combate. Desplacé a Balor, que con furia se revolvió contra mí. Lugh tuvo tiempo de escapar de los otros dos y situarse junto a nosotros. Agarró con fuerza su lanza y atravesó el cráneo de Balor, desde el ojo hasta la parte posterior del cuello. Entonces Bres y Lóbais corrieron hacia nosotros "como alma que lleva el diablo".

—¡Éire, corre, esconde la espada! Es lo que quieren. Morrigan ha recuperado el caldero mágico. ¡Corre, Éire y no mires atrás! No vuelvas hasta que no la hayas escondido. No pueden recuperarla —me suplicó, mientras enfrentaba a sus otros enemigos.

—Así lo haré. ¡Te amo, Lugh! —exclamé, mientras los Tuatha vencían finalmente a la oscuridad de los demonios de la noche.

Rápidamente, salí corriendo, saltando a los muertos y esquivando a los vivos. Me desplacé a la velocidad del viento, alcanzando en poco tiempo la tierra de los dos grandes lagos. Un fogonazo de luz, me cegó por un momento, pero no me detuve. Tenía que enterrar la espada de Tethra, donde ningún Fomoré la encontrara jamás. Era la única manera de evitar la resurrección de Tethra y el retorno de la oscuridad.

La tregua de la tormenta

Capítulo XLI

La fuerte lluvia me dio una tregua. Empapado, seguí avanzando en mi búsqueda sin éxito. Estaba desesperado. En ese momento sonó mi móvil.

—Lugh, soy Brian. He pinchado. No podré llegar hasta dentro de un rato. ¿Hay alguna novedad? —me preguntó, nervioso.

—No. Sigo buscando. Por lo menos, ha parado de llover. Intentaré retomar el rastro del zapato. ¿Sabes algo nuevo de la investigación?

—Me ha llamado Susan, la ayudante de laboratorio. Ha tenido acceso a los análisis de las fotos de los niños de la zanja. Parece ser que los niños habían sido degollados, con algún objeto rudimentario, no descartándose los dientes humanos. Le he dicho que intente recabar información sobre la hipótesis de las tradiciones de sacrificios humanos al dios Crom Cruach. Así que sale esta misma noche para Dublín. Seguro que allí encuentra más datos —comentó, orgulloso.

—¡Genial! Por lo menos, ese tema avanza. Voy a seguir buscando. Luego nos vemos —me despedí, algo más animado.

Retomé el rastro del zapato y me adentré aún más en el bosque. Ahora sin la lluvia, podría encontrar alguna pista, estaba seguro. No podía desanimarme. Mi meta era encontrar a Éire con vida, y así lo haría.

La traición del tiempo

Capítulo XLII

La fuerte lluvia azotaba mi cuerpo desnudo, borrando la pintura azul sin dejar rastro. Me refugié entre los frondosos árboles hasta que escampó. Entonces, escoltada por la intensa luz de la luna llena, encontré el enclave perfecto para enterrar la espada de Tethra. Era una pequeña laguna alimentada por un riachuelo, oculta entre juncos y piedras repletas de musgo. Excavé un agujero en el fondo y la coloqué con cuidado. La tierra y el agua hicieron el resto, hasta hacerla desaparecer ante mis ojos.

Agotada, me senté en una de las piedras, recuperando la respiración antes de iniciar el camino de vuelta. Arrullada por el solemne silencio del bosque, pensé en la batalla, en nuestra victoria y en la paz que por fin había conseguido tener aquella bella isla.

Emprendí el camino deseando el reencuentro con los míos, con mi amado pueblo Tuatha. Mis fuerzas eran escasas, pero suficientes para llegar hasta ellos con paso firme pero lento.

De repente, el chasquido de una rama me alertó. Me quedé quieta, intentando saber quién era mi enemigo, quién me había seguido hasta allí.

—Buenas noches, Éire. Te estábamos esperando. ¿Has traído lo que te mandamos buscar? —me preguntó uno de los dos hombres que se acercaban hasta mí.

—¿Quiénes sois? —balbuceé.

—¡Qué pronto olvidas, querida! No hay tiempo para explicaciones, danos la espada antes de que sea demasiado tarde. No queremos hacerte daño, todavía no —me indicó James.

—¿Vosotros? ¿Qué hacéis aquí? —pregunté, desafiante.

—Deberías refinar tus modales. Cada vez que nos vemos, resultas más desagradable —contestó Erik.

—Pero, ¿cómo es posible?... —comencé, desplomándome sobre mis rodillas.

—Has vuelto con nosotros Éire. Por fin, recuperaremos lo que es nuestro. Danos la espada, rápido —añadió James.

Abatida, apenas tenía fuerzas para levantarme del suelo. Había vuelto a mi tiempo, había cruzado el Agujero de Gusano sin quererlo. Intenté recordar cuándo. Aquel fogonazo, que pasé por alto, era la señal del cambio.

—Danos la espada de una vez. ¿Dónde la tienes? —insistió Erik, zarandeándome con violencia.

—Estáis locos si creéis que os la daré. Sé toda la verdad, os he visto en otro tiempo y sé lo que os proponéis —contesté, escupiendo a Erik en la cara.

—Estoy perdiendo la paciencia. Es mejor que no me enfades —me advirtió James, alejando a Erik de mi posición.

—No os tengo miedo. Soy más fuerte que vosotros. No conseguiréis nada de mí —dije, mientras intentaba transformarme en fuego.

—Querida, no nos hagas perder más el tiempo. Me estás obligando a matarte y ya te he dicho que no quiero —dijo James, riéndose.

Mis poderes habían desaparecido. Estaba indefensa y sola con aquellos dos despiadados Fomoré reencarnados. No podía decirles donde estaba la espada, no sabía por qué la querían, pero su fin no era bueno, estaba segura. Mi única opción era huir, y así lo hice. Comencé a correr en la dirección opuesta, sin mirar atrás. Aterrada, grité el nombre de mi amado Lugh, esperando que desde otro tiempo pudiese oírme.

En ese momento, vi delante de mí otro hombre que salía a mi encuentro. Frené en seco antes de poder verle con claridad. Angustiada, me giré, comprobando que James y Erik se dirigían hacia mí.

—¿Éire, eres tú? —me preguntó el extraño.

—Sí, Lugh. Soy yo —contesté, al reconocer la voz del hermano de Norah.

Corrí a toda velocidad hacia él y me refugié en sus brazos. Miré de nuevo atrás, pero James y Erik habían desaparecido.

—¡Estás viva! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde está tu vestido? ¿Qué te han hecho? —preguntó desconcertado.

—Estoy viva. Estoy de nuevo entre tus brazos amor —dije, antes de desvanecerme.

Todo lo que soy

Capítulo XLIII

Cuando ya estaba a punto de darme por vencido, escuché voces en el fondo del bosque. Intrigado, avancé con determinación entre la arboleda. No quedaba lejos la laguna donde me escondía de pequeño, tal vez Éire hubiera ido hasta allí. En ese momento, mi linterna falló y me quedé al amparo de la luz de la luna llena.

Claramente, oí como una mujer me llamaba por mi nombre. Sin pensarlo dos veces, me lancé en la dirección de la voz femenina. Seguro que era ella. No podía perder la pista. Cuando me separaban unos metros, vi que dos sombras la seguían sin tregua. Apuré el paso hasta tenerla entre mis brazos, mientras sus perseguidores se esfumaban por mi presencia. Éire estaba desnuda y agotada.

Angustiado, pregunté qué le había pasado, pero no me contestó. La pobre, extenuada, se desmayó en mis brazos. La tapé con mi chaqueta, intentando que el frío no se apoderara de su cuerpo y la llevé hasta la casa donde todos estaban esperando nuestro regreso. Mi madre y mi hermana rompieron a llorar cuando la vieron en aquel estado. Aunque nadie pronunció palabra, todos temíamos lo peor. Había pasado muchas horas perdida en el bosque y era evidente que alguien la había desvestido. Para mi sorpresa, Erik y James me ayudaron a apartar a los vecinos curiosos. La acomodé en su habitación y me quedé con ella hasta que llegó el médico.

—¿Es grave, Dr. O'Neill? —pregunté tras la exploración.

—Tiene una ligera hipotermia y agotamiento físico, nada más. No hay evidencias de ningún tipo de abuso. Puedes estar tranquilo. Las magulladuras de su piel indican lucha. Debió de escapar de quién la tuviera retenida, antes de que éste consumase su objetivo —me explicó el Doctor, conmocionado.

—¿Qué tenemos que hacer entonces?

—Dejar que descanse y abrigarla bien. No estaría de más, que alguien se quedara con ella esta noche. Si se despierta, intenten darle bebidas o caldos calientes. Mañana vendré a verla —concluyó el Dr. O'Neill.

—¡Gracias por haber venido a estas horas! Nos vemos mañana —me despedí.

Al irse el doctor, entraron en la habitación mi madre y mi hermana. Desconsoladas, acariciaban la cara de Éire con cariño.

—Lugh, Brian ha llegado. Está abajo con la policía, rellenando el informe —dijo Norah entre lágrimas.

—No os mováis de aquí hasta que vuelva. Colocad dos mantas más. Todavía sigue fría —ordené.

Cuando llegué al recibidor, la policía estaba desalojando a los vecinos. Brian me abrazó con fuerza.

—Ya me he ocupado del papeleo. Mañana tienes que ir a dar tu declaración. Ahora veamos cómo se encuentra Éire —dijo, consternado.

Subimos en silencio hasta la habitación. Ninguno sabía muy bien qué decir. Resultaba demoledor verla en ese estado. Inconsciente, permanecía ajena a todo lo que acontecía a su alrededor.

—¡Iros, me quedaré con ella! No os preocupéis. Ya no le puede pasar nada malo —comenté, sin dar opción a sugerencias.

Los tres salieron de la habitación y nos dejaron a solas. Me senté a su lado y le tomé la mano. Estaba fría como el hielo. Sin pensarlo, me desvestí y me introduje en la cama con ella para darle calor. Su frágil y gélido cuerpo se perdía entre mis brazos. En ese momento, rompí a llorar. Hacía años que no lo hacía. Una extraña sensación, entre alegría e ira se había apoderado de mí.

Me quedé dormido hasta que las luces del alba despuntaron por la ventana. De repente, noté que se movía.

—¿Éire, cómo te encuentras? —le susurré al oído.

—¿Lugh, eres tú? —preguntó, abriendo los ojos.

—Sí, amor. Soy yo. ¿Qué tal estás? —insistí, aunque su cuerpo ya estaba caliente.

—¿Dónde estoy? —preguntó, desorientada.

—Estás en casa de mi madre, en Enniskillen. ¿Te acuerdas? Ahora tienes que descansar y yo debo irme a la comisaría. Será un momento. Luego volveré a estar contigo —le dije suavemente.

—No te vayas. No me dejes sola, por favor —me suplicó, aferrándose a mis brazos.

—¿Qué te ha pasado mi amor? ¿Quién ha sido? —pregunté.

—No tengo ganas de hablar, sólo quiero estar contigo. Han pasado demasiadas cosas, no me creerías —respondió.

—No importa, Éire. No podría soportar haberte perdido —confesé emocionado.

—Nada nos podrá separar, Lugh. Te quiero —dijo llorando.

En ese momento sequé sus lágrimas y la besé como si no hubiese mañana. La emoción nos embargó a ambos y nos hizo perder el control. Acabamos haciendo el amor como desesperados, sin tregua ni descanso. El calor de su cuerpo hacía vibrar el mío, llevándome al paraíso. Con cada beso y cada caricia, acudían a mi mente imágenes, como si de una película se tratara. Sin que pronunciara palabra, vi todo lo que había sucedido y, lo más importante, recordé quién era yo. Ahora comprendía los sueños que desde niño había tenido. No eran premoniciones del futuro, sino recuerdos del pasado.

—Tengo miedo, Lugh —me susurró al oído, al terminar de amarnos.

—No temas, diosa Belishama. ¡Estás a salvo conmigo! —respondí, en tono cómplice.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó intrigada, incorporándose de la cama.

—He recordado, Éire. He recordado y he dado sentido a todo. Desde que soy un niño he soñado contigo, noche tras noche. Ahora lo entiendo, por fin —comenté, emocionado.

—Es de locos,... ¿verdad? —dijo entre risas.

—Es de locos, pero tan real como tú y como yo —añadí, abrazándola con todas mis fuerzas.

—Nada ni nadie nos podrá separar —concluyó, besando de nuevo mis labios.

—Nada ni nadie —repetí, dejándome llevar de nuevo por el calor de su cuerpo.

Epílogo

Miro por la ventanilla del avión y dejo libres mis pensamientos, intentando tomar perspectiva ante todos ellos. Mi viaje ha sido intenso, como el aroma del café que sostengo entre mis manos. Saboreo poco a poco los recuerdos, dejándome llevar por su magia y su realidad. Las vivencias que he tenido son parte de mí y me han cambiado por completo. Atrás, he dejado mis fantasmas, mis inseguridades, enfrentándome al peor de los enemigos, mi propio miedo. No sé qué pasará de ahora en adelante, pero tampoco tengo prisa por saberlo.

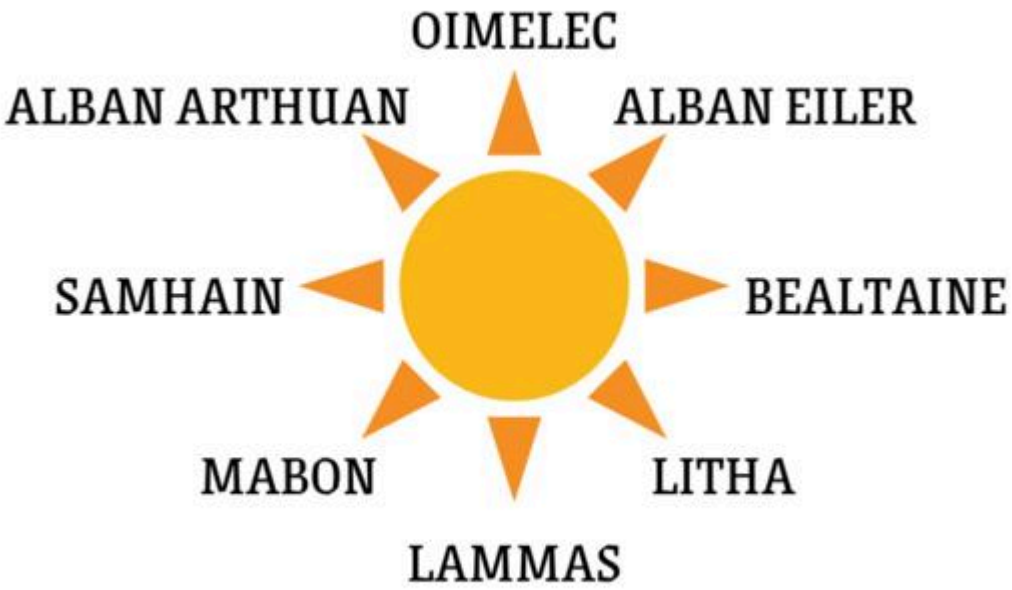
Avanzamos por el aire, dejando atrás las densas nubes y los porqués que no podemos explicar. Regreso a Madrid para poner en orden mi vida. No voy sola, ya que Lugh está a mi lado. Me observa y me sonríe. Tengo todo lo que necesito para ser feliz y no voy a desperdiciar la oportunidad de serlo. Jugueteo con sus dedos, mientras me pierdo en su verde mirada por un momento.

En mis piernas reposa el último libro que he leído de mitología céltica irlandesa. En sus páginas está mi historia y lo que fue el futuro de mi pueblo. En este siglo son vestigios del pasado, pero para mí son parte de mi esencia. Las leyendas adornan el curso de los acontecimientos, engrandeciendo su fama y su gloria, no más allá de mis recuerdos.

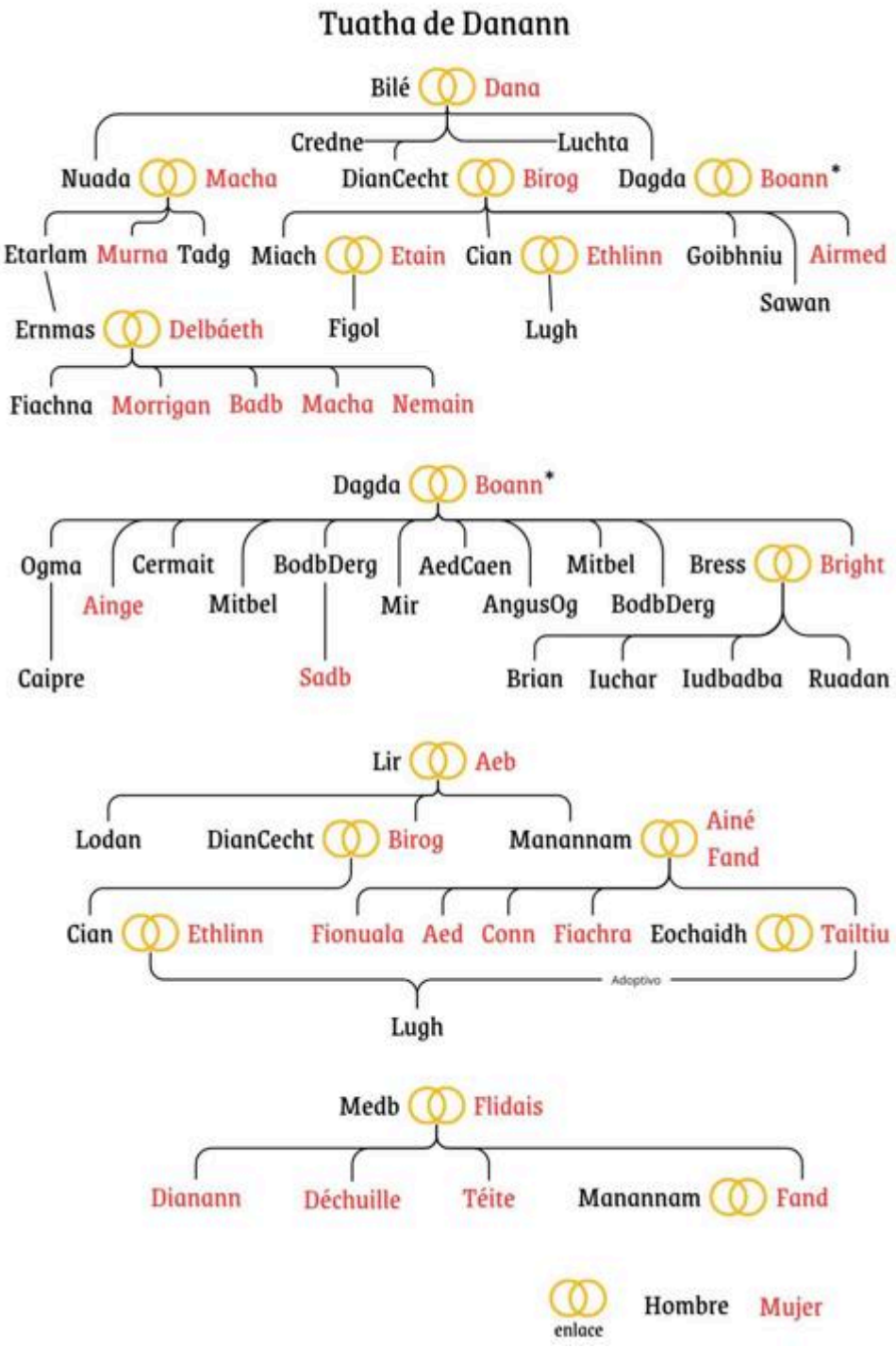
Sin dudas acepto lo que soy, acariciando el torques de mi cuello. Los demonios de la noche siguen vivos en mi tiempo, pero la luz de la verdad sigue llenando nuestros mortales corazones. Como antaño hicimos, impediremos que la muerte y la oscuridad tiñan de negro los verdes campos de esa isla misteriosa, llamada Irlanda.

Acaricio mi vientre y siento crecer la nueva vida, que engendró nuestro amor eterno. Ellos serán los herederos de nuestro futuro. En sus manos estará la llave de nuestro destino y el péndulo que secuencie el ritmo de toda la historia.

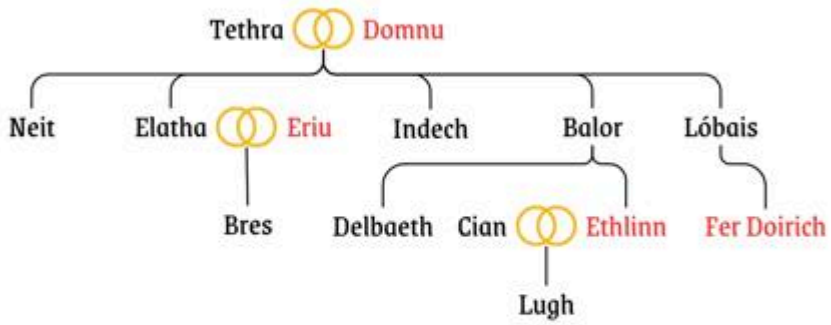
Calendario de Festividades

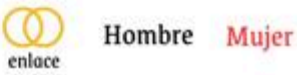


Árboles genealógicos



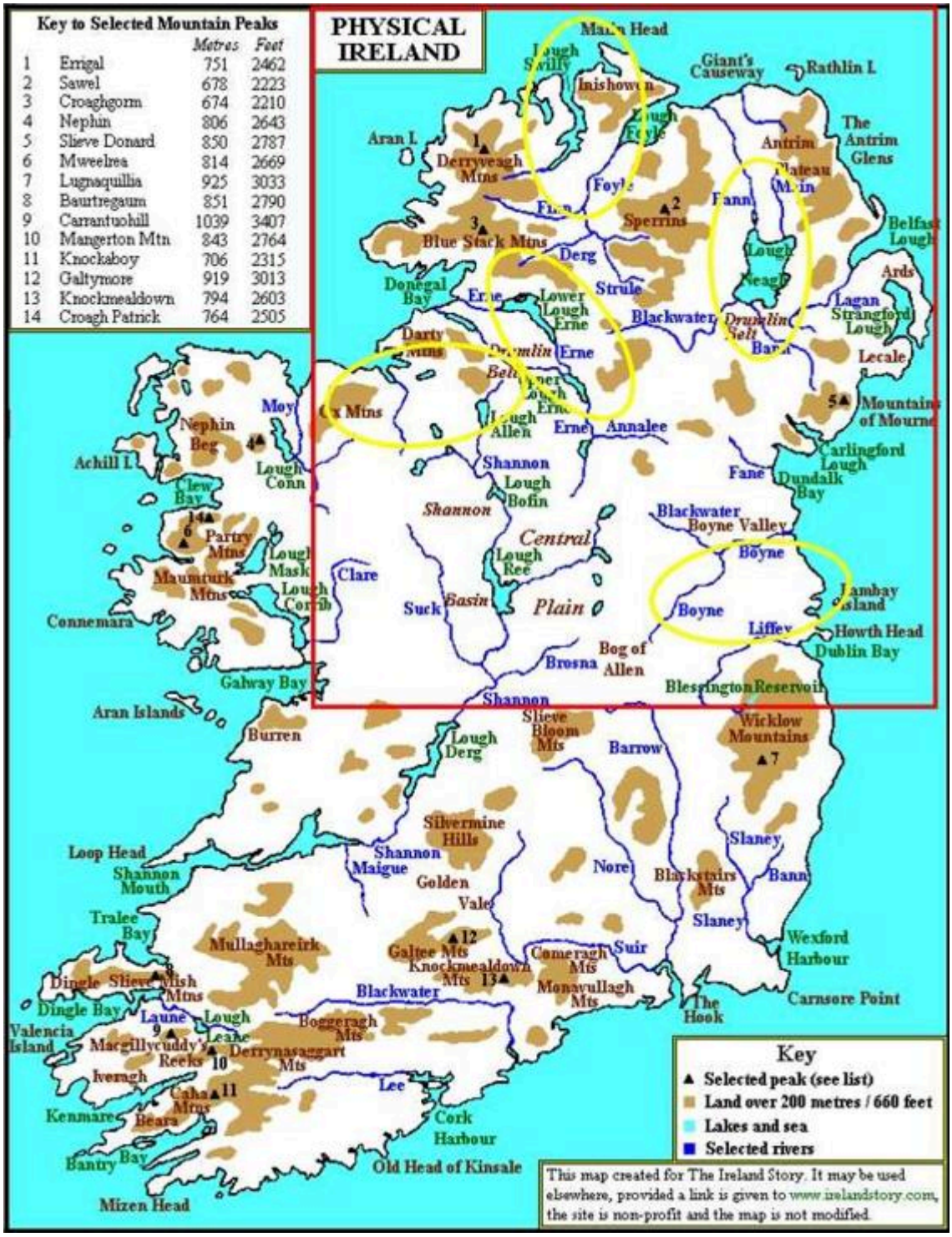
Formoré


Tethra
Domnu
Neit
Elatha
Eriu
Indech
Balor
Lóbais
Bres
Delbaeth
Cian
Ethlinn
Fer Doirich
Lugh


enlace
Hombre
Mujer

Mapas


Ireland
International boundary
County boundary
National capital
County seat
Cork County borough
Railroad
Road
0 25 50 Kilometers
0 25 50 Miles
Northern Ireland (U.K.)
NORTH ATLANTIC OCEAN
Irish Sea
Saint Georges Channel
Dublin
Belfast
Derry
Galway
Limerick
Cork
Waterford
Sligo
Athlone
Tullamore
Wexford
Wicklow
Kilkenny
Tipperary
Clonmel
Ennis
Killarney
Tralee
Mallow
Dungarvan
Youghal
Bantry
Macroom
Kenmare
Westport
Castlebar
Ballina
Roscommon
Longford
Cavan
Monaghan
Armagh
Newry
Dundalk
Drogheda
Trim
Navan
Kells
Carrick on Shannon
Ballyshannon
Donegal
Omagh
Enniskillen
Portadown
Banbridge
Lisburn
Antrim
Ballymena
Coleraine
Letterkenny
Strabane
Clifford
Ardara
Creeslough
Tory Island
Rathlin Island
Aran Island
Achill Island
Clare Island
Inishbofin
Inishmore
Galway Bay
Dingle Bay
Bantry Bay
Dursey Island
Bear Island
Clear Island
Great Blasket Island
Valencia Island
Skellig Rocks
Ennistimon
Kilkee
Nenagh
Roscrea
Port Laoise
Durrow
Carlow
Arklow
Rosslare
Mullingar
Tuam
Claremorris
Castlebar
Charlestown
Ballina
Bangor Erris
Gorumna Island
Scotland (U.K.)


PHYSICAL IRELAND
Key to Selected Mountain Peaks
Metres Feet
1 Errigal 751 2462
2 Sawel 678 2223
3 Croaghgorm 674 2210
4 Nephin 806 2643
5 Slieve Donard 850 2787
6 Mweelrea 814 2669
7 Lugnaquilla 925 3033
8 Baurtregaum 851 2790
9 Carrantuohill 1039 3407
10 Mangerton Mtn 843 2764
11 Knockaboy 706 2315
12 Galtymore 919 3013
13 Knockmealdown 794 2603
14 Croagh Patrick 764 2505
Key
Selected peak (see list)
Land over 200 metres / 660 feet
Lakes and sea
Selected rivers
This map created for The Ireland Story. It may be used elsewhere, provided a link is given to www.irelandstory.com, the site is non-profit and the map is not modified.

Notas

---

[1] Faoi rún: en secreto.

[2] Trisquel/es: símbolo celta en forma de hélice de 3 brazos.

[3] Cinniúint: destino.

[4] Doux amour: dulce amor.

[5] The Custom House: Casa de Aduanas.

[6] Long Room: habitación larga, la principal de la biblioteca del Trinity College.

[7] Partenaire: acompañante.

[8] Uilleann Pipes: gaita irlandesa.

[9] Bodhrán: tambor de marco irlandés.

[10] Tin Whistler: flauta de metal.

[11] National Gallery: Galería Nacional.

[12] Tara: ciudad sagrada de los reyes Tuatha De Dannan. Alargada elevación caliza de escasa altitud, situada cerca del río Boyne y que se extiende entre Navan y Dunshaughlin, en el condado de Meath, en Irlanda. En ella se encontraba el asiento real y la piedra del destino.

[13] Ulster Fry: desayuno típico en Irlanda del Norte.

[14] Samhain: festividad de origen celta más importante del periodo pagano. Se celebraba la noche del 31 de octubre al 1 de noviembre, marcando el final de la temporada de cosechas, el comienzo de la estación oscura y el inicio del «Año Nuevo Celta». Es una fiesta de transición y apertura al otro mundo de los muertos.

[15] Halloween: Noche de Brujas o Noche de Difuntos, es una fiesta de origen celta (Samhain). Los inmigrantes irlandeses transmitieron versiones de la tradición a América del Norte durante la Gran hambruna irlandesa de 1840.

[16] Torques: collar rígido y redondo, que está abierto en la parte anterior, como una herradura circular. Eran hechos de cuerdas de metal entrelazado, normalmente oro. Torques significa en irlandés antiguo jabalí, que era el símbolo céltico para la muerte y la resurrección.

[17] Fir Bolgs: en la mitología céltica eran un pueblo que unificaban a los Fir Domman y Galoin. Llegaron a Irlanda antes que los Tuatha De Danann, con los que combatieron en la primera batalla de Mag Tured, perdiendo ante su supremacía. Tras su derrota se aliaron con los Fomoré para derrocar el poder de los Tuatha, Dioses de la Luz.

[18] Fomoré: pueblo céltico ubicado en la Isla de Tory, al norte de Irlanda. Conocidos como los dioses de la oscuridad, del mal, que castigaban y masacraban a aquellos pueblos que no reconocían como propias sus costumbres, deidades y hegemonía.

[19] Colls: avellanos.

[20] Duir/s: roble/s.

[21] Druidh/s: druida/s, que enseñaban el arte de la guerra y que disponían de poderes mágicos.

[22] Tuatha De Danann: gente de la diosa Danu. La tradición pagana, consideraba a los Tuatha De Danann como dioses venidos del cielo. Son los dioses de la luz, del conocimiento y la sabiduría. Llegaron a la Isla Esmeralda, lucharon con los Fir Bolgs y los Fomoré, y se convirtieron durante un tiempo en los únicos señores de Irlanda.

[23] Inis Na Fidbagh: Isla de los bosques. Ancestral nombre de la actual Irlanda.

[24] Ruis: Saúco.

[25] Sidh: puerta temporal que comunicaba los mundos, colina o montículo en el que viven las hadas en la cultura celta.

[26] Bealtaine: fiesta del Buen Fuego, de la fertilidad y el amor, de origen celta, celebrada el 1 de mayo.

[27] Belisamha: diosa de la mitología celta relacionada con los lagos, los ríos, el fuego, los metales y la luz.

[28] Belenus: brillante, resplandeciente y designaba al dios celta de la Luz, el Sol y el Fuego.

[29] Mersei: diosa del agua, la vida y la abundancia.

[30] Tir Aill: el otro mundo. El más allá.

[31] Mag Mor: la gran llanura. Nombre celta de la Península Ibérica.

[32] Crom Cruach: dios de la muerte, representado por una cabeza de oro, a la cuál se honraba en el Samhain con sacrificios humanos, en concreto de niños a los que se degollaba y se desangraban sobre su altar.

[33] Esus: dios de la noche. Representado por un hacha corta-cabeza. Para honrarle se ahorcaba al ser humano que se ofrendaba, para más tarde descuartizarlo y diseminar sus miembros.

[34] Teutates: dios de la noche. Representado con un caldero. Para honrarle se quemaba vivo al ser humano que se ofrendaba.

[35] Taranis: dios de la noche. Dios del trueno. Representado con una rueda. Para honrarle se ahogaba al ser humano que se ofrendaba. Como parte de su ritual de sacrificio se le arrancaban los ojos y la lengua a la víctima.

[36] Alfabeto Ogham: alfabeto sagrado de los druidas El uso del Ogam era reservado casi exclusivamente para comunicaciones entre los sabios druidas, dado que daba acceso a secretos profundos. Cada grafía se relacionaba al nombre de un árbol en particular.

[37] Grianan: Grianan Ailigh o "Templo del Sol". Está situado en el extremo oeste de un pequeño grupo de colinas que se encuentran entre los alcances superiores del lago Swilly y el lago Foyle, en el Letterkenny (Condado de Donegal, Irlanda). Aunque la colina de Grianan, comparativamente no es tan alta (244 metros de altura), su cumbre permite dominar visualmente los condados vecinos de Londonderry, Donegal y Tyrone. Se ha identificado como un gran "fuerte real". La fortaleza fue construida por el Gran Dagda de los Tuatha De Danann. A esta estructura de anillo, formada por tres murallas concéntricas, sólo se puede llegar por su acceso oriental, que antiguamente era un camino custodiado por dos capas de roca natural.

[38] Banfilidh/s: sumas druidesas encargadas del adiestramiento y enseñanza de las jóvenes Sidhes.

[39] Dana/Danu: diosa madre. Los Tuatha de Danann toman su nombre de ella (significa la Tribu de Dana).

[40] Bile/Bilé: Dios padre, consorte de Dana. Bile estaba asociado con los árboles, los "axis mundi" que conectaban los tres mundos celtas.

[41] Bandruidh/s: druidesas encargadas de la preparación y desarrollo de los festejos sagrados.

[42] Temair: nombre ancestral de Tara. Significa "un alto con hermosa vista". Era la Ciudad sagrada de los reyes Tuatha De Dannan.

[43] Mag Thuiredh: llanura donde se celebró la gran batalla de los Tuatha De Dannan contra los Fir Bolgs, a su llegada a Irlanda.

[44] Baidunas: viviendas primitivas de forma circular con paredes de adobe y piedra, y tejado pajizo.

[45] Tir na n-Og: tierra de los jóvenes. Tierra de los muertos.

[46] Sidhes: bellas jóvenes con el don del “imbas forasnai” o Luz de la Previsión. Instruidas llegaban a desarrollar poderes naturales de lo más variado, llegando a controlar las fuerzas de la naturaleza a su antojo.

[47] Bruig Na Boinne: Brú na Bóinne. Es un complejo arqueológico situado en Irlanda, en el condado de Meath. Se trata de una necrópolis prehistórica anterior a Stonehenge en unos mil años. Fue construida para enterrar a los miembros más relevantes de la sociedad tribal. La zona comprende tres yacimientos arqueológicos diferenciados: Newgrange, Knowth y Dowth. Todo el recinto se puede visitar desde el centro de visitantes del complejo.

[48] Alban Arthuan: festividad de Yule. Solsticio de Invierno (21 de diciembre). La noche más larga del año según el calendario celta.

[49] Festival de Eisteddfod: reunión de druidas, donde se competía por ser elegido guía espiritual de los Tuatha De Dannan. Su origen se remonta al tiempo de los cuatro grandes druidas, procedentes de las cuatro ciudades sagradas: Falias, Gorias, Murias y Findias.

[50] Oimelec: Imbolc. Fiesta de la purificación y el renacer del fuego sagrado que purifica la tierra, propiciando la fertilidad y el despertar del Sol, del frío y gris invierno.

[51] Festival de la diosa Ishtar/ Alban Eiler: Ostara. Equinoccio de primavera. Tiene lugar a mediados de marzo, cuando el día y la noche tienen la misma duración, siendo así una celebración de equilibrio, fertilidad, crecimiento y esperanza, pues a partir de ahora la luz volverá a reinar sobre la oscuridad.

[52] Árboles sagrados: Abedul, serbal, fresno, aliso, sauce, espino, roble, acebo y avellano.

[53] Nudos perennes: símbolo intercambiado por los amantes, indicando que su relación era para siempre. El amor, encerrado en el nudo perenne, no se puede deshacer. Representa el complemento, el apoyo y la fusión de la pareja.

[54] Fear Cliath: hombre de mimbre. Muñeco con forma de hombre, de gran altura, hecho de mimbre, donde los Fomoré encerraban a prisioneros para luego prenderles fuego, como ofrenda al dios de la noche Teutates.

[55] Lia Fáil: piedra del destino, por la cual eran coronados los Grandes Reyes Tuatha.

[56] Ráith na Rig: fortaleza de los Reyes, también conocida como el Recinto Real de Tara.

[57] Teach Chormaic: casa de Cormac.

[58] Forradh: asiento Real. En el centro del Forradh se erige la Lia Fáil, la Piedra del Destino, en la cual eran coronados los Grandes Reyes de Irlanda.

[59] Dumha na nGiall: montículo de los Rehenes. Posee un corto pasillo que está alineado con la puesta de sol en las que se celebraban las antiguas fiestas célticas de Samhain e Oimelec.

[60] Ri Ruirech: gran rey de reyes.

[61] Lammas: día de agradecimiento a las deidades por los productos de la cosecha, especialmente del trigo, que se celebra el 1 de agosto.

[62] Litha: Solsticio de verano, es el día más largo del año. En el hemisferio norte se celebra en la noche del 21 de junio.

[63] Carragahen: musgo de Irlanda. Los segmentos de la planta son de tipo cartilaginoso y tienen una particular coloración violácea. Esta especie crece especialmente en tierras rocosas ubicadas en el fondo del mar.

[64] Mabon: nombre de la celebración del equinoccio de otoño. En él, el día y la noche tienen igual duración, y a partir de este punto, la oscuridad comienza a avanzar en detrimento de la oscuridad. Se agradece a la diosa Danu la última cosecha.

[65] Mag Formorach: llanura donde se celebró la gran batalla de los Tuatha De Dannan contra los Fomoré.